# EL HIGLANDER QUE ME ENAMORÓ

Hellen Cross



*El highlander que me enamoró*

Hellen Cross

Copyright © 2025 Hellen Cross

Título original: El highlander que me enamoró
1.ª Edición: febrero 2025

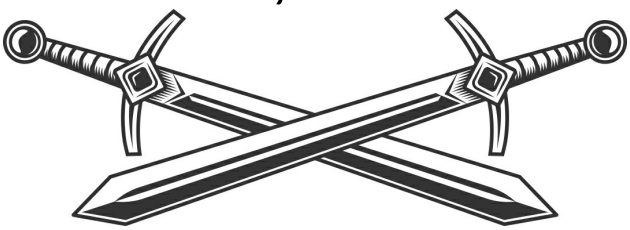
Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

©Corrección:
Bell GG correcciones

© Maquetación y diseño de portada:
Virginia Salazar @vi.the.writer @vi.the.designer

*Cada historia que escribo, son palabras que uso para rellenar el tiempo que no paso contigo. A mi niño Jaime, allá donde estés siempre en mi corazón.*

# Capítulo 1



**Londres, Julio de 1561**

Caitrin se fue a su cuarto resignada. Había esperado a su prometido toda la tarde y él no apareció, llevaba una semana sin verlo y temía que se hubiera retractado. Si la dejaba se moriría. Estaba enamorada del hombre más caballeroso y perfecto que jamás había conocido, aunque tampoco es que se hubiera relacionado con muchos.

De hecho, su tío la mantenía encerrada en esa casa. Apenas podía salir, y cuando lo hacía, era porque se disfrazaba con el traje de Mildred, su doncella, y salía al mercado o a recorrer las calles cercanas. Actuaba sin que su tío supiera nada, de lo contrario, seguro que la castigaría, pero desde que cumplió los diecisiete años el mes pasado, sintió que debía conocer al menos los alrededores de su casa. No quería ser una paleta cuando se casara con Edward Alister Wedgwood, vizconde de Stansgate.

Su mirada soñadora se posó en las cortinas rosadas que se movían con el aire que entraba por la ventana. Escuchó el trote lento de un caballo y se acercó a curiosear. Eran las nueve de la noche y a esa hora era raro tener visitas, a no ser que fuera él. Emocionada se inclinó sobre la madera del marco y reconoció a su prometido, luego miró su sencillo camisón y comenzó a cambiarse de inmediato. Su tío mandaría a avisarla para que se reuniera con Edward y no quería hacerlo esperar.

Se vistió con un sencillo vestido rosado y se alegró de no haber deshecho el peinado cuando se cambió para dormir. Al mirarse en el espejo se dio cuenta que estaba muy pálida, sus grandes ojos celestes destacaban en la blancura de su piel, haciéndola parecer más joven de lo que era. El pelo castaño estaba recogido en un rodete de donde habían escapado varios mechones, que le conferían un aspecto desenfadado y coqueto al rizarse alrededor de su cara. Pensó que no era fea, tampoco una belleza. Al menos eso era lo que le decía su tío.

Se sentó en la cama a esperar que la mandaran llamar, nerviosa, y atenta a cualquier gesto que pudiera incomodar a su prometido. Tenía los ojos puestos en la madera de la puerta sin prestar atención a nada más. Hacía tiempo que no se fijaba en los desperfectos de las paredes ni en la falta de brillo de las puertas.

Desde que su tío le anunció, hacía ahora tres años, que la había comprometido con el vizconde de Stansgate, le daba igual que esa casa se cayera a pedazos. Cuando fuera la esposa de Edward se iría de allí y ya no tendría que tratar con su irascible tío, ni depender de su generosidad para vestirse, alimentarse o tener algún capricho. Cansada de esperar, decidió bajar y sorprender a su prometido. Además, quería aclarar con él la fecha de la boda; puesto que su tío estaba de acuerdo con ese matrimonio, no entendía que debieran esperar más tiempo. Descendió por las escaleras sin hacer ruido y se guio por las voces de los hombres, estaban en el despacho y

no tenían una conversación amistosa. No quería interrumpir, por eso se quedó junto a la puerta entreabierta, a la espera de que terminase la discusión.

—Ya te he dicho que no quiero hacerlo —la voz de Edward sonaba furiosa.

—Estabas de acuerdo y tenemos el contrato firmado, ahora no te puedes retractar —John Pritchard, su tío, elevaba la voz aún más.

—Es una niña, por Dios. No puedo cargar con ella todavía, seré el hazmerreír de toda la corte.

—Pues no te has quejado por usar su dinero este último año.

—Ni tú tampoco.

—Yo soy su tío, su tutor y tengo el derecho de hacerlo.

—No seas cínico, te juegas y bebes su dinero de la asignación hasta el punto de que no queda apenas para mantener esta casa. ¿Te das cuenta de lo deteriorada que está? Si no fuera porque el salario del personal lo administra el albacea, no tendrías ni criados.

—¿Qué sabrás tú? Un noble con título y sin dinero para mantener su posición.

—Tienes razón, mi padre me dejó un título y poco más, pero al menos estoy haciendo algo para mejorar.

—Sí, claro, casándote con una heredera que pague tus deudas.

Caitrin había perdido el poco color que le quedaba en las mejillas, esa discusión le había demostrado que todo lo que estaba viviendo era una mentira. Le temblaban las piernas por el miedo. Antes no se imaginaba un futuro sin Edward, y ahora no tenía nada, ya que se negaba a casarse con ella porque la consideraba una niña. Esas palabras retumbaban en su cabeza y se le clavaban insidiosas en el corazón.

Las lágrimas nublaban su visión mientras seguía escuchando la discusión de los dos hombres en el despacho. Sintió que el corazón se le rompía en mil pedazos. Estaba sola y quienes pensó que la querían, solo lo hacían por su dinero. La comprensión del porqué llevaba una vida tan austera y apartada de todo el mundo comenzó a enfadarla. Apretó los puños y tuvo ganas de entrar y enfrentarlos. Casi cede a la tentación, pero pensó que era mejor retirarse y meditar bien lo que debía hacer.

Subió a su cuarto y cerró con cuidado de no hacer ruido, después comenzó a pasearse nerviosa entre esas cuatro paredes, que ahora comprendía, eran una cárcel. Se dio cuenta de que no podía quedarse ahí. Su tío no la quería, nunca fue cariñoso con ella y siempre le regañaba por pedir un vestido nuevo, lazos… Daba igual lo que ella solicitara, siempre le daba una regañina sobre el valor del dinero y la obligaba a conformarse con lo que él quería darle. Ahora sabía que estaba viviendo del dinero de su herencia, cuando siempre le hizo creer que era él quien la mantenía.

La ira creció en su interior. Era injusto que ella no pudiera disponer de su propio dinero, en cambio su tutor lo malgastaba en juego y bebida, como había escuchado decir a Edward.

Ahora comprendía que sus vestidos le quedaran cortos y que se les hiciera tantos remiendos, su tío no gastaría dinero en ella cuando lo necesitaba para sus vicios. Sacó del armario el traje con el que salía a pasear sola, se lo había cogido a Mildred cuando la criada lo desechó al quedarle pequeño. Era viejo y estaba muy gastado, de ahí que no le importara dejárselo para que jugara. Al menos eso le dijo, que con esa ropa podría divertirse sin temor a estropear los suyos.

Se cambió y se puso una muda limpia en su capa haciendo un hatillo. Sacó los pendientes y el brazalete de su madre y los escondió en el bajo del vestido. No era tonta y si la vieran con ellos puestos, los rateros no tardarían ni dos segundos en apropiárselos. Cogió el monedero

donde guardaba los pocos chelines que encontraba o le daba su tío para hacerla callar. Incluso tenía una libra que le regaló Edward, el día que jugaron a las cartas y ella le ganó. Esas monedas eran su tesoro. Con ellas quería comprar un obsequio a su prometido como regalo de boda. Ahora le vendrían muy bien para escapar.

Escuchó a su tío subir las escaleras con pasos lentos y apagó la vela. Rara vez entraba a su cuarto a darle las buenas noches, aunque seguro que le extrañaría ver luz por debajo de la puerta, así que en la oscuridad contuvo el aliento mientras se perdían sus pisadas por el pasillo.

Salió sin hacer ruido y bajó hasta la cocina, necesitaba algo de comer si no quería desfallecer por el camino. Lio en un paño un pan que estaba preparado para el día siguiente, de la despensa sacó un poco de queso y una cantimplora. Al olerla, se dio cuenta de que era *whisky*. Sin duda, creyó que la cocinera lo escondía para cocinar o para su propio disfrute. Entonces vio la jarra de leche y pensó que sería una buena bebida para reponer fuerzas por el camino sin tener que detenerse.

Hizo otro hatillo con la comida e intentó salir por la puerta trasera, pero estaba cerrada. Enfadada buscó a su alrededor hasta encontrar la llave colgada en el quicio de la puerta de la despensa. Con alegría pensó, en que ella misma se labraría un futuro, y se alejaría de allí. No le importaba perder su herencia, al contrario, odiaba ese patrimonio que la había mantenido prisionera de su propio tío, quien no solo vivía a costa de ella, sino que pretendía hacerlo de por vida al concertar un matrimonio con Edward para repartirse su herencia.

Salió de la casa mirando el cielo estrellado, que a esas horas se dispersaba con luminosidad, gracias a la generosa luna que en su mayor esplendor compartía sus rayos plateados con las criaturas de la noche. Caitrin no se molestó en cerrar la puerta, le estaría bien merecido a su tío que entrase un ladrón y le robase aquello que tanto apreciaba.

Se detuvo al pasar por la cuadra pensando que tal vez su camino sería más sencillo si fuera a caballo, pero desechó la idea de inmediato. No era buena amazona y no se escapaba de casa para caer del caballo y romperse la crisma. Hasta ahí llegaba su espíritu aventurero.

Miró hacia atrás y le vinieron a la memoria los pocos momentos que recordaba con sus padres, pues era muy pequeña cuando murieron en un accidente. Hasta hace poco no supo lo que ocurrió en realidad, nadie consideró oportuno contar a una niña de cinco años cómo murieron sus padres. Fue Mildred quien, ante su insistencia, le dijo lo que ocurrió. Al parecer, el caballo que tiraba de su carreta se espantó y se alzó de patas haciendo volcar el vehículo, con la mala suerte de que su madre murió en el acto. Su padre, en cambio, aprisionado bajo la estructura de este aguantó bastante tiempo hasta que fueron a socorrerlos, pero fue demasiado tarde para ambos.

A veces soñaba con ellos. No sabía si la imagen que tenía era real o una idealización infantil, pues siempre veía a un hombre de gran porte, sonriente y caballeroso que la cargaba en los hombros como si fuera una pluma. Su madre, una hermosa mujer de pelo rubio y ojos claros, sonreía divertida ante el juego de ambos. Su sueño siempre terminaba igual, ambos la besaban al mismo tiempo mientras la dejaban al cuidado de Mildred.

# Capítulo 2

Las calles estaban oscuras y solo el resplandor procedente de algunas casas cercanas alumbraba su camino. No sabía dónde ir, solo pretendía huir lo más lejos posible del engaño de su vida. Caminó hasta agotarse. Cuando escuchaba que se acercaba alguien se escondía entre las sombras y esperaba a que pasara de largo.

Sin rumbo establecido, se guio solo por la grandeza de las mansiones. Sabía que, si había nobles y caballeros en la zona, sería difícil caer en manos de los malhechores que abundaban en el Est End. La luna brillaba con esplendor sobre el cielo y creaba reflejos de plata en las calles que cada vez se hacían más estrechas y solitarias, pero llegó un momento en que la ciudad quedó atrás y el camino se hizo campestre. Seguía viendo algunas casas, eran modestas y sin embargo, estaban emplazadas en medio de praderas, cuyo aroma a hierba recién cortada le impulsaba a continuar. Estaba agotada y necesitaba descansar, aunque solo fuera un momento. Vio las luces de una construcción en el camino y se acercó dudosa, todavía, de si pedir cobijo o no.

Al llegar se dio cuenta de que era una posada. Escuchó el ruido en el interior y se asustó con los gritos que allí se proferían. Con miedo se asomó a una ventana para ver a los parroquianos y se escondió de inmediato. Comprobó los alrededores pensando en continuar su camino, a pesar de lo agotada que estaba, y descubrió el establo no lejos de allí. Entró sin hacerse notar en busca de un refugio. Solo los caballos piafaban al notar su presencia y ella les susurró pidiendo silencio. Anduvo hasta el fondo de la construcción de madera y se escondió junto a los aperos guardados. No se molestó ni en cubrirse, se dejó caer en un montón de heno y se durmió de inmediato.

Lady María Osborn se quejó ante el traqueteo de la carreta, dando dos golpes en el suelo para llamar la atención del cochero. Su doncella, junto a ella, se tapó la boca y se inclinó fuera de la estructura de la carreta para vomitar.

—Oh, por favor, Evelyn, ¿otra vez? —se quejó la dama apartándose de ella lo más posible—. Esto es increíble, solo del olor que estás dejando me estoy enfermando. —Puso una mano sobre su frente con un gesto teatral.

—Lo siento, *milad*i ya le dije que no me va bien viajar —aseguró la doncella mientras se secaba la boca con un pañuelo. El olor de este le provocó nuevas arcadas y repitió la operación —. No puedo continuar así.

Golpeó con más fuerza el suelo del coche y se escuchó la voz del cochero deteniendo el carruaje. La puerta se abrió dejando pasar la luz de la mañana al interior y ventilando la olorosa esencia, que la doncella había dejado en las pocas millas que recorrieron desde que salieron de casa de su amiga Elisabeth.

—Alfred, por favor, mira si hay cerca un lugar donde descansar. —Miró a la doncella—. Si es posible que sea una posta donde podamos enviar de regreso a Evelyn.

—Más adelante hay una posada. Antes era cruce de viajeros, podemos parar allí. —Observó a la muchacha con pena—. Seguro que Lady Elisabeth la acogerá de nuevo.

—Lo sé, lo único que me preocupa es quedarme sin doncella —protestó la mujer mientras se reclinaba a la espera de iniciar de nuevo la marcha.

Alfred puso a los caballos al trote haciendo que el vehículo retomara el viaje y continuó el camino hasta la posada. Esperaba que siguiera en pie, aunque hacía años que no la visitaba, un

negocio así no se extinguía por las buenas. La familiar silueta se marcó en el horizonte y sonrió satisfecho mientras recorría los pocos metros que los separaban. Al llegar, dio el grito de parada y desmontó con rapidez para ayudar a bajar a la señora.

—Gracias, Alfred. —Miró con ansiedad al interior antes de bajar, negando con la cabeza. La muchacha seguía postrada con un color ceniciento que asustaba.

—Podéis entrar tranquila, *miladi*, el dueño fue amigo mío y os atenderá como merecéis.

—Gracias, solo necesito apartarme de este olor, aunque sea un rato, y estaré mejor. —Se giró hacia la doncella—. Sal a estirar las piernas y tomar aire fresco, mandaré aviso a lady Elisabeth para que vengan a recogerte.

Lady Maríaentró al local, que a esa hora tan temprana estaba casi vacío. Un borracho dormía la mona en una esquina, sus ronquidos sonaban con eco en el local medio vacío, lo que disgustó a la mujer que se apartó a un lado para pedir al posadero un desayuno frugal.

Alfred consoló a la muchacha y llevó el carruaje a la parte posterior donde estaba el establo. Aprovecharía para dar de beber a los caballos y ventilar el interior, mientras su señora enviaba el mensaje y decidía qué hacer. Cuando vertía agua del pozo en el cubo para los animales, escuchó un murmullo en el interior y se acercó con curiosidad.

No la vio al principio, estaba oculta en las sombras del fondo de la cuadra. Si no llega a ser porque se movió y generó una brisa cargada de paja, no habría detectado su presencia.

Caitrin se encogió asustada en la esquina, esperaba que quien estaba fuera, no notara su presencia. Se abrazó a su hatillo y cerró los ojos como hacía cuando era niña y pensaba que, si ella no veía a nadie, tampoco la descubrirían.

—¿Qué haces ahí escondida, chiquilla? —Alfred achinó los ojos para ver mejor en la oscuridad del interior.

—Lo siento, estaba muy cansada y me quedé dormida, me marcho ahora mismo —contestó poniéndose en pie acercándose a la luz que entraba por la puerta abierta.

—Tranquila niña, no le diré nada al posadero. —Sonrió con amabilidad al escucharla hablar con una pronunciación perfecta. —¿Estás sola?

—Sí, señor, mis padres murieron hace tiempo —omitió que la había criado un hermano de su padre.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete señor. —Bajó la vista y sacudió la paja del vestido.

—¿Quieres trabajo? —preguntó con la seguridad de que la niña le gustaría a Lady Osborn. Se veía que tenía educación y estaba limpia, todo un hallazgo que le resolvería el problema a su señora.

—¿De qué? —dijo desconfiada.

—Lady Osborn ha perdido a su doncella, la pobre no soporta los rigores del viaje y necesita una nueva. Si sabes lo que debe hacer una, seguro que te contrata.

—Por supuesto que lo sé —respondió con rapidez mientras pensaba en todo lo que hacía Mildred por ella. No sería difícil y era la oportunidad de ganar dinero y hacerse con una nueva vida.

—¿Cómo te llamas? —Alfred estaba cada vez más encandilado por la niña, tenía una carita de susto al principio que le dio pena, pero conforme se tranquilizó, se dio cuenta de que era muy bonita, con esos grandes ojos turquesa y la dulzura de su sonrisa que le iluminaba la cara.

—Caitrin —contestó sin pensar y de inmediato añadió un apellido diferente al suyo—. Caitrin Grant.

—¿Eres escocesa? —dijo asombrado el cochero que no se imaginaba algo así.

—No, señor, soy inglesa, aunque mi padre era escocés —habló con rapidez.

—Vaya, pues entonces estamos de suerte, allí es donde nos dirigimos.

Rio el hombre mientras salía y le pedía a la niña que le acompañara. La dejó esperando junto al carruaje y fue en busca de su señora que tomaba un poco de queso y pan en la posada mientras escribía una nota. Carraspeó a su espalda para llamar su atención y esperó estoico a que la dama le prestara atención.

—Dime, Alfred. —Levantó la cabeza del pergamino.

—*Miladi*, hay una joven que puede hacerse cargo del trabajo de Evelyn.

—Eso tendré que decidirlo yo —contestó malhumorada por la pretensión del cochero de buscarle una doncella—. Tráela ante mí.

Alfred salió mascullando su queja por el genio de la señora. La chica estaba junto a la puerta, le chistó para llamar su atención, y cuando llegó junto a él, la avisó.

—La señora quiere hablar contigo. Sé buena y trátala con respeto, de lo contrario no tendrás el trabajo.

Caitrin asintió con la cabeza y le siguió al interior de la posada, sus ojos se achicaron para adaptarse a la escasa luz interior. A pesar de ser de día y estar medio vacío el local, persistía en el ambiente un olor a rancio, sudor y alcohol que le desagradó en demasía. Quería taparse la nariz, pero se contuvo, aunque no pudo evitar que se reflejara el desagrado en su expresión. Lady Osborn se dio cuenta enseguida del gesto y sonrió. Solo por eso demostraba que la chica era aseada y no acostumbraba a estar en locales como ese. Se fijó en el vestido viejo y usado, aunque debía reconocer que se veía bastante adecentado. Por último, observó su cara.

Se veía muy joven, tal vez demasiado, con esos grandes ojos turquesa y el pelo castaño recogido con modestia, aunque despeinado. Le conferían el aspecto de un hada, tímida y dulce. Sonrió y se puso en pie para rodearla y valorar su persona. Salvo por la delgadez de la muchacha y su aspecto casi infantil, parecía sana, limpia y recatada. Le hizo un gesto con la mano al cochero para que las dejara a solas y le indicó la silla junto a la suya para sentarse.

—¿Cómo te llamas?

—Caitrin Grant. —Bajó la cabeza con timidez.

—¿Has trabajado de doncella alguna vez?

—Sí, señora, con la señorita Pritchard —dijo mintiendo para conseguir el trabajo.

—¿Por qué no estás trabajando con ella?

—El señor Pritchard no podía pagar los salarios y decidí que era el momento de ir en busca de la familia de mi padre —mintió con descaro sin titubear.

—¿Dónde está esa familia? —preguntó con curiosidad sin llegar a creer lo que decía la chica, pues era demasiado joven y tímida para tanta determinación.

—No lo sé en realidad. Sé que mi padre era escocés.

—Yo voy a Edimburgo. Si te acepto como doncella, espero que no me abandones en cuanto lleguemos allí. No quiero quedarme sin doncella en casa de mi hermana.

—No se preocupe señora, no la abandonaré —respondió con tal seguridad que sorprendió a la mujer.

En ese momento le sonó el estómago. Caitrin quiso esconderse por la vergüenza. Cerró los ojos y escuchó la risa de la mujer.

—Toma, come un poco, en cuanto despache esta nota nos pondremos en marcha.

Lady María Osborn continuó con su pequeña esquela para su amiga Elisabeth, mojó la pluma

en la tinta y escribió con su bonita letra, la petición de acoger de nuevo a su doncella Evelyn, asegurándole que por suerte había encontrado una sustituta. De repente se dio cuenta de que le faltaba un dato de la niña, y era de vital importancia.

—Espero que no te marees en los viajes.

—No lo sé, señora. En realidad, es la primera vez que haré uno —respondió cándida sin percatarse de lo que con ello admitía.

—Pronto lo averiguaremos, pero te advierto que si te mareas te dejaré en el camino.

—Lo entiendo, señora.

Lady Osborn se despidió de la doncella y le aseguró que vendría a recogerla un lacayo de Lady Elisabeth. Subió a la carreta y se acomodó frente a la chica que la sustituiría. Era extraño, pero su cara le sonaba de algo. Al no poder identificar esos rasgos, decidió ignorar ese presentimiento, ya lo averiguaría más adelante, ahora tenía mucho trayecto hasta llegar a Edimburgo donde pasaría una larga temporada. A sus cincuenta años, María Osborn, viuda y sin descendencia, no tenía que rendirle cuentas a nadie, pero le gustaba pasar el verano en el palacio de su hermana. Amelia se había casado con un escocés, el *laird* Lindsey era bastante acaudalado y tenía acceso a la nobleza de Escocia. Si había que ponerle una pega era precisamente esa, que era un escocés de pura cepa.

Sacó su abanico y ahuyentó el calor que le hacía sudar en el interior de la carreta. Al percatarse Caitrin que la mujer estaba acalorada se lo pidió y comenzó a moverlo con eficiencia provocando una fresca corriente de aire.

# Capítulo 3

Caitrin sonrió a la muchacha que la acompañaba. Llevaba un mes en Edimburgo donde compartía cuarto con Agnes, su primera amiga en esa tierra agreste. Aunque no la única. En cuanto dijo su apellido inventado, la aceptaron como una más en el servicio de los Lindsey. Había creado toda una historia romántica sobre sus padres ficticios, por lo que su compañera la animaba a ir en busca de su familia paterna, y dejar a la inglesa para la que trabajaba. Pero ella sabía que no había tal clan que la recibiera, por eso se negaba.

—No te creas todo lo que dicen, no son tan salvajes —dijo Agnes mientras extendía la ropa recién lavada en un arbusto.

—No es por eso. —Caitrin se despojó del vestido y se metió en el agua fría.

Su amiga la miró asombrada, todavía le costaba aceptar la obsesión de la muchacha por bañarse en el río. Vigiló los alrededores por si venía alguien y siguió extendiendo la colada para que se secara.

—No entiendo cómo puedes preferir bañarte aquí en vez de en casa. Yo no soporto el agua fría, y mucho menos hacerlo todos los días como haces tú.

Caitrin rio al sentir el agua fresca en su cuerpo e ignoró el comentario de la muchacha. Se frotó con el jabón que había conseguido y disfrutó del frescor que le proporcionaba el baño. Solo de pensar en meterse en esa bañera, llena de agua reutilizada le daban escalofríos. Incluso podían verse los piojos nadando en el líquido turbio.

—Pues yo prefiero esto —dijo rotunda.

Robert Grant se despidió de sus hombres y se adentró en el camino que conducía al bosque. Siempre que acudían a una reunión a Edimburgo tomaba las mismas precauciones. Sus guerreros se dirigían por el camino principal, mientras él se acercaba por una entrada lateral. No sabía si podía haber alguien acechando para eliminar al *laird* de los Grant, como hicieron con su padre, y no estaba dispuesto a ponérselo fácil.

El sonido de una risa le atrajo y lo cautivó. Algo en él se removió al escucharlo y quedó atrapado como si de un hechizo se tratara. Descendió del caballo y lo dejó atado a un ramal mientras él se dirigía con pasos sigilosos al lugar del que procedía esa voz. Oculto por el brezo que, en esa época todavía estaba seco, se irguió para observar a la dueña de esa risa. El chapoteo del agua le anunció, que quien quiera que fuese, se estaba bañando.

Su mirada quedó cautivada por la visión que tenía ante él. Pensó que debía ser un duende o un hada, pues a su alrededor la luz de los primeros rayos de sol de la mañana, jugaban con su piel haciéndola resplandecer. Se frotó los ojos para asegurarse de que estaba viendo algo real y no una ilusión. Su pelo jugaba con la luz a cambiar de color y tenía multitud de tonalidades: desde el marrón al rubio, pasando por el color miel y el rojo del fuego. Solo podía ver su espalda, pero deseó rodear los arbustos para ponerse delante de ella y ver su rostro.

Estaba a punto de hacerlo cuando ella se dio la vuelta y se quedó asombrado, pues su cara era la de un duendecillo. Lo más impactante eran los enormes ojos almendrados, pero no por su tamaño le llamaron la atención, sino por su inusual color turquesa, dado que nunca lo había visto. Sus labios gruesos formaban una fresa cuando los cerraba, se veían tan apetitosos como la fruta roja y madura. Pero eso no era todo, su boca al sonreír dejaba ver unos hoyuelos justo en la comisura, haciendo que fuera aún más atractiva, si es que eso era posible. Todo esto sumado a

una nariz pequeña y respingona, la convertían en el ser más atractivo y delicioso que jamás había visto.

Después de memorizar esos cautivadores rasgos, su mirada descendió hasta el cuerpo del hada del agua. Llevaba una camisola, algo que le extrañó, pues nunca había oído que las hadas fueran pudorosas. Pudo contemplar a través de la tela mojada como sus pezones se erguían impúdicos sobre unos pechos redondos y no muy grandes, llamándolo a chuparlos y tocarlos. Eran del tamaño perfecto para cogerlos en su mano y que no se derramasen.

Robert sintió que se excitaba como jamás lo había hecho con ninguna mujer. Decidió calmar su ansia por el hada del agua, y se iba a acercar a ella cuando la escuchó hablar. Entonces se percató de que había otra joven en la orilla. No supo cómo le había pasado desapercibida esa muchacha y se maldijo. Un despiste así podría costarle la vida a cualquiera, ya que, si en vez de una mujer hubiera sido un guerrero estaría en serias dificultades, pues había dejado la espada en el caballo y solo portaba su *sgian dubh*.

Atrapado por la visión, se mantuvo escondido hasta comprobar si había alguien más allí. Desde luego no pensaba perder su presa, y tanto si era un hada como si era otra cosa, estaba decidido a conocerla y hacerla suya. Quería acercarse para escuchar su conversación, pero algo en su interior le advirtió que debía mantenerse oculto.

Caitrin sabía que debía volver a la orilla, aunque se resistía a abandonar el agua, ahora que su cuerpo se había adaptado al frío del río. Dio unas brazadas más agradeciendo a Mildred que le hubiera enseñado a nadar en la charca cerca de casa cuando era pequeña. Recordó esos días cuando vivían sus padres y todo era alegría y amor. Solo tenía cinco años cuando fallecieron en un accidente de carruaje, y desde entonces, su vida se tornó gris y sin sentido. La estricta vigilancia a la que la sometía su tío, unido a su encierro, la convirtieron en una criatura miedosa y taciturna.

Aislada del mundo, no tuvo amigas ni compañeras de colegio. Una institutriz llegó a casa para darle los conocimientos necesarios para convertirla en una dama, y cuando su tío consideró que ya no tenía nada más que aprender, la despidió. Al poco tiempo llegó a casa acompañado de Edward Alister Wedgwood, vizconde de Stansgate. Al principio pensó que era un joven encantador que nada tenía que ver con su tío y le agradó. Unos meses después su tutor la llamó al despacho para anunciarle que el vizconde había pedido su mano y él le había dado permiso para cortejarla.

Se enfadó al pensar que no le habían pedido su consentimiento, pero Mildred la hizo reaccionar. Era un joven encantador, con un título, y la había elegido a ella incluso antes de que cumpliera la edad adecuada para ser esposa. Enamorada de la imagen que le dieron del pretendiente, pasó los últimos tres años deseando cumplir la edad para convertirse en la vizcondesa de Stansgate. La noche que escuchó a los dos hombres discutir, abrió los ojos al comprender que todo fue un engaño. Una lágrima se le escapó al reconocer que, si no hubiera espiado a su tío y Edward, jamás se habría enterado.

Huir no fue solo para escapar de esos hombres que la tenían engañada. Huir fue la forma de reivindicar su propia vida, y le daba igual hacerlo de doncella, que sus manos se fueran estropeando o que el cansancio la hiciera caer agotada en un catre pequeño e incómodo hasta el día siguiente.

—Vamos ya, Caitrin, el sol está muy arriba, seguro que tu señora se habrá levantado y estará preguntando por ti.

—Lo siento, ya salgo. —Se aclaró la cara, y con un suspiro de tristeza llegó a la orilla donde su amiga le tendió el paño para que se secara.

—Debemos darnos prisa. Además, con la llegada de la reina a Edimburgo, están bajando muchos montañeses. —La miró muy seria—. No querrás encontrarte con un grupo de ellos aquí sola.

—Creí que decías que no eran tan malos, que debía buscar a mi familia —protestó la joven mientras se vestía con el traje limpio.

—No, te dije que buscaras a tu familia. Eso es muy diferente a encontrarte con un grupo de montañeses sola, sin nadie que te defienda. Créeme, no querrás eso.

Recogieron la ropa extendida y regresaron a la mansión mientras charlaban en voz baja y dejaban atrás el camino de setos que las ocultaba. El bosque cercano guardaba silencio, ni los pájaros se dejaban oír. Robert se incorporó para comprobar por dónde iban las muchachas cuando la ausencia de ruidos lo puso en alerta. Se giró para comprobar el espacio que lo rodeaba, y entonces sintió el golpe en su nuca. Los ojos se le cerraron y cayó al suelo como un peso muerto. Casi dos metros de hombre musculoso que se desmayaron sin ninguna gracia entre el brezo seco.

—Creo que le has dado muy fuerte, parece muerto —dijo uno de los agresores.

—No, un tipo tan grande no puede morir por un golpecito. —Se inclinó asustado para comprobar que respiraba. —Está bien, solo desmayado.

—¿Quién es? ¿Lo conoces?

—No, pero lleva los colores de los Grant y está solo. Tal vez sea un oteador para comprobar que no hay peligro para su grupo.

—Pues la hemos hecho buena, se quejarán de la agresión y pagaremos por dejar inconsciente a un invitado de la reina.

—No, si no sabe quién le ha golpeado, pensará que fue un ladrón —contestó el soldado revisando el *sporran* del caído.

—Mejor no le quites nada de valor o nos buscarán solo para recuperarlo, entonces descubrirán todo y no habrá servido de nada.

—Tienes razón. Mejor lo montamos en su caballo y lo llevamos al castillo, diciendo que lo encontramos caído cuando le robaron y pudimos espantar a los ladrones.

—Esa sí es una buena idea.

Con dificultad los dos soldados echaron al *highlander* sobre el caballo y regresaron al castillo mientras se ponían de acuerdo en la mentira que soltarían ante el conde de Moray. Seguro que el hermanastro de la reina querría saber todo lo ocurrido.

Al llegar a la puerta principal del castillo, saludaron a sus compañeros y entraron ante la curiosa mirada del resto de la guardia. En el patio, controlando el horizonte, se desplegaban varios estandartes con el escudo de los clanes reunidos en las faldas de la colina. Vieron los colores de los Grant y se acercaron cautelosos hacia ellos. En cuanto Duncan, jefe guerrero del clan vio a su *laird* atravesado sobre el lomo del caballo, profirió su grito de guerra: *Stand Fast, Craigellachie*, alertando a todos los allí reunidos.

Tuvieron que dar muchas explicaciones de lo ocurrido, pero al final convencieron tanto a su señor, el conde de Moray, como a los guerreros Grant, antes de que los vapulearan.

# Capítulo 4

Robert despertó con un gran dolor de cabeza, no sabía lo que le había ocurrido, solo recordaba a un hada en el agua y cuando quiso acercarse a ella, todo se le hizo borroso. Observó con atención las cuatro paredes que lo rodeaban y que no reconocía. Se le escapó un quejido doloroso y el retumbar en su cerebro no le permitía pensar con claridad. La luz que se colaba por el ventanuco le dio en los ojos, lo que le obligaba a mantenerlos cerrados para evitar el dolor que le provocaba.

—Por fin despierta —escuchó la voz desconocida y se volvió para ver quien era.

—*Tha thu a' faireachdainn math a mhic?* —«¿Te encuentras bien hijo?», dijo Duncan en gaélico, el jefe guerrero del clan Grant, y después se inclinó sobre su *laird*, al que ayudó a criar y al que le tiene un especial cariño.

Cuando se hizo cargo del clan, se convirtió en su mano derecha y brazo ejecutor. Los años fueron amables con él, y a pesar de contar con más de cincuenta años, todavía mantenía la agilidad para dirigir a los hombres.

—*Tha mi tinn, tha e coltach gu bheil each air ceum air mo cheann.* —«Estoy mal, parece que me ha pisado la cabeza un caballo», le respondió Robert con voz inusualmente débil.

—*Na gabh dragh, chan eil mi a' smaoineachadh gur e each a bh' ann, nas coltaiche ri villain*. —«Tranquilo, no creo que fuera un caballo, más bien un villano», contestó serio Duncan.

—*Càite a bheil mi? Cò thug thugam?* —«¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traído?», dijo al tiempo que se incorporó un poco en la cama observando la habitación.

—*Tha thu ann an Caisteal Dhùn Èideann. Thug patrol thugad, lorg iad thu faisg air an t-slighe a-steach don bhaile-mhòr*. —«Estás en el castillo de Edimburgo. Te trajo una patrulla, te encontraron cerca de la entrada a la ciudad», le explicó Duncan con un gesto preocupado.

Los dos hombres se giraron hacia la puerta cuando esta se abrió, y entró un lacayo con una bandeja cargada con viandas, que dejó en una mesa en la esquina de la habitación. Se quedaron callados mientras el sirviente se marchaba, de la misma forma silenciosa con que había entrado.

—¿Quién te atacó? ¿Lo reconociste? —preguntó Duncan.

—No, solo recuerdo que… —Robert calló antes de delatar su falta de juicio al quedarse espiando al hada del agua.

—¿Qué? —quiso sonsacar a su *laird*.

—No me acuerdo. —Cerró los ojos y se llevó la mano a la cabeza.

—¿Al menos escuchaste su grito de guerra o viste su tartán?

—No, fueron muy silenciosos, porque estaba viendo el pequeño lago, y después ya no recuerdo nada.

—¿Por qué te detuviste allí? —siguió preguntando Duncan, viendo que se ponía cada vez más nervioso.

—Trueno cojeaba y paré a echar un vistazo a sus pezuñas —contestó con rapidez mintiendo para ocultar su fallo—. Algo llamó mi atención en el agua y después todo se me puso negro.

—No te preocupes, el conde de Moray ha mandado peinar la zona en busca de los culpables.

Robert se sintió mal al engañar a todos, pero no podía delatarse, ni decir que un hada del agua le había distraído tanto como para dejarse golpear. Esperaba que no encontrasen a los culpables, sobre todo para mantener intacto su honor. Si llegara a saberse la forma en que se dejó

atacar y, además perdió, su imagen de *laird* implacable se vendría abajo.

—¿Han llegado ya el resto de los clanes?

—Faltan los MacLeod. Están cerca según nuestro vigía, pero de todas formas se ha pospuesto la audiencia con la reina hasta el 25 de agosto.

—¿Por qué? Creí que esto sería más rápido, no que tendríamos que acampar cuatro días con el resto de los clanes.

—Al parecer el consejero de María, Rizzio, le ha dicho que es mejor que espere a tener todos los clanes juntos y conoceros antes de nombrar su consejo.

—Habrá que enviar una nota a Freuchie para que James no se aleje mucho de allí, no quiero que los Chattan nos hagan de las suyas en la frontera. También habrá que retrasar el arreo de ganado de los Gordon. Cuando volvamos tomaremos represalias.

—Daré órdenes a William para que vaya ahora mismo.

—Gracias, Duncan —Robert se llevó los dedos al puente de la nariz y apretó como si ese simple gesto ahuyentara el dolor.

—Te dejo descansar.

El herido asintió con la cabeza sin abrir los ojos. Se quedó esperando escuchar la puerta cerrarse, y cuando estuvo seguro de que nadie estaba con él, se incorporó despacio para comprobar su estado. Cada vez se sentía más fuerte, y las escenas de lo sucedido antes de perder la consciencia se repetían en su cabeza con macabra insistencia. Se le secó la boca al recordar esos pechos erguidos y húmedos tras la tela transparente. El hada lo había cautivado de tal forma que no podía dejar de pensar en ella. Quería recuperarse y regresar al lugar para volver a verla, aunque ello le costara otro golpe en la cabeza. Se tumbó de nuevo sin hacer caso de la comida que le habían dejado y se permitió soñar con ella.

Duncan regresó a la puerta de su *laird*, después de ser atacado no se fiaba de los que por allí merodeaban. Por más que Moray le hubiera asegurado que allí estaba seguro el jefe de los Grant, tenía el deber de velar porque eso fuera así.

Había enviado al joven William de regreso a casa, no solo por ser el más joven, también quería apartarlo de aquel ambiente. La presencia de Argill y Glencairn en el castillo no presagiaba nada bueno. La joven reina, María Estuardo, tendría que aprender rápido a lidiar con semejantes hombres.

Después de una noche de descanso, Robert decidió que no podía continuar más en la cama. Se aseó y vistió con la ropa que le dejaron sobre el arcón, y cuando terminó de plisar el *plaid* sobre su hombro, salió de la habitación con la energía renovada. Al abrir la puerta tropezó con el bulto que obstruía el paso. Escuchó una maldición gemela a la que se le escapó a él.

—Mierda, Duncan, ¿qué demonios haces en el suelo?

—Velar por mi *laird*, ¿o crees que me gusta dormir sobre el piso? —gruñó levantándose con impresionante agilidad para su edad.

—¿Qué te hace pensar que no puedo defenderme? —dijo con voz enfadada.

—¿Que ayer casi te abren la cabeza? —respondió impertinente.

Robert hizo un gesto negando la situación y sonrió al darse la vuelta, quería a este hombre casi como a un padre y sabía que su preocupación era genuina. Salió del castillo e hizo visera con la mano y así protegerse del sol, que se levantaba en el horizonte con implacable crueldad para su dolor de cabeza. Descendieron juntos por el camino que conducía a la ciudad.

A las faldas del castillo, que se levantaba con majestuosidad sobre el cráter de un volcán, se instalaron los campamentos de los diferentes clanes que habían acudido a rendir pleitesía a su

reina. María Estuardo se crio en Francia, en la corte de Enrique II, tutelada por su tío el duque de Guisa y el cardenal de Lorena. Pisaba Escocia por primera vez desde que se marchó siendo un bebé. Bajo la regencia del conde de Arran, se había prodigado la jerarquía de clanes, adquiriendo cada uno sus propias reglas con respecto a los vecinos y, aunque todos querían a la reina niña, primaba la lucha por el poder en Escocia. Sabía de las maquinaciones de James Hamilton, II conde de Arran, y segundo en la línea de sucesión al trono escocés. Aunque el regente no se atrevía a levantar armas contra la legítima heredera de Jacobo V. Ni siquiera su hermano bastardo James Stuart, conde de Moray, se había atrevido a alzar la voz en contra de ella.

Por eso estaban allí, María Estuardo cruzó el estuario de Forth el 19 de agosto y convocó a todos los jefes de los clanes antes de desembarcar. Todavía no sabía qué esperar de esa muchacha criada bajo las alas de los De Guisa. La joven viuda debería haberse quedado en Francia, puesto que los clanes no necesitaban que se volvieran a levantar en armas unos contra otros.

Estaba seguro de que eso era lo que ocurriría, ya que había escuchado los rumores de la profunda fe católica de la joven reina, mientras que, en Escocia, después de años de ausencias y acompañados de intrigas políticas y de sucesión, se habían vuelto hacia el protestantismo. No tanto como Knox predicaba desde su púlpito, pero el pueblo estaba satisfecho sin que le azuzara por una religión u otra.

Se armó de paciencia para esperar esos días y sonrió al recordar a su hada. Tal vez podría volver a buscarla mientras esperaban. La próxima vez que la tuviera delante, se la echaría al hombro como hacían sus ancestros y se la llevaría a su castillo.

Duncan miraba de reojo a su joven *laird* y se sintió intrigado por esa sonrisa. Hacía mucho tiempo que no lo veía reír así. Desde que sus padres murieron legándole una responsabilidad enorme para su edad, no había habido en su vida nada que lo hiciera sonreír. Ni una sola cosa desde aquél fatídico día, en que un grupo sin identificar atacó la comitiva del *laird* Grant y lo asesinaron. Tenía sus sospechas de quienes fueron los culpables, pero no pruebas, de ahí que hubiera dejado el asunto pasar. Aunque no olvidaba. Tarde o temprano alguien se delataría o encontrarían una pista que les abriría los ojos, y podrían vengar la muerte de Malcom Grant.

Robert volvió al claro donde descubrió a su *seelie,* cada madrugada sin que Duncan lo viese. Se escapaba al mismo lugar, pero no tenía suerte. No pudo volver a ver al hada y regresaba al campamento enfadado y frustrado.

# Capítulo 5

Habían prohibido al servicio salir del palacio hasta que los clanes reunidos a las faldas del castillo se marcharan. Caitrin no entendía tanta precaución, pero Lady Osborn le advirtió muy seria, que con tantos montañeses paseando por la ciudad, las chicas jóvenes no estaban seguras. La orden no le hizo gracia, y menos cuando los días pasaban y el campamento de *highlanders* seguía allí.

Después de atender a su señora y dejarla dormida en la cama, se fue a su cuarto en el altillo del palacio. Con la mano cubriendo la llama de la vela para que no se apagara y la dejara a oscuras, subió las escaleras en silencio. Hacía tiempo que su compañera de habitación, Agnes, se había retirado y no quería despertarla al entrar.

Cubrió con su cuerpo la vela y caminó de lado hasta la ventana bajo la cual estaba su catre. Le hizo gracia el suave ronquido de su amiga mientras yacía. La observó en la penumbra que las sombras dejaban ver, y su murmullo sibilante cuando soltaba el aire hacía moverse el mechón de pelo junto a su nariz. Mientras se desvestía, iba dejando las prendas en el banco a los pies de su cama. El olor a sudor de su propio cuerpo la asaltó haciéndole sentir asco y vergüenza, pero no quiso bañarse en la cuba donde todos los sirvientes lo hacían, y llevaba tres días sin poder hacerlo en el pequeño lago cercano. La prohibición de Lady Osborn le parecía excesiva.

Añorando el frescor del agua y la limpieza de su piel, decidió que se levantaría antes que el sol para poder acudir a su lugar favorito y deshacerse del humillante olor que llevaba.

Se durmió con una sonrisa de satisfacción, sabiendo que había encontrado una solución a su problema de limpieza. Se llevaría unas pocas prendas de su señora para esconder su desobediencia y así no ser castigada con mucha dureza si la descubrían.

El cielo apenas estaba dejando atrás la oscuridad de la noche cuando sus pasos volaban por el conocido camino hasta el pequeño lago. Primero lavó con esmero el corpiño y las enaguas de Lady Osborn y las dejó extendidas sobre el brezo seco. No hacía mucho calor, por lo que dudaba de que se secaran pronto, entonces decidió nadar y disfrutar de la frescura del agua. Sabía que no tendría muchas oportunidades así, mientras los montañeses estuvieran en Edimburgo.

Se dejó llevar por la suavidad de las ondas acuáticas que ella misma había provocado. Flotando con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios, pensó en lo que diría Edward si la viera así. Estaba segura de que ya no la tomaría por una chiquilla, como le dijo a su tío.

El recuerdo de aquella noche todavía le dolía, no solo por el rechazo de su amado, también la frialdad con que su tutor la quería entregar, aunque el novio no estuviera de acuerdo. Echaba de menos a Mildred, ella fue durante mucho tiempo su única amiga y quien más la ayudó a superar la ausencia de sus padres, pero, sobre todo, la falta de cariño. Los primeros rayos de sol la sorprendieron y comenzó a nadar hacia la orilla. Si llegaba cuando todos estuvieran levantados, le sería muy difícil esconder su escapada.

Se había vestido y trenzado el pelo antes de comenzar a recoger la ropa lavada, cuando escuchó un caballo acercarse hacia donde estaba. Miró nerviosa un lugar donde esconderse, pero no fue lo suficiente rápida. Vio al jinete aproximarse con parsimonia, sus ojos no se apartaban de su rostro, para seguir su exploración visual por su figura. Conforme se fue acercando, descubrió que era un hombre joven, no debía tener un año más que ella. En su cara se mostraba una simpática sonrisa mientras los pasos del caballo le acercaban a su posición.

—Hola, muchacha. ¿Qué haces aquí tan sola? —preguntó sonriendo.

—Estaba lavando la ropa de mi señora antes de comenzar con mis tareas del día —dijo con fingida aflicción, como si esa fuera una tarea pesada para ella.

—Con lo linda que eres cualquier hombre querría tenerte a su lado.

—No por Dios, mis padres se revolcarían en sus tumbas si me vieran amancebada —alargó las erres todo lo que pudo para imitar el acento escocés.

—Yo te haría mi esposa, seguro que eso les gustaría. —La miró absorbiendo la delicadeza de sus rasgos y deleitándose en esa boca que pedía ser besada.

Caitrin miró asombrada al joven y sintió que se le calentaba el corazón. No es que se hubiera enamorado, pero le caía bien, su expresión era franca y se leía la sinceridad en sus ojos oscuros. Eso añadido a las pecas que salteaban su piel bronceada le conferían un aspecto simpático e inofensivo. Más calmada al no ver peligro en el joven, continuó recogiendo las prendas y doblándolas sobre el pequeño canasto que tenía a los pies.

—No digas tonterías, no me conoces de nada. No puedes pedirme que me case contigo. —Cuando terminó su tarea se cruzó de brazos fingiendo enfado.

—Lo digo muy en serio, pero si no estás muy segura podemos hacer un casamiento de prueba —contestó el muchacho extendiendo el brazo hacia ella.

—No pienso hacer un casamiento de prueba —dudó de seguir hablando, pero le pudo el enfado más que nada—. ¡Qué desfachatez!, proponer eso a una señorita decente.

—En las tierras altas es muy normal, y no por ello serás indecente —respondió enfadado por la alusión de ella.

—Pues yo no estoy acostumbrada a esas proposiciones —dijo con premura mientras se alejaba de esa mano que la buscaba.

—Te estoy ofreciendo una vida mejor, donde no tendrás que trabajar ni servir a nadie, porque yo vivo en un castillo y ya tengo criados. —Miró asombrado a la muchacha que lo rechazaba y tomó una decisión—. Creo que no sabes lo que te conviene, y puesto que tus padres murieron, seré yo quien decida por ti.

Después de esa parrafada el joven la tomó por la cintura y la subió a su caballo. Caitrin comenzó a gritar desesperada mientras golpeaba con los puños al muchacho. Uno de sus codos impactó sobre tejido blando y miró sorprendida cuando él se cubrió el ojo con la mano. Alarmada al ver que se enfadaba se quedó quieta con los ojos cerrados, a la espera de su reacción violenta. El movimiento del caballo la trajo a la realidad. El animal trotaba con agilidad y devoraba el camino dejando atrás las puertas de la ciudad y con ellas las edificaciones.

—No puedes llevarme a la fuerza, eso no es de caballeros —dijo esperando llamar su atención y hacerle entrar en razón.

—Te estoy salvando de ti misma. Te llevo a mi casa, cuando la veas te darás cuenta de que allí te cuidaré bien y no tendrás que volver a trabajar —respondió con tal seguridad que ella sintió un escalofrío recorrer su espalda—. ¿Tienes frío? —preguntó al notar su temblor.

Caitrin no pudo responder, solo asintió con la cabeza. Luego notó que le echaba una manta sobre el pecho, cubriendo su cuerpo para que no le diera el aire de la mañana. Una lágrima silenciosa se le escapó de los ojos cayendo sobre la mano desnuda de él, quien al notar la humedad maldijo en voz baja, y giró a la muchacha para que lo mirara a la cara.

—No te haré daño, solo te llevaré a mi hogar y verás la vida que podrías tener, seguro que entonces querrás quedarte conmigo.

—¿Y si no me gusta?

—Primero prueba lo que te ofrezco, después hablaremos. —Le sonrió satisfecho al ver que dejaba de llorar.

—No pienso hacer un casamiento a prueba —negó enfática.

—Mi hermano es el *laird* y dice que es lo mejor, pero como yo estoy seguro de lo que quiero, no lo necesito. Nos casaremos en cuanto venga el cura a casa.

—¿Estás loco? Ya te he dicho que no me casaré contigo, y cuando el cura me pregunte lo negaré. No puedes forzarme a hacer algo que no quiero, o no puedes obligarme a ser tu esposa. —Lo miró muy enfadada—. Ni siquiera sé cómo te llamas —dijo en voz baja.

—Es cierto. —Tiró de las riendas y detuvo el caballo—. Me llamo James, aunque mis amigos me dicen Jamie. —Le guiñó un ojo y las pecas que salteaban su piel bronceada le dieron un aspecto de pícaro que la hizo reír—. ¿Y tú?

—Caitrin —confesó con tranquilidad al darse cuenta de que su captor no tenía malas intenciones para con ella, solo era un poco cabezota, obtuso y dominante. Esperaría a llegar a su hogar para pedirle al hermano del chico que la devolviera a Edimburgo.

—Tienes un nombre muy bonito —dijo en un susurro mientras volvía a poner al trote el caballo.

De vez en cuando se tocaba el ojo lastimado y sentía que se le hinchaba. No era un lugar que pudiera ocultar; ya podía escuchar las burlas de los guerreros cuando lo vieran entrar con una muchacha y un ojo casi cerrado. Todos llegarían a la misma conclusión, que se había dejado golpear por una jovencita. Mientras se acercaba a Freuchie pensó que lo mejor era ocultar su captura, así si alguien preguntaba, podría insinuar que fue una reyerta en el camino.

Las almenas del castillo se levantaban en el horizonte que ya se veía de color anaranjado por la puesta de sol. No podía ser mejor para lo que planeaba.

Se tapó la cabeza con el *plaid* y con ello consiguió ocultar a la muchacha dormida en sus brazos. Esperaba que continuara así, al menos mientras la llevaba a su habitación para esconderla. Cuando volviera su hermano tendría que convencerlo de que le permitiera casarse con ella. Pero eso era otra historia, llegado el caso ya lo solucionaría. De momento tenía que convencer a la terca muchacha, de que con él tendría una vida mucho más cómoda y el sustento asegurado.

# Capítulo 6

Caitrin estaba sentada en la cama con el enfado pintado en la cara, mientras la puerta se abría para dejar paso a su captor. Llevaba diez días allí encerrada y ya no lo soportaba más. En cuanto Jamie se coló al interior con la bandeja, ella se incorporó con rapidez y corrió a la puerta antes de que la cerrara. Tomado por sorpresa, solo atinó a tirar la bandeja y cogerla por la cintura antes de que consiguiera llegar fuera.

Ella se defendió del agarre del joven y mordió la mano que le tapaba la boca. Él dejó salir un grito al sentir los dientes clavarse en su piel y la soltó, lo que hizo que la muchacha aprovechara para volver a intentar escapar de su prisión. El joven la agarró de nuevo dejando sus miembros lejos de su boca. La sacudió para hacerla entrar en razón, y al escucharla llorar, la soltó conmovido.

—Shhh, ya está *leannan*, no quería hacerte daño. —La acercó a su pecho y acarició su suave melena, se le había deshecho la trenza y el pelo brillaba como nunca había visto otro.

—Quiero volver a casa, a mi vida —dijo entre hipidos.

—Ya te he dicho que no puedo salir del castillo hasta que no regrese mi hermano. Mírame, te prometí que si no querías quedarte cuando vieras las comodidades que te ofrezco, te llevaría de vuelta. Pero no me has dado oportunidad, siempre que entro intentas escapar y tenemos la misma discusión.

—No puedes reprocharme intentar huir de lo que considero una prisión. Quiero mi libertad —respondió apartándose.

—Si me prometes que no te fugarás te dejaré salir.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada de poder escabullirse si tenía mayor libertad.

—Sí. Saldremos juntos a pasear y te mostraré mi hogar. En cuanto lo veas, te enamorarás de él y también de mí.

Ella lo miró, asombrada todavía de la tozudez del joven, ya no sabía cómo hablar con él para hacerle entender que quería volver a Edimburgo. Su mano en la cabeza bajaba con suavidad acariciando el cabello, le transmitía paz, pero no era suficiente. Caitrin quería salir de allí, vivir su vida. Tantos años encerrada en casa de su tío le habían generado la necesidad de ser libre y tomar sus propias decisiones. Algo que cuando escapó de aquel lugar opresivo, comprendió que echaba en falta mucho más de lo que pensaba. Encerrada ahora, en esa habitación, sentía la misma opresión que la mantenía ignorante de lo que la rodeaba.

Jamie sintió que su claudicación era falsa, lo supo en cuanto notó la sonrisa de ella contra su pecho. Se hizo el tonto y volvió a darle la misma excusa desde que la metió en su dormitorio. No quería dar una impresión errónea y se había mudado con los hombres a la planta baja de la torre del homenaje.

—Traeré otra bandeja con comida —dijo apartándose de ella con pesar. Estar a su lado, oler su aroma, sentir la suavidad de su piel, era todo lo que necesitaba para alegrar su día. Solo por eso se negaba a dejarla ir, y sentía que tenía que convencerla a cualquier coste.

—Déjalo, no tengo hambre.

—Como quieras, te dejo descansar. —Se volvió antes de salir por la puerta y dejó salir el aire con fuerza.

Bajó las escaleras pensando en cómo hacer que ella lo mirase con amor en vez de con odio.

Al llegar a la planta baja escuchó el ruido en el patio y salió con rapidez. Maldijo al ver a su hermano descender del caballo. Había vuelto demasiado pronto, no había conseguido ablandar el corazón de Caitrin y temía que Robert lo obligase a llevarla de vuelta a Edimburgo. El grupo generaba tanto ruido en el patio de armas que salieron todos los habitantes del castillo. Temió que ella se asomara a investigar el ruido y miró hacia la ventana de su cuarto. No necesitaba mucha luz para reconocer la melena que asomaba por el hueco, colgando en el aire como si fuera una princesa y estuviera allí atrapada.

—Jamie, ¿cómo va todo? Supongo que bien al no mandarme llamar —dijo Robert a su hermano pequeño mientras lo abrazaba efusivo.

—Todo tranquilo por aquí. Los Gordon no volvieron a cruzar nuestra frontera y los Chattan todavía deben estar buscando sus reses. —Sonrió con picardía apartando la mirada de lo alto de la torre.

—Mejor —respondió el *highlander*.

Robert cogió a su hermano por los hombros y lo obligó a entrar junto a él. No se le escapó la mirada que dirigió hacia arriba y buscó con curiosidad lo que llamaba la atención de Jamie. No pudo entretenerse ni descubrir nada anormal, por lo que intentó sonsacarle mientras le ponía al día con las novedades en casa.

Durante la cena le pidió información, pero su hermano pequeño no decía nada a parte de las incursiones y trabajos realizados en su ausencia. Decidió tomar una iniciativa más drástica para hacerlo reaccionar.

—Mañana necesito que vayas a patrullar por la frontera norte, me llegaron rumores de que los Innes se movían con mucha libertad por allí.

—Acabas de llegar, ¿y ya me envías fuera? —se quejó el joven.

—Iría yo, pero, como bien dices, acabo de llegar de Edimburgo. —Se acercó a la oreja de su hermano—. Además, yo soy el *laird* y he estado casi dos semanas fuera, tengo que atender a nuestra gente.

—Eso es lo que yo he estado haciendo, ¿o te crees que he zanganeado mientras tú no estabas? Me ofendes, hermano.

Jamie se levantó con furia contenida y se marchó del salón ante los ojos atónitos de su hermano, que no comprendía por qué estaba tan irascible. Llamó a Oscar, el mayordomo, y le preguntó lo que le ocurría al chico. El sirviente no supo qué responderle. Sabía que el joven tenía una muchacha en su cuarto, pero le había pedido discreción, que no dijese nada.

Robert asintió al comprobar que el hombre no iba a darle ninguna explicación, tendría que averiguar por su cuenta y la ocasión sería a la mañana siguiente, cuando su hermano saliera a recorrer la frontera norte.

Jamie entró con cuidado al dormitorio y vio que ella no se molestaba en llegar a la puerta. Fue un alivio, pues no podría luchar de nuevo con ella, no cuando su hermano estaba a pocos metros de allí.

—¿Quién ha venido? —preguntó la muchacha con curiosidad. Desde su posición vio que los guerreros descendían del caballo y trataban a todos con familiaridad. Observó su indumentaria y llegó a la conclusión de que eran montañeses. El familiar *kilt* de color rojo, con cuadros negros y la línea azul, le dio la pista de quienes podrían ser, pero no quería admitirlo. Ese joven la había traído al interior de un clan del norte, eran *highlanders*, los hombres de quien le dijo lady Osborne que debía huir. Aunque Agnes no le previno contra ellos, lo cierto es que también le advirtió de que tuviera cuidado con los montañeses.

—El *laird*, mi hermano. —Se cruzó de brazos esperando el escándalo.

—¿Sois montañeses? —preguntó con un hilo de voz.

—Somos *highlanders*, creí que te habías dado cuenta cuando nos conocimos —respondió con seriedad.

—Perdona que no me percatara de nada, que no fuera el chico que me raptaba, y me alejaba de mi trabajo y mi hogar —contestó con sarcasmo.

—Te estoy ofreciendo una vida de comodidades. Ya no tendrás que trabajar para ganarte la comida, ni aceptar órdenes de nadie —casi le gritó a la cara—. Ya no sé cómo decírtelo.

—Y yo te he contestado siempre, que no necesito que me salven de nada, que me gusta trabajar, y que quiero volver.

Ambos se retaron con la mirada mientras intentaban mantener cada uno su postura. James soltó un exabrupto y dio un puñetazo al mullido colchón. Se sentó y se mesó el pelo sin saber cómo iniciar la conversación.

—Tengo que patrullar en la frontera, estaré fuera un par de días o tres. —La miró con una súplica en sus ojos oscuros—. Piensa bien lo que quieres, si cuando vuelva todavía deseas regresar a Edimburgo, te llevaré. Pero, por favor, mira a tu alrededor y recuerda lo bien que te he tratado. Déjame demostrarte lo mucho que te quiero.

—No puedes amarme, nos conocemos desde hace diez días. —Negó con la cabeza—. Cuando vuelvas, hablaremos —respondió conciliadora.

—Gracias, daré orden a una sirvienta para que te traiga la comida. Por favor, pórtate bien.

Con la tregua pactada, Jamie sonrió a la muchacha y le robó un beso antes de que ella pudiera protestar. Espantada por el atrevimiento del muchacho levantó la rodilla con fuerza y sonrió al escuchar su quejido de dolor.

—La próxima vez que quieras robar algo, recuerda cómo acaba —dijo con confianza mientras le señalaba la puerta para que se marchara.

El joven *highlander* salió cojeando y, sin embargo, la sonrisa no abandonaba su cara. Cada vez le gustaba más esa muchacha. Tenía carácter, ingenio y no se cortaba ante él, aunque todavía se sentía un poco confuso por su acento. Cuando hablaba tranquila, su acento extraño, por la forma en que alargaba las erres lo cautivaba, pero cuando estaba nerviosa lo perdía por completo, dejando un inglés pulido y culto que para nada le cuadraba con una sirvienta.

No sabía nada de ella, salvo que trabajaba para una dama inglesa que estaba de vacaciones en Edimburgo. Otra cosa extraña, que llegado el momento tenía que aclarar.

# Capítulo 7

Robert miró a la mujer que se acercaba con movimientos sensuales hasta el estrado donde estaba sentado. Solo llevaba un día en casa y ella volvió a su dormitorio sin ser invitada. No tenía claro si darle esperanzas a la joven, pues era muy buena en la cama, pero también tenía un exceso de posesividad que no le gustaba tanto. Él no era de nadie y tampoco se dejaba manipular. No aceptaba que una mujer lo mangoneara, y tal vez había llegado el momento de decírselo.

Nimue se acercó al hombre que la tenía loca, cogió sus hombros por detrás y los masajeó con atrevimiento delante de todos, para demostrar dónde había estado y la familiaridad que se le permitía. Después de unos segundos se acercó por delante y se coló entre el hombre y la mesa sentándose en sus piernas. Antes de que él protestara, atrapó sus labios y alentó el ardor del *highlander* mientras se escuchaban toses y risitas en la sala.

—Mujer, ¿no tuviste suficiente anoche? —Rio divertido mientras sentía la excitación crecer bajo el trasero de la mujer.

—Has estado mucho tiempo lejos. —Le puso morritos y rio cuando el *laird* se levantó de la mesa y se la echó al hombro.

Robert cargó a la muchacha de vuelta al dormitorio y le dio lo que tanto ansiaba. No se molestó ni en quitarle la ropa, la dobló sobre la cama y cuando acabó la dejó tumbada. Ni siquiera el sexo con ella le proporcionaba la misma excitación que antes. Unos ojos color turquesa se colaron en su mente mientras sus dedos ardían por tocar la suavidad que la tela húmeda escondía, el recuerdo de la *seelie* del agua volvió a endurecer cierta parte de su anatomía que debería estar más que satisfecha.

Regresó a la mesa y bebió la cerveza que tenía antes del fugaz revolcón. Vio a una moza pasar con una bandeja de comida y la llamó, pero se quedó sorprendido al ver a la chica pasar de largo y dirigirse a la escalera. Curioso por saber dónde se dirigía, la siguió. Al principio pensó que Nimue había vuelto a tomarse atribuciones de señora, y quiso ir a dejarle bien clara su posición en el castillo, por eso se extrañó al ver que dejaba atrás su dormitorio para ir al de su hermano. Escuchó el clic de la llave al destrabar la puerta y comprendió que quienquiera que estuviera ahí, no podía salir por su propia voluntad. Se acercó a la criada y le cogió la bandeja para entrar él a entregarla. Le hizo un gesto con la cabeza a la chica para que se fuera, y así lo hizo.

—Ya te dije que no tengo hambre. —Caitrin se encogió en la cama conteniendo las lágrimas. Estaba harta de estar encerrada, parecía que toda su vida pasaba de puntillas, mientras ella solo podía mirar. No podía participar y ya no aguantaba más. Si para liberarse tenía que matarse de hambre, que así fuera.

—Vamos, muchacha, tienes que comer algo —dijo risueño al comprender que su hermano había raptado a una jovencita.

La muchacha se dio la vuelta en la cama, sorprendida al escuchar una voz extraña. En cuanto se incorporó, Robert sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Era ella, el hada del agua. Había vuelto todos los días a la pequeña laguna donde la descubrió y no tuvo éxito. Su recuerdo no le abandonaba ni de noche ni de día. Ya había aceptado que, tal vez su imaginación le había jugado una mala pasada, que no había visto a su seelie, y encontrarla allí, le hizo estremecerse de emoción.

Caitrin vio al hombre que cargaba la bandeja parpadear como un búho. Sonrió divertida y chasqueó la lengua, produciendo un sonido que le puso el vello de punta al *highlander*.

Era muy alto, debía medir casi dos metros. Tenía unos hombros muy anchos y la camisa abierta en el pecho, donde dejaba ver un vello oscuro como el pelo que ondeaba en su cabeza. Su piel dorada por el sol emitía un olor desconocido para ella, algo que nunca había olido; era masculino y a la vez picante. La atraía como nada lo había hecho hasta ahora. Al levantar la vista se encontró con sus ojos, oscuros como el pecado, que no se apartaban de ella. La emoción que transmitían le secó la boca y tragó saliva. Sonrió al hombre y le guiñó un ojo, más para romper la extraña atracción que la había atrapado, que para llamar su atención.

Robert sonrió ante el descaro del hada y se sentó junto a ella en la cama, mientras dejaba en el suelo la bandeja. Tenía tantas preguntas, que no sabía por dónde empezar. Atrapado en esa mirada de color turquesa alargó el brazo para tocar esa piel que tanto tiempo había soñado. Ella se quedó quieta sin saber cómo reaccionar, anhelando saber lo que se sentiría con su contacto.

—¿Qué demonios haces aquí? —Jamie se encontró a Nesa y se alarmó cuando la chica le dijo que el *laird* le había cogido la bandeja para entrar en la habitación de la mujer. Había subido tan deprisa que no se paró ni a respirar, pero cuando entró en el cuarto y vio a su hermano con Caitrin supo que la había perdido.

—Subí para ver a quien le servían la comida en la cama y me encontré con esto. —Robert señaló a la muchacha que ahora lo miraba con miedo, cuando un rato antes parecía desear su contacto. Eso hizo que se enfadara hasta límites insospechados. Podía aceptar el rechazo, incluso el engaño, pero esa expresión de terror, cuando él no había hecho nada lo irritó como nada lo había hecho antes.

—No lo entiendes, Rob —rogó su hermano al ver el enfado—. Ella no tiene a nadie, trabaja desde la madrugada y yo solo le ofrecí una nueva vida aquí.

—¿Por eso la tienes encerrada?

—Solo estoy intentando convencerla de que se quede.

—No puedes hacer eso manteniéndola prisionera —le regañó el *laird* sin poder controlar el enfado apretando los puños para no dejarse llevar por la violencia.

—Pero es que no me fío de ella, intentará huir en cuanto vea la ocasión y ya sabes lo peligroso que es el camino a Edimburgo.

—Eso no te da derecho a mantenerla prisionera. —Miró a su hada que asentía con la cabeza, aunque no se le había borrado la expresión de temor de la cara.

—Pues yo no la llevaré de regreso —gruñó el más pequeño de los hermanos y salió del cuarto dejándolos solos.

—Este chico va a acabar conmigo. —Sonrió antes de girarse hacia la muchacha, y al ver el temor en sus ojos maldijo en voz baja. Se levantó para alejarse de ella y le habló desde la puerta en un intento de controlarse—. Desde hoy eres libre de entrar y salir. Nadie te detendrá si decides regresar a Edimburgo, pero te recomiendo que no lo hagas sola. Los caminos no son seguros para una joven sin compañía.

Robert salió de la habitación y fue en busca de su hermano, necesitaba aclarar dónde la encontró y cómo llegó la chica al castillo. Entendía la fascinación del joven con el hada, pues él mismo no podía dejar de pensar en ella desde que la vio bañarse en el río. Había vuelto a buscarla y la frustración de no encontrarla, le hizo regresar en cuanto la reina se reunió con ellos, y le aseguró que respetaría sus creencias religiosas y costumbres.

María Estuardo les conminó a unirse a ella como consejeros, daba igual creencias,

enemistades o intereses políticos. Según les hizo saber, solo quería llevar la paz a Escocia y para ello necesitaba que los señores del norte hicieran las paces entre ellos. Knox la menospreció delante de todos y le pidió a James Stuart que aceptara la corona que le correspondía, antes de que la mujer llevara al país a la guerra y la ruina.

Con todos los jefes de los clanes reunidos, Knox llamó a la unidad política, social y religiosa bajo el mandato de un hombre fuerte, del linaje de Jacobo V, dejando a la viuda donde debía estar, encerrada llorando por la muerte de un esposo hasta que el consejo le buscara un marido adecuado.

María Estuardo se sintió tan ofendida como asustada. Aquí tenía lo que tanto había deseado y, sin embargo, era un regalo envenenado. Ya le había avisado su tío el duque de Guisa que su madre, María de Guisa, había dejado el país a un paso de la guerra civil, con los señores del norte enfrentados entre ellos, los del sur a caballo entre su afinidad a su prima Isabel y su lealtad a la tierra que los vio crecer. Por si le faltaba algo, este predicador protestante había metido la religión en la ecuación, cuando ella jamás quiso dejar esa cuestión en entredicho.

Robert Grant miró a la reina que observaba nerviosa las expresiones de los señores del norte y se despidió antes de entrar en polémica alguna. Abandonó el salón y dio la orden de volver a casa, pero antes de regresar tenía que intentarlo una vez más. Se quedó dormido, escondido tras el brezo mientras esperaba el nuevo día, y con él, la esperanza de ver a la *seelie* del agua.

Encontrar al hada que lo había hechizado en aquel pequeño recodo del río y hacerlo en su castillo, fue algo tan emocionante como traumático, porque al verla en el cuarto de su hermano se temió que entre ambos hubiera una relación, y eso era más de lo que podía aceptar. Después de haber pasado dos semanas en Edimburgo para escuchar las propuestas de la reina y ponerse al día de las maquinaciones políticas de quienes aspiraban a algo más, no podía admitir, que ese retraso, hubiera lanzado a los brazos de su hermano al hada del agua. Ahora comprendía la reticencia del chico por marcharse del castillo, sin duda no quería abandonar la cama de la joven. Esa idea lo alteró más de lo que podía admitir.

Caitrin respiró aliviada cuando el enorme *highlander* salió de la habitación. No obstante, no escuchó el familiar sonido metálico de la llave cerrando su escapatoria. Solo por eso pensó que debía dar una oportunidad al *laird*. Pero no se engañaba, esos hombres eran violentos y estaban acostumbrados a obtener todo lo que querían. Tendría que estar muy despierta para tratar con ellos.

# Capítulo 8

Robert bajó en busca de su hermano, no podía dejar las cosas así. Consiguió alcanzarlo en la puerta del patio y le obligó a mirarlo.

—No te marches así, necesito aclarar esto contigo.

—No hay nada que aclarar. No pienso llevarla de vuelta a Edimburgo —se negó en redondo.

—Está bien, si ella quiere regresar, la llevaré yo —solo con decirlo sintió que se rompía una parte de él.

—Te deseo suerte. Por cómo te miraba en el cuarto, no creo que te permita acercarte mucho. —Rio divertido mofándose de su hermano.

—Eso ya lo veremos, le daré una semana. Si en ese tiempo sigue queriendo volver a Edimburgo, la llevaré yo mismo —protestó—. Además, a partir de mañana tomará todas las comidas en el salón, como todo el mundo.

Jamie asintió ante su hermano, llevaba un tiempo conociendo a la muchacha y ya se había dado cuenta de que no aceptaba muy bien las órdenes. Otra incongruencia más pensó: «¿Cómo puede no ser obediente una doncella?». Animado porque se sentía ganador, salió al patio en busca de algo que le hiciera soltar la rabia que lo consumía, dejando a su hermano solo y pensativo.

Caitrin se quedó acurrucada en la cama cuando el *highlander* salió del cuarto. Pensando en Jamie, se dio cuenta del parecido entre los hermanos, lo único que los diferenciaba eran las pecas que salteaban en su cara dándole el aspecto de un pícaro. En cambio, los ojos negros del *laird*, todavía le atravesaban el alma y le producían un escalofrío que aún no sabía identificar. Se dejó llevar por el sueño pensando que a la mañana siguiente todo volvería a la normalidad, que esto sería una pesadilla.

Jamie siguió las órdenes de su hermano y llamó a la puerta de Caitrin antes de entrar. La vio sentada en la cama, con la mirada en la pared y los ojos muy abiertos. Parecía que quería absorber cada detalle de la habitación.

—¿No traes el desayuno? —preguntó al ver que no llevaba la correspondiente bandeja.

—Lo siento, son órdenes del *laird*, todo el mundo debe desayunar en el salón. —Extendió la mano, pero ella se negó a tomarla.

—No pienso bajar.

—Pues si no lo haces no podrás comer.

—Me da igual.

—No seas niña, necesitas alimentarte —le hizo un repaso visual y sonrió—. Con razón estás tan delgada.

—No me vas a convencer, James —contestó enfadada y se cruzó de brazos obcecada.

—Ya te he dicho que me llames Jamie. —Le lanzó una mirada pícara—. Vamos, no hace falta que continúes escondida, a esta hora Robert estará practicando con la espada en el patio.

—¿Estás seguro?

—Sí, es su rutina.

—¿Tú no tienes que practicar?

—Recuperaré más adelante —contestó con tono chulesco.

Bajaron juntos al salón, y al girar en las escaleras para quedar en la entrada, Caitrin se detuvo

de inmediato. Jamie maldijo en voz baja e intentó retener a la muchacha que se giró con brusquedad al ver al *laird* sentado en el estrado. Sus pies querían subir de nuevo a la seguridad del cuarto, pero los brazos que la tomaron por la cintura la obligaron a detenerse. Entonces comenzaron a discutir en voz baja, generando a su alrededor una expectación que no pasó inadvertida para nadie.

—¡Jamie! —llamó Robert a su hermano.

El menor se acercó al estrado y miró con severidad al *laird*, chasqueó la lengua con un gesto despectivo y se inclinó hacia él.

—¿Hay algún problema? —preguntó el mayor frunciendo el ceño mientras miraba a la mujer nerviosa en la entrada del salón.

—Si, tú eres el problema.

—¿Yo?, ¿por qué? —Cada vez se sentía más enfadado.

—Le prometí que no estarías aquí, y mira por dónde, sigues en el salón. ¿Por qué no has ido a practicar?

Robert se quedó callado, no podía reconocer que se había quedado remoloneando para verla entrar. Necesitaba estar con ella, y saber que estaba tan cerca y a la vez tan lejos, lo estaba matando. Mientras, los criados pasaban por su lado y lo miraban extrañados cuando le ofrecían bebida y comida. Jamás se había quedado hasta tan tarde en la mesa, y se sentía estúpido aguardando por una muchacha.

—Déjate de tonterías y dile que venga a comer antes de que se me agote la paciencia —gritó de mal humor Robert sin apartar la mirada de ella.

—Si sigues gruñendo así terminarás de espantarla. —Rio Jamie jovial mientras se acercaba a convencer a Caitrin de que se aproximara al estrado.

—Buenos días, muchacha, espero que hayas descansado bien. —Sonrió mientras le apartaba la silla para que se sentara.

Caitrin no podía hablar, su presencia le intimidaba tanto que se le trababa la lengua cada vez que intentaba decir algo. Asintió sin poder hacer nada más y centró la mirada en el plato, que colocaba una criada en ese momento delante de ella.

—Bien, ya que vamos a compartir mesa, creo que es el momento adecuado para que nos presentemos. Soy Robert Grant, *laird* del clan. —Le tendió la mano con simpatía, aunque su sonrisa era muy rígida.

—Caitrin —respondió nerviosa.

—Todavía no he conseguido que acepte casarse conmigo —dijo Jamie antes de meterse un gran trozo de muslo de pollo en la boca.

—¿Es eso cierto, muchacha? —dijo sonriendo satisfecho.

—No quiero casarme con él —dijo con rapidez y se tapó la boca al darse cuenta de con quién hablaba.

—Me congratula escuchar eso —miró a su hermano que tosió y se quedó mirando a ambos incómodo—, porque yo también quiero casarme contigo.

—¿Qué? No puedes hacer eso. Ella no acepta un matrimonio a prueba y tú juraste que no te casarías sin antes probar a la novia —dijo enfadado Jamie.

—Lo sé y no faltaré a mi palabra. —Se reclinó en el sillón satisfecho por aclarar lo que tanto le carcomía por dentro.

—Pues ella no quiere un *handsfasting*, por lo que tendrás que dejarla —respondió Jamie rivalizando con su hermano.

Nimue entró en ese momento al salón y vio a los dos hombres sentados en la mesa. Extrañada por ver al *laird* todavía comiendo se acercó con su andar ondulante y sinuoso para captar la atención del jefe. Estaba casi a su lado cuando se percató de la presencia de la muchacha. Le pareció insignificante aquella niña y se inclinó sobre los hombros de Robert mientras sus manos acariciaban con descaro los brazos y descendían impúdicas hacia el *kilt*.

Caitrin observó asombrada a la mujer que acariciaba con tanto descaro al hombre que había junto a ella. Avergonzada, echó la cabeza hacia el otro lado y se encontró con los ojos de Jamie, que reía divertido ante el espectáculo que estaba dando su hermano.

—Nimue, creo que te has excedido, este no es lugar ni el momento para esto. —Robert intentó apartarla de él, pero ella se resistió a abandonar su presa.

—Cariño, ayer no te quejaste.

—¡Suficiente! —Alzó la voz haciéndola callar. No pudo evitar mirar a su *seelie* que apartaba la cara abochornada—. Ha llegado el momento de que vuelvas a tu casa, lo nuestro no tiene sentido.

A Nimue no le pasó desapercibida la mirada que le dirigió a la desconocida muchacha. Percibió un brillo en la mirada del hombre que hacía mucho tiempo que no veía en su cara. Se tragó la rabia al recordar lo que siempre le decía su madre: «Ten cerca a tus amigos, pero más cerca a tus enemigos». Dejó que el *laird* la relegara fuera del estrado y puso su mejor sonrisa.

—Como tú digas, mi señor. —Se tragó la rabia y apretó los dientes. Cuando consiguió controlarse, le pasó el dedo por el pecho con sensualidad y le guiñó un ojo—. Ya sabes dónde encontrarme.

Robert se quedó anonadado, ante la reacción de la mujer que había compartido hasta la noche anterior su cama. Ni en sus mejores sueños había esperado esta respuesta, pero le agradó tanto que sonrió satisfecho por cómo se desarrollaba todo.

—Esto es indignante. —Caitrin se puso en pie enfadada—. ¿Pretendes cortejarme cuando tienes una amante? Y para colmo, ¡la despides delante de mis ojos! —Se levantó con furia y se marchó de allí dejando a todos sin habla.

Robert se maldijo en silencio, había estado tan absorto intentando deshacerse de su amante, que no había reparado en la presencia de la muchacha.

Ver a su hermano reír divertido fue demasiado, así que apretó los puños y lo ignoró.

# Capítulo 9

Jamie observaba a su hermano despedir a su amante con poca galantería, a pesar de que la joven había reaccionado muy bien ante su desplante. Sonrió con seguridad ante lo que le esperaba, nunca había ocurrido algo así, ambos enamorados de la misma muchacha.

Conociéndolo sabía que no conseguiría nada. Si algo había aprendido estos días desde que conoció a Caitrin, es que no aceptaría un matrimonio a prueba, y su hermano hace tiempo que juró no casarse de otra forma. Eso, añadido al miedo que parecía tenerle la joven, lo dejaba en clara ventaja; y la necesitaba mucho, ya que sabía que Robert cuando se proponía algo, peleaba por ello hasta la extenuación. Pero esta vez no se dejaría vencer.

—No puedes obligarla a aceptar tu proposición —Jamie amonestó a su hermano.

—Y no lo haré. —Sonrió satisfecho por cómo se estaban desarrollando las cosas—. No lo necesito.

—Tampoco puedes convertirla en tu amante, ella se merece respeto.

—¿El mismo que le has dado al alojarla en tu alcoba? —atacó el *laird* conteniendo su furia.

—Tú lo has dicho, la alojé allí, pero no compartí lecho. He estado durmiendo con los hombres en la sala —replicó indignado el menor.

—Da igual, no voy a renunciar a ella. —Pensó en cómo ganársela y se le ocurrió llevarla al río Spey. Sería una buena forma de conseguir su confianza. Luego sonrió, solo de pensar en el premio.

Jamie se marchó enfadado, fue a las cuadras y con furia montó en su caballo para ponerlo al galope. Salió del castillo dejando tras de sí una estela de polvo. Los vigías se preguntaron por lo que podría ocurrirle al joven hermano del *laird* para salir como si le persiguiera el demonio.

Robert sacudió la cabeza ante la rabieta de su hermano. Comprendía que le gustara Caitrin, claro que sí, ni él mismo podía escapar del hechizo que la joven había tejido a su alrededor.

Duncan se acercó a su *laird* para darle parte de la patrulla que acababa de regresar. Notó el despiste del joven, pero no supo a qué achacarle su distracción.

—La patrulla de la frontera con los Innes consiguió arrear el ganado sin problemas, ya se lo han dejado a los ganaderos para que lo lleven al mercado de Lanark.

—Eso les enseñará, que con los Grant no se juega —respondió satisfecho Robert.

—¿Qué le ocurre al joven Jamie? Lo vi salir como si lo persiguiera un demonio.

—Creo que no acepta la competencia.

—Aclárame eso, muchacho —dijo serio su jefe de guerra.

—Los dos pretendemos a la misma mujer.

—Eso sí que es nuevo, ¿qué le ha visto el niño a Nimue?

—No es por ella por quien competimos, sino por Caitrin —hasta su nombre le producía placer al salir por la boca.

—¿Quién es? No me suena a ninguna muchacha de la zona. —Se rascó la cabeza, como si con ello consiguiera recordar.

—No es de aquí, sino de Edimburgo. La trajo Jamie a la fuerza y ahora ella quiere regresar. Pero yo la vi primero —dijo de forma enigmática.

—Espero que no os enemistéis por una mujer. —Sacudió la cabeza y se marchó a la cocina en busca de algo de comer.

Caitrin paseaba por el patio observando a todos los que por allí pasaban, la mayoría eran campesinos que traían mercancías al castillo. Había guerreros que sentados en las troneras vigilaban tanto el interior como el exterior, varios niños jugaban persiguiendo a las gallinas, hasta que una oronda mujer comenzó a gritar y correr tras ellos mientras se reían. Chocaron con un hombre que los cogió a cada uno de una oreja y los obligó a arrodillarse ante la mujer que respiraba agitada por la carrera. Se le escapó una sonrisa ante la forma en que el guerrero manejó a los dos mocosos y se sorprendió al reconocer al *laird*. Sus ojos se encontraron y sintió el conocido escalofrío que recorría su cuerpo cada vez que se cruzaban.

No vio a Jamie entre los guerreros que practicaban con la espada y lo buscó por el patio. Nerviosa al verse rodeada por tantos extraños y, sobre todo, montañeses, decidió volver a su cuarto. Esa noche prefería quedarse sin cenar, que presentarse de nuevo ante todos con su viejo vestido.

Consiguió llegar a la alcoba sin que nadie la detuviera y se quitó la ropa hasta quedarse con la camisola. Se sentía sucia, pero le daba vergüenza volver a pedir un baño. Se metió bajo las sábanas y rogó para que al día siguiente Jamie aceptara devolverla a Edimburgo.

Robert observó el salón lleno de guerreros y mujeres que amenizaban con sus conversaciones el eco de la sala. No quería empezar a comer sin la presencia de Caitrin y miraba con ansiedad hacia las escaleras. Tampoco estaba su hermano y eso le provocaba inquietud, sobre todo si estaba con ella.

Se mordió el labio para contener las ganas de subir y sorprenderlos. Ni, aun así, consiguió calmar la ansiedad. Se puso en pie con tanta rapidez que volcó el sillón, llamando la atención de todos.

—Seguid comiendo, tengo algo que hacer.

Caminó despacio hacia las escaleras mientras los murmullos volvían a apoderarse del espacio. Cuando estuvo seguro de que no lo miraban, subió de dos en dos los escalones hasta llegar a la planta superior. Vio la puerta cerrada y la impaciencia le pudo. Con más fuerza de la que pretendía emplear, empujó y entró en la habitación que estaba por completo a oscuras. Tuvo que achicar los ojos, pero la vio en cuanto se adaptó a la escasez de luz. Se movía de forma errática bajo las sábanas al mismo tiempo que dejaba escapar sonidos de queja. Al principio pensó que no estaba sola y casi se da la vuelta, pero la voz de ella diciendo «no» lo atrajo de nuevo, dispuesto a echar a su hermano a patadas si se había atrevido a forzarla.

Cuando llegó a su lado descubrió que estaba sola y que solo se removía inquieta ante una pesadilla. Se sentó en el filo del lecho y acarició su cabello intentando calmarla. No supo cómo ocurrió, de repente Caitrin se incorporó y se abrazó a él llorando. Robert no pudo hablar, solo la cogió entre sus brazos y bisbiseó mientras seguía acariciando su pelo.

—Jamie, tienes que llevarme a Edimburgo. No puedes dejarme en manos de tu hermano, sé que no estoy segura con él.

Robert sintió que se tensaba ante esas palabras, no sabía qué le habrían dicho a la joven sobre él, pero estaba claro que no fue nada bueno. De repente todos los planes que tenía trazados para conquistarla se le vinieron abajo, la rabia se apoderó de él y no pudo controlarse.

—¿Se puede saber quién te ha metido esas ideas en la cabeza? —dijo en voz baja.

—Todos saben que los *highlanders* son brutos y arrogantes, no se dejan vencer y siempre consiguen lo que quieren. Lo he visto en sus ojos, me quiere a mí y no parará hasta conseguirlo.

—Maldición, muchacha, ¿quién te ha dicho semejantes tonterías?

No pudo responder. En ese momento se abrió la puerta y Jamie entró hecho una fiera y

arremetió contra su hermano. Lo cogió del brazo y tiró de él hasta separarlo de la joven, que asombrada miró al hombre que la había consolado. Las antorchas del pasillo derramaban su luz al interior de la habitación revelando a los dos contendientes.

—Te dije que no podías forzarla ni obligarla. —Jamie empujó a su hermano y logró darle un puñetazo en el ojo al pillarlo desprevenido.

—Cálmate, muchacho, solo la estaba consolando.

Jamie gritó más enfadado al ver que su hermano le robaba a la mujer que quería con malas artes, y volvió a embestir contra él cegado por la rabia y la decepción. Robert consiguió apartarse antes de recibir otro golpe. No quería hacerle daño, pero tampoco podía permitir que le volviera a pegar. De repente la voz de Caitrin detuvo a ambos hombres, que la miraron parpadeando ante la sorpresa de su potente voz.

—¡Ya está bien! Sois unos cretinos ambos. —Miró a Robert y lo señaló—. Tú; no vuelvas a entrar en mi alcoba jamás, y tú —enfrentó a Jamie—, debería darte vergüenza tu absurdo comportamiento. Él no hacía nada malo, me estaba consolando de una pesadilla. Yo lo confundí contigo, pero nada indecoroso ha ocurrido, más allá de la horrible escena de ver a dos hermanos pelear como niños, a pesar de los años que calzan. Quiero que os marchéis de aquí, ¡salid de mi cuarto y no regreséis, a no ser que seáis invitados por mí!

Avergonzados ambos salieron del cuarto pidiendo perdón. No se miraban entre ellos, aunque sabían que tenían que hablar y poner en claro esa situación.

# Capítulo 10

Robert se marchó al patio para dar instrucciones de vigilancia en el castillo y enviar las patrullas a las fronteras. No quería que su presencia incomodara a la muchacha y que perdiera otra comida. Sobre todo, porque tenía pensado acortar distancias con ella, pues había preparado un pequeño viaje que estaba seguro de que disfrutaría, y con suerte, se olvidaría de los ridículos temores que le habían inculcado. Pensó con satisfacción que, a partir de ese día, ella sería suya, y así se lo iba a demostrar.

Caitrin sonrió a la muchacha que retiraba los platos con los restos del desayuno. Quería recorrer de nuevo las murallas del castillo y comprobar si había alguna puerta que no estuviera tan vigilada. Tenía claro que Jamie no la iba a llevar de vuelta a Edimburgo, y no se fiaba del *laird* para un viaje tan largo y a solas. Saludó a la joven que el día anterior se había mostrado demasiado familiar con el *highlander*, y salió del salón con la seguridad de que nadie la detendría. Estaba en la puerta cuando un cuerpo obstruyó su camino, quiso disculparse y al levantar la mirada se encontró con esos ojos oscuros que la hacían temblar.

—Buenos días, muchacha, justo entraba a buscarte. —Robert sonrió a la joven con simpatía.

—Disculpe, *laird*, salía ahora a pasear por las murallas —Caitrin bajó nerviosa la cabeza.

—Estoy seguro de que te gustará más pasear por el sitio donde te voy a llevar. —Tomó su codo con familiaridad y la obligó a caminar junto a él.

—No creo que pueda acompañarlo —tartamudeó nerviosa.

—Tonterías, seguro que disfrutarás del lugar al que vamos.

El guerrero no se dejó convencer, llegó a las cuadras acompañado de la joven y le hizo una señal al mozo, que de inmediato le trajo su caballo. Montó sobre el enorme animal y se inclinó hacia ella con el brazo extendido. Caitrin observó asustada tanto al jinete como al cuadrúpedo y negó con la cabeza.

—¿Tienes miedo? —preguntó al ver cómo sus ojos se abrían desorbitados—. Sube a la grupa, será un trayecto corto y juro que no te ocurrirá nada. Conmigo estarás segura.

La muchacha, a regañadientes, agarró el musculoso brazo que se extendía hacia ella y se sintió elevada. Por instinto abrió las piernas y se sentó detrás del hombre. Con miedo se agarró a la cintura del guerrero, primero con timidez, pero en cuanto el caballo comenzó a trotar se le escapó un grito y se sujetó con más fuerza al cuerpo caliente delante de ella.

Robert sonrió satisfecho al sentir sus pequeñas manos aferrarse a su cintura. Algo dentro de él despertó y no era el momento, por lo que miró el paisaje e intentó enfriar su ánimo. Guio el caballo por el sendero que conducía a la ribera del río Spey. Dobló el recodo y quedó de frente al pequeño meandro que formaba la corriente. Cuando llegó a la orilla descendió, y tomó a la muchacha de la cintura para ponerla a su lado.

Caitrin observó con admiración el pequeño paraíso al que la había llevado el *highlander*, apenas se escuchaba nada, solo el correr del agua que caía hasta el recodo y se estancaba, para unos metros más abajo continuar el camino con más rapidez. Las plantas acuáticas flotaban con tranquilidad y le conferían al agua un color turquesa que sorprendía.

Desde el camino no podía verse ese remanso de paz, y eso le gustó aún más a la muchacha, que soñaba con volver allí sola y nadar. Sería una delicia dejarse llevar por esa corriente y limpiar su cuerpo sudoroso hasta que olvidara la suciedad que acumulaba. No podía ocultar la

ansiedad por meterse en el río y Robert se dio cuenta. Satisfecho por haber acertado en su suposición, sonrió mientras acariciaba el caballo y carraspeó para llamar su atención.

—Tengo que volver al castillo —disimuló un gesto de triunfo.

—¿Puedo quedarme aquí? Prometo que esperaré hasta que venga a recogerme. —Miró al hombre con sus grandes ojos emocionados—. Por favor.

—Está bien, pero te advierto que tardaré más de una hora, no te preocupes si me retraso.

—Estaré aquí pensando —dijo deseosa de quedarse a solas.

—¿Podría ser que pensaras en mí? —Acarició su mejilla con un dedo dejando un ligero temblor en ella—. Volveré pronto.

Robert saltó sobre el caballo y la dejó en el remanso de paz. Hubiera preferido quedarse y disfrutar de su compañía, pero sabía que necesitaba más tiempo para confiar en él. Si solo tenía que darle eso, esperaría ansioso a recoger el fruto de su paciencia. La recompensa bien merecía la pena.

Caitrin esperó a verlo desaparecer entre los arbustos que circundaban el camino. El rápido trotar del caballo dejó de escucharse conforme su silueta se perdía en la distancia y con premura comenzó a quitarse la ropa hasta quedarse solo con la camisola. Se metió en el agua ansiosa por el frescor que prometía y rio emocionada, libre de restricciones. Aprovechó para lavar el corpiño y las mangas, no se atrevió a hacerlo con la falda, pues eso sería tentar mucho la suerte. Colgó las prendas en las ramas bajas de los árboles y volvió a tirarse al agua. Apenas se escuchaba nada que no fuera el ruidoso salto de agua que conducía al remanso.

La joven se dejó llevar flotando y cerró los ojos absorbiendo la tranquilidad, que ese maravilloso espacio le proporcionaba.

Robert estaba ansioso por volver junto a Caitrin y comprobar que su estrategia había dado resultado. Hizo correr su caballo de regreso al río, no sabía si a ella le había dado tiempo a relajarse, pero él no podía aguantar más la impaciencia. La muchacha escuchó el trote del caballo antes de verlo. Terminó de atar la trenza con el lazo y se preparó inquieta a la aparición del montañés. No se hacía ilusiones, sabía que el hombre volvería, que no la dejaría ir así como así.

Al llegar junto a la muchacha saltó del caballo y la observó sonriente. Tenía el pelo húmedo, incluso el corpiño se notaba mojado. Ella se dio la vuelta nerviosa y recogió algunas flores, se sentó en la ribera y comenzó a trenzarlas en una corona, como hacía cuando era niña.

—¿Para quién es? —Robert se sentó a su lado y señaló el florido adorno.

—¿Aceptarías semejante presente? —respondió ella con otra pregunta mientras le guiñaba un ojo.

—Podría, si eso es lo que deseas. —Tomó el extremo y rozó por casualidad sus dedos. Ambos sintieron una extraña sensación que recorrió sus extremidades—. Por ti haría lo que desearas, lo que fuera.

Sus caras estaban tan cerca que se mezclaba el aliento de ambos. Robert cruzó la línea invisible que los separaba y unió los labios a los de su *seelie*. El primer contacto fue explosivo, sacudió sus cuerpos de un extremo al otro. Después de esa primera y excitante experiencia, el *laird* abrazó a la muchacha y se dejó caer sobre el musgo, mientras su boca asolaba la de ella. Al principio con suavidad, pero cuanto más saboreaba esos labios, su ansia por poseerla se acrecentaba. Estaba total y completamente excitado, tanto que dudaba de poder controlarse si continuaba besándola. Pero no podía apartarse de ella, la necesitaba tanto como el aire para vivir.

Caitrin sintió que ese beso rompía todas sus defensas los tiernos óculos que le daba Edward no podían compararse a estos. Su corazón latía acelerado y sus manos cobraron vida propia,

acariciando la piel cálida que quedaba libre de la camisa sin mangas. El olor almizclado que desprendía la volvía loca y perdió el miedo. Gimió en su boca y eso hizo que el hombre se enardeciera más todavía llevando una de sus manos al pecho, redondo, enhiesto y cálido. Su forma se adaptaba con naturalidad al hueco de su palma y lo transportaba al cielo.

Escuchó el sonido del caballo acercándose y deseó olvidar, esconderse allí para terminar lo que tanto anhelaba. No podía apartarse del suave cuerpo que se removía contra él. No ahora que por fin había encontrado la respuesta a lo que tanto había buscado.

—¡Robert!

—Maldición, este chico tiene el don de la oportunidad. —Se incorporó dejando libre de su peso a la joven. Le dio un último beso en los labios aún entreabiertos y posó su frente sobre la de ella al mismo tiempo que dejaba salir el aire resignado—. Será mejor que nos preparemos para la visita.

Caitrin se levantó avergonzada por todo lo que le había permitido hacer al *highlander*. Se colocó bien la ropa hasta quedar decente y se dio la vuelta para no ver a quien se acercaba con tanto ruido.

—Robert, ha llegado una comitiva de los Innes. —Jamie vio a la muchacha de espaldas a él, tenía el pelo húmedo, y podría jurar que la ropa también.

—Lo siento, *seelie*, tenemos que volver al castillo. —Saltó sobre su caballo y la tomó por la cintura poniéndola delante—. Te prometo que en cuanto resuelva esta visita continuaremos con lo que estábamos haciendo.

# Capítulo 11

Caitrin sentía que todo su ser se removía inquieto con la presencia a su espalda del hombre que la había besado. El fuego que la quemaba por dentro no era normal. Eso le demostró que el hombre era un demonio, y la estaba condenando a las llamas del infierno. Ahora más que nunca debía huir de allí. Dirigió la mirada al frente evitando los ojos de Jamie que la observaba casi enfadado.

El joven quería olvidar lo que vio al doblar el recodo, esos dos cuerpos que retozaban en el suelo eran una imagen llena de desolación. Comprendió que había perdido ante su hermano, los labios hinchados de la muchacha y la vergüenza que mostraba eran prueba más que suficiente.

Dejaron los caballos en la cuadra y Caitrin se apresuró a apartarse de ambos. Robert la vio alejarse, pero no podía entretenerse en hablar con ella, debía actuar como *laird.* Los Innes llevaban demasiado tiempo asolando la frontera y había que detener esa absurda rencilla.

—Laclhan los tienes muy grandes para presentarte en mi casa después de tus merodeos. —Robert se acercó al estrado y se sentó en el sillón.

—Creo que en eso estamos a la par, tus hombres se han llevado tantas reses de mis ganaderos, que hemos tenido que reponer casi todo el ganado. —El *laird* de los Innes se acercó a su oponente—. Deberíamos hacer las paces.

—¿Hasta cuándo? No me fío de ti, en cuanto puedes sacar beneficio te olvidas de los tratados.

—Si uniéramos nuestros clanes seríamos familia, ¿qué mayor garantía?

—¿A qué te refieres?

—Mi hermana Marjorie ha quedado viuda y sería provechoso para ambos clanes que nos unieran lazos matrimoniales. —Laclhan no perdía de vista a su oponente, escudriñaba su rostro y gestos a la espera de poder descubrir una debilidad.

—¿Quién se uniría a tu hermana? —preguntó Robert, aunque ya imaginaba quien era el elegido.

—Tú, por supuesto. Si tenemos que unir nuestros clanes que sea por la línea sucesoria.

—Yo no soy libre para desposarme —advirtió malhumorado.

—¿No? ¿Cuándo te has casado?

—Aún no lo he hecho, pero eso no es de tu incumbencia. Pensaré en tu propuesta, pero no para mí, yo ya estoy prometido. —Señaló la salida del salón y vio que el Innes se marchaba iracundo.

Caitrin se ocultó en la cuadra donde los caballos de los visitantes continuaban ensillados. Encontró la solución a su problema en cuanto vio que la comitiva se adentraba en el salón sin que nadie los detuviera. Eso solo podía significar que gozaban de la confianza para andar con libertad por el castillo, así que convencería al jefe de los *highlanders* invitados para que la llevara de vuelta a Edimburgo.

El sonido metálico llamó su atención, se asomó para ver lo que ocurría y vio a un hombre vestido con un *kilt* rojo con cuadrados negros, y líneas azules y amarillas cruzándose. El tintineo lo producía el choque de la espada con los adornos metálicos del *sporran*. El resto de los hombres, vestidos con los mismos colores, seguían a su jefe sin dejar de escudriñar los alrededores. Estaban a punto de montar a caballo cuando la muchacha llamó su atención.

—¡Señor! ¿Puede ayudarme, por favor? —Se puso delante del hombre, aunque le daba

miedo su gesto adusto.

—¿Qué te ocurre, muchacha? —Laclhan pidió a sus hombres con un gesto que se detuvieran.

—Necesito regresar a Edimburgo, pero el *laird* no quiere llevarme —contestó con rapidez.

El *highlander* no se lo pensó, si Robert quería mantener a la muchacha en el castillo, tal vez fuera importante para él. Había esperado descubrir una debilidad en el Grant, y esta era una buena pista.

Se frotó la barbilla mientras pensaba y se le ocurrió que tal vez fuera la joven a la que decía estar prometido. No lo parecía, por lo modesto de su vestuario, pero los Grant eran comedidos en todo; tal vez no considerase adecuado vestir a su futura esposa con los colores del clan. Si llevándosela le provocaba un daño, estaba dispuesto a asumir el riesgo. Después de todo, se había negado a forjar una alianza por medio del matrimonio.

También consideró, que si esta era la moza elegida por el *laird* Grant, al perderla no tendría inconveniente en aceptar la unión de ambos clanes. Sonrió ufano al considerar la situación a su favor. Lo mirase por donde lo mirase, siempre saldría ganando. Saltó sobre el caballo y tomó a la joven por la cintura para ponerla delante de él.

Caitrin se sorprendió al verse alzada, y más aún cuando el *plaid* del *laird* cayó sobre ella ocultándola de la vista de los vigías. El trote de los caballos le hacía rebotar sobre las piernas del hombre. Se dio cuenta de que la rapidez con que ponían camino entre el castillo y la comitiva era casi de una huida y sintió miedo al percatarse de que se había puesto en manos de un desconocido. Arrepentida por su impulsividad apartó la tela de su cabeza para hacerse oír.

—¡Señor! Lo siento, he cambiado de opinión. No quiero molestaros ni alejaros de vuestro camino.

—No te preocupes por eso, muchacha.

Los guerreros pusieron sus caballos a un ritmo tan rápido que le castañeteaban los dientes. Ahora sí que estaba asustada. Maldijo su imprudencia y, sobre todo, al *highlander* que se empeñaba en mantenerla atrapada en su castillo.

Jamie amaneció con dolor de cabeza, la noche anterior bebió mucho, demasiado. Rendirse a la evidencia le hizo daño, pero con la luz del día todo parecía diferente. Le dolió que la muchacha eligiera a su hermano y evitó ver a ninguno de ellos antes de calmar el dolor del rechazo, la vergüenza de la derrota. Entró al salón donde todavía quedaban algunos guerreros tomando la primera comida del día, a pesar de estar bien alto el sol.

—Menuda cogorza te cogiste anoche —Robert gritó junto a su hermano solo para verlo encogerse y cerrar los ojos doloridos.

—Creo que no fue tan grande si estoy levantado a esta hora —contestó sin darle importancia —. Pero tú, ¿qué excusa tienes? No me digas que otra vez la estás esperando para seducirla en el río.

—No te pases de listo. Ella se rindió a mí, acepta la derrota y felicítame. —Le dio varias palmadas en la espalda y se puso en pie para iniciar la actividad del día. Había decidido darle un descanso a la muchacha, pero durante la comida hablaría con ella y aclararía su situación. No tenía tiempo para perder en noviazgos, se casarían en cuanto llegase el padre Brian. Solo esperaba que el hombre de Dios no se retrasase en su regreso.

Caitrin se escondía bajo la manta a pesar del asco que le daba. Olía a humedad y podredumbre, pero era lo único que la protegía del frío de la habitación donde la habían tirado nada más llegar a la torre. Pensó que era solo un alto en el camino hacia Edimburgo, hasta que la puerta se abrió y entró el *laird* Innes; estaba bebido, por lo irregular de sus pasos.

Eso la asustó más que cualquier otra cosa. Había escuchado a su tío en esas condiciones más de una vez, y Mildred le avisó que no se pusiera delante del hombre cuando estuviera beodo, que sus acciones podían ser impredecibles. Se arrebujó en su olorosa cobertura y entre las pestañas vio al *highlander* acercarse más al catre donde estaba ella.

—Ha llegado el momento de cobrarme la deuda. —Se deshizo del *kilt* dejando al aire su masculinidad. Comenzó a acariciarse con rapidez, pero la carne seguía flácida entre sus manos. Caitrin no dijo nada. Abrió mucho los ojos y cuando le vio tocarse los cerró con rapidez, alarmada y asqueada al mismo tiempo. Esperaba que entre los vapores alcohólicos y la oscuridad que comenzaba a inundar la habitación, el guerrero no la encontrara. Se le escapó un grito al notar que le retiraban la manta de encima.

—¡Señor Innes, por favor! —suplicó, mientras intentaba apartar las manos del hombre de su vestido.

—No te preocupes, muchacha, te daré más placer que el paleto de Grant y solo sufrirás el desgaste natural del uso. —Sonrió mientras seguía frotándose sin éxito.

La joven vio que la carne masculina seguía laxa entre las piernas, comprendió que algo en él no estaba bien y se le escapó una carcajada, que contuvo con rapidez al taparse la boca, pero no lo suficiente para que el hombre no la oyera. Avergonzado y enfadado por no poder someter a la muchacha, comenzó a golpearla. El primer puñetazo la hizo callar, se tocó la mejilla asombrada y vio que el hombre volvía a la carga. Asustada, salió del catre tirándose al suelo. Intentó rodar debajo del mismo, pero las patadas del hombre la detuvieron, y se hizo una pelota sobre sí misma con la cabeza entre los brazos para protegerse. Solo cuando escuchó el portazo y la llave cerrar su única vía de escape, se permitió llorar, hasta dejar salir el miedo y recobrar el valor para enfrentar lo que le sucedía.

Se puso en pie despacio, sintiendo que su cuerpo era recorrido por el dolor de un extremo a otro. Se sentó en la mal llamada cama, e hizo un repaso por brazos y piernas hasta comprobar que estaban bien. Luego se tocó la mejilla donde había impactado el primer golpe y notó que estaba hinchada. En las costillas también había recibido varias patadas y estaban adoloridas, pero no rotas. «Si fuera así no podría respirar bien, ¿no?», pensó asustada y resignada a la vez.

Volvió a tumbarse y se quedó encogida sobre sí misma, no solo para conservar el calor del cuerpo, también era una forma de apartar el dolor que los golpes le provocaron.

# Capítulo 12

—Tenemos que ir a buscarla. —Jamie golpeó la mesa para llamar la atención de su hermano, quien estaba en un estado casi catatónico desde que descubrieron que Caitrin se había marchado con el grupo de Innes.

—Ya te he dicho que no tenemos nada para reclamarla, ella se quiso marchar y es libre de elegir —gruñó Robert y vació la cerveza que quedaba en su jarra.

—Puede que se la llevara a la fuerza. Os vi en el río, y ella parecía muy satisfecha con tus atenciones.

—Pues no fue suficiente cuando se largó con Laclhan.

—Es imposible razonar contigo cuando estás así, más vale que te despejes. —Jamie se dio la vuelta para marcharse.

—¡No puedo traerla de vuelta sin un motivo justificado! Si fuera una enemiga, una Grant o mi prometida, podría ir contra los Innes sin problema, pero con la reina intentando que hagamos las paces los clanes del norte, solo un motivo de fuerza podría justificar mi actuación.

Nesa entró al salón con una nueva jarra de cerveza cuando escuchó la contestación de su *laird* a su hermano. Ambos llevaban dos días en ese estado, uno bebiendo y el otro enfadado con todo el mundo. No sabía si lo que les diría serviría para algo, pero al escuchar las razones que necesitaban para ir en busca de la joven, creyó que debía intervenir.

—Perdón mi *laird*, pero la joven Caitrin es una Grant —dijo nerviosa mientras dejaba su carga en la mesa.

—¿Cómo dices? —Robert sintió que se despejaba su mente de repente.

—Ella me confesó que su padre era un Grant y que viajó a Gales por amor. Cuando murieron sus padres tuvo que buscarse un trabajo.

—Mierda, ¿por qué no lo dijiste antes? —preguntó poniéndose en camino con rapidez.

—Lo siento, señor, pensé que lo sabía —lloriqueó la muchacha al verlo salir.

Robert llamó a su jefe de guerra y le ordenó enviar un rastreador en busca de la comitiva de los Innes. Antes de partir necesitaba saber en qué dirección se marcharon, después sacudiría el saco de huesos de ese traidor y acabaría con él. Quería que sufriera. Nadie tocaba su propiedad sin pagar por ello, lo dejaría muy claro para quienes decidieran jugársela otra vez a los Grant.

Jamie vio a su hermano correr en dirección a los establos mientras gritaba órdenes a los guerreros que estaban en el patio. De repente se creó un gran alboroto entre los hombres que sacaban a los caballos y los gritos de premura del *laird* que arengaba a sus guerreros para ir en pos de los Innes a recuperar a una de sus mujeres. Su hermano corrió al caballo para acompañarlo, pero Robert lo detuvo.

—Necesito que te quedes por si hay algún movimiento de ofensiva. —Abrazó a Jamie y saltó sobre su caballo para ir en busca de su *seelie*.

Impusieron un ritmo demoledor a los caballos en dirección al norte, tal y como indicó uno de los rastreadores. Conforme se acercaban a la frontera con las tierras de su enemigo, la oscuridad iba vistiendo el campo con un manto impasible. La tierra retumbaba con el clamor de la lucha en perspectiva y, sin embargo, la paz y el silencio hacían mella en el eco que dejaba la estela de los jinetes.

La torre se levantaba orgullosa en el horizonte cuando cruzaron el río. Se acercaron

escrutando los alrededores, pero no había vigías ni nadie que pudiera alertar de su presencia allí. Robert entró poseído por la rabia, golpeó al primer hombre que se interpuso en su camino y subió los escalones en busca de su enemigo. El siguiente guerrero que interceptó lo lanzó escaleras abajo en su loca ascensión. Al llegar a la sala descubrió a Laclhan sentado a la mesa bebiendo, a pesar de estar ya ebrio. Cuando sus ojos se encontraron, Innes chasqueó la lengua y con voz pastosa interpeló al hombre amenazante que allanó su torre.

—Si vienes por ella, te la puedes llevar. No tiene nada especial —le dio otro trago a su jarra —, pensé que sería más fogosa, pero me ha defraudado.

—Maldito hijo de… —Robert agarró al borracho y le propinó varios puñetazos hasta dejarlo inconsciente en el suelo—. ¡Buscadla! —bramó a sus hombres que se iban deshaciendo de los guerreros Innes y amontonándolos en una esquina.

Caitrin se quejó de dolor cuando se movió al escuchar la puerta, no había vuelto a ver al *laird* desde la noche en que llegaron y la golpeó cuando no pudo forzarla. Esperaba no tener que aguantar otra paliza, ya que no estaba segura de poder soportar más golpes, pues todavía se resentía de los primeros.

El guerrero que entró iluminó la estancia con la antorcha del pasillo antes de continuar registrando las habitaciones de la torre. Había escuchado la queja y no se sorprendió cuando descubrió a la muchacha sentada en el catre. No se detuvo a inspeccionar nada más, dio la alarma, y de inmediato se presentó su *laird*. Llevaba la ansiedad pintada en la cara y cuando vio a la muchacha dejó salir una maldición. Bajó de nuevo las escaleras y se plantó ante el bulto inerte de Innes. No pudo contenerse, arremetió contra él dándole patadas hasta que uno de sus hombres lo detuvo.

—Robert, lo vas a matar y ni se va a enterar, está inconsciente. —Sujetó sus hombros—. Deja que se despierte y que sufra el dolor de los golpes, mientras se pregunta cuando lo atacaremos para erradicar su estirpe de las Highlands.

El *laird* asintió a desgana, se acercó a la salida donde estaba ella sujetada por los brazos de uno de sus guerreros. No pudo soportar que otro hombre la tocara y se la quitó con una delicadeza incomprensible para él, después de la violencia que recorría sus venas clamando venganza.

Subió al caballo sin soltarla y la acomodó delante. Escuchó sus leves quejidos, que atribuyó a la rudeza con la que la trataba a pesar del empeño que ponía en no hacerlo así. Volvió a observar su mejilla amoratada, donde la inflamación había dejado paso a una fea rojez rodeada del amarillo y violeta de un golpe en periodo de sanación. Con delicadeza pasó un dedo por la ofensiva agresión, pero no dijo nada de ella. No podía.

—En cuanto llegue el padre Brian nos casaremos —dijo apretando los dientes.

—No aceptaré un matrimonio a prueba —protestó ella.

—Ni yo. —Dejó salir el aire con lentitud—. Ya has estado con Innes, luego no te dan miedo los hombres. Me conformaré con eso si tú puedes aceptarme como tu *laird* y esposo.

—¿Y si no lo hago?

—No tienes opción, eres una Grant y me debes obediencia.

Con esa última frase dejó cerrada la conversación y se centró en guiar el caballo en la oscuridad, no podía pensar en lo que habían hecho esos dos. Sabía que ella no era culpable, estaba casi seguro de que Innes había obrado con sibilina osadía para mermar la decisión de la muchacha. Otra cosa no tenía sentido, ni lo aceptaría.

# Capítulo 13

Caitrin vio que la llevaban al interior del castillo. Dejaron atrás el salón y sintió miedo a lo que ocurriría cuando se quedaran a solas, podía sentir la tensión en esos músculos desarrollados a golpe de espada. La mirada del hombre le producía pavor, con ese ceño fruncido, y sus ojos... Esa oscuridad no presagiaba nada bueno.

De repente se vio dejada con gran suavidad sobre el mullido colchón. Sorprendida, abrió los ojos para descubrir que no estaba en la alcoba que había sido su prisión desde que la trajo Jamie.

Se puso en pie con algo de dificultad, pues las piernas apenas la sostenían. Llevaba demasiado tiempo inactiva y la debilidad se había cebado con su cuerpo. Antes de que pudiera dar un paso, Robert la sujetó por la cintura y la atrajo contra su pecho.

—¿A dónde te crees que vas? —dijo con voz suave bebiendo de su mirada turquesa.

—Este no es mi cuarto —aseguró nerviosa intentando apartar al hombre.

—Tienes razón, esta es nuestra alcoba. —Aspiró con fuerza el aroma que desprendía. No era el de siempre, estaba camuflado por la humedad que reinaba en la torre Innes, pero ahí estaba, esa dulce fragancia a flores silvestres y hierba. —Descansa un poco, mandaré subir una bañera para tu aseo.

—¿Nuestra? —se quedó callada esperando que la desmintiera, pero solo obtuvo a cambio una sonrisa.

Robert salió del cuarto haciendo uso de toda su fuerza de voluntad. Pensar en su hada, agua y una bañera lo excitaban más que cualquier otra cosa. Buscó al ama de llaves y le dio órdenes para subir el baño de Caitrin, además, mandó buscar el baúl con la ropa de su madre. Ambas debían ser más o menos de la misma estatura, y de momento tendría que valer hasta que la pudiera surtir de vestidos nuevos como correspondía a la esposa del *laird*.

Estaba quedándose dormida cuando entró en el cuarto Nesa, hizo un gesto a sus espaldas y la puerta se abrió de par en par dando paso a varios criados, que dejaron una bañera de madera junto a la chimenea. Tras ellos comenzaron a desfilar más sirvientes cargados con cubos llenos de agua que vaciaban en la tina. Pensó que ya habían terminado cuando entraron dos lacayos portando un baúl que dejaron junto a la ventana.

La puerta se cerró dejándola sola con Nesa que le pidió ponerse en pie. Obediente observó enmudecida que la muchacha quitaba una tras otra todas las partes del vestido, que, tras tantos días, había perdido la capacidad de llamarse así. Deprimida, porque era lo único que poseía, agarró las prendas y las presionó contra su pecho.

—Déjelas en el suelo, cuando me vaya las llevaré a la cocina, seguro que bien lavadas, todavía podrán usarse como trapos.

—De eso nada. —Las sujetó con más fuerza y negó con la cabeza—. Son mías y las quiero conservar —dijo pensando en las joyas de su madre que seguía escondiendo en el bajo de la falda.

—Como quiera, *miladi* —respondió extrañada la joven criada.

Caitrin se metió en la bañera que habían cubierto con una sábana para su mayor comodidad. En cuanto su cuerpo entró en contacto con el líquido caliente, le invadió tal sensación de bienestar que se le escapó un gemido de placer. Nesa sonrió ante la respuesta de su joven ama y comenzó a frotar con delicadeza el cabello. El aroma del jabón de lavanda invadió la estancia y

terminó de relajar a la muchacha, que cerró los ojos y se quedó dormida con la cabeza apoyada en el borde.

La criada aprovechó que la señora reposaba tranquila y decidió recoger el vestido para deshacerse de él. No supo cómo, pero Caitrin sintió que algo ocurría, se incorporó en la bañera y le dio el alto a la muchacha.

—¡Te dije que lo dejaras donde estaba, que lo quiero conservar! —gritó con voz dura.

—Lo siento, solo quería lavarlo antes de devolvérselo —dijo con sencillez pidiendo disculpas.

—Márchate, puedo bañarme sola, y deja el vestido donde estaba. —Hizo un gesto con la mano para que la dejara sola.

Se relajó disfrutando del calor del agua y frotó el cuerpo hasta desprender el aroma a encierro que colapsaba sus sentidos. Se estaba enfriando el líquido de la bañera y decidió salir. Tomó el lienzo sobre el baúl y se secó con calma, después miró sus viejas ropas y se le escapó un escalofrío, solo de pensar en volver a vestirse con él.

Nesa entró al dormitorio y al ver a la muchacha fuera de la bañera se acercó con premura para ayudarla a vestirse.

—No te molestes. Me quedaré con el lienzo, no tengo ropa limpia para vestirme —se quejó Caitrin.

—¿No ha encontrado nada que le esté bien en el baúl?

—¿El baúl? —preguntó ignorante sin saber a qué se refería.

Nesa levantó la tapa y sacó varias prendas, camisolas, faldas, corpiños y mangas. Todo lo fue extendiendo sobre la cama ante el asombro de la joven. Apartó un camisón con aplicaciones de bordados y le pidió opinión a su joven ama.

—Eran de la antigua *lady* Grant, el *laird* nos mandó sacarla y airearla para usted, hasta que le proporcione un vestuario adecuado.

Caitrin se dejó hacer, coló los brazos por las mangas y sintió la suavidad de la tela sobre su piel. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de esa caricia. Se frotó los brazos con las manos y sonrió agradecida, tras ello, la sirvienta la ayudó a que se acostara. Al posar la cabeza en la almohada el aroma de él la envolvió. Solo con eso sintió que se relajaba, y se dejó llevar al mundo de los sueños.

Robert ahogó la rabia todo lo que pudo con una jarra de cerveza detrás de otra. Jamie le miraba hosco sabía que su hermano la había puesto en su propia alcoba y estaba defraudado con él. Le había asegurado que la respetaría, pero en cuanto volvieron la metió en su propio cuarto, desoyendo la petición de que la respetase. Sin poder contenerse por más tiempo soltó un exabrupto y se giró hacia su hermano.

—Te advertí que debías respetar sus deseos y la has metido en tu cuarto.

—No pensarías que iba a dejar a mi mujer dormir en tu lecho un día más. —Se le escapó un eructo y sonrió con cara de borracho.

—¿Qué más da si yo duermo en el salón?

—No quiero que comparta la cama de nadie, ni siquiera la tuya. Ahora es mía y lo he dejado claro ante todos.

—Pero ella no quería un matrimonio a prueba, no puedes obligarla.

—No habrá *handsfasting*, en cuanto llegue el padre Brian nos casaremos.

—No me lo creo, prometiste a padre que no te casarías sin probar a la novia —replicó el menor de los hermanos.

—¿Tú cómo lo sabes? —levantó una ceja—, ¿nos espiaste?

—Fue sin querer. Por eso cuando me hizo la misma petición a mí, me negué a jurar. Le dije que me casaría por amor y que ella me aceptaría, por eso no necesitaría un matrimonio a prueba.

—Da igual, le hice esa promesa en un momento de enajenación. Madre acababa de morir y él recordó a su primera esposa. Intentaba advertirme sobre la debilidad de algunas mujeres.

—Eso significa que, ¿faltarás a tu palabra?

—No, ella ya ha estado con Innes, luego no debo temer ese temor femenino al matrimonio.

—¿Innes la forzó? —Jamie apretó el puño y golpeó la mesa haciendo que todos en el salón se volvieran hacia él.

—No, fue consentido. Incluso me advirtió que no es muy fogosa, pero me da igual, es la mujer que siempre he esperado. —Se le dobló la cabeza y perdió la sujeción de la mano, dejándose caer sobre la mesa.

Jamie negó con la cabeza y sonrió al ver caer a su hermano inconsciente por el alcohol. Jamás pensó que lo vería en esas condiciones, y saber que era por ella le daba un poco de esperanza. Comprendió que hablaba de corazón cuando dijo que era la mujer que esperaba toda su vida.

Caitrin sintió el calor a su espalda, quiso despertar ante esta sensación extraña. En su sueño escuchó la voz del *highlander* susurrarle en su nuca. La vibración le provocó escalofríos y se dejó abrazar por el aroma masculino que le robaba el aliento. Volvió a dejarse llevar por Morfeo, satisfecha con los vapores del calor.

Robert intentó abrir los ojos, pero el dolor de cabeza no se lo permitía. Su mano tocó la blandura redonda e inconfundible de un pecho, por lo que sonrió satisfecho, aunque ese simple gesto le provocó un nuevo pinchazo en las sienes. De repente un grito estalló en su oído taladrando su cabeza, haciendo que se apartara desesperado por encontrar el silencio que calmara el dolor del ruido. A pesar de todo no quería soltar la carne blanda en su mano, y se aferraba a ella como la única forma de encontrar algo de placer en ese caótico despertar.

—Suélteme, gusano inmundo. —Empujó al hombre dándole patadas, y como último recurso, giró la cabeza hasta enganchar el brazo de su opresor con la boca para morderlo con fuerza.

—Maldita sea, mujer. ¡Me has mordido! —Se lanzó al lado contrario de la cama sin perder de vista a la muchacha.

—¿Qué haces en mi cama? —le apuntó con el dedo acusadora.

—Lo primero que debo aclararte es que esta es «nuestra cama», y hasta que me has roto los oídos con tu grito, estaba dormido con placidez.

—No hasta que nos casemos —volvió a gritar solo por el placer de verlo encogerse.

—Calla mujer, o acabarás conmigo antes de que el padre bendiga nuestra unión. —Se levantó sujetando la cabeza.

Caitrin se quedó con la boca abierta al ver que se ponía en pie sin nada de ropa que tapase su pudor. No podía apartar la vista de ese cuerpo dorado y oscuro. Se deleitó con la imagen que presentaba ante ella, y capturó cada uno de los músculos y cicatrices para memorizarlos. Al bajar su mirada por el torso, sus ojos se toparon con su masculinidad erguida, orgullosa, entre una masa de pelo oscuro. Tragó saliva y apartó la cara avergonzada por su comportamiento.

Robert soltó una carcajada ante la expresión que vio en la muchacha, y de inmediato se quejó apretando el puente de la nariz entre sus dedos. Cogió el *plaid,* que abandonó la noche anterior sobre el baúl y se lio en él para escapar de allí. Antes de salir se volvió hacia la mujer que miraba nerviosa hacia la ventana. La cogió en brazos y la besó como siempre había deseado, dejando

que la pasión que le consumía se trasladara a ella. Antes de dejarse llevar por algo de lo que se arrepentiría, la soltó y salió de la alcoba con una sonrisa satisfecha en la cara.

# Capítulo 14

Después de asearse en el establo, se dirigió al salón para tomar algo consistente que ahuyentara el dolor de cabeza y la resaca de la noche anterior. Sus labios se curvaron hacia arriba, al recordar el encuentro de esa mañana. El futuro se le presentaba prometedor y auguraba un placer como nunca imaginó, tal y como le dijo su padre que le ocurriría con la mujer adecuada. El recuerdo de su progenitor y su temprana pérdida le entristeció, aunque no tanto para eclipsar la felicidad de ese día.

Jamie entró en el salón cubierto de sudor y al ver a su hermano en la mesa se acercó sonriente. Se sentó junto a Robert y se inclinó para coger un poco de pan con miel mientras gritaba riendo.

—Está delicioso hoy el pan. No sé qué le habrán puesto, pero, con toda seguridad es el mejor que he probado nunca. —Miró de reojo a su hermano, que se encogía con cada palabra que gritaba, y casi se cae del sillón al reír a carcajadas.

—Deberías mostrar más respeto por tu *laird* —gruñó antes de beber otro trago de cerveza.

—Eso no es nada —masticó con ganas el pan—, ayer casi nos herniamos al llevarte a tu cuarto, es justo que hoy padezcas la resaca.

—¿Me metisteis en la cama? —Sintió que se le pasaba la resaca de golpe, y en su lugar aparecían los celos por lo que pudieran haber visto sus hombres de Caitrin, al estar dormida en el lecho.

—De nada. Tal vez la próxima vez podrías irte a dormir antes de caer borracho. —Sonrió a su hermano mientras se limpiaba la boca con la manga.

—Podríais haberme dejado aquí. En cuanto me hubiera despertado habría subido por mi propio pie —replicó conteniendo el enfado.

—Lo mejor es que no te dejes vencer por el alcohol y pares antes de caer borracho. No me gustaría perderte por una mala caída.

Jamie iba a seguir hablando cuando se dio cuenta de la presencia de la muchacha en la entrada del salón. Su corazón se aceleró, como siempre le ocurría al verla, y el dolor de saber que ya no sería suya, le hizo contenerse.

Robert levantó la cabeza y siguió la mirada de su hermano. El impacto visual le cortó el aliento. Allí estaba su hada, vestida con un traje de color celeste que hacía brillar sus ojos con una luz mágica. No podía apartar la mirada de su rostro. Se levantó de inmediato como si le poseyera un espíritu y se acercó a la muchacha olvidándose de dónde estaba, y sin prestar importancia a los que se quedaron asombrados al ver a su *laird* enajenado por una simple mujer.

Nimue presenció el encuentro mordiéndose la lengua. Quería coger por el cabello a esa insulsa niña y sacarla fuera del castillo, pero sabía que, si lo hacía, quien saldría perdiendo sería ella. Controló su carácter a duras penas y con pasos decididos se acercó a la pareja, que se miraba absorta el uno en la otra. Sin contemplaciones, se metió en medio y tomó del brazo a la usurpadora, ante la expresión ceñuda de Robert, que no tuvo tiempo ni de protestar.

—Ven a sentarte, querida, he pedido que te pongan un plato. —Estiró los labios en lo que pretendía que fuera una sonrisa y obligó a la muchacha a acompañarla.

Jamie oscureció la mirada al ver cómo la examante de su hermano llevaba a Caitrin a la mesa. Observó a este que seguía fascinado por el lento balanceo de las caderas de la joven y dio

un golpe con la jarra de metal en la mesa. El eco del sonido rompió el hechizo en el que se encontraba el *laird* que se dirigió con pasos rápidos hacia donde se estaba sentando su hada.

Apartó sin disimulo a Nimue y llevó a Caitrin al asiento junto a su sillón. Le dio un coscorrón a su hermano que se levantó de inmediato para cederle el sitio a la muchacha.

—No es necesario que te levantes, Jamie, puedo sentarme en otra silla —dijo con timidez sin atreverse a mirar al enorme *highlander* que le sujetaba el brazo.

—No te preocupes, preciosa, ya me marchaba. —Le guiñó un ojo y recibió la mirada furibunda de su hermano, lo que le hizo reír a carcajadas mientras salía del salón.

Nimue entró en la cocina con pasos rápidos, no podía dejar que se percataran de su enfado, ante este despliegue de caballerosidad que tenía Robert con su rival. De momento se conformaba con quedarse en las sombras a la espera de la caída de la muchacha. Estaba segura de que, en un par de semanas, el *laird* se cansaría de esa niña y volvería con ella.

En la cocina, las criadas, se afanaban en preparar nuevos platos para llevar a la mesa. La cocinera sonrió satisfecha al ver que la orgullosa examante de su señor ocupaba el puesto que le correspondía. Todavía se daba aires de grandeza y ordenaba al resto de servidumbre como si fuera la señora, pero en cuanto la nueva dama se diera cuenta de lo que hacía, estaba segura de que la pondría de patitas en la calle.

—Lleva otra jarra de cerveza a la nueva —dijo Nimue con desprecio a una de las sirvientas. Mientras, ella cogía una nueva jarra para Robert, quería que la viera junto a su nueva querida. En cuanto se percatara de que no había comparación entre ambas, estaba segura de que volvería a su cama.

Con la jarra de cerveza en la mano se acercó al *laird*, y sin disimulo, se inclinó sobre su hombro izquierdo, rozándolo con su abultado pecho. Al no recibir muestra alguna de que le hubiera afectado, volvió a realizar la misma treta para retirar la jarra vacía. Sus ojos siguieron la mirada del hombre que observaba embobado a la muchacha sin prestarle atención.

—Ese vestido te queda muy bien —dijo con voz ronca Robert sonriendo—, mandaré hacerte diez de este color. Sin duda te hace brillar como un hada.

—No es necesario señor, en cuanto lave y adecente el mío, no necesitaré más —respondió con timidez sin mirarle a los ojos.

—Tonterías, mi esposa no puede ir con harapos. —Cogió la mano de Caitrin y ella se soltó avergonzada.

—No he dicho que me vaya a casar con vos. —Levantó la cabeza y apretó los puños para darse valor.

—Lo harás, has compartido mi cama. —Se levantó enfadado al ver que ella se encogía ante su grito. No quería intimidarla, pero ver que se resistía a él lo enfurecía en demasía.

Ofuscado, Robert se marchó del salón dejando a Caitrin temblorosa en la mesa. Nimue presenció el diálogo con rabia y se contuvo de decir nada, pero una vez se quedó a solas con la muchacha, se sentó en el sillón del *laird* y cogió su mano para consolarla. En realidad, quería golpearla, pero sabía que debía mostrarse amigable con ella. De momento había descubierto que la negativa de la joven a Robert era lo que lo hacía empecinarse en esa relación. Debía convencer a la muchacha de seguir negándose, pues necesitaba tiempo para volver a traer a su cama al señor.

—No te preocupes, se le pasará el enfado. Tú sigue negándote a sus caprichos, es indignante que quiera obligarte —dijo atrayendo hacia ella a la muchacha en un abrazo consolador.

—Solo quiero volver a Edimburgo, me da igual lo demás. —Se apartó de la mujer que

intentaba animarla y se marchó con rapidez al cuarto. Necesitaba pensar en todo lo que le estaba ocurriendo, y con tanta gente a su alrededor le era imposible.

Nimue la vio salir y sonrió al notar lo vulnerable que era. Vio entrar a una sirvienta y comenzó a ordenarle recoger la mesa, ya no quedaba nadie que la recriminase por dar órdenes a las criadas, por lo que podía relajarse. Se disponía a salir al patio de armas para ver entrenar a los hombres con la espada cuando topó con una figura oscura. Al levantar la mirada se dio cuenta de que era un sacerdote. Todo su mundo se vino abajo al comprender el motivo por el que había venido el hombre. Pensó en despistarlo y mandarlo de vuelta a la aldea, pero eso solo retrasaría lo inevitable y la señalaría a ella. Por nada del mundo quería marcharse de allí.

—Disculpa, muchacha, el *laird* me mandó llamar —dijo el padre Brian sonriendo.

—Lo siento, salió disgustado y no sé dónde está. —Agachó la cabeza con falsa humildad.

—No importa, me sentaré a descansar mientras regresa.

Nimue observó al sacerdote dirigirse a la mesa y con una mano ordenó a una criada que le trajera algo de beber al cura. Después retomó su camino, necesitaba alejarse de allí y pensar en algo que la volviera a situar junto al *laird.* No podía dejar que una niña escuálida le arrebatase todo por lo que había luchado.

# Capítulo 15

Robert estaba ensillando el caballo cuando vio aparecer al padre Brian. El mozo le cogió la montura y el religioso fue al castillo sin percatarse de su presencia. Tenerlo cerca le agradó, eso suponía que podría casarse esa misma noche, así que dejó la silla y fue a la cocina en busca de la cocinera. Le ordenó preparar una cena copiosa y abundante para celebrar su matrimonio, la algarabía que se formó, lo impidió salir a recibir al cura. Aceptó las felicitaciones de las mujeres del servicio, y solo con eso su ánimo se volvió risueño.

Al entrar al salón vio marcharse a Nimue con prisa. No le dio mayor importancia, al fin y al cabo, la muchacha había aceptado su abandono y se había puesto al servicio del castillo.

Solo por eso ya debería estar agradecido, pues cuando la dejó, pensó que le organizaría un espectáculo de celos o una rabieta. Nada más lejos de la verdad, la muchacha aceptó que se terminara su relación y no exigió nada a cambio. Creyó que tal vez debería favorecerla de alguna forma, pero ahora mismo no podía pensar en nada más, que en casarse con su hada.

—Padre Brian, ¡muchas gracias por venir tan rápido! —Se acercó al religioso y lo abrazó con confianza.

—Qué remedio hijo, debo tomarte la palabra cuando me avisas de que quieres casarte. —Se carcajeó mientras palmeaba la espalda del *laird* con cariño—. ¿Dónde está la afortunada?

—No lo sé. —Se rascó la cabeza, confundido, porque no pensó que ella pudiera marcharse de nuevo.

—Robert Douglas Grant, ¡no me digas que has perdido a la novia! —Se carcajeó el religioso.

—No se preocupe, padre, la traeré enseguida.

Dando grandes zancadas abandonó el salón y subió a la torre donde estaba la alcoba. Suponía que, al no poder salir fuera del castillo, su hada se encerraría allí como había hecho en el cuarto de Jamie.

Abrió la puerta con brusquedad, sorprendiendo a la joven que estaba sentada junto a la ventana. Los rayos de sol caían sobre su cabello suelto, la visión le sobrecogió como siempre le ocurría en su presencia. El tono castaño del pelo se había vuelto rojizo y se mezclaba con vetas doradas, tenía tanta variedad de los mismos colores, que le confería el aspecto de un hada. Pensó que cada vez que la miraba, se convencía más de que pertenecía al mundo mágico de hadas y duendes.

Con una sonrisa boba se acercó a ella con el deseo de acariciar la suavidad de ese cabello desplegado al sol. Solo al detenerse frente a su figura, reparó en la expresión de terror que tenían sus ojos celestes, y eso le enfadó como nada lo hizo antes en su vida.

—No me mires así —tronó molesto.

—¿Cómo quieres que lo haga, si entras en mi cuarto como un caballo al ataque? —respondió Caitrin olvidándose del miedo que le provocaba su presencia.

Robert sonrió ante el descaro de la muchacha, que aun temiéndolo, encontraba el valor para enfrentarse a él.

—Esta es nuestra alcoba, querida —dio un paso hacia la muchacha que retrocedió de inmediato—, no necesito permiso para entrar. —Sonrió al ver un rayo de luz que parecía jugar con su cabello, saltando de un mechón a otro con diversión.

Ambos se miraron dejando el mundo fuera, sus ojos se acariciaban mientras la piel de sus

dedos sufría por tener contacto con el otro. Robert reaccionó primero, sacudió la cabeza y rompió el hechizo que le provocaba estar en su presencia.

—Tenemos una visita que desea conocerte. —Extendió el brazo para coger su mano, pero ella lo ignoró—. Sígueme —dijo comenzando a andar, enfadado de nuevo al comprobar el nuevo rechazo de su *seelie*.

Caitrin lo siguió todavía algo temblorosa por su presencia. No sabía qué le pasaba con ese hombre, le temía y al mismo tiempo deseaba tenerlo cerca. Observó su espalda ancha cubierta por una camisa sin mangas que le permitía ver sus desarrollados músculos. El *kilt* ondeaba con cada zancada que daba, atrayendo a su mente el recuerdo de esa mañana al encontrarlo desnudo en la cama. Sintió que un nuevo temblor se apoderaba de ella y apretó los puños para ocultarlo. Cuando entraron en el salón, se sorprendió al ver que él se detenía y la cogía por el codo con más fuerza de la normal. Le hacía daño, pero no dijo nada.

—Padre, quiero que conozca a mi prometida, Caitrin Grant —dijo con soberbia soltando su codo para agarrarla por la cintura con posesividad.

El cura se quedó mirando a la joven con el gesto fruncido, le parecía muy joven, tal vez demasiado, por eso se aventuró a preguntar.

—¿Qué edad tienes, querida?

—Cumplí diecisiete años el 3 de junio —respondió con timidez.

—Pareces más joven —dijo sin pensar el sacerdote.

—Lo sé, siempre me lo dicen —contestó avergonzada por su aspecto infantil. No entendía cómo ese fiero guerrero se había fijado en ella, más aun teniendo a Nimue como amante. Al pensar en ello sintió que se enfadaba por el trato que le daba el *highlander*, tanto a ella como a su predecesora.

—Padre, no le he mandado llamar para que interrogue a mi prometida —dijo ofuscado al pensar que el cura pondría inconvenientes a su matrimonio.

—Lo siento, Robert, es mi deber cuidar a mis feligreses y comprobar que no se hace nada contra la ley de Dios.

—Soy el *laird* y ella es una Grant, huérfana, además. Por tanto, me corresponde decidir por ella.

—Entiendo. —El padre Brian se sujetó la barbilla entre los dedos mientras valoraba lo que le estaban diciendo.

—Debo advertir que la joven ha dormido conmigo en mi alcoba, de ahí la premura de la ceremonia. —Sonrió satisfecho al ver la expresión de sorpresa del sacerdote.

—Entiendo, pues no se hable más, esta noche celebraremos una boda.

Caitrin miró horrorizada al cura y se volvió enfadada con el culpable de esa situación. En su interior bullía el fuego de la rebeldía como jamás le ocurrió. Señaló con el dedo a Robert y lo empujó con él, mientras enfadada le decía todo lo que había callado hasta ahora.

—No voy a casarme contigo, hace tiempo que decidí no hacerlo y tú no eres nadie para obligarme.

—Te equivocas, muchacha, soy tu *laird* y como tal me debes obediencia.

—¡Ja! Eso lo veremos. —Se giró con brusquedad y salió al patio antes de que la viesen llorar.

Ambos hombres se quedaron quietos viendo a la joven salir con pasos airados. Robert sintió que se le paraba el corazón al escuchar de nuevo su rechazo, y se prometió que haría lo que fuera por enamorarla. Tenía que conseguir que lo amara.

El sacerdote presintió una lucha de voluntades, aunque no dijo nada más, ya que al joven *laird* le vendría bien un poco de rechazo.

# Capítulo 16

Se había casado. Era increíble, pero sí. A pesar de negarse ante el sacerdote, prevaleció la palabra del *laird*. Sentada a su lado, con las manos en el regazo, se negaba a comer nada de lo que servían en la mesa. Las risas y bromas llenaban el salón y los hombres la miraban de forma obscena. No quería estar allí, pero la habían obligado, por lo que no tuvo más opción. Ni siquiera Jamie se quedó al convite. En cuanto se escucharon los vítores de felicitación al *laird*, salió del salón y no volvió.

—Alegra esa cara, esto es una boda y no un entierro. —Robert no sabía qué pensar de la actitud de su mujer.

—Para mí es un funeral —contestó con amargura, dejando salir las lágrimas que contenía desde que comenzó esa locura.

El *laird* se levantó y tomó en brazos a su mujer ante los gritos eufóricos del clan y las protestas de Caitrin, que lo golpeaba en la espalda para que la bajara de esa indecorosa posición.

Sin hacer caso, subió las escaleras y entró en la alcoba, soltó a la muchacha sin cuidado sobre la cama y se volvió para cerrar la puerta con llave.

Se quedó mirando a su mujer, que renegaba bajo el lío de faldas en que se convirtió al soltarla en el colchón. Cuando por fin asomó, sus miradas se enfrentaron con ardor.

—¿Cómo te atreves? —Caitrin intentó levantarse, pero la mano de él en su hombro la retuvo —. ¡Déjame en paz!

—Tranquilízate, muchacha, solo he actuado como debe hacerlo un esposo en su noche de bodas.

—Pues esta no será nuestra noch… —Robert le tapó la boca con la mano.

—No digas nada de lo que más tarde puedas arrepentirte. —Le guiñó un ojo y se fue al otro lado de la cama donde comenzó a desvestirse sin pudor.

—¿Qué… haces? —Se giró con rapidez antes de ver su torso desnudo.

—Me desvisto, no me gusta que la ropa me incomode. —Se volvió hacia su esposa y levantó una ceja de forma divertida.

—No puedes dormir desnudo —contestó con un hilo de voz.

—Claro que sí. Es más, si quieres hacerlo tú, por mí no hay problema. —Chasqueó la lengua para zanjar el asunto y se irguió en toda su esplendorosa desnudez ante los ojos atónitos de la muchacha—. ¿Te gusta lo que ves?

—¿Eh? —Lo miró con la boca abierta y al darse cuenta de lo que hacía se giró de nuevo avergonzada—. Eres solo un hombre. —«Desnudo», pensó para sí misma guardando en su memoria cada trozo de piel que había visto.

—Ya. —Sonrió satisfecho por su reacción y se metió en la cama antes de que la excitación que estaba sintiendo fuera evidente para su esposa—. Será mejor que te acuestes, mañana será un día intenso.

—No puedo —dijo en un susurro avergonzada.

—Sí que puedes, te prometo que no te tocaré. —Robert se incorporó dejando ver su velludo torso.

—¿Lo prometes?

—Palabra de *laird* —contestó con rotundidad.

Nerviosa, comenzó a deshacer los lazos del corpiño. Le temblaban los dedos y la tarea le costaba más trabajo de lo que imaginó. De pronto sintió que le daban la vuelta, se obligó a mirarlo a los ojos y se perdió en la oscuridad de sus pupilas. Las manos del hombre trabajaron con destreza hasta que dejó libre el torso de la muchacha. Después soltó el lazo que ataba la falda que cayó al suelo con pesadez, formando un manto azul celeste alrededor de las piernas de Caitrin.

Robert deshizo los nudos de la sobremanga de ambos brazos y sacó las abullonadas piezas, hasta dejarla solo con la camisola. El frescor que entraba por la ventana venía acompañado por un intenso aroma a hojas de pino y flores silvestres. La muchacha tembló sin querer y él la atrajo hacia el lecho con mucho cuidado.

Caitrin pensó que se subiría sobre ella y consumaría el matrimonio. En cambio, la atrajo a su cuerpo y la abrazó con ternura. Con ese gesto consiguió que se relajara un poco, a la espera del dolor que le advirtieron que vendría con el acto. Sin embargo, el suave y caliente crepitar de su respiración en la nuca le indicó que se había quedado dormido.

No sabía lo que pensar, por un lado, esperaba la brutalidad de la que eran capaces los *highlanders*, y, sin embargo, estaba decepcionada al comprobar, que el hombre con el que se había casado, no se sentía atraído por ella.

Cerró los ojos y se quedó dormida con el dolor en el pecho que le provocaba esa situación. Antes de caer en brazos de Morfeo, se arrepintió de no haberse casado con el joven Jamie.

Nimue escuchaba tras la puerta, los oyó discutir y después nada. Suponía que los besos de la pareja silenciaban los gemidos de placer que debían sentir, y maldijo su mala suerte. De no ser por esa insignificante niña, ella sería la señora de los Grant. Su mente comenzó a trabajar en las posibilidades para eliminar a su rival, pues seguro que cuando ella no estuviera en medio, el *laird* volvería a llamarla a su cama.

De puntillas caminó hasta su dormitorio que estaba en la planta baja. Otra humillación más que no le perdonaría a la simplona de Caitrin. En vez de ubicarla en una alcoba de la planta alta, la habían relegado junto al servicio, pero ya se ocuparía ella de regresar al lecho del señor.

Caitrin despertó entre los brazos de su esposo. No sabía lo que pensar de él, pues la noche anterior se quedó dormido de inmediato sin intentar nada con ella. Se removió despacio para liberarse hasta que sintió que algo le presionaba en el trasero.

—Será mejor que te quedes quieta —le susurró al oído erizándole todo el vello del cuerpo.

—Solo quiero salir a hacer mis necesidades. —Tragó saliva ante la tensión que se acumulaba en su estómago.

—Está bien. —La soltó y vio que la muchacha se levantaba con rapidez para tomar un *plaid* de la silla—. No tardes mucho. —Carraspeó al notar el joven cuerpo a través de la fina tela iluminada por el sol de la ventana.

Caitrin no esperó más, destrabó la cerradura y salió al pasillo, la puerta junto a su cuarto era un excusado. Entró con cuidado por si había alguien y bloqueó la manivela para que no la interrumpieran. El asiento de madera estaba levantado, dejando ver la caída al vacío. Se sentó con toda la dignidad que pudo y pudo escuchar el líquido abandonando su cuerpo al mismo tiempo que la sensación de bienestar la inundaba. Miró en el interior buscando un paño limpio, pero no había nada para secarse. Con asco, utilizó para ello la enagua que llevaba puesta, y pensó que debía preparar paños de aseo femenino.

Volvió corriendo a su alcoba y se encontró a Robert tumbado sobre el *kilt.* Lo había plisado hasta darle el tamaño adecuado para su cintura, dejando ambos extremos libres. Caitrin observó a

su esposo liarse en la tela y después se levantó sujetándola con un cinturón de piel. Se pasó uno de los extremos por el hombro y lo sujetó con un broche de plata.

Ya llevaba puestas las botas, las llamaban *brogues,* un tipo de zapato rústico de cuero sin muchas decoraciones, adecuado para el terreno accidentado de las Tierras Altas. Dobló los grandes puños de la camisa, y al levantar la cabeza sonrió a la muchacha que lo observaba con la boca abierta.

—Será mejor que te vistas. A no ser que quieras que pasemos el día en la cama. —Le guiñó un ojo mientras cogía un puñal de debajo de la almohada.

Caitrin se acercó con rapidez al baúl que le dejaron el día anterior y buscó entre la ropa. Sacó una camisola limpia, tomó un corpiño de color verde y la falda compañera. Rebuscó hasta encontrar las mangas y la camisa, y comenzó a vestirse sin prestar atención al hombre que no dejaba de observarla.

Al ponerse el corpiño, se dio cuenta de que no tenía cordones, por lo que recogió el del día anterior y se los cambió. Estaba tan abstraída en vestirse que no se dio cuenta de lo que hacía su esposo, hasta que por el extremo del ojo lo vio tomar el puñal y pincharse en un dedo. La sangre brotó con rapidez manchando las sábanas blancas, atrayendo la mirada de la muchacha.

—¿Por qué haces eso? —Intrigada se acercó a ver la rojez que se apoderaba de la blancura.

—No quiero que haya chismorreos sobre la consumación del matrimonio. —Se encogió de hombros, y cuando fue a guardar la *sgian dubh* ella se la arrebató—. ¿Qué demonios…?

Caitrin se pinchó en el dedo y comenzó a soltar gotas de sangre sobre la cama, que se volvió más roja que blanca.

—Que sea mi sangre la que se encuentren en las sábanas. —Señaló el lecho y él soltó una carcajada.

—Pensarán que te he matado por la cantidad de sangre que has puesto. —Volvió a reír divertido, y ella se enfadó.

—No le veo la gracia, tú eres muy grande y yo pequeña. —Miró dudosa su obra.

—Acabas de alimentar mi ego. Esta hazaña se propagará como la pólvora por las Tierras Altas.

—No te vanaglories tanto, es una mentira que puedo aclarar en cualquier momento. —Se puso la pañoleta sobre el escote intentando ignorar la risa del hombre a su espalda.

# Capítulo 17

Robert cogió la mano de su esposa y descendió con prisa los escalones. En vez de dirigirse al salón giró hacia la cocina donde saludó a la cocinera y le pidió el desayuno en una cesta. Estaba todo preparado, Caitrin lo siguió. No tenía más remedio, pues él tiraba de ella a pesar de ir cargado con las viandas.

Al llegar al establo vio que había un caballo ensillado y un mozo lo sujetaba mientras el animal piafaba y rascaba el suelo. Asustada, se detuvo en seco y él la arrastró hasta ponerla junto al equino.

Robert dejó la cesta en manos del muchacho y saltó sobre el caballo, después se inclinó y tomó a su esposa por la cintura, que gritó sorprendida. Recogió el desayuno y lo dejó en manos de la muchacha e hizo correr al animal, que con brío salió trotando por la arcada de acceso del castillo.

Caitrin cerró los ojos asustada, sintiendo solo el viento rozar su piel, mientras el sonido de los cascos del caballo ocultaba el trinar de los pájaros, galopaba pasando bajo las ramas de los pinos que rodeaban Freuchie. Salieron al prado donde ovejas y vacas pastaban con tranquilidad bajo la atenta mirada de un pastor.

Robert saludó a cuantos se cruzaban con él, ella observaba los campos cultivados, y a los campesinos recogiendo los maduros restos de alfalfa que quedaban por anudar. Volvieron a internarse en un bosque de coníferas donde el sonido del agua corriendo, le trajo a la memoria el día que la dejó sola en el pequeño arroyo.

—He pensado que tal vez querrías intimidad para tomar un desayuno de esposos —le dijo al oído haciendo que se le erizara el vello de la nuca.

—¿Podré bañarme? —Suspiró esperanzada.

—No creo que sea conveniente —respondió con voz ronca.

—¡Por favor! —Se volvió hacia él, y sin querer se rozó con algo que se endurecía bajo el tartán de su esposo. Sintió que enrojecía de vergüenza y apartó la mirada.

—Por esto —cogió su mano y la llevó a su entrepierna endurecida—, es por lo que no creo que debas bañarte en mi presencia. No sé cuánto podré resistirme —respondió con un susurro ahogado.

Caitrin ignoró su comentario y observó el camino que les faltaba hasta llegar al recodo donde se acumulaba el riachuelo. Robert sonrió para sí mismo ante la vergüenza de ella. Estaba loco por su esposa, pero debía tener paciencia si quería saborear las mieles del matrimonio.

Se detuvieron en el claro, y Robert la bajó del caballo sin problema. Sacó la manta de la cesta y comenzó a colocar las viandas sobre la frazada. Caitrin miraba con ansias las claras aguas cristalinas que se arremolinaban en el recodo, haciendo brillar el sol en sus ondas.

—Ven a comer —la llamó y dio palmadas en la manta para ofrecerle el sitio.

Caitrin se acercó con resignación y se dejó caer soltando un sonoro suspiro que conmovió al hombre. Sin pensar en ello decidió brindarle la oportunidad de bañarse, aunque ello le supusiera un gran dolor en sus genitales.

—Está bien, puedes bañarte. Pero no te alejes del codo del río, más allá las aguas se vuelven turbulentas.

—¿Te marcharás?

—Sí, pero no muy lejos. Lo suficiente para darte intimidad y acudir a ti en caso de necesidad.

—Gracias. —Lo miró con adoración y él tuvo ganas de besarla hasta dejarla sin sentido.

—No estaré lejos. —Se agachó, cogió un trozo de pan y queso y se perdió entre los árboles.

Caitrin comenzó a desvestirse con rapidez, no se fiaba de que se marchara por mucho tiempo. Dejó en la manta las ropas, y sin nada, se metió en el agua transparente. El fondo del río, algo blando, se levantó a su paso enturbiando la claridad de las aguas. No sintió el frío en su piel, solo la frescura que acariciaba su cuerpo y la necesidad de refrescarse.

Flotó en la tranquilidad del líquido, observando entre las ramas de los árboles que bordeaban el codo, el azul silencioso del cielo que se filtraba, permitiendo que los rayos de sol calentaran el remanso.

Perdió toda noción del tiempo. Ni siquiera pensó en su esposo, que, alejado del claro espiaba entre los árboles conteniendo el aliento y las ganas de reunirse con ella. Escuchó el silencio de los pájaros que lo rodeaban y supo que se acercaba alguien. Maldijo entre dientes y gritó mientras se acercaba a su esposa, que alarmada se metió en el agua para ocultarse.

—Viene alguien, sal antes de que no te pueda ocultar. —Se desprendió del broche y el cinturón quedándose solo con la camisa que le llegaba a las rodillas, luego extendió con los brazos la lana de su *kilt* y esperó a que se enredara en la manta.

Caitrin sentía que le ardían las mejillas. No quería mirarlo a los ojos y se arrebujó en el calor que le brindaba el tartán. No tardó en escuchar el ruidoso trotar de caballos. Miró sus pies desnudos, y al darse cuenta de que su ropa seguía tirada en la manta junto a la comida, se acercó a recogerla con rapidez, ignorando la presión que el hombre ejercía en sus brazos. Consiguió reunir todas las prendas y las guardó bajo el tartán.

Robert echó detrás de él a su esposa, que no protestó pensando en ocultarse de quienquiera que llegase. Con dificultad se puso la falda y la camisa antes de que aparecieran los jinetes. Resignada miró con pena su calzado olvidado junto a la manta y asomó la cabeza a un lado de su esposo.

El guerrero que llegó la asustó más que cualquier otro que hubiera visto antes. Tenía un parche tapando el ojo izquierdo y una musculatura sobredimensionada que anunciaba la fuerza que poseía. El pelo entrecano daba a entender que tenía a sus espaldas más años de los que podría contar ella con ambas manos varias veces.

—Duncan, ¿tan urgente es lo que te trae aquí? —dijo enfadado cuando reconoció a su hombre.

—Traigo una carta de la reina, me dijo que era urgente. —Sonrió al hombre que ayudó a criar, luego le lanzó un rollo lacrado y se dio la vuelta, indicando a los hombres que le seguían que iniciaran el regreso al castillo.

Robert dejó de prestar atención a los jinetes y rompió el sello de la reina. Todavía usaba la flor de lis característica de la corte francesa, donde vivió desde que era un bebé hasta que murió su esposo, el rey Francisco II. Se percató de que el lacre había sido desprendido varias veces. Sin duda su prima, la reina de Inglaterra, no se fiaba de María Estuardo y su antigua pretensión al trono de Inglaterra, de alguna forma había conseguido llegar a la carta para controlar a la escocesa.

Al leer la nota se volvió hacia su esposa y la apremió a vestirse para volver al castillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigada.

—La reina ha convocado a los señores del norte, debo ir a Edimburgo.

Recogió el despliegue de su desayuno de recién casados mientras la muchacha se terminaba de vestir deprisa. Después se volvió a liar en el tartán plisado y se lo ató con el broche y el cinturón. El *sporran* en el centro de su delantera recibió el pergamino doblado, y cuando estuvo listo, se volvió ansioso hacia su esposa.

Regresaron al castillo a toda velocidad mientras los cascos del caballo devoraban sin pausa el espacio que los separaba de Freuchie.

Caitrin quería preguntarle lo que significaba ese llamamiento, pero no se atrevía. Decidió darle tiempo, pues en el camino a Edimburgo tendría ocasiones suficientes para indagar sobre la prisa con que lo llamaba a su presencia la reina de los escoceses. No quería entrar en las polémicas que circulaban sobre la regencia de María de Guisa, la madre de la actual reina. Tampoco sobre sus aspiraciones al trono inglés con el pretexto de que Isabel fue desheredada por Enrique VIII, quien aseguraba que su madre, Ana Bolena, fue infiel al monarca.

Robert apremiaba al caballo que acortaba distancias con celeridad. Al entrar bajo la arcada, descendió de un salto y cogió a su esposa en brazos sin cortesía alguna. Le dejó el animal al mozo y se adentró en el castillo cargando aún a la muchacha.

# Capítulo 18

Todos en el salón se volvieron a mirar al señor cargando a su esposa hacia las escaleras. Las risitas de las criadas se tapaban con las carcajadas de los hombres que entraron detrás de él. Caitrin sentía arder sus mejillas ante semejante despliegue dominante de Robert. No quería dejarlo en ridículo ante sus hombres y la servidumbre, por lo que se prometió que en cuanto se quedaran solos, le diría unas cuantas cosas sobre su forma de actuar.

Casi no le dio tiempo a pensar en lo que le diría cuando se vio depositada en el suelo. Abrió los ojos extrañada y vio que su esposo abría uno de los baúles y comenzaba a sacar ropa de él. Se extrañó de que no le preparasen las mudas que se llevaría, pero como llevaba poco tiempo allí supuso que era así como actuaban.

Caitrin se acercó al baúl que le trajeron y comenzó a sacar los vestidos que pretendía llevarse a ese viaje. Miró el azul celeste y decidió añadir el de color rojo.

—¿Se puede saber qué haces? —Robert cogió ambos vestidos y sin cuidado los metió en el baúl ante la mirada de sorpresa de la muchacha.

—¿Por qué has hecho eso? Arrugarás mis vestidos. —Se abalanzó sobre el baúl y lo abrió ante el asombro de Robert. Con cuidado desplegó de nuevo las ropas pasando la mano por ellas hasta hacer desaparecer las arrugas.

—No vienes conmigo —dijo con voz dura mientras se maldecía por negarle ese viaje.

No quería hacerlo, pero si la llevaba consigo, temía que ella lo abandonara. Después de todo, no habían consumado el matrimonio.

Caitrin experimentó una intensa sensación de desasosiego, observó con la mirada vidriosa a su esposo y reprimió el nudo que se le formaba en la garganta. Quería protestar y convencerlo de que la llevase, pero no se atrevía a enfrentarlo, así que agachó la cabeza y con cuidado comenzó a guardar los vestidos en el baúl.

Robert se maldijo por provocarle ese disgusto a su esposa, pero no podía permitirse el retraso. Además, todavía no tenía claro lo que ocurriría en la corte. Si tenían que salir deprisa, no se arriesgaría a dejar a su esposa atrás ni a exponerla al peligro de cualquier confabulación.

Se acercó a ella y la abrazó por detrás, colocó la barbilla sobre la cabeza y dejó salir el aire en un murmullo, antes de decidirse a hablar. Sintió que se ponía tensa en sus brazos, pero no se movió. Así se quedaron unos minutos hasta que escuchó las carreras en el pasillo, sus hombres estaban preparando sus pertenencias.

El ruido de los caballos en el patio ensordecía el canto de los pájaros que unos minutos antes era tan evocador.

—Tenemos que viajar deprisa, y no podré exigir mucho a mis guerreros si con ello te daño a ti. No quiero que padezcas por nuestra prisa. —Besó su coronilla y aspiró el aroma a flores silvestres que siempre la acompañaba—. Te prometo que estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—Mantendré el ritmo —respondió con un hilo de voz—. Sé que puedo hacerlo, pero si te marchas ahora, pensarán que no me aceptas después del matrimonio. Será muy humillante presentarme ante todos después de que te vayas.

—No pienses en ello, todos saben que voy por obligación y que el ritmo de los guerreros será un martirio para una dama. —Le dio la vuelta y la besó como deseaba hacerlo. Sus labios se

movieron sobre los de la mujer mientras la lengua pidió permiso para entrar en la boca y probar la miel de su dulzura.

La llamada impetuosa en la puerta precedió a la entrada de Duncan, que carraspeó al encontrar a la pareja en tan íntimo abrazo.

—Ya está todo listo. —Apartó la mirada de ellos y se marchó con tanta premura como había entrado.

Robert se apartó de su esposa con pesar, no era el momento de hacer nada y lo sabía. Le dio un apretón contra su cuerpo para que sintiera la excitación que le provocaba, y se acercó a su oreja para susurrarle:

—Correré tanto que no verán ni los colores de mi clan, solo con la esperanza de regresar y hacerte mía. No dudes que ese es mi mayor deseo. Ahora debo partir.

Se apartó de ella con pesar y guardó la muda en las alforjas. Cuando se las echó al hombro y se disponía a salir, sintió que no podía dejarla así. Se agachó, la tomó en brazos, y sus labios volvieron a apoderarse de su boca, mientras las manos masculinas apretaban las nalgas de la muchacha.

La soltó con la misma rapidez y se atusó el pelo. Vio los labios de la muchacha abrirse de expectación, su lengua repasó el contorno de estos, parecía comprobar que seguían ahí. No podía apartar la mirada de esa boca carnosa que le llamaba a saborear de nuevo la dulzura de su interior.

—No quiero que bajes a despedirme al patio, si te veo no podré irme.

Con esas palabras colgando en el aire se marchó y dejó sola a Caitrin, quien se asomó a la ventana para observar la partida de los guerreros. Lo vio de inmediato, su pelo oscuro resaltaba entre todos. Sintió que algo en su interior le apretaba hasta robarle el aliento y cuando se dio cuenta de que él miraba hacia la ventana, se apartó temerosa de que la amonestara.

Escuchó los caballos ponerse al trote y los gritos de los guerreros despidiéndose de todos. Se sentía tan sola y desdichada que las lágrimas brotaron, mientras sin saber qué hacer, se tumbó en la cama y se dejó llevar.

El sueño le venció acompañando su llanto hasta un lugar donde nada le hacía daño, y todo lo ocurrido en las últimas semanas se convertía en una ilusión.

Robert impuso un ritmo demoledor al grupo, aun así, nadie se quejó, ya que estaban acostumbrados a patrullar las tierras del clan; perseguían a quienes se acercaban para arrear su ganado; ayudaban a sus aliados en las rencillas, y acudían con presteza a la llamada de su soberano cuando así lo pedía.

En esta ocasión no era de otra manera. La reina, María Estuardo, llamó al *laird* Grant y cumplirían con su deber. Aunque la joven soberana parecía un poco perdida en su propia tierra, esperaban que se casara pronto y trajera un período de paz a las Tierras Altas.

Duncan miraba a su joven l*aird* que apremiaba a su caballo sin inmutarse. Los guerreros seguían sus pasos sin quejarse, aunque después de tantas horas cabalgando tenían deseos de parar, por lo que se acercó a Robert y le conminó a bajar el ritmo.

—¿Qué pasa? —preguntó enfadado por detener el caballo al trote pausado de su jefe de guerra.

—Los hombres están cansados. De nada te servirá, si llegamos a Edimburgo agotados, así que da el alto antes de que los caballos paguen tu imprudencia.

Robert pensó en lo que le decía su jefe y levantó el puño para dar la señal. Al bajar la mano escuchó el murmullo de alivio de los hombres, que se detuvieron de inmediato, mientras sus

monturas resoplaban recuperando el aliento.

—Haremos noche aquí, preparad el campamento rápido porque mañana saldremos al amanecer.

Los guerreros se acomodaron en un círculo alrededor del fuego, dejando a su señor en el centro de este. Cada uno sacó de su alforja un poco de carne seca y queso. Robert miraba sus caras cansadas y temió haberlos llevado al límite. Ni siquiera se dio cuenta del ritmo endiablado que había marcado, y eso era un error imperdonable, pues debía velar por el bienestar de sus hombres en cualquier circunstancia.

—No te preocupes, todos sabemos que has dejado a tu flamante esposa por esta inoportuna llamada. Nadie duda que harás lo mejor para el clan.

—Lamento no haberme dado cuenta antes, solo podía pensar en llegar pronto a Edimburgo para regresar con ella. —Apretó la mandíbula—. No volverá a repetirse.

Robert se levantó y se acercó a su caballo, necesitaba un poco de intimidad para pensar en lo que haría. No podía permitirse otro desliz como el de hoy, sus hombres merecían todo su apoyo y se lo daría.

# Capítulo 19

Tardaron solo dos días en llegar a Edimburgo. Al igual que otras veces se dividieron para acceder a la ciudad por puertas diferentes, toda precaución era poca cuando se trataba de llegar a la corte. El nido de avispas que por allí pululaba debía mantenerse tranquilo si querían regresar con vida a casa, y para ello la discreción era fundamental.

Robert mandó montar el campamento a las faldas del castillo. Envió un mensaje a la reina, informando de su llegada y se mantuvo alerta con los trabajos del acuartelamiento.

Todo parecía conspirar contra él. Después de una semana esperando la llamada de la reina, estaba decidido a presentarse en el palacio y exigir su cita. Por suerte Duncan lo tranquilizó, pues esa misma tarde les llegó el mensaje para acudir a la presencia de la soberana.

Junto a su jefe de guerra se acercó a Holyrood. No entendía la urgencia de su llamada para después hacerlo esperar en el campamento, encima tuvieron que aguardar en una sala mientras el lacayo informaba.

Mary Fleming se quedó mirando a los dos guerreros. Antes de acercarse, quería descubrir si tenían segundas intenciones, y lo mejor era espiar mientras se les hacía esperar.

—Espero que no se retrasen mucho. —Robert caminaba de un lado a otro en la pequeña habitación donde lo habían hecho pasar.

—Tranquilo, muchacho, ya sabes que a una reina no se le puede meter prisa.

—No estoy tranquilo dejando a mi s*eelie* tanto tiempo sola en Freuchie.

—¿Tu qué? —Duncan se giró hacia su *laird* sorprendido—. No me digas que llamas así a la pobre chiquilla.

—No digas nada, son cosas mías.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y sonrió, nunca imaginó que, siendo tan frío en sus relaciones, utilizara motes para su esposa.

Era algo nuevo y, sin embargo, le hacía pensar que no todo en él era tan estudiado como hacía entender. Empezaba a desmoronarse la imagen del *laird* rígido y guerrero que no mostraba sentimientos.

Robert sacudió la cabeza cortando la conversación, no le hacía ni pizca de gracia que su jefe de guerra le viera como a un muchacho.

Nunca pensaron que acudiría a ellos una de las Marías de la reina. La monarca al regresar de Francia, lo hizo junto a las damas que habían sido su compañía en la corte francesa. Todo el mundo reía de la casualidad o intencionalidad de poner al lado de la joven soberana, cuando solo era una niña, a cuatro pequeñas llamadas por el mismo nombre.

Cuando la joven dama de compañía entró en la sala, sonrió con simpatía a ambos hombres. Se inclinó ante ellos que le correspondieron al saludo.

—Lord Grant, acompáñeme. Su majestad lo espera en su sala de recepción.

Mary no esperó a recibir respuesta, tomó el pasillo hacia su derecha y guio a los hombres hacia las estancias privadas. En el camino se encontraron con varios sirvientes que agacharon la cabeza, pero que, con disimulo, observaban a los guerreros caminar tras la dama de la reina.

Cuando estaban a punto de subir las escaleras, se toparon con el Conde de Moray, James Stuart. Mary se puso nerviosa, como siempre que se encontraba ante el hermano bastardo de María Estuardo. Irguió la cabeza para infundirse valor y saludó al hombre que había regido el

destino de los escoceses a la muerte de María de Guisa.

—Grant, ¿qué te trae de nuevo a la corte? —El conde se detuvo junto a los guerreros con cara seria.

—La reina me mandó llamar. —Robert se mantuvo en el peldaño superior, no quería quedar bajo la altura de Stuart. Ambos eran protestantes, pero el hermano bastardo de la reina tenía ambiciones y él no lo ayudaría a cumplirlas.

—Cuando acabes tu entrevista, reúnete conmigo en el patio de caballos, me gustaría mantener una conversación contigo.

Robert quiso negarse, pero el pequeño golpe que le dio Duncan le hizo contenerse. Asintió con la cabeza y continuó subiendo en pos de la dama de la reina que los esperaba en el rellano de la escalera.

Cuando llegaron a las habitaciones privadas de la soberana, María dio dos suaves golpes a la puerta antes de entrar. Con pasos rápidos se acercó al frente donde se encontraba la alcoba personal de María Estuardo.

—Esperen un momento aquí, mi señora saldrá enseguida. —Mary Fleming se coló en el cuarto y cerró con rapidez. La reina observaba por la ventana el movimiento de guerreros en la entrada del palacio, y se giró en cuanto escuchó la puerta.

—Ya están aquí. Pero debo advertirte de que en las escaleras nos hemos topado con tu hermanastro, quien los ha citado después en el patio.

—Sin duda quiere averiguar lo que le tengo que decir a los Grant. —Negó con la cabeza y sonrió—. No creo que le guste lo que les voy a proponer. Solo espero que no los convenza de negarse a aceptar.

María Estuardo inspiró y se colocó el vestido, pasando la mano por las arrugas invisibles de su falda. Miró a su amiga y le indicó que abriera la puerta, había llegado la hora de la verdad.

Robert se quedó mirando a la mujer que traspasaba el umbral, una vez más sorprendido por su apariencia, pues era muy alta, casi tanto como él. Su porte regio adelantaba su procedencia. Los ojos de color bermejo miraban escrutadores el entorno sin dejarse amilanar y su pelo castaño tenía tonos más claros que brillaban con la luz. Se veía muy hermosa, pero lo que más llamaba su atención era la inteligencia que dejaba ver en su mirada.

La reina sonrió a su hombre y extendió la mano derecha con cortesía mientras esperaba el respeto del *highlander*. Observó sus anchos hombros cubiertos por la chaqueta oscura, donde la única nota de color era la de su tartán. El *kilt* seguía sorprendiéndola, pero consiguió ocultar sus sentimientos.

El hombre era por momentos aterrador, con esa mirada oscura como el pecado. Su gran envergadura llenaba la habitación, y si no fuera porque lo había conocido semanas antes y lo había tratado, estaría pidiendo una escolta solo para hablar con él.

—Lord Grant, me alegro de que haya venido con tanta rapidez —dijo la reina sonriendo con simpatía, cuando el hombre se apartó de ella.

—Mi reina, cabalgué lo más rápido que pude para acudir a vuestra llamada. Por desgracia me han tenido esperando en el campamento una semana. Aun así, espero poder ayudaros en lo que necesitéis —respondió Robert con cinismo, pero sin olvidarse de la galantería.

—Muchas gracias por vuestra pleitesía, lo que tengo que pediros es importante para mí y para Escocia. Como bien sabéis, los lores de la Congregación me disputan el liderazgo por ser mujer y católica, tienen en mi hermano James a un mejor candidato para la corona y solo están a la espera de que cometa un fallo para derrocar mi mandato. Por eso he decidido empezar por

pacificar las Tierras Altas. Las luchas entre clanes nos perjudican ante los ingleses, y no podemos permitirnos esa debilidad. Para ello he decidido tomar medidas. Recuperaré la línea de acción de mi antepasado James I, quien concertó matrimonios entre clanes para erradicar las rencillas. Si a él le dio resultado, creo que será positivo para nuestra tierra. Necesitamos estar unidos si queremos enfrentarnos a Inglaterra.

—Con todos mis respetos, mi reina —la cortó Robert haciendo que sus damas se horrorizaran—. Hace doscientos años la situación era muy diferente a la actual, no creo que solo con un matrimonio se acaben las rencillas entre vecinos.

—A James le fue bien, consiguió la lealtad de los *highlanders* y unificó al pueblo escocés bajo su bandera. Eso es lo que pretendo.

—No lo conseguirá. Ahora no solo nos separan viejas rencillas de vecinos, hay clanes protestantes y católicos. Usted misma ha comprobado que la religión se ha hecho fuerte, algo que antes no ocurría.

—Lo sé. Knox es un verdadero dolor de cabeza que me presiona para que haga algo contra los católicos, porque piensa que tomaré las mismas acciones que mi prima María, la sanguinaria. Por supuesto que no lo haré. No traeré la guerra a mi tierra por un sentimiento religioso. Quiero que haya libertad de culto.

—Pues no veo cómo conseguirá unir clanes de creencias diferentes.

—Para empezar, creo que con usted podría abrir el camino. —Sonrió con picardía—. Los Grant son protestantes al igual que los Moray. He pensado que la unión de ambos clanes beneficiaría a todos, sentaría las bases de la conciliación y muchos otros clanes les seguirán cuando vean el beneficio de estas uniones.

—¿Quién se casaría de estos clanes?

—He pensado que vos seríais un candidato ideal. Sois joven, abierto a escuchar. He observado que el resto de los clanes os respeta y, además, sois bien parecido. —Agachó la cabeza un poco avergonzada al decir esto último.

—Temo no poder aceptar, mi reina, pues hace unas semanas que me casé y no soy libre para ayudaros en esta empresa. —Apretó los puños casi con miedo a su respuesta.

—Nadie me informó de eso. Deberíais haberme invitado a la boda, soy vuestra soberana y como tal debo bendecir la unión de mis más cercanos hombres.

—Yo no lo vi así. Encontré a una chica que llenó mi corazón y actué con rapidez antes de que me la robaran.

María Estuardo parpadeó sorprendida ante la revelación del guerrero. No pensó que un hombre así se dejara llevar por el impulso del amor.

# Capítulo 20

Robert bajaba las escaleras de dos en dos con premura seguido de su fiel amigo y jefe de guerra, Duncan. Pretendía llegar al patio de armas para responder a la llamada de James Stuart y largarse cuanto antes de la corte. Consiguió convencer a la reina de alejarse de la descabellada idea de unir los clanes con matrimonios forzados, pero no las tenía todas consigo. La situación era explosiva y todavía recordaba las revueltas organizadas en los últimos años de mandato de María de Guisa, madre de la actual reina. Más aún cuando sabían a ciencia cierta, que Francia no los apoyaría con un ejército como en ocasiones anteriores. La disputa con Inglaterra estaba en el aire, pues Isabel no olvidaba la reclamación del trono inglés que hizo el rey francés.

James Stuart vio llegar a los dos *highlanders* y despachó al soldado que le sostenía el caballo. Esperó a que ambos se acercaran y señaló una esquina del patio donde quedaba fuera de la vista de ojos y oídos indiscretos.

Robert se acercó sin miedo al hermanastro de la reina, cuando estuvo junto a él lo saludó con respeto. Se quedó a la espera de que le hablara, pues no pensaba decir nada de lo que le había propuesto la reina. Así se lo había prometido y no pensaba romper su palabra.

—Grant, ¿para qué te ha mandado llamar mi hermana?

—No puedo decir nada, señor. Le di mi palabra de actuar con discreción, y creo que eso implica no hablar de ello con quien no esté involucrado. —Levantó una ceja, divertido al ver como enrojecía el semblante del Stuart.

—Si quiero protegerla debo estar informado de todo lo que le acontece. No sería un buen hermano si no actuase así. —Dejó la brida del caballo y le dio una palmada para que saliera corriendo.

—Lo siento, señor, debería preguntarle a ella. Si lo considera oportuno lo hará partícipe de nuestra reunión.

—Te lo estoy preguntando a ti, y por el juramento que hicisteis cuando tomé las riendas de este país deberías responder ya —escupió las palabras con rabia dejando que la saliva salpicara la cara del guerrero, que se limpió sin apartar la mirada—. No volveré a preguntártelo, así que espero la respuesta.

—Lo siento, señor, debéis preguntar a la reina si queréis saber algo más de nuestra reunión.

—Puedo acusaros de fornicación, traición, cualquier cosa para meteros en la cárcel y averiguar lo que tramáis.

—Intentadlo. —Frunció el ceño y se inclinó sobre el hombre que lo amenazaba—. No creo que queráis enemistaros con mi clan.

—No puedo permitir vuestra insubordinación. Soy regente y, aunque mi hermana ostente la corona, es a mí a quien obedecen los clanes.

—Suerte con ello. Cuando vean que seguís el mismo camino que los ingleses habrá reunión, y os garantizo que no será de vuestro agrado cuando comparen procedimientos. Vuestra hermanastra no ha hecho petición alguna que la beneficie, ni a ella ni a sus damas allegadas. Lo que me ha transmitido es su interés por Escocia, ya que quiere que este sea un país libre y unido.

—¿Cómo piensa conseguirlo? —Contuvo la respiración esperando la información,

—Eso deberéis preguntárselo a ella, seguro que querrá haceros partícipe de sus ideas.

Robert se dio la vuelta y caminó con pasos seguros hacia donde lo esperaba Duncan. No

quería darse la vuelta, pero lo hizo, vio al regente con la mirada ofuscada en su persona, y pensó que debía cuidarse de él.

Tal vez había sido imprudente al no plegarse a la petición del Stuart. Pasó al lado de su hombre y juntos regresaron al campamento. La noche caía con rapidez y todavía no podían marcharse, le había prometido a la reina que pensaría su proposición. No para él, pues ya estaba casado, pero su hermano Jamie estaba disponible.

Entraron a la tienda ante la mirada expectante de sus hombres que esperaban la orden de regresar, tal y como les había prometido el *laird* antes de partir al encuentro con la reina.

—Si comprometes a Jamie con la Moray se irá y no volveremos a verlo —dijo Duncan sin poder contenerse más.

—Lo sé. Es un joven impetuoso y pensará que lo hago para apartarlo de Caitrin.

—Lo cual también es verdad —sentenció el mayor, riendo de forma velada.

—Solo en parte. No tengo dudas de que ella me prefiere a mí, dado que tuvo ocasión de casarse con él y no hizo nada. Creo que le tiene cariño, pero nada más.

—Ya, pero si lo comprometes con otra joven, dejas claro que pertenece a otra y que se le han cerrado todas las puertas.

—Cuando aceptó casarse conmigo se le cerraron todas las demás malditas puertas —respondió irritado.

—Ese es el punto, que ella no aceptó casarse contigo, la obligaste con artimañas. —Rio Duncan viendo cómo el joven apretaba la mandíbula para no contestar.

—En todo caso ya está hecho, ella me pertenece y no permitiré que un jovenzuelo siembre dudas en su dulce cabecita.

Robert salió de la tienda airado y se dirigió al único lugar donde encontraría paz, regresó al vado donde la vio por primera vez. En esta ocasión no se distrajo, sabía dónde estaba ella y solo quería recuperar la compostura antes de volver, por lo que se quitó la ropa y se lanzó al agua fría. Imágenes de ella frotando su cuerpo caliente llenaron su mente y no pudo evitar sentir que lo había conseguido, tenía junto a él a la mujer que lo completaba. Un duende apartado de su magia que le daría toda la felicidad que se le había negado hasta ahora.

Terminó sus abluciones y se vistió con rapidez. La humedad de su piel era absorbida por el tartán y se arrebujó en su calor. Cuando regresó al campamento, la noche tenía su luz en el zenit, las sombras que generaba ese brillo plateado daban al campo el aspecto mágico que debía tener el reino de las hadas, y suspiró aliviado de que ella no estuviera allí, pues con toda seguridad regresaría con los suyos.

Se sentó junto a los hombres y aceptó el plato con el guiso que le acercaron. Duncan lo observaba al otro lado de la fogata y sonreía. Hacía mucho tiempo que no veía a su *laird* con miedo a perder algo, y que eso fuera una mujer, le agradaba más todavía, pues era una señal inequívoca de que por fin había sentado la cabeza para formar una familia. Que lo hubiera hecho con una mujer de la que apenas conocían nada, era algo que lo inquietaba, pero hasta que eso no supusiera un problema, debían esperar.

A la mañana siguiente Robert decidió que no podía quedarse más allí. Ordenó a sus hombres que recogieran el campamento y solo, se acercó al palacio para dar la contestación a la reina.

Aceptaría por el bien de Escocia, pero bajo sus propias condiciones, no pensaba enviar a su hermano a ciegas a ese nido de víboras que eran los Moray.

Lo hicieron esperar en la salita de la entrada como el día anterior. Con los brazos cruzados a

la espalda y las piernas separadas para ganar mayor estabilidad, observaba por la ventana el despertar del palacio de Holyrood. Veía transitar el carro de suministros hasta la parte trasera sin que nadie los detuviera. Eso le hizo fruncir el ceño, sería una muy buena forma de colarse en el palacio y atacar desde dentro.

—¿Habéis tomado ya una decisión?

Robert se sorprendió al escuchar la voz de la joven reina. Estaba vestida con sencillez, llevaba un traje de campesina que para nada ocultaba su regia presencia.

—Sí, mi reina, aceptaré el enlace de los dos clanes, pero con la condición de que la chica viva en Freuchie el tiempo suficiente para que se conozcan. Si después alguno de ellos considera que no le gusta ese enlace, podrán romperlo de mutuo acuerdo.

—Eso es fantástico. —Los ojos de María Estuardo brillaron emocionados—. Es muy buena idea hacer que ambos jóvenes se conozcan, de esta forma no será una imposición.

—Espero que tengáis razón y se gusten, porque de lo contrario, puede traer más guerra de la que ya hay.

—No seáis pájaro de mal agüero, seguro que los chicos se gustan a primera vista, me han dicho que la joven Moray es muy hermosa.

—No todo es bueno si ella es hermosa —dijo en voz baja pensando en el duende que lo tenía hechizado y a quien estaba deseando volver a encontrar.

# Capítulo 21

Caitrin observaba a Nimue caminar con tanta seguridad que pensó que, en realidad, era la señora del castillo. Todos la escuchaban y pedían su opinión. Nunca pensó que la examante de su esposo se quedaría en Freuchie como ama de llaves, pero así fue. Y no solo le usurpaba el lugar como ama, se hacía obedecer por los sirvientes, mientras ella no conseguía hacerse con su reconocimiento.

Resignada se encerraba en el cuarto y lloraba por la ausencia de Robert, aunque él tampoco la tomara en cuenta para nada, al menos su atención la hacía sentirse amada y deseada.

Jamie estaba harto de Nimue. Se acercaba a él con un atrevimiento casi obsesivo y siempre estaba a su lado cuando se sentaba a la mesa. Le habían comentado que Caitrin apenas salía ya de su alcoba y tenía ganas de subir y sacudirla para que ocupase su sitio, pero no se atrevía. Después del matrimonio de su hermano, tuvo que partir a la frontera para desahogar la rabia por haber perdido a la mujer que trajo para sí mismo. Entonces se dio cuenta de que, en realidad, no era amor lo que sentía. Le gustaba, sí, pero era más una atracción, y al comprenderlo inició el regreso al castillo.

Su entrada en el patio de armas fue jaleada por los guerreros que estaban preparando su partida y se detuvo lo suficiente para recibir el encargo de su hermano. Debía mantener el orden en Freuchie y velar por la seguridad de todos, mientras él acudía a la llamada de la reina.

Hacía casi dos semanas que su hermano había partido. Su ausencia se estaba empezando a notar, los guerreros se estaban volviendo cada vez más perezosos. Apenas conseguía que unos pocos lo siguieran, el resto patrullaban solo cuando él los enviaba a la frontera, pero se demoraban demasiado en el pueblo. Sabía que no lo estaba haciendo muy bien. De hecho, se sentía ridículo cuando daba órdenes que casi nadie seguía, solo los más jóvenes como él, y eso hería su orgullo.

—La cena llegará enseguida, ya he dado orden a los sirvientes de que la traigan. —Nimue le guiñó un ojo al joven hermano del *laird.* En todo este tiempo apenas había conseguido acercarse a él y temía que no lo conseguiría antes del regreso de Robert.

—Gracias —respondió Jamie con tono sombrío sin mirar a la mujer que se inclinaba sobre él, mostrando el exagerado escote que casi le permitía ver los pezones.

El salón se llenó de risas y charlas mientras las criadas iban poniendo sobre la mesa los platos de guiso. Jamie tomó la cuchara y al probarlo se le escapó un gesto agrio. El estofado estaba insulso y con los escasos trozos de carne que flotaban, apenas quitaría el hambre de un guerrero. Se volvió hacia la examante de su hermano para increparla por un guiso tan malo, cuando escuchó el sonido del cuerno. Alguien llegaba al castillo y no eran horas de visita.

Solo podían ocurrir dos cosas: que los atacaban o que su hermano estaba de regreso, así que se puso en pie con rapidez y salió al patio a pedir explicaciones a los vigías, seguido de varios de sus hombres.

Las puertas del castillo se estaban abriendo y suspiró agradecido, eso solo significaba que quien volvía era su hermano. Ningún vigía permitiría la entrada a Freuchie a un extraño sin antes consultar.

El trote de los caballos inundó el patio de ruido mientras los hombres que llegaban saludaban. Jamie sonrió al ver a su hermano y se acercó al caballo para cogerle las riendas.

Cuando desmontó ambos se fundieron en un abrazo.

Duncan se alegró al ver la demostración de cariño de ambos y satisfecho se ocupó en persona de su caballo. Después de dos días de intensas cabalgatas, bajo la inclemente lluvia, necesitaba un descanso y una buena friega para desentumecer los músculos.

—¿Cómo ha ido todo por aquí? —Robert abrazó a su hermano y juntos entraron al salón, donde los hombres que quedaron a cargo del castillo se levantaron y comenzaron a gritar el lema de los Grant «Craig Elachie».

El recibimiento hizo sonreír a todos como si llevaran mucho tiempo sin verse, se palmearon las espaldas y compartieron las viandas que sobre la mesa estaban dispuestas.

El *laird* buscó a la mujer que le había robado el sueño y cuya presencia añoraba. Decepcionado, comprobó que no estaba en el salón.

—Está en vuestra alcoba. —Jamie tenía ganas de contarle a su hermano lo ocurrido en estos días, pero prefirió esperar a que ella le dijera algo.

—¡Robert! —Nimue se acercó al *laird* meneando con sinuosa cadencia las caderas mientras sonreía—. Bienvenido a casa. —Lo abrazó con confianza, como si entre ellos no hubiera sucedido nada.

—Muchas gracias —respondió algo azorado por la cercanía de esas exuberantes curvas.

—Ven a sentarte, debes estar agotado de tanto cabalgar. —La mujer cogió su mano y tiró de él hacia la mesa hasta sentarlo en el sillón del *laird* y ella se puso a su lado.

Caitrin había escuchado los caballos en el patio y al reconocer a su esposo decidió vestirse y bajar a recibirlo. Con una gran sonrisa en los labios bajó las escaleras y se detuvo al ver el recibimiento que le daba Nimue, esa visión fue un golpe que apenas pudo resistir. Se apoyó en la pared, y oculta comprobó cómo la mujer arrastraba a su marido, quien sonreía con cara de tonto. Enfadada volvió a subir a su alcoba y cerró con suavidad, no quería que descubrieran que había presenciado tan bochornosa escena.

Se quitó el vestido y después de ponerse el camisón se metió de nuevo en la cama. No pudo retener las lágrimas y se dejó llevar por la pena, hasta que sucumbió al sueño.

A Robert le extrañaba que su esposa no saliera a recibirlo, se dio cuenta de que era tarde, pero como habían estado separados tantos días, suponía que ella estaría deseando verlo. Al menos eso esperaba, pues cuando se marchó pensó que su relación iba por buen camino.

Después de escuchar el parte de lo ocurrido en el castillo, no tenía ganas de escuchar más nimiedades, por lo que se puso en pie y le pidió a Nimue que le preparasen un baño en su alcoba. Terminó la jarra de cerveza y se dirigió con rapidez a la estancia.

Al entrar se dio cuenta de que todo estaba oscuro, por lo que encendió la chimenea y se acercó a cerrar la ventana. Al hacerlo se dio cuenta de que ella había estado allí sentada, el mullido cojín todavía mantenía la silueta que el cuerpo de su mujer había dejado al sentarse.

Se giró hacia ella, y al observarla a la luz del fuego de la chimenea recién prendida, se deleitó con la imagen. Se veía tan dulce e inocente como una niña. Estaba a punto de inclinarse sobre Caitrin cuando se abrió la puerta y comenzaron a entrar criados cargados con la bañera y unos cubos de agua caliente.

Nimue se hizo cargo de todo y comenzó a llenar la tina con calma. En su campo de visión más externa distinguía al hombre que miraba a la mujer dormida. Sonrió para sí misma pues sería todo un logro, hacer que el *laird* la tomase en su alcoba mientras su esposa dormía en la cama. Sintió que se derretía y apretó los muslos para calmar su deseo.

—Gracias. Eso es todo, puedes marcharte —Robert lo dijo sin ningún tipo de emoción, había

algo en esa situación que no le gustaba.

—Puedo ayudarte en el baño —dijo con descaro la mujer.

—No será necesario. —Se acercó a la puerta y señaló la salida a Nimue.

—Como desees, mi *laird* —dijo mientras rozaba de forma casual su *sporran*.

# Capítulo 22

Caitrin apretaba los puños para contenerse, había escuchado a la examante de su esposo el ofrecimiento y casi salta sobre ella. Las palabras de Robert resonaban aún en su cabeza. La había rechazado, y solo por eso se mantuvo en su fingida pose de dormida. La puerta se cerró de golpe sobresaltándola en la cama.

—Ya puedes dejar de fingir esposa, estamos solos. —Sonrió al ver la sorpresa en su rostro—. Esperaba que bajaras a recibirme, pero veo que todavía no has aprendido cuáles son tus deberes.

—Sé muy bien cuáles son mis deberes, quien no los conoce eres tú —contestó enfadada sentándose en la cama.

—¿A qué te refieres?, ¿en qué te he fallado? —Divertido comenzó a quitarse la ropa, y solo al escuchar su exclamación se detuvo, le quedaba por quitarse la camisa que le llegaba a las rodillas, por lo que no podía haber asustado a su joven esposa.

—Eres un descarado —dijo tapándose la cara avergonzada.

Robert soltó una estruendosa carcajada y se quitó la última prenda para meterse en la bañera.

—¿Vienes a ayudarme?

—Estás mayor para que te asistan en un baño —respondió ella con ironía, aunque algo avergonzada.

—Lo sé, pero he añorado tanto a mi esposa que me conformo con que me frote la espalda para relajar los músculos.

—Está bien, pero lo hago solo para que me dejes en paz.

Caitrin se acercó a la bañera, tomó el paño y el jabón y los frotó. Comenzó a acariciar la espalda de su esposo con miedo, sus manos apenas le rozaban, pero fue suficiente para sentir que se le ponía el vello de punta. Él tenía la cabeza echada hacia delante para permitirle acceso. La suavidad de sus caricias le hizo soltar un suspiro y sintió que su cuerpo reaccionaba al paso delicado del paño sobre sus músculos doloridos. Si seguía así se pondría en evidencia y haría el ridículo, como si fuera un muchacho inexperto.

Se frotó el pelo y enjuagó la cara ante la sorpresa de la muchacha que se detuvo esperando que volviera a su posición inicial. Pero no lo hizo, en cambio se puso de pie en toda su gloriosa desnudez dejándola con la boca abierta por la sorpresa.

—Creo que ha llegado el momento de que consumemos este matrimonio —dijo con voz ronca mientras salía de la bañera sin perder de vista a la muchacha.

—Creo que deberíamos esperar —dio varios pasos hacia atrás apartándose.

—No me digas que tienes tu sangre de mujer —preguntó con inocencia.

—No, no. Hace una semana que la tuve —le respondió y se tapó la boca al darse cuenta de lo que le había dicho.

—Entonces ya no hay motivo para esperar. Ahora estaré seguro de que el hijo que lleves en tu vientre será mío, y nadie pondrá en duda su procedencia —dijo con naturalidad mientras se acercaba con pasos lentos a la mujer.

—Podría haberte mentido.

—¿Lo has hecho?

—No. —Caitrin agachó la cabeza avergonzada.

—Entonces ha llegado el momento de que me des lo que me corresponde. —La cogió en

brazos y la tumbó sobre la cama.

Caitrin intentó resistirse, aunque sabía que no debía, pero tenía miedo de él, de lo que le haría. Asustada abrió mucho los ojos dejando ver el pavor que le producía. Robert se detuvo un momento al notar el pánico en la muchacha y le acarició la mejilla con dulzura.

—No tengas miedo, no te haré nada que no hayas hecho antes. —Apretó los dientes al decirlo, porque ese tema aún le escocía.

—Pero es que no he hecho esto antes —respondió de forma atropellada—. Cuando me llevó el señor Innes lo intentó, pero no pudo y después me rescatasteis. Nunca he estado con un hombre.

—¡Por Dios! Si lo dices ahora, que sabes que comprobaré la veracidad de tus palabras, debe ser cierto. —Se incorporó para mirarla y tragó saliva antes de levantar el camisón de ella y rasgarlo hasta dejarla desnuda ante él.

Nunca había visto una mujer tan perfecta. La suave curvatura de sus caderas, el vientre plano, los pechos redondos y pequeños coronados por grandes pezones de color coral. Su mirada descendió al vértice de sus piernas donde un nido rizado de color rojizo coronaba su pubis, y sintió que no podría controlarse más, la necesitaba tanto que ya no había tiempo.

Tragó saliva y se impuso disciplina, no podía dejar que la primera vez de su esposa fuera traumática. Se agachó entre sus piernas y sopló los suaves rizos, que movidos por el aire le produjeron cosquillas a la muchacha. El aroma a flores inundó sus fosas nasales y le hizo desear más, necesitaba probar la dulce miel de sus labios, recoger el fruto secreto que guardaba entre sus piernas.

Con pausados movimientos la tomó en su boca mientras ella lanzaba un grito, alarmada. Eso no era lo que había escuchado a las criadas. Jamás pensó que un hombre quisiera poner su boca ahí, pero tampoco quería detenerlo. Le gustaban las sensaciones que le provocaba y en su interior notaba que se arremolinaba un gran nudo. No pudo pensar más, sus oídos comenzaron a crepitar y perdió todo contacto con la realidad. Se vio flotando en un mar de éxtasis del que no le era posible salir. Al final soltó un grito liberador que fue silenciado de inmediato por la boca de Robert.

Sentir sus labios sobre su boca la conmovió de nuevo y se entregó a él sin reservas. Desaparecido el miedo solo le quedaba disfrutar de lo que su esposo le hacía, y debía reconocer que le gustaba mucho. Pensó que tal vez los criados fornicaran de forma diferente a los señores, de ahí su ignorante palabrería sobre el hecho.

Robert vio que ella estaba volviendo en sí, con cuidado se puso entre sus piernas y la miró a los ojos antes de entrar. Con una embestida fuerte y rápida se coló al tiempo que tapaba su grito de dolor con un beso. Se quedó quieto esperando que se acomodara a él y cuando vio que dejaba de llorar se incorporó sobre un codo para no aplastarla.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca.

Caitrin no podía hablar, vio el sudor perlar su frente y asintió con la cabeza, pero como él no hacía nada, pensó que tal vez era ella quien debía hacer algo ahora.

—¿Necesitas que haga yo algo? Debes decírmelo, pues no sé cómo continuar.

Robert comenzó a reír a carcajadas ante el ofrecimiento de ella, ahora sí que no le quedaban dudas sobre su inocencia. La besó para callarla y comenzó a moverse en su interior. Estaba tan deseoso que con solo unos empujones llegó al clímax y sintió que todo su ser gritaba de placer. Jamás había sentido algo así. Entonces supo, que no solo había encontrado a una mujer, tenía a su lado parte de su propia alma, pues hasta que no se encontró con ella, no supo que estaba

incompleto.

# Capítulo 23

Bajaron a desayunar tarde, ya estaban todos los guerreros en el patio de armas entrenando. Robert no soltaba la mano de Caitrin que lo miraba embobada. Después de la noche que habían tenido, solo quería quedarse en la cama y repetir la experiencia, pero le daba vergüenza pedirle tal cosa. Solo por eso accedió a bajar al salón.

Nimue los observó bajar y supo que había perdido, nunca había visto esa expresión en el *laird*. Recordó los gritos que escuchó a través de la puerta mientras espiaba, y sintió que se humedecía de deseo de nuevo. Con rabia se dio la vuelta y regresó a la cocina donde dio orden de que le sirvieran al señor.

Robert besaba cada uno de los dedos de su esposa con adoración. No deseaba otra cosa más que volver al lecho con ella, pero era joven y estaba recién abierta, debía controlarse si no quería hacerle daño. Se conformó con acariciarla y besar cada parte de su cuerpo que quedaba libre.

Ante sus ojos pusieron una jarra de cerveza y un plato de pan con queso. Frunció el ceño al ver que no había nada para su amada, se le ocurrió que no estaría tan mal si él le daba de comer. Le puso la jarra en los labios y ella bebió con timidez, después le metió un trozo de queso en la boca.

Caitrin sintió que se derretía por dentro, la forma en que él le daba de comer era tan bonita y a la vez excitante que decidió compartir el gesto. Le apoyó la jarra en sus labios y él sonrió mientras bebía sin apartar la mirada de sus ojos.

Nimue salió para ver si la niña se volvía enfadada a su cuarto como había hecho otras veces, pero se quedó parada al ver a la pareja disfrutar de tanta intimidad que parecía que estuvieran solos en el salón. En cierto modo así era, pues no quedaba nadie desayunando, y los criados entraban y salían ocupados en sus quehaceres. Verlos así le puso de tan mal humor que se marchó fuera, no quería contemplar la felicidad que destilaban esos dos. No cuando ella había quedado relegada a ser una simple ama de llaves.

Robert no cabía en sí de gozo, tener a su *seelie* junto a él, ver su cara de adoración y placer, eso era lo más maravilloso que le había ocurrido nunca. Esa intimidad con ella era lo que tanto había ansiado y que nunca pensó encontrar. Se acercó a los labios de la mujer y la miró a los ojos, era tan bonita que se le cortaba el aliento. Y era suya, lo había elegido. Ahora estaba seguro, ella se quedaría con él. Sus bocas se encontraron y las caricias de sus manos ya no fueron suficientes para aplacar los impulsos que sentía.

Un carraspeo le hizo abrir los ojos y buscar el origen de tan molesto sonido que le apartaba de ese placer. Al descubrir a Duncan que sonreía frente a él, se apartó con desgana de la muchacha.

Caitrin no sabía dónde meterse. Se sentía avergonzada por dejarse llevar en el salón e intentó levantarse para ir a esconderse a la alcoba, pero su esposo la retuvo y tiró de ella hasta sentarla en sus muslos, mortificándola más todavía.

—Deja que me vaya —dijo lo más bajo posible para que su observador no la oyese.

—¿Por qué? Pensé que estabas disfrutando —replicó algo molesto por su insistente movimiento en su intento de escapar de él.

—Una dama no debe hacer estas cosas en público —susurró con voz entrecortada.

Robert no pudo evitarlo, comenzó a reír a carcajadas, sorprendiendo a su esposa y a su jefe

de guerra. Cuando consiguió contenerse sintió que despertaba en él un ansia que hasta ahora no había sentido. Su cuerpo parecía tener vida propia.

—¿Qué ocurre, Duncan? —preguntó mientras sujetaba con más fuerza a la muchacha sobre su regazo.

—Los hombres quieren saber si haremos entrenamientos y patrulla hoy. —Le guiñó un ojo —. Si me das tu aprobación me ocupo de ello y así puedes pasar un rato con tu esposa.

—Te lo agradezco, Duncan. —Sonrió descarado y le dio un beso en la oreja a su mujer—. Me gustaría llevar a mi mujer a conocer nuestras tierras.

—En ese caso le pediré a varios hombres que os escolten.

—No será necesario, nos quedaremos en los alrededores, hoy no quiero alejarme.

Duncan asintió con la cabeza y se marchó sonriente, el joven *laird* se veía feliz y solo por eso valía la pena echarse más responsabilidades a su edad.

Robert esperó a quedarse a solas con Caitrin y le giró la cabeza para unir sus labios. Tenían un sabor tan delicioso que apenas podía aguantar sin saborearlos un momento más. La muchacha se quejó al notar la presión. Todavía se sentía avergonzada por la exhibición anterior.

—¿Qué ocurre, *seelie*? —murmuró sin despegar la boca de ella.

—Pueden vernos —volvió a quejarse—. Estas cosas es mejor hacerlas en la intimidad.

—No te preocupes, nadie se atreverá a molestarnos.

Volvió a apoderarse de sus labios e ignoró el resto de las protestas. Estaba tan excitado que perdió el contacto con la realidad, solo podía apretarse contra el pequeño y suave cuerpo de su hada. Nimue regresó al salón y al ver que la pareja seguía allí sentada, envueltos en una situación tan descarada de intimidad, se acercó a la mesa y cogió el plato y la jarra vacíos. Ninguno de los amantes le prestaron atención, de tan abstraídos que estaban el uno con la otra. Enfadada tiró el plato al suelo generando un gran estruendo que se acompañó del eco de la estancia.

Sorprendido, Robert se apartó a desgana de su esposa y se puso en pie, dejando que se deslizara por su cuerpo con deliberada lentitud. Miró a quien los interrumpió y frunció el ceño al reconocer a su examante.

—Lo siento, Robert, se me escurrió de las manos. A veces soy tan patosa —fingió con inocencia mientras se daba la vuelta, recogía el plato del suelo y se marchaba.

El *laird* tomó la mano de su esposa y besó sus nudillos antes de acercarla a él, se inclinó y con voz ronca, le susurró al oído.

—Vamos a dar una vuelta por los alrededores. —Besó su oreja y después le dio un mordisquito en el lóbulo haciendo que la muchacha temblara.

Caitrin no podía hablar, se sentía arrollada por su esposo y no sabía definir muy bien lo que le ocurría. Tenía tal necesidad de él que no le importaba nada más, se dejó llevar por su impetuosidad y rio al echar a correr arrastrada por su carrera.

Salieron al patio sin fijarse en las miradas burlonas de algunos guerreros. Robert la llevó a las cuadras donde preparó el caballo, aunque tardó mucho, pues por cada cincha que apretaba se volvía hacia ella y le daba un beso.

# Capítulo 24

Robert puso el caballo a un trote lento, mientras le iba señalando a su esposa los lugares por donde pasaban y le contaba anécdotas que vivió en ellos. Ella lo miraba asombrada por la simpatía que demostraba su esposo. Nunca imaginó que un hombre tan grande y de aspecto tan fiero, podría ser también dulce y amoroso. Pensó que sería muy fácil enamorarse de él y sintió un nudo en el estómago. Ya antes creyó estar enamorada y descubrió la traición, así que no estaba segura de querer sufrir otra vez lo mismo.

Claro que ahora era diferente, pues quien estaba despertando esos sentimientos, ya era su esposo. Miró hacia dónde le señalaba y descubrió el camino que descendía al río donde la había llevado en dos ocasiones anteriores.

—¿Quieres refrescarte? —le susurró al oído esperando que ella asintiera. Nada le gustaría más que disfrutar del baño con su mujer, aunque el día estaba fresco, pues estaban a finales de octubre.

—¿Podemos? —Se dio la vuelta con tanta rapidez que le golpeó en la barbilla, haciendo que le chocaran los dientes al hombre. —¡Ay! Lo siento, ¿te he hecho daño?

—Un poco. —Se masajeó la barbilla—. Tienes la cabeza muy dura.

—Fue sin querer, ¿dónde te duele?

—Aquí. —Señaló el mentón algo enrojecido.

Caitrin le dio un suave beso en la rojez que apreciaba y sintió un cosquilleo al notar la barba incipiente en sus labios. Asombrado por la iniciativa de ella, señaló otro punto más arriba de donde lo besó, y ella sonrió antes de dar otro pequeño óculo.

Tanta dulzura le estaba matando, necesitaba sentirla más y recoger la fuerza de sus labios. Robert se apoderó de la boca femenina y le robó el aliento, mientras se fundían en uno solo, y todo a su alrededor se desdibujaba, pues no importaba nada más que ellos.

Apretando las rodillas sobre el lomo del caballo, lo condujo al sendero que descendía hacia el recodo del río. Allí, ocultos de miradas indiscretas, podría saciarse de estas sensaciones que le robaban el aliento y de las que no parecía hartarse.

El animal conocía bien el terreno y apenas necesitaba guía, por lo que la pareja seguía perdida en sus propias sensaciones, ajenos a lo que los rodeaba. El sonido del agua corriendo entre los guijarros y helechos, creaba un murmullo que arropaba sus sentidos y los transportaba a un mundo mágico. Así lo sintió Robert, que de repente tuvo miedo de que ella pudiera marcharse a ese lugar y perderla.

Un sudor frío recorrió su espalda y se apartó de Caitrin que seguía con los ojos cerrados, inmersa en su propio mundo. La inocencia con que se entregaba a él le hacía sentirse más posesivo todavía, y se enfadó consigo mismo por no poder controlarse. Era una chiquilla y él un hombre, tenía ya 28 años y no debía dejarse llevar como un adolescente inmaduro.

Caitrin sintió la tensión en los brazos de su esposo y abrió los ojos para ver lo que ocurría. Al descubrir que estaban en el recodo del río soltó una exclamación de felicidad. No se percató del ceño fruncido de él, solo pensó en las frescas aguas rodeando su cuerpo, y sintió tal ansiedad por quedarse sola y disfrutar, que habló sin pensar.

—Gracias por traerme. Dame una hora y cuando regreses estaré lista. —Saltó del caballo con agilidad, dejándolo con la boca abierta.

Robert no sabía qué decir. Por un lado, se había quedado embobado al ver su sonrisa, pero por el otro, la forma en que lo despachaba para quedarse sola, no le gustaba. Había pensado compartir el baño con ella y este cambio de planes no le satisfacía.

—Esta vez me quedaré contigo. —Desmontó y ató el caballo a un arbusto mientras cogía la manta que siempre llevaba en las alforjas.

—Pero yo quiero bañarme. —Se volvió hacia su esposo sin saber cómo interpretar sus palabras.

—Y yo también.

Levantó una ceja y comenzó a desliar el tartán de su hombro, luego soltó el cinturón del *kilt*. Se sentó en el suelo y se quitó los *brogues*, después desató las tiras de cuero que sujetaban las *hose;* unas calcetas largas que le llegaban por debajo de la rodilla. Al ponerse en pie, la camisa que llegaba a mitad de los muslos se movió por una ráfaga de viento, dejando ver más de esa piel oscurecida por el sol.

Caitrin tragó saliva cuando a su mente volvieron los recuerdos de lo ocurrido la noche anterior. Sintió el calor subir por su estómago y se dio la vuelta antes de ponerse en evidencia.

No lo escuchó. De repente estaba detrás suyo con su dulce aliento calentándole el cuello. Las manos del hombre comenzaron a desatar las cintas del corsé sin que ella se quejara. Envalentonado por la aceptación de su mujer, fue desprendiendo el pequeño cuerpo de cada una de las prendas que le impedían estar en contacto piel con piel. Solo quedaba la camisa de lino, a través de la cual podía distinguir a la perfección los rosados pezones erectos de su esposa.

Nerviosa por la forma en que la estaba mirando, dio un paso adelante, y antes de que pudiera cogerla saltó al agua como si de una ninfa acuática se tratara.

Robert se quedó paralizado. Por un momento pensó que había huido de él, hasta que la vio salir riendo del agua y comenzó a nadar con agilidad en las tranquilas aguas del recodo del río. Sonrió y saltó tras ella, que dejó escapar un gritito juguetón y comenzó a nadar para alejarse de su lado.

No lo consiguió. Robert tenía mucha mayor envergadura y la fuerza de sus brazadas le hicieron acortar la distancia con rapidez. Cuando la tuvo en sus brazos, ella intentó zafarse y emitía pequeños gritos de alegría y diversión. Eso no fue suficiente para él, que la apretó contra su cuerpo para hacerle sentir la dureza de su deseo. La miró con seriedad y sin decir nada agachó la cabeza hasta posar los labios con ternura en los ya hinchados de la muchacha.

Solo cuando la sintió temblar de frío se apartó con pesar y la sacó del agua sin decir nada. Se quitaron cada uno su camisa y se tumbaron en la manta bajo los cálidos rayos de sol, que en ese momento se alzaba en todo su esplendor en el cielo, salpicado de pequeñas nubes esporádicas que amenazaban con cubrirlo.

Robert envolvió a su esposa con la manta y frotó su cuerpo hasta que entró en calor. Aun así, sus manos no se detuvieron, continuaron pasando con suavidad por la desnudez de ella. Caitrin cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que le provocaban. Nunca se había sentido así y quería más, por eso cuando él se detuvo, se incorporó sobre un codo y se acercó a él sin miedo.

—Sigue por favor, me gusta sentir tus dedos sobre mi piel —dijo avergonzada.

—Lo que desee, mi dama.

Con suavidad dejó vagar sus dedos por cada una de las extremidades de ella. Se detenía en un dedo, luego en otro y así hasta que, satisfecho de haber prestado la misma atención a cada uno, regresaba por las piernas y envolvía sus pantorrillas hasta notar que el vello se le erizaba.

Caitrin sintió cosquillas al notar la mano en la parte de atrás de las rodillas y comenzó a reír.

Extrañado, repitió la caricia, y sonrió al percatarse del extraño lugar donde su esposa tenía cosquillas.

Con una carcajada que sonó algo malévola, la sujetó con un brazo mientras su mano martirizaba la zona y arrancaba risas estruendosas a la muchacha, que no podía defenderse.

—¡Me rindo! —dijo riendo y llorando mientras él, satisfecho, descendía sobre ella y tomaba su recompensa.

# Capítulo 25

Caía la tarde cuando regresaron al castillo, todavía húmedos por el último baño, y sin prestar atención a quienes los miraban asombrados a su paso. Solo tenían ojos para ellos mismos, el mundo exterior no existía.

Robert cogió a su esposa en brazos y la cargó todo el camino, a pesar de las protestas de ella y ante la risa velada de quienes veían a su *laird* portarse como un chiquillo. Al llegar al salón se encontró a Nimue, que tenía una mirada oscura como la noche. No le dio importancia al desaire que la mujer le hacía, solo le ordenó subir agua caliente para un baño y cena para dos a su alcoba.

Caitrin estaba tan feliz que ni se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Estar cada minuto del día junto a Robert le mostró el camino del amor. Pensó que jamás había conocido algo así y tachó de infantiles los sentimientos que una vez tuvo hacia su antiguo prometido, Edward.

Eran dos hombres muy diferentes, de ahí que al principio no pudiera compararlos, nada más que para lo malo. En esos primeros días, siempre salía ganador el vizconde de Stansgate. Su cabello dorado y ojos verdes junto con su porte elegante y delgado eran lo que ella siempre deseó en un hombre. Hasta aquel aciago día en que descubrió la verdad sobre su prometido. A pesar de todo, seguía manteniendo ese ideal caballeroso para un enamorado, algo muy diferente a lo que era el *laird* de los Grant. Un hombre tan alto que intimidaba, y con esa mirada oscura, que parecía atravesar el alma de cualquiera que se le interpusiera. Su piel aceitunada y el cabello negro y largo le hacían parecer un hombre temible.

Esa fue la primera impresión que tuvo, y por ello la intimidaba con su presencia, o más bien con su mirada. Pero ahora ya no. Caitrin no sabía decir cuándo cambió de opinión sobre el *highlander*. Tal vez cuando la llevó por primera vez a bañarse en el recodo del río. «No, ese día todavía lo temía», se dijo intentando recordar el momento en que cambió a sus ojos.

Se estiró en el lecho aún caliente y absorbió el olor de su piel que todavía impregnaba las sábanas. Fue así como empezó todo. Su aroma a cuero y piel, sazonado con la fragancia del bosque la sedujo, y cada una de sus caricias mientras la trataba con paciencia. En realidad, el día que consumó el matrimonio fue el día que la enamoró. En ese momento sintió que era lo correcto, que él estaba hecho para ella. Fue entonces cuando cayó la barrera que los separaba.

Soñadora, abrió los ojos para observarlo, pero descubrió que estaba sola en el lecho. Era la primera vez que algo así ocurría y decidió vestirse para buscarlo. No quería separarse de él ni un solo instante, esos últimos días habían sido maravillosos y no quería perder ni un segundo lejos del hombre que amaba.

Robert salía de la cocina con la bandeja llena de comida, al pasar por el salón se encontró con Duncan que entraba para tomar el desayuno.

—Eres muy amable mi *laird* por traerme el desayuno —dijo con guasa mientras intentaba arrebatar la bandeja al joven.

—No te tomes confianzas, esto es para mi señora. —Se giró un poco para apartarse del hombre que comenzó a reír con descaro.

—Menudo ejemplo estás dando, hermanito. —Jamie desde su asiento en la mesa miró a los dos hombres con cara de enfado y se levantó.

—Tú no eres nadie para cuestionarme —bufó el *laird* al más joven y recibió un codazo de su jefe de guerra.

—Tienes razón, no soy nadie, pero al menos no abandono a mis hombres para meterme debajo de unas faldas.

Robert contuvo el aliento y apretó la carga que tenía en las manos mientras Duncan lo sujetaba por los hombros. Ambos vieron marcharse al joven y el ambiente cargado de animosidad comenzó a asfixiar al *laird*.

—En parte, tiene razón. Desde que volvimos de Edimburgo hace diez días, no te has ocupado de nada relacionado con el clan. Por eso está habiendo murmuraciones.

—Estoy recién casado, no tuve tiempo para estar con mi mujer. —Se dejó caer en un asiento cercano y dejó su carga—. Además, si hubiera algo importante yo intervendría, pero todo está en calma.

—Bueno, todavía está pendiente el encargo de la reina. Quedan pocas semanas para que tengamos que volver a la corte y firmar el compromiso.

—Lo sé. En eso pienso cada día, pero no quiero presionar más a mi hermano. Por eso he pensado decírselo cuando queden pocos días para ir a cumplir el tratado.

—Deberías ir preparándolo y dejar tu arrobamiento por tu esposa para las largas noches de invierno.

Duncan tomó un poco de queso de la bandeja y miró casi con pena a su *laird*. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan feliz, por eso no le había dicho nada hasta ahora.

—Está bien, iré ahora mismo a hablar con Jamie, solo espero que la chica sea tan bonita que le haga desear este enlace.

Robert se levantó del asiento y al recordar la bandeja miró en el salón en busca de una criada. Al ver a Nimue, que se dirigía hacia allí, la llamó con el dedo. La muchacha pensó que quería algo íntimo y sonrió pensando en cómo decírselo a la pequeña esposa del *laird*. Nada le gustaba más que una buena venganza y hacérselas pagar a la joven sería todo un placer, pues todavía no había olvidado que ella le arrebató al hombre que había elegido para casarse.

—Lleva esta bandeja a mi esposa y dile que más tarde me reuniré con ella.

Robert salió del salón en busca de su hermano sin fijarse en la cara de odio que le dirigió la muchacha. Tenía la cabeza puesta en las palabras que necesitaba decirle al joven.

Nimue vio la leche recién ordeñada moverse en la jarra. Tomó la bandeja y no recibió ni una mirada del laird, que la ignoró como si no fuese nada. Rabiosa porque el hombre que la había hecho vibrar entre las sábanas, después la olvidó con tanta rapidez, emprendió el camino hacia la alcoba del señor. Cuando dobló la esquina y comprobó que no había nadie, escupió sobre la leche, y la satisfacción por esa niñería le hizo olvidar el desplante.

Sabía que la joven esposa estaba sola, por lo que abrió sin llamar. La sorprendió intentando atarse el corsé del vestido y pidió perdón en voz baja, aunque lo que quería en realidad, era golpear a la muchacha y sacarla a la fuerza de allí.

—Robert me ha pedido que te traiga el desayuno. —Nimue dejó la bandeja sobre una pequeña mesa y se giró hacia la joven—. ¿Necesitas ayuda?

—Por favor, no puedo atar el corsé por detrás. —Se dio la vuelta y apartó el largo cabello para favorecer el trabajo.

Con manos fuertes tiró y ató las cintas todo lo que pudo, sin escuchar las quejas de la muchacha. Antes de que Caitrin pudiera decir nada, la examante del *laird* salió del cuarto dejando a la joven, que apenas podía respirar.

Nimue sonrió. Contuvo una carcajada al abandonarla, sabía que apenas podía expandir su pecho y que le costaría deshacer el nudo del corsé. Corrió escaleras abajo, pues no quería quedarse cerca por si la muchacha salía en busca de ayuda. Al llegar a las cocinas, avisó a las criadas que no debían molestar a la señora, que estaba descansando, por lo que hasta nueva orden deberían limitar sus tareas a la planta baja.

Era solo una diablura, pero le satisfacía saber que la mujer estaría sola y se las tendría que arreglar por sí misma. Se asomó al patio para ver a los hombres entrenar con la espada y descubrió al *laird* apartado mientras discutía con su hermano.

Decidida, se adentró en la explanada donde practicaban y se acercó lo más que pudo a Robert y Jamie. Tal vez ya no pudiera ser la señora del clan, pero estaba decidida a ocupar una posición privilegiada, y para eso necesitaba tener información.

# Capítulo 26

Robert le contaba a su hermano el tratado que había aceptado con la reina. Sus palabras eran suaves, intentaba que el joven no se alterase, pues conocía su impetuosidad y no quería provocar una disputa. Al menos no ahora.

—¡No me lo puedo creer! —gritó enfadado atrayendo la atención de todos en el patio—. No solo me robas a la muchacha que quería como esposa, sino que además prometes en mi nombre la unión con los Moray a través del matrimonio.

—Yo no te robé nada, ella me eligió —respondió igual de enfadado.

—Claro, cuando no le diste más opciones. Reconoce que todo esto es un plan para librarte de mí, no quieres que esté cerca de ella porque entonces descubrirá el error que cometió al casarse contigo.

—¡No digas estupideces!

—No seas creído, si ella hubiera podido elegir, seguro que no te habría escogido. Ahora lo sabes y quieres quitarme de en medio.

—Yo no he tenido nada que ver, fue la reina quien solicitó mi ayuda, y al no ser libre, el siguiente en la línea natural eres tú. Si hubiera podido poner a otro, te habría dado a elegir.

—Olvídate de eso, no pienso casarme con la Moray.

Jamie salió corriendo hacia los establos, y en unos minutos partió cabalgando como si le persiguiera el demonio. Robert maldijo en voz baja y regresó al castillo. Necesitaba sacar la furia que le mordía por dentro antes de tomar cualquier decisión.

Entró al salón y se dirigió a su asiento sin mirar a nadie más. Nimue lo había seguido. Sabía que estaba enfadado y cuando estaba así, era mejor no acercarse, por eso entró a la cocina y ordenó que le sirvieran al señor una jarra de cerveza y jamón para desayunar. Esperaba que una vez saciado su estómago estuviera de mejor humor.

Caitrin apenas podía respirar, todo se le estaba volviendo negro y supo que se desmayaría si no hacía algo pronto. Vio la bandeja donde la había dejado la sirvienta y se acercó para tomar el cuchillo. La cabeza le daba vueltas y le temblaban las manos. Tuvo miedo de lastimarse, pero era la posibilidad de herirse contra la certeza de morir por falta de aire. Si no cortaba las cintas del corsé moriría asfixiada, eso lo tenía claro. Con el pulso tembloroso llevó el cuchillo a la parte trasera y rezó por pillar al menos una parte de la cinta. Tiró con fuerza, y de inmediato quedó liberada del corpiño.

Tosió y aspiró bocanadas de aire hasta saciarse y conseguir que sus pulmones trabajaran con normalidad. Todavía estaba temblorosa, pero se acercó hasta la silla y se dejó caer. Miró la bandeja del desayuno y sintió que la ira corría por sus venas, la forma en que le ató el corsé para salir con prisa de la alcoba le resultaba sospechosa. Más aún, si tenía en cuenta que la chica fue la amante de su esposo. Sin embargo, no parecía dolida por verse relegada al servicio, o al menos hasta ahora no había hecho nada que lo demostrara. Pensó que tal vez fue un accidente, que no se dio cuenta de lo fuerte que le apretó el corsé, y su marcha rápida fue debida al trabajo.

Caitrin decidió dar el asunto por zanjado y estar atenta a lo que hiciera de ahora en adelante. La próxima vez no la cogería desprevenida. Cambió las cintas del corpiño y se lo volvió a atar, esta vez con suavidad. Se peinó y cuando estuvo lista, cogió la bandeja y bajó a la cocina. Los momentos vividos le habían quitado el apetito y no podía dejar que se echara a perder la comida.

Una chica le tomó la bandeja y sacó los alimentos para alinearlos en la mesa mientras los colocaban en la despensa. Nimue entró en la cocina y vio que todos tenían trabajo. Estaba sedienta y necesitaba algo que le llenara el estómago. Al ver sobre la mesa una jarra de leche no se lo pensó, así que tomó el recipiente y lo bebió con rapidez antes de que la regañaran.

Caitrin salió al patio en busca de su esposo, pensó que tal vez había retomado la rutina del entrenamiento y quería ver sus músculos trabajar con la espada.

El sonido metálico de las armas chocando le indicó el camino a tomar. Sonriendo se acercó al grupo de guerreros que rodeaban a los dos luchadores y fue cuando descubrió que Robert no estaba allí. Decepcionada se dio media vuelta para regresar a la torre cuando sintió un golpe que le hizo perder el equilibrio. Gritó asustada cuando se vio caer a los pies de uno de los luchadores que en su práctica de espada repelía los ataques de su contrincante como podía. Todo sucedió tan rápido que no le dio tiempo a nada.

El guerrero a cuyos pies cayó, tropezó y no pudo repeler el golpe de su adversario, quien en el fragor de la lucha quiso dar el toque vencedor. Lo malo fue, que a quien hincó la punta de la espada, fue a Caitrin que a los pies del soldado quedaba oculta por su corpachón, y cuando el atacante desvió la espada para no herir al soldado, encontró otra carne en la que hundirse.

El grito femenino alarmó a todos los espectadores, que vieron con horror el accidente sin poder intervenir para evitarlo. En cambio, Nimue, sonrió al presenciarlo y sintió renacer sus esperanzas de volver a la cama del *laird*.

Duncan gritaba mientras corría a socorrer a su señora al mismo tiempo que rezaba para que solo fuera una herida sin importancia, pues perderla ahora, sería un golpe demasiado grande para Robert.

Caitrin sintió que la elevaban, pero todo era muy confuso, el dolor no le dejaba pensar con claridad. Sus manos se volvían pegajosas y escurridizas mientras taponaban la herida que había sufrido. El olor metálico de la sangre la envolvía hasta no dejarla pensar en nada más que en la muerte. Se dejó envolver por la oscuridad asustando con ello a quienes la rodeaban.

Robert salió apresurado del salón al escuchar los gritos. Pensaba que los atacaban y quiso estar al mando, pero chocó con la comitiva que portaba el cuerpo sin vida de una mujer. Estaba a punto de preguntar por lo ocurrido cuando descubrió la identidad de la víctima.

Un alarido de dolor asoló el espacio y llevado por el viento hizo que quienes lo escucharon se erizaran. Jamás habían escuchado algo así, aunque lo peor fue ver a su *laird* enajenado, tomar el cuerpo de Caitrin.

Duncan dejó que el muchacho tomara en sus brazos a su esposa, solo para demostrarle que no estaba muerta. Mandó llamar a la curandera, y mientras esperaba su llegada, daba órdenes a todos para preparar lo necesario para curarla. Al mirar a Robert lo descubrió llorando sin consuelo. Estaba parado en medio del salón y apretaba el cuerpo inconsciente de su esposa contra su torso. Al percatarse de que no estaba en condiciones de tomar decisiones, le puso la mano en el hombro y apretó para llamar su atención.

—Robert, muchacho, tenemos que llevarla a un lugar cómodo donde pueda curarla Moira —dijo sin gritar, pero apremiando al joven *laird* a actuar.

—¿Moira? —preguntó alzando la mirada a su jefe de guerra.

—Está herida. Ha sido un accidente, y aunque no creo que sea nada grave, es mejor que lo tengamos todo listo para la llegada de la sanadora.

—¿No está muerta? —Robert estaba todavía confuso.

—Vamos, muchacho, en cuanto la tengamos más cómoda podremos ver el alcance de su

herida, y verás que no es para tanto.

Robert se dio cuenta de que el pecho de su esposa subía y bajaba de forma mecánica. Sus ojos estaban cerrados y, aunque la palidez de su piel era casi mortecina, la calidez que emanaba su cuerpo le decía que no había fallecido. Salió de su enajenación y corrió a su alcoba donde podría ver su herida, saber que su primera impresión era falsa le hizo tomar conciencia de lo que debía hacer.

# Capítulo 27

Escuchaba las voces a su alrededor, pero no entendía lo que decían. En su cabeza las frases se mezclaban con imágenes y daban vueltas sin parar. Estaba tan cansada y tenía tanto calor que con un último esfuerzo se destapó, justo antes de caer de nuevo en la inconsciencia.

Robert apartó a la mujer de su camino cuando vio el movimiento en la cama y se inclinó sobre su esposa. Había sacado los brazos. Hacía mucho que no la veía moverse y sintió alivio al ver que, aunque fuera en sueños, se había destapado. Con cuidado volvió a cubrirla y le dio un beso en la frente sin perderla de vista, pero el calor casi le abrasó los labios. Angustiado, pasó la mano por su cara y comprobó que estaba ardiendo.

—Que venga de inmediato, Moira —le gritó a la mujer que solo unos minutos antes había intentado apartarlo del lecho de su esposa.

—Dijo que ya no podía hacer nada más por ella. —Nimue se puso al otro lado de la cama y comprobó el color rojo de la cara de la enferma—. Tiene fiebre y ya advirtió que si se presentaba, todo quedaría en manos de Dios.

—Haz lo que te digo si no quieres que te expulse del castillo —bramó colérico Robert mirando con odio a la que un tiempo atrás fue su amante.

La mujer salió deprisa de la alcoba rezando al demonio para que se llevara de una vez a la niña, que para ser tan escuálida y poca cosa estaba resistiendo demasiado. Como si estuviera de paseo bajó despacio los escalones hasta llegar al salón, allí miró a los que todavía quedaban y vio al hermano del *laird.* Jamie tenía el mismo aspecto demacrado que su hermano.

Sin quererlo, llamó la atención del muchacho y se maldijo por no haber tomado otra salida. Ya no podía hacer nada, por lo que tuvo que acercarse a Jamie para guardar las apariencias.

—La muchacha arde en fiebre y Robert quiere que traigas a Moira.

—Ahora mismo voy.

Sin perder tiempo, el joven corrió a los establos y ni se molestó en ensillar el caballo, solo lanzó una manta sobre el lomo y saltó sobre él, azuzando con los talones los flancos del animal. En la puerta gritó la orden de abrir, y antes de que terminara de caer el puente, saltó el espacio para cabalgar a la aldea donde vivía la curandera.

Nimue chasqueó la lengua enfadada y regresó a la cocina donde puso al tanto a la servidumbre del estado de la muchacha. Se había convertido en un ritual: ella les daba detalles de todo lo que ocurría en la alcoba del *laird* a cambio de que le guardaran los mejores trozos de comida.

—No creo que le quede mucho. Con la fiebre que le ha subido, [BG1]en poco tiempo pasará a mejor vida —dijo mientras mordía un muslo de pollo y desgarraba la carne sin cuidado alguno.

—Pobre muchacha, tan joven y qué poco le ha durado a nuestro *laird*. —Se persignó una doncella.

—No debió casarse con ella, a la vista estaba que era muy poquita cosa. —Nimue se chupó los dedos para quitar la grasa y después se los limpió en el mandil.

—Él la eligió, y al menos fue feliz durante unas semanas. —La cocinera miró con desagrado a la examante del *laird.*

—Me costará mucho consolarlo —dijo para que la oyeran todos en la cocina, quería dejar bien claro cuál sería su posición de nuevo.

Era noche cerrada cuando regresó Jamie a Freuchie, venía acompañado de la curandera y la apremiaba a llegar a la alcoba con celeridad. En cuanto entraron, Robert se puso en pie angustiado.

—Arde en fiebre, tienes que hacer algo para bajarla.

—Antes debes dejarme ver la herida, nada conseguiremos si hay podredumbre.

Moira destapó a la enferma y cuando vio el color verdoso de la venda que cubría la herida, soltó una maldición. Retiró las tiras y la estancia se llenó de un olor malsano que hizo taparse la boca a todos.

—Ya dije que había que mantener limpia la herida para evitar esto. —Señaló la zona sanguinolenta que estaba inflamada, a su alrededor pequeñas laceraciones de color púrpura afeaban aún más su aspecto.

Con cuidado fue limpiando la costra que cubría la herida, y al hacerlo un líquido de color verdoso, de desagradable olor, comenzó a fluir. La mujer apretó alrededor de la herida hasta que dejó de salir el infectado fluido, sustituido por sangre de un tono rojo intenso. Después sacó un polvo de color gris plateado y lo echó sobre la herida.

Robert sudaba y tenía la cara descompuesta mientras sujetaba a Caitrin, que se quejaba y revolvía en la cama. Al alzar la mirada se topó con los ojos de su hermano y descubrió la misma preocupación que le asolaba a él.

—No puedo hacer nada más. Si es fuerte superará la fiebre. Y pienso que lo es, pues de lo contrario no habría aguantado tanto tiempo con semejante pestilencia en su cuerpo. Entonces solo hay que esperar a que luche contra la podredumbre y la venza.

—¿No puedes hacer nada más? —Robert miró preocupado cómo la curandera recogía todos sus utensilios.

—Solo rezar y mantener lo más limpia posible la herida. —Le ofreció el frasco con el polvo plateado—. Debéis limpiar tres veces al día la lesión y añadir este polvo antes de cubrirla de nuevo con vendas.

Robert cogió la pequeña botella y se despidió de la mujer. Al volverse a mirar a su amada, vio que descansaba algo más tranquila, aunque no había desaparecido del todo la fiebre. Se prometió a sí mismo que limpiaría personalmente la herida, esta vez no delegaría en nadie la salud de su amada esposa.

# Capítulo 28

Caitrin oyó la discusión que la sacó del sopor del sueño, estaba tan cansada que apenas podía moverse, por eso se quedó quieta escuchando a su esposo hablar con la mujer. Se sentía flotar entre brumas y apenas entendía lo que decían, hasta que el silencio la obligó a abrir los ojos. Frente a ella estaba su esposo con la que fue su amante, enzarzados en un abrazo apasionado. Quiso gritar enfurecida por semejante demostración ante ella, pero le fallaron las fuerzas y cayó de nuevo en la inconsciencia.

Robert apartó de un empujón a la mujer y la sacó de la habitación con rabia mal contenida. Ya en la puerta miró a su esposa que dormía todavía y salió al pasillo para empujar a Nimue contra el muro.

—Si vuelves a acercarte a mí haré que te echen de
Freuchie. Hasta ahora he consentido tu presencia aquí, pero no tientes tu suerte. Búscate otro para calentar tu cama, porque yo estoy casado y jamás volveré contigo.

La soltó, y sin volverse a mirarla entró a la habitación dejando a su examante mascullando odio y rencor por la muchacha que, a pesar de su debilidad, no cruzaba la línea de la muerte. Estuvo a punto de conseguir librarse de ella cuando, durante dos días, la dejaron encargada de limpiar la herida. Les hizo creer que cumplió su misión, cuando en realidad se limitó a cambiar los vendajes y no aplicó ninguno de los emplastos que para ello dejó la curandera. Cuando la fiebre se apoderó del cuerpo de la joven, pensó que lo había conseguido, pero llevaba un día sin fiebre, claro síntoma de recuperación. Para colmo, volvió a insinuarse al *laird*, tantos días sin desfogar con una mujer debían tenerlo ansioso por meterse bajo unas faldas, pero fue inútil, solo consiguió más amenazas.

Caitrin vio a su esposo salir con su examante, tenía ganas de llorar, no solo por el dolor de la herida, sino por haber sido engañada una vez más. Se refugió en el sueño y cayó presa del desánimo y la decepción. No se percató de la entrada de Robert, ni de que se sentó en el sillón junto a la cama, pues ya estaba más allá de la realidad.

Pasaron los días y la fiebre remitió por completo. Aunque estaba muy débil, Caitrin decidió que había llegado el momento de retomar su vida. Apenas dejaba que su esposo se le acercara y eso le dolía a Robert más que cualquier otra cosa. Por más que intentaba abrazarla y cuidarla, ella apenas le permitía un roce leve de sus manos. Pensó que la enfermedad la hacía retraerse y que necesitaba más tiempo para recuperarse. Por eso aceptó la sugerencia de Duncan para que retomara sus deberes como *laird*.

Caitrin todavía tenía que asimilar todo lo que había ocurrido. Le dijeron que estuvo dos semanas debatiéndose entre la vida y la muerte, y no por la gravedad de la herida, sino por las fiebres que le afectaron. Ahora había llegado el momento de volver a su vida, debía tomar decisiones. Aunque en su mente seguían sucediéndose las imágenes en las que Robert abrazaba y besaba a Nimue, no podía creer que la hubiese traicionado así. Necesitaba salir del lecho y comprobar con sus propios ojos la traición de su esposo.

La puerta se abrió y una de las doncellas se introdujo en el cuarto cargada con una bandeja de comida. El olor hizo que se le hiciera la boca agua a Caitrin, más cuando la joven depositó su carga en la mesa, lo que hacía unos momentos le pareció delicioso, le provocó náuseas.

—¿Necesita que le ayude, señora? —preguntó la doncella al ver que su joven ama se

inclinaba hacia un lado tapándose la boca.

Ella negó con la mano sin apartarse del borde del lecho. Tragó saliva y se recompuso, aunque su cuerpo le decía que no admitía alimento alguno.

Robert entró en la alcoba, y al ver que su esposa se apartaba de la bandeja con comida le hizo un gesto a la doncella para que los dejara solos.

—*Seelie*, debes comer algo para reponer fuerzas, has estado muy grave. —Le sonrió y se sentó en el lecho.

—No tengo hambre —mintió con descaro, pues lo que no podía era comer después de haber controlado las arcadas.

—Solo un poco. —Se inclinó y la ayudó a sentarse colocando varias almohadas en su espalda para que estuviera cómoda.

—He dicho que no quiero. —Lo apartó de su lado e intentó levantarse—. Déjame sola.

Resignado por el rechazo de su esposa, decidió dejarla sola. Al salir se encontró a Duncan en la puerta.

—Han avistado un grupo cazando en nuestras tierras junto a la frontera de los Innes.

—Vayamos a comprobarlo. —Robert miró hacia la puerta cerrada de su alcoba y encontró otra forma de descargar la rabia que acumulaba.

Nimue vio salir al grupo y sonrió pensando que podría intentar de nuevo acabar con la usurpadora. Con porte regio se acercó al cuarto y entró sin llamar.

—¿Qué hacéis en pie?

—Necesito salir del lecho o me volveré loca. —No vio quien era la doncella que le hablaba, estaba junto al baúl buscando ropa para vestirse.

—Al *laird* no le gustará que lo desobedezca. —Nimue pensó que, si se levantaba de la cama, con la debilidad que tenía, sería muy fácil que sufriera un accidente. Más ahora que Robert había salido a patrullar la frontera.

Caitrin se incorporó y palideció al ver quien estaba en el cuarto. No sabía cómo actuar con ella, sabía que era la amante de su esposo, pero su orgullo se negaba a darle el gusto de verla achicarse ante ella o su marido.

—Voy a vestirme, si no te importa salir de mi alcoba la dejaré libre para ti —respondió con pesar.

Nimue no podía creer lo que escuchaba, la joven pensaba dejar la cama del *laird* en beneficio de ella. Tuvo ganas de reír, aunque se contuvo lo suficiente hasta salir y dejarla sola.

Caitrin se vistió despacio, apenas tenía fuerzas para atar las cintas del corpiño, por lo que lo dejó suelto. Comprobó que había perdido mucho peso, pues la ropa le quedaba muy holgada, lo cual fue una suerte, así no tendría que ajustarla a su talle.

Sintió un pequeño vahído y se sujetó del poste de la cama hasta recuperar la fuerza. Se sentó en la silla y se cepilló despacio mientras pensaba en qué hacer. Debía pedir que le diesen un nuevo cuarto y que trasladasen allí sus pertenencias. Aunque pensándolo bien, no tenía nada suyo, solo el viejo vestido y las joyas de su madre que escondía en él.

Nesa se sorprendió al ver a su señora entrar al salón, se la veía muy pálida y pequeña, por lo que corrió a su lado con miedo a que cayera.

—Gracias, puedo caminar sola —dijo orgullosa mientras apartaba la mano que le tendía la doncella.

Salió al patio y se sentó en la escalera mientras el cálido sol de noviembre calentaba su cuerpo. Caitrin se dio cuenta de que no había muchos guerreros, aunque sí mucho movimiento de

gente.

—Han salido a patrullar la frontera, los Innes han vuelto a incursionar en nuestras tierras. —Nimue se sentó a su lado con descaro.

—Nunca entenderé tantas peleas. —Negó con la cabeza.

—Los *highlanders* son muy posesivos con lo suyo, una vez tienen algo en su poder no lo dejan ir, así como así.

—¿Lo dices por ti? —Se tapó la boca al darse cuenta de lo que había dicho.

Nimue sonrió, esa pregunta le dio la pista de que la mujer del *laird*, no estaba tan segura en su posición y decidió aprovechar el momento.

—No quiero que te sientas mal por ello, pero has estado enferma y Robert es un hombre muy fogoso. —Se encogió de hombros y sonrió—. Supongo que cuando estés más fuerte, volverá a tu lecho. A mí no me importa compartirlo. —Le guiñó un ojo, descarada y vio que la joven palidecía aún más—. Aunque no tienes por qué aceptar esta situación. Tal vez si le plantas cara te tome en serio. Es lo que yo hice y por eso volvió a mi lecho.

—Yo no lo compartiré. Si te quiere a ti —tragó saliva para bajar el nudo que sentía en la garganta—, me marcharé.

—Sabes que te buscará, no puede dejar que una mujer lo humille de esa forma.

—No volveré con él —respondió decidida.

—Entonces tendrás que irte antes de que vuelva. —Nimue decidió dar un empujoncito a la joven, si conseguía huir, lo tendría todo para ella. Además, con lo débil que estaba era muy probable que pereciera en el camino—. Te ayudaré, hay un chatarrero que sale hoy hacia Edimburgo, hablaré con él para que te lleve.

—Gracias. —No sabía qué pensar, pero la amante de su esposo tenía razón—. Subiré a cambiarme de ropa para acompañarlo.

Ni en sus mejores sueños pensó que la muy tonta caería tan rápido bajo sus mentiras. Fue en busca del chatarrero mientras se inventaba una historia coherente para convencerlo.

Alfred vio a la joven ama de llaves del castillo y se ajustó el pantalón. Ya tenía todo guardado en el carro, pero si necesitaban más utensilios, con gusto los bajaría.

—Hola, Angus, tengo una amiga que necesita ir a Edimburgo y pensé que tal vez podría ir contigo.

—Lo lamento, pero yo no voy a la ciudad. Mi hija quedó viuda y voy a ayudarla.

—No importa, te acompañará hasta donde vayas. Yo avisaré a su hermano para que vaya a recogerla.

—En ese caso no hay problema. Pero debe darse prisa en bajar, se acerca una tormenta y me gustaría estar a cubierto antes de que descargue.

—Voy a por ella.

Nimue corrió a la torre en busca de la joven, en su interior bullía la expectación. Cuando volviera el *laird*, sería demasiado tarde y eso le daría tiempo a esconder las huellas de la partida.

Entró a la alcoba y se sorprendió al ver que la joven se había puesto el viejo vestido con el que llegó. Tomó la capa de los Grant que estaba sobre el lecho y cubrió con ella a Caitrin mientras le explicaba el trato al que había llegado con Angus, el chatarrero. Al ver el vestido que acababa de dejar lo lio en una manta y se lo tendió a la muchacha.

—Toma, necesitarás una muda más adelante.

—No es necesario, cuando llegue a Edimburgo recuperaré mis cosas.

—Hazme caso, nunca se sabe lo que puede ocurrir en el camino.

Nimue se sentía pletórica, no pensó que su pequeña mentira tendría este resultado, y aunque temía la reacción de Robert, ya enfrentaría más adelante ese problema.

—Dile al *laird*, que no puedo permitir esta situación. Puesto que no se decide entre tú y yo, me aparto de su lado para no confundirlo más. Si quiere que regrese, ya sabe dónde estoy, pero déjale bien claro que no estoy dispuesta a compartir a mi esposo con otra mujer.

—Así lo haré. Y si él te elige a ti, seré yo quien se aparte —consiguió hablar sin reír, y eso era todo un logro, porque por dentro estaba deseando saltar y gritar de alegría.

Cubierta con un manto, Caitrin salió al patio donde la esperaba un carro. El hombre al verla asintió con la cabeza a Nimue y sonrió a su pasajera. Emprendieron el camino poco antes del mediodía. Mientras el jamelgo se desplazaba por el angosto terreno, Caitrin no pudo evitar mirar hacia atrás, sus ojos se llenaron de lágrimas no derramadas, que se limpió antes de que el conductor se percatara de su tristeza.

# Capítulo 29

**Hawick, agosto de 1567**

Caitrin cerró el libro de cuentas, tras comprobar el pago a los proveedores del pueblo. Una vez más sus beneficios habían aumentado, lo cual le daba la razón en cuanto al proyecto que tenía en mente: podrían aumentar el negocio preparando un establo mayor, y de esta forma dar un servicio más completo a los viajeros que se dirigían al norte. Miró soñadora el paisaje a través de la ventana del despacho, y como siempre que se acercaban esas fechas, recordó la situación que la trajo allí.

Después de más de dos horas montada en el carro con Alfred, el sol se ocultó detrás de una gran nube, que descargó tal cantidad de agua que los obligó a resguardarse en una cueva. No pudo evitar comenzar a llorar, lo que alarmó al hombre, que con cariño intentó consolarla. Ella no era capaz de hablar, no podía explicar a ese amable anciano que había abandonado a su esposo por celos, y se limitó a decir que extrañaba su vida en el castillo.

Pasaron la noche allí, resguardados de la tormenta. A la mañana siguiente el día se levantó gris y oscuro, dejando caer pequeñas gotas de agua de vez en cuando, lo que hizo que su paso fuera lento y dificultoso. Caitrin pensó que esa lentitud daría tiempo a Robert para alcanzarla, pues suponía que en cuanto regresara, y se percatara de su abandono saldría a buscarla. Pero no fue así, continuaron el trayecto sin que los alertaran perseguidores. Tampoco encontraron en su camino guerreros que la buscaran, lo cual hundió en la pena a la muchacha, que perdió el poco apetito que tenía. Eso, unido a que su estómago no admitía tomar ni siquiera líquidos, pues lo vomitaba todo, asustó al viejo chatarrero. La debilidad de la muchacha era alarmante, por eso la conminó a que se resguardara en la parte trasera, al menos allí no corría peligro de caer al camino.

Cuando llegaron al pueblo de Hawick, donde Angus tenía previsto reunirse con su hija y su nieto, la muchacha estaba casi consumida. La metieron en la cama y Sarah se ocupó de ella. No sabían qué más hacer por Caitrin, que parecía una muerta en vida, y decidieron llamar a Melisa, la curandera del pueblo.

Después de dos días en que ni ella era capaz de encontrar solución a la dolencia de la joven, decidió darle un té de jengibre, pero antes le hizo la pregunta de rigor.

—Muchacha, ¿tienes tu sangrado mensual o estás cerca de tenerlo?

Caitrin pensó en la respuesta y se dio cuenta de que no sabía qué contestar, hacía tiempo que no había sangrado y así se lo dijo a la curandera, que soltó una carcajada de alivio.

—Creo que ya sé cuál es tu dolencia. Tranquila, en unos meses se acabará para dejarte otro dolor de cabeza. —Rio dejando ver su boca falta de dientes—. Estás embarazada, y al menos en una temporada, tendrás que aprender a convivir con los vómitos. Te haré un té de jengibre.

La curandera tenía razón, unas semanas después desaparecieron los vómitos, el embarazo fue bien a partir de entonces y el 6 de agosto vino al mundo la pequeña Seelie. Era tan parecida a su padre que no pudo olvidar el rostro del hombre que la enamoró para después dejarla. La diferencia entre ambos era el color de ojos, lo único que había heredado de su madre.

Mañana cumplirá cinco años, y como siempre, tendrá que dar una excusa por la ausencia de su padre.

Caitrin salió del despacho y se acercó al salón, era la hora de la comida. Había llegado un grupo para hacer descansar los caballos, y mientras los viajeros descansaban y estiraban las piernas, Sarah sacó de la cocina una bandeja llena de platos humeantes de guiso. Su rico olor llenaba el salón y hacía la boca agua de quienes esperaban el almuerzo.

—Deja que te ayude. Tú saca más platos que hoy parece que estamos completos.

—Ten cuidado de no mancharte, que no te has puesto el mandil —le dijo su amiga mientras volvía a la cocina.

—No te preocupes, esto no es nada.

Caitrin repartió los tres platos en la mesa que le dijo Sarah mientras sonreía. Eran un hombre, su esposa y un niño de la edad de Peter, el hijo de su amiga. Sintió una sensación extraña que le hizo ponerse en tensión. Se le erizó todo el vello del cuerpo y notó que unos ojos se clavaban en su nuca.

Se giró y comenzó a observar a todos los comensales del salón, justo en la esquina más alejada, estaba sentado un caballero bien vestido. Lo pasó por alto hasta que la sensación de alarma se instaló tan adentro en su ser que tuvo que alejarse.

—¿Qué te ocurre, Caitrin? —Sarah salió de detrás del mostrador al verla tambalearse y la sujetó para llevarla al despacho.

—No sé. —Se giró de nuevo en busca del peligro y entonces lo vio—. ¡Edward!

—Ven y siéntate dentro. Estás tan pálida que parece que has visto un fantasma. —Sarah tiraba del brazo de su amiga, pero esta se mantuvo en el sitio.

—No te preocupes, ya se me pasa. —Miró a los ojos del hombre y su sonrisa le heló la sangre—. Tengo que hablar con alguien.

Se soltó de su amiga, y con pasos lentos se dirigió a la esquina donde estaba sentado su exprometido. Los ojos de ambos estaban centrados el uno en el otro, como si no hubiera más comensales en el salón. Caitrin se puso ante el hombre que se levantó sonriendo. Sin pedir permiso, tomó su mano y besó el dorso deteniéndose más de lo debido en él, como si este acto íntimo fuera común entre ellos.

Ella no sabía lo que hacer, se había sorprendido tanto al encontrarlo allí, que las palabras se le atascaban en la garganta. Edward la miraba extasiado, repasaba el aspecto de la que un día fue su prometida, y no podía creer la belleza en que se había convertido. Comenzó a especular sobre la posición social de la joven, su estado y, sobre todo, su estatus económico. Valoró la calidad del vestido, que, aun siendo modesto, estaba confeccionado con tela de muy buena calidad; el color era demasiado austero para alguien tan joven como ella y ese detalle le intrigó. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo y suelto, de donde escapaban varios mechones que rodeaban su rostro ovalado y dulce. Había perdido la redondez de la infancia y sus pómulos estaban marcados sin llegar a ser demasiado filosos. Sus ojos seguían siendo espectaculares, de un azul turquesa como no había visto nunca. Ya no le parecía ordinario su color de pelo, ahora se veía un poco más oscuro, aunque seguía predominando el castaño rojizo. Su boca estaba fruncida en un mohín descarado, pero le dio igual, tenía tantas ganas de besarla que se dejó llevar.

Antes de que ella pudiera apartarse, las manos del hombre la atraparon y la pegó a su cuerpo hasta hacerla sentir incómoda. Quiso apartarse empujándolo con sus manos, pero era más fuerte, y al final consiguió su objetivo.

Los labios del hombre se cerraron sobre la boca sonrosada de la muchacha, que sorprendida no supo reaccionar, hasta que la voz de Sarah la trajo a la realidad.

—¿Vas a presentarme al caballero o prefieres seguir dando el espectáculo en el salón?

Caitrin se apartó aturdida y enrojecida de vergüenza. Alisó las arrugas imaginarias de su vestido color burdeos y dio un paso atrás alejándose del hombre.

—Sarah, este es Sir Edward Alister Wedgwood. —Miró a su amiga avergonzada todavía por su comportamiento—. Estuvimos prometidos hace mucho tiempo.

—No tanto, querida. Hasta donde yo sé, seguimos comprometidos, pues nunca se anuló nuestro contrato de matrimonio. Ni siquiera tras tu desaparición —respondió satisfecho mientras se atusaba el bigote rubio y repasaba a la otra muchacha con descaro.

Caitrin miró al que una vez fue su amor y estudió sus rasgos. Su piel que una vez pensó era blanca, ahora se veía de color enfermizo; el pelo rubio se veía sucio y desarreglado al igual que la barba y el bigote; sus ojos verdes, que antaño parecían risueños y divertidos, se veían hundidos y faltos de brillo. Dio varios pasos hacia atrás y se percató de que no era tan alto como antes. O tal vez su recuerdo la engañaba, el caso es que la delgadez había dado paso a una extraña corpulencia, pues si bien sus brazos y piernas se veían delgados, el vientre sobresalía dando la impresión de llevar escondido algo bajo la camisa.

En definitiva, había envejecido desde la última vez que lo vio, asomada a su ventana mientras se alejaba al trote de casa de su tío.

El recuerdo de Robert se instaló en su memoria para desplazar lo que vivió con Edward. No quería hacerlo, pero sin querer comparó a su esposo con el que un día fue su prometido y este último salió muy mal parado.

—Da igual el contrato que firmaras con mi tío, ya no estoy bajo su responsabilidad ni tutela. Por si no te diste cuenta, no desaparecí, me marché antes de caer en el engaño que me preparasteis.

Sarah miraba a uno y a otra con la boca abierta, parecía que se iban a enzarzar en una discusión y decidió intervenir antes de que todo el salón se percatara de ello.

—Caitrin, necesito que me acompañes. —La tomó del codo y tiró de ella para que la siguiera.

—No te preocupes, querida, esta noche durante la cena hablamos con tranquilidad y nos ponemos al día.

Edward vio marcharse a las dos jóvenes y se sentó a terminar su comida. En cuanto acabara, saldría al pueblo para averiguar todo lo posible de ella antes de la cita de esa noche.

# Capítulo 30

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —Sarah ayudó a su amiga a abrocharse el corsé.

—No tengo más remedio —Caitrin dejó escapar el aire con pesar—, lo poco que hablé con él me dejó alarmada. ¿Cómo puede ser que sigamos comprometidos? —Negó con la cabeza —. Tengo que averiguar si es verdad, y dejarle bien claro mi situación.

—Como quieras, pero recuerda que estaré cerca, no tienes por qué pasar por esto tú sola.

—Gracias, no sé lo que habría hecho sin ti ni sin tu padre.

Se abrazaron y casi se le saltaron las lágrimas a Caitrin, no podía evitar sentir miedo. Después de todo se escapó de la casa de su tutor y desde entonces no había hecho nada por volver a su vida. Tampoco es que lo quisiera. Estaba bien en ese pequeño pueblo, el negocio que empezaron las dos para sobrevivir se había convertido en una empresa muy lucrativa. Su hija crecía en un entorno seguro y, sobre todo, era una niña feliz y sin miedo. La estaba criando como le gustaría que hubieran hecho con ella.

Lo único que la hacía sentir triste, era saber que nunca conocería a su padre, pues le quedó claro cuando huyó, que no era nada para Robert Grant. Dolía asimilarlo, más que nada por su pequeña, pero ella le daría todo el amor que necesitaba. Aunque a veces le costaba mentir diciendo que él estaba lejos, y que la quería muchísimo.

—Menudas mentiras tengo que decir —habló para sí misma.

—¿Qué dices? —Sarah se volvió hacia ella intrigada.

—Nada, son cosas mías. —Le guiñó un ojo y salió del cuarto con rapidez antes de que indagara más.

Al entrar en el salón lo vio en una de las mesas centrales, alguien se había ocupado de decorar la mesa con elegancia, incluso habían puesto un pequeño jarrón con flores. Puso en la cara su mejor sonrisa y se acercó a Edward con pasos lentos, dejando que el balanceo de su falda atrajera la atención de su antiguo amor.

Edward observaba a la joven y sintió que se le paraba el corazón, se movía con una gracia casi felina. Sus ojos se encontraron y no pudo evitar pensar que fue un tonto al dejarla escapar. Si hubiera sabido la belleza en la que se convertiría, nunca se habría enfrentado a John Pritchard.

El carraspeo a su lado le hizo volver a la realidad y desestimó esos pensamientos, pues ya no podía hacer nada para dar marcha atrás. Aunque sí podía recuperar lo perdido.

—Buenas noches, querida, estás preciosa. —Tomó la mano y la besó sin apartar sus ojos de la cara de Caitrin.

—No seas adulador, solo me he arreglado un poco, y para recordar las viejas costumbres —respondió algo avergonzada.

—¿Eso quiere decir que nunca te arreglas para cenar? —Apreció el sonrojo de la muchacha y le apartó la silla como cualquier caballero haría con una dama, aunque hacía mucho tiempo que no tenía esta pleitesía—. Me siento halagado, aunque espero que esto no moleste a tu esposo.

—Déjate de tonterías, ya me han dicho que has estado preguntando por mí en el pueblo, y supongo que alguien te habrá dicho que soy viuda. —Sentía hervir su sangre ante la zalamería engañosa de Edward.

—Cierto, pero no quería incomodarte, solo esperaba que me lo contases tú. —Bajó la mirada como si estuviera avergonzado, aunque no era eso lo que sentía—. Después de todo, estamos

prometidos.

—Te recuerdo que rompiste el compromiso la misma noche que me marché de casa de mi tío. —Lo miró con severidad—. Por lo que no tienes ningún derecho a otorgarte ese título, no sin mi permiso, y hasta ahora solo estamos teniendo una reunión como viejos conocidos.

—Con los años te has vuelto muy dura y severa. Déjame decirte que nuestro compromiso sigue teniendo validez, pues en ningún momento me retracté. —Se detuvo para observar bien su expresión ante lo que le iba a revelar—. Y tu tío, como tutor, tampoco hizo nada al respecto antes de morir.

La noticia cogió de imprevisto a la muchacha que se echó para atrás impresionada. Pensaba que el hermano de su padre seguiría en Londres y por eso no se le ocurrió regresar, no podía exponerse a ser controlada de nuevo por ese hombre. Se recompuso como pudo y volvió a mostrar la imagen de seguridad que solía enseñar a los desconocidos.

—No sabía nada, supongo que al estar tan alejados la noticia no llegó a mí. —Tragó saliva y cerró los ojos unos segundos—. ¿Sabes cuándo y cómo ocurrió? No es que le eche de menos, su trato hacia mí no fue muy considerado, pero era la única familia que me quedaba.

—A la semana siguiente de tu desaparición comenzaron a correr rumores. Entonces vino a buscarme para proponerme un plan descabellado: quería hacer pasar a una chica por ti y que nos casáramos. Por supuesto, me negué, y ahí rompí mi amistad con él. No podía entender por qué no te buscaba, y lo último fue la locura que me propuso. —Tomó un trago de vino para humedecerse la garganta sin dejar de observar a la muchacha, cuyas facciones se veían cada vez más alteradas—. Poco tiempo después lo encontré en una casa de mala reputación a la orilla del río. Estaba muy borracho y me suplicó que cubriera sus deudas de juego para que lo dejaran marchar. Me dio pena el hombre en que se había convertido y lo ayudé. Tal vez, si no lo hubiera hecho seguiría con vida, pues me marché, y unos días después leí que habían sacado su cadáver de las frías aguas del Támesis.

Caitrin se llevó las manos a la boca para contener el grito de horror que se le escapó. Saber su triste final la conmovió, y a pesar del daño que le hizo, todo quedó olvidado cuando se hizo presente su compasión. Una lágrima surcó su mejilla y Edward la recogió con la yema del dedo.

—No sabía nada —susurró apenada.

—No te acongojes por él, no lo merecía antes y ahora menos aún. No después de todo lo que hizo para robarte la herencia.

—¿Robarme? ¿Pero qué dices?

—Cambió tu edad en el registro y dijo que tenías dos años más, solo para poder casarte pronto y repartirse tu fortuna —confesó lo que tanto tiempo llevaba callando.

—No puede ser, yo me acordaría, y el servicio también podría desmentirlo.

—Eras muy pequeña cuando te dejaron a su cuidado, y el servicio fue cambiando con los años.

—¿Tú cómo sabes eso?

—Porque me debía dinero. Me dijo que me pagaría diez veces más si me unía a él. Lo tenía todo muy bien pensado, ya había cambiado tu edad en cuanto se hizo cargo de tu tutoría. El problema era que no tenías edad para casarte, ni aun añadiendo un par de años. Sobrevivió quedándose con tu asignación y los gastos de mantenimiento. Por suerte la paga del servicio era satisfecha por el fideicomiso, de ahí que no perdiera al personal, aunque se quedó con el imprescindible y no dijo nada al albacea para quedarse con los sueldos. Estaba desesperado cuando jugó al póker conmigo y perdió una gran suma. El resto es nuestra historia. —Sonrió

melancólico.

—Entonces eres tan culpable como él. —Quiso levantarse de la silla, pero la retuvo.

—Te recuerdo que le planté cara y me negué a seguir con el plan.

—¿He de agradecerte que decidieras hacer lo correcto?

—Tal vez, pero no es eso lo que te pido.

—No tienes derecho a solicitar de mí nada. —Caitrin se puso en pie e intentó soltarse de su agarre.

—Siéntate y deja que termine de explicarte. —En sus ojos ya no había ningún resquicio de bondad, risa o cualquier otro sentimiento amable—. Al morir tu tío, sin haber roto el compromiso, seguimos prometidos. Es más, al casarte siendo menor de edad y bajo la tutela de tu tío, ese matrimonio no es válido, con lo cual, tu hija… —Miró a la joven achicando los ojos —. Sí, también sé lo de Seelie. A lo que iba, la niña es una bastarda.

—No te atrevas a llamarla así. —Se levantó tan deprisa que él no tuvo tiempo de sujetarla.

—Siéntate, si no quieres que todos en este pueblucho se enteren de tu historia. —Cogió la mano de la muchacha cuando se sentó, y la sobó sin vergüenza—. Puesto que sigo siendo tu prometido, nos casaremos, iremos a reclamar tu herencia y yo reconoceré a la niña como propia. Creo que estoy siendo muy generoso contigo y con ella, que podrá entrar en sociedad bajo la protección de mi título, y nadie se atreverá a decir nada.

—¿Puedo pensarlo? —No podía decir nada más o de lo contrario se lanzaría sobre ese desalmado y le arrancaría los ojos. Tenía que ganar tiempo.

—Por supuesto. Mañana tengo que acudir a la reunión de clanes, allí terminaré mi relación con el jefe que me contrató para atender sus negocios en Inglaterra. Calculo que en dos días estaré de vuelta. Para entonces tendrás todas tus pertenencias preparadas para regresar a Londres. —Sonrió muy satisfecho con el plan que había preparado y observó cómo la muchacha perdía todo el color de la cara.

—¡Mami! Ya he terminado mi cena, pero quiero quedarme a jugar en el jardín con Peter.

Seelie se enganchó a su madre que se quedó sorprendida al verla aparecer. Se suponía que Sarah se ocuparía de ella. Tragó saliva, pues no le quedaba más remedio que aceptar la oferta del hombre que una vez ocupó todos sus pensamientos románticos e infantiles.

—Tenemos un trato —respondió con sequedad apartando a su hija detrás de la silla.

—No apartes a la chiquilla de mí, ya es hora de que conozca a mi hija —dijo haciendo énfasis en las últimas palabras.

—¿Tú eres mi padre? —La niña asomó la cabeza detrás de la falda de su madre y se quedó mirando al hombre, mientras fruncía el ceño—. No, tú no eres mi padre. No te pareces en nada a mí, y mi mamá dice que soy igualita a él —respondió con el descaro y la impertinencia, que solo un niño puede mostrar.

—Bueno, no quería llegar a esto, pero tienes razón. En realidad, seré tu padrastro. —Sonrió satisfecho al ver el enojo de la niña y cómo palidecía Caitrin.

—Cuando vuelvas de tu viaje hablaremos —contestó rotunda y cogió a su hija de la mano para arrastrarla hasta la zona privada de la posada.

Edward las siguió con la mirada saboreando su victoria. Por la mañana temprano acudiría al encuentro con el jefe escocés y se despediría después de cobrar sus honorarios. Después de todo había hecho su trabajo y, aunque tenía una fortuna esperándolo en Londres, cuando se presentara con la heredera Pritchard, no podría regalar la fortuna que se había ganado por derecho.

# Capítulo 31

Caitrin se despertó muy tarde esa mañana, ya que no pudo conciliar el sueño después de la conversación que tuvo con Edward. Le costó mucho calmar a Seelie y hacer que se fuera a la cama, pues a ella tampoco le gustó lo que le dijo el hombre y comenzó con sus interminables preguntas. Cuando por fin la dejó dormida en su cuarto, era bien entrada la madrugada y el sueño se negaba a llegar. Eso, sumado a su estómago, que se removía por no haber ingerido nada durante la cena, hicieron que diera cientos de vueltas en la cama antes de caer rendida por el llanto.

Hacía mucho tiempo que no lloraba, y hacerlo tras el encuentro y confesión de Edward fue aún peor. Pensó que tenía superada la época en que todos la manipulaban y hacían con ella lo que querían, pero darse cuenta de que todo había sido un espejismo, que seguía siendo la misma joven inexperta y miedosa a la que nadie quería por ser ella, sino por lo que poseía, la alteró demasiado.

Se levantó triste y ojerosa al ver lo alto que estaba el sol, maldiciendo para sí misma. Nunca había hecho algo así y le extrañaba que Sarah no hubiera entrado a despertarla. Ni siquiera Seelie había ido a darle los buenos días como hacía siempre.

Se vistió con un vestido sencillo y se acomodó el pelo lo mejor que pudo, no tenía ganas ni tiempo de parecer la misma de siempre.

—¡Vaya!, buenas tardes. Me tenías preocupada. —Sarah salió de detrás del mostrador y se sentó en una mesa con ella, mientras con la mano le pedía al chico tras la barra que les trajera algo de comer.

—Dile a Conor que prepare una cesta con bastante comida, me marcho con Seelie.

—Alto ahí, ¿cómo que te marchas? —La cogió del codo y la obligó a que se sentara de nuevo—. Cuéntame ahora mismo todo lo que ocurrió anoche.

Caitrin tragó con dificultad y le relató a su amiga lo ocurrido durante la cena. Ya hacía años que se había sincerado con ella y le contó la verdad sobre quién era, ahora solo tenía que darle las noticias que su prometido trajo, así como sus exigencias.

—Ayer le di largas. No pienso volver con él para reclamar una herencia que está maldita —aseguró conteniendo las lágrimas.

—Pues no te marches. No puedes dejar que te gane, imponte con firmeza. Sé más fuerte que él, mantén clara tu posición y niégate a regresar.

—¿No lo entiendes? Gracias a ese compromiso, tiene derecho a reclamarme a mí y a mi herencia. Recuerda lo que le ocurre en esta sociedad a la mujer casada.

—Algo podremos hacer. Seguro que se nos ocurre una idea, pero no puedes abandonar esto. —Abrió los brazos abarcando todas las direcciones del salón—. Si no fuera por ti, mi hijo y yo estaríamos en la miseria.

—No te quites mérito, es tu comida lo que atrae a los viajeros, yo solo me limito a administrar nuestros recursos.

—Peor todavía. Si tú no estás aquí, lo perderemos todo. Alfred es muy mayor y apenas puede hacer nada. ¿En quién voy a confiar el negocio?

Ambas se abrazaron con el miedo al futuro todavía metido en el cuerpo. Caitrin reconoció que, sin conocimientos, su amiga tendría que dedicar mucho tiempo a la parte administrativa del

negocio, lo cual la apartaría de los fogones. Estaba segura de que fue su habilidad con la cocina la que había atraído a los primeros viajeros, y cuando le propuso vender su pastel de carne en la vereda del camino de paso, solo tuvo que darles a probar la comida, que ya fuera porque llevaban muchas horas cabalgando o porque el pastel de Sarah era exquisito, atrajo a un número cada vez mayor de clientes.

De esta forma reunieron dinero suficiente para construir una posada. Al principio era pequeña, pero con el paso de los meses y las recomendaciones de los viajeros, fue llenándose cada vez más. Tuvieron que agrandar el local y comenzaron a dar servicio de hospedaje. Cuando resultó evidente que solas no podían con todo, contrataron al joven Conor, después a una ayudante de cocina, y expandieron el negocio de tal forma que habían previsto convertir el establo en una parada de intercambio de caballos para viajeros.

Sarah regresaba a su casa todas las noches, mientras Caitrin se retiraba a la zona privada de la posada. La joven tuvo que reconocer que, si se marchaba su amiga, tendría que mudarse a la posada, pues no podía dejar desatendido el negocio, y no se veía capacitada para hacerse cargo de todo.

—Solo será una temporada, le haré creer a Edward que nos hemos marchado para siempre —se secó las lágrimas con rabia—, pues no dejaré que el pasado me aparte de mi futuro.

—También podemos pedir a alguien que lo quite de en medio.

Caitrin miró horrorizada a su amiga y negó con la cabeza. Bajo ningún concepto permitiría algo así, pues eso condicionaría su vida y la de Sarah. Ambas tenían una familia que proteger y si se llegara a saber su delito, no se librarían de la horca. Pensar que su hija se pudiera quedar sola y desprotegida, la hizo actuar con cautela.

—No te dejes llevar por un impulso. Piensa en tu hijo, al igual que yo tengo que pensar en mi pequeña.

—Entonces, ¿qué harás?

—Me esconderé en Lockerbie —respondió con decisión.

—Tendré que mudarme a la posada si no queremos perder clientela.

—No te precipites. Tal vez si se lo propones a Conor… El chico está deseando casarse y si tiene más trabajo en la posada, además de la vivienda adjunta, podrás seguir como hasta ahora.

—Pero yo no sé llevar los libros ni tratar con los proveedores —se quejó Sarah.

—Conor sabe trabajar con ellos. De hecho, más de una vez he delegado en él esa responsabilidad. Y por los libros no te preocupes, yo me ocuparé de ellos, vendré una vez a la semana para ponerlos en orden y te los dejaré actualizados.

—¿Y si te descubren en una de esas visitas?

—No lo harán. Me disfrazaré para que nadie me reconozca y pasaré inadvertida.

—Pero ¿qué harás con Seelie?, si la traes al pueblo querrá saludar a sus amigos, será muy difícil mantenerla oculta.

—Ya pensaré en algo. Así no tendré que buscar trabajo. No es justo que reciba mi parte del negocio sin hacer nada.

—No pensarás que dejaré de darte tu parte si te vas, ¿verdad? Eres quien más ha trabajado en este negocio.

Sarah se echó sobre su amiga y la abrazó sintiendo el dolor que la separación les iba a provocar. Habían establecido las pautas para su nueva relación. De ello dependía que la huida de Caitrin fuera un éxito. Ambas sentían que debían actuar con premura, de ahí que comenzaran los preparativos para la marcha. Acordaron que lo mejor sería hacerlo de noche, cuando todos

durmieran y nadie pudiera dar indicaciones de la dirección que tomasen madre e hija.

Caitrin sintió que se le erizaba el vello del cuerpo y la tensión en el cuello le hacía ponerse en guardia. Estaba de espaldas a la puerta, y con miedo, escuchó cómo se abría y cerraba la puerta de entrada con golpes ruidosos, acompañados de voces gruñonas y algún que otro vocablo soez. Se levantó y se dio la vuelta para recriminar a los recién llegados su forma de comportarse.

Al principio solo vio el tartán con los colores y se quedó paralizada. Sus ojos se abrieron asombrados, mientras recorría a los guerreros que habían entrado en el local con semejante algarabía.

La puerta se volvió a abrir dejando paso a un hombre imponente, sus casi dos metros de altura y el cuerpo hecho de puro músculo le recordaron a alguien a quien hacía tiempo quería olvidar. Al subir la cabeza sus ojos se encontraron, seguían siendo tan oscuros como el pecado. Buscó su boca, que tanto placer le había dado en el pasado y la encontró cubierta por una espesa barba oscura.

Robert sintió que se le paraba el corazón. El tiempo había dejado de existir, tenía ante él a su Seelie. Tragó saliva y cerró los ojos esperando que la visión desapareciera como tantas otras veces le ocurrió. Cuando volvió a mirar a la muchacha, pensando que se transformaría por arte de magia, en otra más de las chicas insulsas que lo acosaban en cualquier parte, sacudió la cabeza sin poder creerse que seguía allí, mirándolo tan sorprendida como él. Sin pensar en nada más, dejó a sus hombres discutiendo sobre lo que deberían comer para no perder en los juegos que se habían organizado para la reunión.

Caitrin lo vio dar un paso hacia ella y no lo pensó, corrió como si la persiguiera el diablo. Huyó a esconderse al único lugar donde su presencia era diaria, aunque su etérea corporeidad lo relegaba a un simple sueño. Cerró detrás de ella y se apoyó contra las maderas intentando calmar su respiración. El primer golpe le hizo darse cuenta del olvido, más cuando quiso reaccionar y echar la llave fue demasiado tarde. La fuerza del envite la empujó hasta hacerla trastabillar hacia la cama. Quiso perder el sentido y que al despertar todo fuera un sueño.

# Capítulo 32

A Robert casi se le paró el corazón al verla. Al principio pensó que era un error, que sus ojos lo engañaban. Respiró en profundidad e intentó calmar sus nervios. Todo fue en vano, sus dedos ansiaban tocar la piel tanto tiempo añorada. Se relamió como si con ese simple gesto pudiera recuperar el sabor de esos besos tan deseados.

Cuando la vio correr, supo que no era un error. Era ella, de lo contrario, ¿por qué correría? Sin permitirse pensar más en ello, se lanzó detrás de la mujer, dejando a sus hombres con la boca abierta.

El portazo le indicó que se había resguardado en uno de los cuartos del pasillo, pero no vio en cuál. Se detuvo lo suficiente para observar las puertas y al no decidirse, comenzó a abrir cada una de ellas.

Tras la primera no había más que un despacho, así que probó la siguiente y no se abrió. Se apartó para coger carrerilla y empujar la puerta cerrada, pero el golpe rompió el pestillo y la vio caer sobre la cama arrojada por la fuerza de su empuje.

El silencio se instaló en la habitación mientras ambos se miraban a los ojos. Robert no podía creer lo que veía. Después de tantos años, tenerla tan cerca y absorber su olor, lo estaba volviendo loco. Quería abrazarla, besarla, hacerla suya y demostrarse a sí mismo que eso no era un sueño.

Caitrin lo vio acercarse a la cama. Al principio sintió el miedo recorriendo sus venas, luego recordó los momentos de intimidad que compartieron antes de que se marchara, y cerró los ojos cuando su piel recuperó las caricias que la volvieron loca, las mismas que derribaron sus barreras y anhelaba cada noche desde que lo dejó.

Robert se arrodilló ante la mujer que le robaba los sueños y se abrazó a ella. Tenerla entre sus brazos, y oler su dulce aroma, fue el desencadenante de la pasión. Levantó la cabeza y atrapó sus labios. Ese simple roce enardeció todos sus sentidos y cegó su voluntad, en su mente solo quedó el deseo de enterrarse en ella, hacerla suya y olvidar el dolor.

Cayeron enredados entre brazos y piernas sobre la cama. La boca del *highlander* no podía apartarse de los labios de ella, mientras su lengua invadió el interior y jugó con la de la muchacha. Su sabor lo hizo gemir y sintió que necesitaba más. Caitrin notaba sus manos por todas partes, el calor que desprendían la sofocaban y le erizaban el vello como recordaba. Necesitaba el contacto de su cuerpo, sus movimientos, dejarse llevar sin pensar en nada más. Parecía que la fiebre se había apropiado de ella y necesitaba refrescarse. Comenzó a apartar la camisa, sin importar que en el camino los botones estallaran.

Robert la ayudó a desprenderse del corsé y sin apartar sus labios de los de ella metió la mano bajo la falda, hasta encontrar la humedad entre sus piernas. Soltó un gemido al notarlo y se dejó llevar por la ansiedad. Tanto tiempo soñando con ella, tantos años deseando tenerla a su lado, y ahora que por fin la tenía bajo su cuerpo, tenía miedo de comportarse como un jovenzuelo inexperto.

En poco tiempo sus cuerpos se unieron sin ropas que les impidieran el contacto. Se acoplaron con el deseo consumiendo sus pensamientos mientras la piel ardía enfurecida por la pasión. Sus bocas seguían devorándose sin dejar salir más que los gemidos de placer que escapaban, huérfanos entre murmullos, y embebidos del éxtasis que su amor reencontrado permitía escapar

hasta vaciar la cordura que deberían tener.

Caitrin se elevó hacia las cumbres de la pasión liberando lo que tanto tiempo había ansiado, y que solo él le había dado. Sus gritos recogidos en la boca de su esposo apenas salieron para llenar la habitación. Ese fue el momento en que se perdió, y Robert se dejó ir al lugar donde hacía mucho tiempo que no llegaba.

Sentía el sudor en todo el cuerpo, el calor arrebatador que le cortaba el aliento no era nada en comparación con los pequeños escalofríos que recorrían su piel para recordarle que estaba viva, a pesar de todo. El peso que le impedía moverse solo era una incomodidad, hasta que se dio cuenta de lo que había hecho.

Caitrin comenzó a empujar a su esposo. Sus pequeñas manos abiertas en el pecho de Robert parecían más una caricia que otra cosa, de ahí que, al principio, el hombre pensó que le estaba agradeciendo el placer recibido.

—Apártate de mí —dijo con voz insegura, atrayendo la atención de Robert.

—Lo siento —se disculpó temeroso de hacerle daño. Era tan pequeña y él tan grande, que temió aplastarla.

Cuando se quedó libre del peso masculino se levantó con rapidez, se dio la vuelta y sacó del arcón una bata con que cubrir su desnudez. No se dio cuenta de la expresión del hombre, que con los ojos muy abiertos se extasiaba solo con esas vistas, mientras su cuerpo volvía a responder al estímulo visual.

—Vístete, no puedo pensar si te tengo desnudo junto a una cama. —Se tapó la boca al darse cuenta de que había dicho lo que estaba pensando.

Robert soltó una carcajada que resonó en la habitación, y le guiñó un ojo a su mujer. Era un buen comienzo y eso le alegraba tanto, que sentía que iba a estallar de felicidad.

Caitrin avergonzada por lo que se le había escapado se dio la vuelta, justo antes de ver cómo se vestía con la camisa. Se entretuvo en recogerse el pelo en una trenza. Quería darle tiempo a que se cubriera, pues no estaba segura de poder resistirse a sus encantos; a ese cuerpo perfecto que tanto placer le daba, y al que tanto había añorado.

Robert no quiso avergonzarla más, plisó el tartán y se tumbó sobre él hasta rodear su cintura. Luego lo sujetó con el cinturón y se echó sobre el hombro el resto de tela. De vez en cuando sus ojos se dirigían a la esquina donde su mujer trenzaba el cabello. La deseaba de nuevo y apenas podía controlarse, hasta que la realidad le llegó como si le dieran un puñetazo en el estómago. Apretó los dientes con tanta fuerza que pensó que los rompería.

—Tienes una hora para meter todas tus cosas en un baúl. —Ajustó la espada en la espalda sin apartar la mirada de ella.

—¿Qué? No te equivoques, esto no significa nada. Así que ya puedes irte por donde has venido. —Levantó la barbilla con un gesto altivo y vio la sorpresa en la cara del hombre.

—Soy tu esposo y tu *laird*, me obedecerás si no quieres que me enfade. —Robert no podía creer la forma en que le plantó cara su esposa.

—Si hubiera querido un esposo mandón habría vuelto a Freuchie hace mucho tiempo. Como eso no ha sido así, debes darte por enterado, porque no volveré.

—Eres mi mujer y vendrás conmigo —Robert sintió que el enfado anulaba lo ocurrido momentos antes, pero no se dejaría embaucar por la mujer que amaba. Se impondría como le había enseñado su padre—. Si no estás lista en una hora te llevaré tal y como estés. No me importa, ya te compraré más vestidos. —Levantó una ceja y se le escapó una sonrisa maliciosa —. O mejor, te tendré desnuda en mi cama hasta que me resarzas por todos los años que no

estuviste.

Caitrin sintió que el enfado se adueñaba de su cuerpo, hasta que recordó a su hija. Él no sabía de su existencia y si lo descubriera, con toda seguridad le daría una paliza. En su expresión vio que estaba decidido a hacer lo que decía y cambió su estrategia. Necesitaba hacerle entender que volver a Freuchie no era una opción para ella.

—No volveré contigo. —Soltó el pelo que comenzó a desliarse al no sujetar el final de la trenza—. Tienes que entender que no fui feliz allí, no puedo volver.

—Lo sé. Todos los días me decían que no salías del cuarto, que apenas te alimentabas, y que tampoco te relacionabas con nadie del clan. —Sujetó su *sporran* y levantó la mirada hacia ella —. Debiste decirme que no eras feliz, yo te habría ayudado. Escapar como una ladrona no habló muy bien de ti ante el clan. Todos me aseguraron que si no te encontraba era porque habías muerto, con toda seguridad, despeñada en algún sitio recóndito y por eso no aparecía tu cuerpo. —Se le escapó una lágrima y tragó saliva—. No dejé de buscarte, por mucho que Jamie o Duncan me instaron a ello. Sabía que estabas viva, algo dentro de mí me lo advertía.

—Solo pensaba alejarme unas millas, dejé pistas para que me siguieras. Al darme cuenta de que no me alcanzarías, supe que no te importaba y decidí retomar mi vida —lo dijo apenada, mirando al hombre con los ojos vidriosos.

—¡No encontré nada! Tuvimos que quedarnos dos días encerrados por la lluvia, y cuando quise seguir tu rastro, fue imposible encontrarte. Tienes que creerme. Desde el día en que te fuiste no he dormido ni comido más que para mantenerme en pie. No saber lo que te ocurrió me mataba un poco cada día y solo el trabajo me ha mantenido cuerdo.

—Lo siento, nunca pensé que perderías mi rastro, pero eso ya no tiene arreglo —respondió conciliadora—. Ahora soy otra mujer y lo que fuimos quedó atrás.

—Somos marido y mujer. —Apretó los puños antes de continuar.

En ese momento se abrió la puerta y un torbellino de color azul entró corriendo al cuarto dejando ondear sus rizos negros como si de un hada se tratara.

# Capítulo 33

—¡Madre! Corre, tienes que salir conmigo al salón, han llegado muchos guerreros Grant. —Seelie saltó sobre la cama para cruzarla y llegar hasta Caitrin—. Tienes que observarlos para saber si padre está entre ellos, y si no averiguaremos sobre él, solo faltan tres días para mi cumpleaños y estoy segura de que no se lo quiere perder esta vez. Ya voy a cumplir cinco años, he dejado de ser una niña pequeña.

Robert abrió los ojos, asombrado al escuchar la verborrea de la pequeña. Saber que su esposa había tenido una hija le rompió el corazón. Tantos años buscándola, y ella mientras había encontrado consuelo en otros brazos. No solo eso, sino que esa unión tuvo consecuencias.

Se maldijo por estúpido. Mientras la buscaba por toda Escocia, aun desoyendo los requerimientos de la reina, su hada había encontrado consuelo en los brazos de otro hombre. Decidió que no tenía sentido permanecer allí y dio un paso para acercarse a la puerta, pero su cabeza no paraba de dar vueltas en torno a lo que había sucedido. Rememoró el encuentro y no supo cómo descifrarlo. Había notado que ella respondía a sus caricias, que el tiempo transcurrido no había tergiversado sus recuerdos.

De repente las palabras de la niña se hicieron eco en su mente y contó el tiempo transcurrido. La pequeña cumpliría cinco años en unos días, si a eso le sumabas nueve meses de embarazo… Su mente se quedó en blanco, hasta que la razón se impuso. Esa niña era suya, fue engendrada en noviembre, y con toda seguridad, en los primeros días de la consumación de su matrimonio.

Caitrin miró a su hija con miedo, no se atrevía a mirar a su esposo. Tampoco podía decir nada mientras la pequeña le tiraba de la bata con ansiedad para que le hiciera caso.

—¡Madre! Vístete, tenemos que salir a preguntar a los guerreros por mi padre. —Seelie tiró con más fuerza de la bata, no comprendía por qué estaba tan quieta.

—No hace falta que hagáis tal cosa, estoy aquí. —Dio tres pasos hasta situarse en el centro de la habitación y esperó la reacción de ambas.

—¿¡Padre!? —La niña no pudo contenerse, dio la vuelta y saltó de nuevo sobre la cama para llegar hasta el hombre—. ¿Eres tú de verdad?

—Sí, pequeña, por fin he podido venir.

Sonrió a la pequeña sin perder detalle. Su pelo de rizos negros, como el ala de un cuervo fue lo primero que llamó su atención. Tenía la piel blanca como la leche y sin mácula alguna, la cara redonda denotaba que le quedaba mucho tiempo para dejar atrás la infancia. La nariz pequeña y respingona, y los labios gruesos y rojos como una fresa, pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos, grandes y de forma almendrada. Eran de color azul turquesa, iguales a los de su madre. Sin embargo, al mirarla, parecía que estaba viendo a su hermano Jamie cuando era pequeño.

Una duda cruzó su mente, pero la desechó de inmediato, él sería incapaz de traicionarlo de esa forma. Además, Caitrin no quiso nada con Jamie, no tenía lógica que se le hubiera entregado.

—Te he extrañado mucho, padre. —Seelie se lanzó sobre su padre con la naturalidad e inocencia de la infancia—. ¿Por qué has tardado tanto? Sabes que no me acuerdo de ti, te fuiste cuando yo era un bebé.

Robert tragó saliva al comprender lo que la niña le echaba en cara. No fue su culpa, ni siquiera sabía que existía. ¿Cómo iba a abandonar a semejante criatura? Hacía solo unos minutos que la conocía y ya se le había metido en la sangre. Levantó la cabeza para observar a su esposa

que seguía paralizada sin saber qué decir.

—No fue culpa mía ni de tu madre. —Asintió con la cabeza hacia su mujer—. Las obligaciones con la corona y con el clan me han tenido muy ocupado, y por vuestra seguridad no podía venir a veros.

Seelie abrazó a su padre y comenzó a llorar mientras sentía sus labios depositar pequeños besos en su cabello. El calor que irradiaba le generaba una confortable sensación de bienestar.

Robert se sentó en la cama con la chiquilla en los brazos. Su aroma infantil ablandó su corazón, aunque no por ello podía olvidar que su esposa se marchó embarazada y le negó conocer a su hija. Estaba seguro de que si la niña no hubiera irrumpido en el cuarto como lo hizo, ella le habría seguido ocultando su existencia. Debía cambiar la dirección de sus pensamientos o la ira le arrastraría a cometer una locura. Respiró hondo y se inclinó sobre la pequeña al mismo tiempo que le levantaba la cara.

Ver las lágrimas arrasando sus mejillas redondeadas le encogía el corazón, aunque necesitaba hablar con su esposa y no podía hacerlo con la pequeña presente. Con todo el dolor de su corazón la bajó de sus rodillas y la sujetó para obligarla a mirarlo.

—Necesito hablar con tu madre, ¿por qué no vas a tu cuarto y vas preparando tu ropa para ir de viaje?

—¿A dónde vamos? —Se secó la humedad con el brazo.

—A casa, por supuesto.

—¡Pero si esta es nuestra casa! —dijo alarmada la pequeña.

—Seelie, pide a tía Sarah que te prepare el almuerzo mientras hablo con tu padre.

La niña miró a su madre, luego a su padre y asintió con la cabeza, todavía no muy convencida. No le había gustado eso de ir a otra casa. Si se marchaban de allí ya no estaría junto a Peter, y eso no lo consentiría. Era más que su primo, era un hermano mayor y, aunque no siempre se llevaban bien, no podía apartarse de él.

—Hazle caso a tu madre —la voz seria de Robert retumbó en la estancia. Sonrió al saber el nombre que le había puesto al nacer, y se dio cuenta de que no todo estaba perdido. Se quedó observando mientras su hija abandonaba la habitación, no sin antes volverse hacia él.

—No te marches sin despedirte —lo amonestó con el dedo—, eso no está bien.

—No, preciosa, esta vez no me marcharé sin vosotras. —El *highlander* se puso en pie cuando la niña se marchó y en dos pasos llegó a la puerta, se apoyó en ella y cruzó los brazos esperando una explicación.

—No me mires así, no sabía que estaba embarazada cuando me marché, y cuando fue evidente que no me buscabas acepté que era viuda. No permitiría que mi hija fuera tachada de bastarda.

—Pero no eres viuda, estoy aquí, a pesar de que hiciste todo lo posible para que no te encontrase.

Su voz endurecida por el enfado asustó a Caitrin, pero sacó fuerzas de flaqueza y se negó a ser anulada de nuevo por él. Estaba en juego su libertad y el temor a que se llevara a su hija la convirtió en una leona.

—Dejé pistas para que me encontrases, pero claro, si te distrajiste con Nimue, puede que para cuando salieras a buscarme ya no hubiera nada en el camino.

—No metas a nadie en medio de esto. Actuaste mal y lo sabes, me dejaste pensando que te había ocurrido algo tan terrible, que aún hoy no me he recuperado. Llevo tantos años buscándote que me he olvidado de mí y del clan.

—¿Cómo no voy a meterla en medio? Te vi con ella cuando me estaba recuperando, la complicidad entre vosotros, y, por si eso fuera poco, luego me dijo que era normal que un hombre joven recurriera a otra cuando su mujer estaba enferma. ¿Debía esperar a recoger las migajas que quisieras darme?

—¿Estás loca mujer? No he vuelto a tocar a Nimue como hembra desde que apareciste en mi vida. No sé de dónde sacas esas ideas.

Robert se mesó el pelo angustiado por los reproches de su mujer, nunca imaginó que ella pudiera dar alas a su imaginación y reprocharle algo que era falso.

—Os vi, no necesito imaginar nada. Por eso te puse a prueba, y esperé que vinieras a buscarme, pero tú preferiste quedarte con ella y a mí no me dejaste nada.

—No pude salir en dos días, y hasta que no entré a nuestra alcoba no descubrí que te habías marchado. Las hadas se confabularon contra mí.

Caitrin vio su cara de desesperación y decidió darle la estocada final. No podía permitirse ablandarse, de lo contrario se llevaría a su hija, y si eso ocurría, ella moriría de pena.

—Ahora no puedes hacer nada. De hecho, me encontré con un conocido ayer, que me aclaró algo que no sabía. —Levantó la barbilla y lo miró a los ojos—. Mi verdadero apellido es Pritchard, y al casarme sin el consentimiento de mi tutor, nuestro matrimonio no fue válido. No tienes ningún derecho sobre mí ni sobre mi hija —recalcó el posesivo mientras no apartaba la mirada del hombre.

Robert sintió que le habían herido de muerte. Escuchar de su boca que no era de su clan y que su matrimonio tampoco era legal, lo hacían sangrar más que en el campo de batalla. El aire le faltaba y su corazón se ralentizó. Abrumado por el descubrimiento se dejó caer abatido al suelo mientras intentaba tragar el nudo que impedía pasar el aire. El dolor era tan grande que pensó en morir, pues ya no le ataba nada a este mundo. Cerró los ojos, desesperado por ocultar su debilidad, aunque no pudo evitar que las lágrimas se escaparan y humedecieran la barba.

Caitrin sintió que el pecho se aplastaba, comprimiendo su corazón al mismo tiempo. Ver al todopoderoso *laird* de los Grant tirado en el suelo, sin fuerzas y con la expresión desesperada de un desahuciado, le hizo sentir remordimientos. Dudó en mantener su postura y darle lo que quería, pero la sensatez volvió para hacerle recordar lo vivido. Se endureció para no sucumbir a lo que sentía y se dio la vuelta en un intento de recomponerse y hacerse fuerte en su postura.

Robert, después de unos minutos, abrió los ojos para mirarla, necesitaba hacerle cambiar de opinión. Después de todo, al casarse con él se convirtió en una Grant. Eso añadido a que nadie sabía su verdadero apellido, ni la existencia de un tutor, le dio la idea de revertir todo lo que le dijo.

—Si eso es así, te casarás conmigo. Buscaré un cura y resolveremos esto de una vez por todas. —Se puso en pie dejando en el suelo todo el pesar de su corazón.

—¿No me has escuchado? No estamos casados y no pienso volver a cometer el mismo error. —Se cruzó de brazos enfadada.

—Me da igual lo que digas. Buscaré a tu tutor y le obligaré a darme el consentimiento para nuestra boda. Así no habrá dudas —replicó con cabezonería.

—Eso será muy difícil, a no ser que vayas a buscarlo al infierno. —Ese era el lugar en donde pensaba que estaba su tío y sonrió satisfecha al verlo palidecer de nuevo.

—Si está muerto, entonces no hay nadie que me impida casarme contigo. —Dio los dos pasos que la separaban de ella con la intención de agarrarla y sacarla de allí a la fuerza.

—¡Alto! No pienses que actuarás como un bárbaro obligándome de nuevo a casarme contigo.

—Se apartó todo lo que pudo de él—. Esta vez no lo permitiré, y negaré ante quien sea mi aceptación de un matrimonio contigo. No volverás a obligarme.

—Yo no te obligo —sonrió descarado—, tú lo deseas tanto como yo. Y si no, recuerda lo que pasó hace poco en esta cama. —Señaló el lecho con las sábanas todavía revueltas—. Además, recuerda a nuestra hija, no querrás que la llamen bastarda, porque yo no consentiré algo así.

—No será necesario. —Se mordió el labio inferior porque no quería usar su última baza—. Mi antiguo prometido le dará sus apellidos a mi hija, por lo que nadie la llamará así.

—¡Sobre mi cadáver! —gritó exacerbado. Nunca imaginó que ella pusiera tanta resistencia —. Antes mataré a ese canalla y me lo llevaré al infierno conmigo.

—No digas tonterías. —Caitrin temió que en verdad matara a Edward y, aunque no tenía intención de casarse con él, tampoco quería que muriese por su engaño.

—¿Qué tiene ese hombre que no tenga yo? —volvió a gritarle a la cara.

—Para empezar, me ha pedido que me case con él —respondió apresurada alzando la voz para hacerse oír por encima de sus gruñidos de protesta.

—Yo también te he pedido que te cases conmigo, esa no es razón suficiente. —Inclinó la cabeza hasta casi rozar sus narices.

—¡Mentira! Nunca me has pedido matrimonio, solo me lo ordenaste aquella vez y ahora lo has vuelto a hacer. —No se amilanó ante el hombre, aunque por dentro temblaba.

La puerta se abrió golpeando la pared por el ímpetu con que fue empujada, pero ambos estaban enzarzados en su discusión y nada les hacía apartarse de su enfrentamiento.

# Capítulo 34

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —Sarah miraba a su amiga enfrentando a aquel *highlander* como si no hubiera diferencias entre ellos, ni de tamaño ni de corpulencia.

Robert miró a la intrusa, aunque apenas le prestó atención, sus ojos no se apartaban de la menuda figura de su esposa. Hasta ahora no se había dado cuenta de los cambios que se habían producido en ella en estos años, no solo por el aumento de sus curvas, que ya había disfrutado. Era algo más, se la veía más mujer. Desechó ese pensamiento pues siempre le pareció muy hermosa, y no por su cuerpo, que ahora se daba cuenta de que había madurado de una forma exquisita. Era su manera de enfrentarse a él. Eso no había ocurrido nunca, pues siempre fue obediente, y casi podría asegurar que sumisa.

La visión de su esposa con los brazos en jarras, su pecho casi desbordándose por el escote de la bata y esos preciosos ojos cargados de ira, le pusieron duro como una piedra. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no echarse sobre ella y volver a disfrutar de lo que tanto tiempo se le había negado. El placer de yacer con una mujer era algo tan desconocido desde que ella se marchó, que se machacó en los entrenamientos, solo para llegar a la noche agotado por completo y no pensar en ella. Algo que tampoco conseguía, pues sus sueños se recreaban una y otra vez en los momentos vividos con esa muchacha hasta que desapareció, dejando como recuerdo sus sábanas manchadas, como si de un joven imberbe se tratara.

Tenía que reconocer que la ira que expresaban sus ojos y su posición retadora, lo atraían mucho más, y sin darse cuenta volvió a enamorarse de su esposa.

—He preguntado qué ocurre aquí. Todos los clientes del salón cuchichean sobre ti, Caitrin —amonestó a su amiga y se volvió hacia el *highlander*—. Usted, debería marcharse, el cuarto de una dama no es lugar para discutir. Si es tan amable de acompañarme, le daremos tiempo a mi amiga para que se vista y se ponga algo decente. —Sarah abrió la puerta y le indicó al hombre que la acompañara, cuando se iba a ir se giró hacia su amiga y levantó una ceja interrogante—. Te esperamos en el despacho.

Robert esperó a la mujer, y cuando ella pasó por su lado sin mirarlo, se resignó a seguirla. Hacía mucho tiempo que una mujer no lo trataba como a un niño, y esta lo había conseguido sin amilanarse ni un poco.

Sarah temblaba por dentro. Sabía quién era el hombre, no hizo falta presentación, pues la descripción que hizo de él su amiga cuando se desahogó, fue muy buena. Incluso, aunque no lo hubiera visto pelear con ella en su alcoba, ni llevar el tartán de los Grant, ese hombre no pasaba desapercibido ni por su apostura, que, si bien la barba escondía parte de sus rasgos seguía siendo muy hermoso, y tampoco escondía su fuerza en ese cuerpo portentoso. Era enorme y lo que su camisa dejaba ver, era una musculatura tan desarrollada que le hacía desear tocar esa piel bronceada.

Entraron en el despacho y se sentó detrás de la mesa, solo para poner algo de distancia con él, y dejar claro que ella estaba en una situación de poder. A su espalda la ventana dejaba ver el juego de los niños en la pradera. Robert se fijó en ellos y buscó ansioso la figura de su hija. Cuando la descubrió sonrió satisfecho al ver que la niña vencía al resto de muchachos en la carrera por el prado, sin que sus faldas le cortaran velocidad. Escuchar su risa le llenaba el alma y henchía su corazón. Luego recordó que se había perdido sus primeros años de vida y frunció el

ceño.

—No la culpe por algo que usted mismo provocó. —Sarah se dio cuenta de que miraba a los niños y no le fue difícil adivinar lo que le había hecho oscurecer su mirada.

—¿Yo? —Dio un golpe en la mesa para dejar salir el enfado—. Estuve buscándola todo este tiempo, nunca me di por vencido a pesar de que todos me decían que la dejara ir en paz y rehiciera mi vida. Mi jefe de guerra me insistía para volver a tomar una esposa, mi hermano no paraba de traer mujeres a Freuchie para que me fijara en ellas, incluso la reina quería forzarme a contraer matrimonio. Fui un estúpido al pensar que le había ocurrido algo y que me necesitaba, mientras ella estaba aquí, tan tranquila, ocultándome a mi hija. —Negó con la cabeza y apretó los puños en un intento de controlar su ira.

—Tal vez debería escuchar su versión, pues le aseguro que no todo fue tan fácil ni tranquilo como parece.

—Eso quiero hacer. Juro por lo más sagrado que estoy controlando mi genio, pero cuando me doy cuenta de todo lo que me robó… —se quedó en silencio y apartó la mirada de la mujer para volver a mirar a los niños en el prado.

Caitrin entró sin llamar, después de todo ya sabía quién estaba allí, y el tiempo que tardó en vestirse le sirvió para poner en orden sus ideas. Le plantaría cara al que fue su esposo y le haría marcharse ese mismo día. Ella se iría después en dirección contraria, dado que ahora tenía a dos hombres a los que rehuir.

—Ya era hora. —Sarah se levantó y dejó el sillón libre para su amiga—. Ahora que estamos más calmados, vamos a hablar sin levantar la voz, como personas civilizadas.

—Tienes razón, se nos fue la mano en la discusión y no me di cuenta del escándalo. —Miró a su esposo y esperó la disculpa.

Robert la observó y sonrió divertido por su cambio de actitud, pero se notaba en su posición erguida, que no pensaba nada de lo que decía. Carraspeó antes de tomar la palabra.

—Todo esto me ha pillado por sorpresa, no pensaba encontrarte ya con vida, y ver que estás tan bien —se relamió los labios al pensar en su boca—, me ha confundido y alterado.

—No hagas eso. —Caitrin cerró los ojos para no verlo.

—¿Qué? —Observó divertido su reacción y pensó que después de todo esta situación se resolvería bien.

—Este hombre es imposible, me marcho. —Se levantó fingiendo indignación, aunque por dentro todo su ser temblaba de deseo—. Espero que cuando os vayáis no generéis ningún altercado.

—No pienso irme, y tú tampoco lo harás sin darme una explicación convincente, eres mi esposa y me lo debes.

—Ya te he aclarado la situación. Cuando nos casamos yo estaba bajo la tutela de mi tío, además había un contrato matrimonial con el vizconde de Stansgate. Al huir de casa, esos planes se quedaron a la espera de mi reaparición.

—Me da igual, nosotros nos casamos ante la ley de Dios y de los hombres. Yo soy tu esposo, no se puede dar marcha atrás. —Robert intentaba no alzar la voz, pero le resultaba cada vez más difícil.

—Es inútil discutir contigo. —Negó con la cabeza y puso los ojos en blanco—. No puedes hacer nada, nuestro casamiento no fue válido sin el consentimiento de mi tutor, pues yo era menor de edad.

Robert se quedó mirando a su mujer sin poder creer su resistencia, más aún cuando hace solo

un rato habían disfrutado de su reencuentro. Pero fue la última frase la que le hizo detenerse antes de llegar a tocarla.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó con miedo, pues al decir eso empezaba a entender ciertas sensaciones que tuvo al conocerla. Su inocencia y ese cuerpo pequeño y poco desarrollado, contrastaba con lo que era ahora. Tragó saliva con miedo a lo que podría escuchar.

—Yo creí que tenía veintitrés años, pero hasta en eso me mintió mi tío, ya que falsificó los documentos de mi nacimiento para poder casarme antes, por lo que en verdad tengo veintiún años. —Se quedó mirando al hombre, deseaba conocer su reacción.

—¡Mierda! —se dio un golpe con la mano en la frente—, solo eras una niña cuando nos casamos.

Robert pensó que el suelo se abría bajo sus pies para conducirlo al infierno, era lo que se merecía por haber mancillado la pureza de una niña. Al comprender que su forma de actuar no era calculadora para llamar su atención, sino una forma más de demostrar su pureza infantil quiso dar media vuelta y marcharse a purgar su pecado, pero solo dio dos pasos en dirección a la puerta y se recordó la verdadera razón por la que estaban discutiendo. Ella era su esposa, se casaron ante la ley de Dios y de los hombres, tenían una hija. Todo eso no podía taparse porque ahora conociera toda la verdad. Lo ocurrido hace seis años tenía que ser revertido y solo había una forma de conseguirlo.

—Comprende que Seelie y yo estamos bien aquí. —Se envalentonó y comenzó a hablar con la seguridad de quien sabe que tiene razón—. Tú puedes volver a tus tierras y casarte con alguien más adecuado y de tu gusto, incluso si quieres puedo ir a Freuchie con nuestra hija para que no pierda la relación contigo —dijo con miedo a que él aceptara la oferta. Teniendo en cuenta que solo era una niña, él se olvidaría de ella en cuanto tuviera nuevos vástagos a los que legar sus tierras, y más si uno de ellos era varón.

Robert la miró como si de repente le hubieran salido dos cabezas, esa mujer estaba loca si pensaba que renunciaría a su descendencia solo porque podría tenerla con otra mujer. De hecho, hablaba como si lo que había entre ambos no existiera. Aunque eso fuera así, no estaba dispuesto a permitirlo. Recuperaría a su esposa e hija y las llevaría a casa, a Freuchie, el lugar del que nunca debieron salir.

—Eso no va a ocurrir, tú y yo nos casaremos y regresaremos juntos a nuestro hogar, será un nuevo comienzo para ambos, pero nadie se enterará de nada de esta locura.

—¿No me has escuchado? —apenas podía hablar ya—, ¡nuestro matrimonio no fue legal!

—Me ha quedado claro, por eso volveremos a casarnos. —Se cruzó de brazos sin apartar la mirada de ella que enrojecía por momentos mientras el enfado le hacía sucumbir a sus acciones.

—No lo consentiré, todavía no me has cortejado, ni siquiera me has pedido en matrimonio. —Se dio la vuelta para no ver su cara de decepción, que le instaba a perdonarlo y escapar con él.

—¡Pero si ya estamos casados! —Robert levantó los brazos al cielo.

—Señor, dame paciencia —replicó Caitrin en voz baja—. ¡No estamos casados! ¡No pienso casarme sin que haya antes un cortejo y una pedida de mano! Quiero que mi prometido me regale flores y me lleve a pasear. Me da igual lo que ordenes, aquí, quien decide soy yo y te digo que estás fuera. Vete de nuestras vidas y déjanos en paz.

—¿Quieres que te corteje? —Arrugó la nariz y frunció el ceño—. Pues lo haré, voy a conquistarte y será el cortejo más romántico que jamás se haya dado en estas tierras.

Robert se acercó a ella y sin pedir permiso la cogió en sus brazos y la besó. Sintió cómo temblaba y se amoldaba a su cuerpo en busca de un mayor contacto y eso le hizo suspirar, pues

no podía continuar. Aunque sabía que, si se lo proponía, podía llevarla al éxtasis y él se perdería entre sus piernas, pero intuía que debía conquistarla. Así que con pesar la soltó, y se apartó dando pasos hacia atrás sin dejar de mirarla.

—Vuelve a casa Robert, no me compliques la vida —dijo con voz temblorosa antes de que él se marchara y cerrara la puerta.

# Capítulo 35

Caitrin despertó con la sensación de no haber dormido nada, después de dar vueltas en el lecho, sin coger la postura correcta para descansar. Su mente giraba en torno a lo ocurrido el día anterior con Robert. No se engañaba, lo poco que llegó a conocerlo le hizo ver su carácter obcecado y tenaz, estaba segura de que no se daría por vencido con tanta facilidad y temía que, en un arrebato de locura, la arrastrase ante un altar y la obligara a casarse con él.

La idea no le era del todo desagradable, es más, le atraía. Pero no podía dejarse llevar por el romanticismo y caer de nuevo en sus brazos, ya no era aquella chiquilla asustada que huyó de casa. Supo tomar las riendas de su vida y a pesar de la juventud y los problemas, había construido una familia sola, sin ayuda de un tutor, prometido o esposo.

Se lavó en el aguamanil mientras no dejaba de pensar en lo que había ocurrido en pocos días: La aparición de Andrew, saber lo que su tío planeó y cómo cambió su vida. Pero lo que más la trastornaba era la presencia de Robert. Debía tomar decisiones y no podía esperar más, pues en cualquier momento podía regresar su antiguo prometido y no quería tener otro enfrentamiento. Con el de su esposo tuvo suficiente por una temporada.

—¡Madre! Dice padre que va a pescar al río, ¿puedo acompañarlo? —Seelie entró sin llamar como siempre, acaparando la atención de su madre.

—No cariño, hoy salimos de viaje. —Se agachó a coger a su hija y la abrazó absorbiendo la dulce fragancia infantil que emanaba.

—¿Dónde vamos? ¿Puede venir padre? Seguro que aplazará la mañana de pesca para acompañarnos.

Caitrin se quedó pensativa, no podía decirle la verdad a la pequeña. En solo unas horas se había acercado tanto a su padre que todo lo que hacía o decía, siempre era con la intervención de Robert.

—Quiero darle una sorpresa a tu padre, pero si le decimos dónde vamos, ya no lo será. Por eso es mejor que no sepa nada. —Se puso un dedo en la boca pidiendo silencio y después sonrió con complicidad a su pequeña.

—¿Se lo puedo contar a Peter?

—No, mejor que este viaje lo hagamos en secreto, alguien podría decir dónde vamos y se destaparía la sorpresa.

—Está bien —respondió la niña no muy convencida.

—Ayúdame, necesito que le pidas a Sarah una cesta con comida. Pero recuerda que no se puede enterar nadie, será un secreto entre las tres.

—Sí, madre. —Se le escapó una risilla infantil de complicidad y salió disparada hacia la cocina para cumplir el encargo de su madre.

Caitrin metió lo indispensable en un pequeño bolso de viaje y salió al pasillo buscando algún soldado de Robert. Cuando estuvo segura de no tener ningún guerrero controlando sus pasos, entró al despacho con sigilo y sacó la pequeña caja fuerte de su escondite. Necesitarían dinero para mantenerse una temporada, y ella no podría buscar trabajo hasta no estar segura de que no las seguían. Escribió con rapidez en un papel la cantidad que tomaba prestada y volvió a ocultarla en el tablón suelto junto a la mesa. Cuando volviera devolvería el dinero y resarciría a su amiga por el abandono tan precipitado.

—Así que estás aquí —dijo Sarah mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—¡Me has asustado! —Caitrin guardó la mayor parte del dinero en una bolsa escondida en el bajo del vestido y lo alisó sin prestar atención a su amiga.

—No puedes irte. Te seguirá y yo no podré ocultar tu huida mucho tiempo. Además, ha puesto guardias en el salón y en el camino al pueblo, no podrás escapar.

—Lo conseguiré. Atravesaremos el prado por detrás y cruzaremos el puente. Para cuando se dé cuenta de que nos hemos ido, estaremos muy lejos y no sabrá qué dirección tomar.

—Te rastrearán y cuando te encuentre será peor. Hazme caso, quédate y aclara la situación con él, parece un hombre razonable y se nota que está enamorado de ti.

—¡Ja! Tú no lo conoces, insistirá hasta que me rinda a sus deseos.

—¿Tan malo sería? Creo que ambos deseáis lo mismo.

—No digas tonterías, me anulará igual que hizo en el pasado, y dejaré de ser yo para convertirme en lo que él desea.

—No te creo, pero si es lo que quieres, te ayudaré —respondió resignada.

—Gracias, amiga, sabía que podía contar contigo.

—¿Dónde iréis?

—Es mejor que no lo sepas. Te mandaré una carta cuando estemos a salvo y cuando se den por vencidos, volveré.

—No me gusta que te marches sola con la niña, con la reunión de clanes de las Tierras Altas los caminos no son seguros.

—No te preocupes, iremos por las veredas y nos ocultaremos de día para no llamar la atención.

—En ese caso será mejor que te dé un poco de ayuda extra. Le diré a Peter que lleve el caballo y la cesta con comida hasta la cabaña de mi padre, allí os esconderéis hasta que se oculte el sol y podáis comenzar el camino. De esta forma descansarás y podrás cabalgar de noche hasta donde quiera que tengas pensado ir.

—¡Buena idea! Toma, dale también el bolso de viaje, así no levantaremos ninguna sospecha.

Sarah tomó la valija y se marchó con la mirada oscurecida y los ojos vidriosos de lágrimas contenidas. Caitrin miró hacia el prado vacío, silencioso, y captó todos los detalles para retenerlos en su memoria. No sabía cuánto tiempo tardaría en volver, ni siquiera si lo conseguiría, pero si algo había aprendido es que debía tomar decisiones por sí misma, y más ahora que tenía a su hija y que dependía de ella.

Le dolía apartarla de su padre, pues desde que aprendió a hablar y comprendió que los otros niños tenían uno, ella preguntaba por el suyo, y desaparecer cuando hacía solo unas horas que se habían conocido le iba a costar mucho, sobre todo, cuando la niña descubriera que no lo volverían a ver.

Se sentó en el escritorio y comenzó a escribir la carta que pensaba dejarle a Robert. La escondería entre los papeles del despacho, y así poder tener tiempo para desaparecer antes de que removiera las Lowlands en su búsqueda.

*Querido Robert:*

*Cuando leas esta carta estaremos lejos. No espero que me comprendas, aunque si te pido perdón. No puedo estar contigo como si no hubiera pasado nada, ni puedo olvidar todo lo que viví. Tal vez ahora me quieras a tu lado, pero pronto te cansarás e irás en busca de una nueva mujer. No quiero volver a sufrir, por eso me marcho, y espero que aceptes mi decisión, porque el amor a veces no es suficiente, sobre todo, cuando es solo uno el que lo da.*

*PD. Cuando Seelie crezca, le preguntaré si quiere conocerte y volveré a ponerme en contacto contigo.*

*Hasta entonces, te deseo lo mejor. Espero que no me guardes rencor.*

*Caitrin*

Guardó con cuidado la carta enrollada y atada con una cinta entre otra correspondencia, luego salió en busca de su hija y la encontró riendo con uno de los soldados Grant. Frunció el ceño y se acercó a ella sin apartar la mirada del guerrero.

—Cariño, tenemos que ir al pueblo, y si no nos damos prisa nos perderemos el almuerzo de Sibil —dijo tomando la mano de la niña acercándola a sus faldas.

—Creí que iríamos a por la sorpresa de padre. —La pequeña se llevó de inmediato la mano a la boca tapándola con teatralidad.

—No pasa nada, pequeña —sonrió al guerrero—, este soldado no dirá nada, ¿verdad?

—¿Nos guardarás el secreto? —preguntó con inocencia la niña.

—Bueno, no sé si el *laird* permitirá… —se calló al ver que la esposa de su señor le hacía indicaciones con la mano.

—No se preocupe, mm… —Se golpeó el diente con el dedo mientras ponía un mohín pensativo—. ¿Cómo se llama?

—Ian, señora, y tengo órdenes del *laird* de no dejarlas solas —respondió algo avergonzado el soldado.

—No se preocupe, Ian, seguro que Robert entiende que no podamos preparar esa sorpresa que le queríamos hacer su hija y yo. Ante todo, tiene que cumplir con sus órdenes.

—Pero yo puedo acompañarlas a ese lugar y ayudarlas en lo que necesiten, así el laird no se quedará sin su regalo. —respondió ansioso Ian.

—Me temo que no será posible, la casa donde nos dirigimos está cerca del pueblo, pero la señora Sibil no puede ver a los *highlanders* en sus tierras, desde que su esposo murió a manos de un desertor de las Tierras Altas.

—Lo siento mucho por ella, pero mis órdenes son no perderlas de vista.

Caitrin no sabía cómo volcar la situación en su favor, el guerrero no se dejaba engañar por sus falsas sonrisas. Necesitaba llegar a la cabaña de Alfred, donde la esperaban el caballo y sus pertenencias para escapar de allí, antes de que Robert volviera.

—Podemos hacer una cosa —dijo aleteando las pestañas con fingida inocencia—. Nos acompaña a casa de Sibil, pero no entra en la casa, así no perturbará a la buena mujer. Supongo que puede esperarnos fuera.

—Mm… bueno, creo que sí.

—Entonces vayamos, no hay tiempo que perder.

Caitrin le señalaba a su hija los ramilletes de flores que crecían en el camino y la pequeña las iba recogiendo con cuidado de no romper los pétalos. El soldado iba detrás de ellas y sonreía ante la rapidez con que cambiaba de opinión y dirección la niña. Tenía que reconocer que esa chiquilla era una preciosidad, y si seguía así cuando creciera, el *laird* tendría que batallar con los clanes vecinos para evitar que se la robasen.

Vieron la casa a la entrada del pueblo y aceleraron el paso hasta llegar allí. Con una mirada de súplica le pidió silencio al guerrero mientras ella se acercaba los últimos metros a la puerta.

Dos sonoros golpes bastaron para que la mujer mayor que allí habitaba saliera sonriente. La niña se abrazó a ella con familiaridad, y después del saludo de rigor, entraron en la casita dejando

solo al soldado en la puerta.

Caitrin disimuló todo lo que pudo con Sibil, pero la anciana no era tonta y supo de inmediato que algo trastornaba a la muchacha. Después de servir una merienda para la niña, se la llevó aparte para que le contara lo que no quería decir delante de la pequeña.

La muchacha no tuvo más remedio que relatar a la anciana lo ocurrido y su intención de huir. Para su sorpresa, Sibil le planteó una estrategia para librarse del guardia y proseguir con sus planes.

# Capítulo 36

Caitrin salió de la casa con una jarra de cerveza. Miró al hombre que, sentado en un barril junto a la puerta, esperaba con paciencia. Se dio cuenta de que era muy joven, tal vez de su misma edad, aunque la responsabilidad y la dureza de la vida en las Tierras Altas lo habían moldeado para sobrevivir.

Sonrió al guerrero y le ofreció la bebida sin apartar sus ojos de los de él.

—He pensado que tal vez tenga sed. —Se limpió las manos en el mandil que se había puesto y se quedó junto a él para charlar—. ¿Desde cuándo estáis en Freuchie? No me suena vuestra cara.

—En realidad, llevo casi toda mi vida allí, mi padre me llevó para que me entrenasen como un guerrero, y este invierno volveré a casa. —Sonrió con simpatía dejando ver dos hoyuelos en las mejillas que le conferían un aspecto mucho más juvenil.

—¿De dónde sois?

—Lo siento, señora, creí haberme presentado. —Se puso en pie e hizo una inclinación de cabeza—. Ian Murray de Pitlochry.

—Encantada de conocerlo, Ian Murray de Pitlochry.

Caitrin vio cómo el joven enrojecía y sonrió con simpatía, mientras esperaba a que las hierbas vertidas en la cerveza hicieran su efecto.

—La verdad es que no recuerdo haberlo visto en Freuchie, le pido disculpas por mi mala memoria.

—Bueno, en esa época estábamos patrullando las fronteras, teníamos varios vecinos que no paraban de incordiar a nuestros ganaderos y las incursiones para arrear ganado eran cada vez más. De ahí que el *laird* mandase varios grupos de guerreros a proteger las aldeas más cercanas a la frontera.

—No sabía nada —dijo con empatía, aunque en realidad sí recordaba haber escuchado algo al respecto, pero en esa época estaba tan perturbada por lo que sentía, que apenas se fijó en esos detalles.

—No se preocupe, es nuestra misión proteger a la gente y dar seguridad a quienes están bajo nuestra responsabilidad. —Ian dio un gran trago a la cerveza, y al terminarla se limpió con la manga los restos de espuma—. Lo siento —se disculpó por la grosería y le tendió la jarra vacía a su señora.

—No importa, me alegro de haberlo conocido y solo espero que sigamos viéndonos.

Caitrin se dio la vuelta para entrar en la vivienda satisfecha con esta pequeña pérdida de tiempo. Ahora solo tendrían que esperar un poco a que las hierbas hicieran su efecto y podrían ir a la cabaña de Alfred.

Sibil cerró la puerta cuando entró la jovencita y asintió satisfecha, no pensaba que lo que hacían supusiera un gran cambio para la situación de la muchacha y de su hija, ya que si el *laird* estaba decidido, la encontraría donde quiera que se ocultase. Así quiso hacérselo saber, aunque la determinación y la urgencia con que le explicó su situación le mostraron que nada la haría cambiar de opinión. Más valía que la ayudase ahora un poco, a que se arriesgara más tarde y pusiera su vida y la de su hija en peligro, solo por no aceptar la verdad de su corazón.

Los golpes apresurados en la puerta hicieron comprender a las mujeres de la casa que su

artimaña había surtido efecto. Con pasos lentos y más pausados de lo normal, Caitrin se acercó a abrir. La expresión que tenía el joven guardián le hizo sentir mal un momento, pero de inmediato se recompuso y lo miró con cara de preocupación.

—¿Qué os ocurre, Ian? Tenéis mala cara.

El joven respiró hondo antes de contener el aliento. Sentía arder sus entrañas y las ganas de buscar alivio para sus intestinos le podían. Consiguió contener sus ansias y tragó saliva.

—No me encuentro bien, señora. —Tomó aire con dificultad mientras su piel enrojecía por la tensión de impedir evacuar sus tripas allí mismo—. Voy a ir en busca de un relevo en mi guardia, por eso le pido que no salga de casa hasta que venga mi sustituto.

—No se preocupe, Ian, todavía nos queda un buen rato aquí, márchese tranquilo. Espero que se recupere pronto.

El muchacho se dio la vuelta con tanta rapidez que la hizo reír, aunque por suerte pudo poner la mano en la boca para evitar que el sonido de su carcajada le llegase al joven. Lo vio correr por el camino y después tomar la salida al bosque, donde se perdió entre los arbustos.

—Pobre Ian, no quería hacerle daño, parece buen muchacho.

—Se recuperará, solo andará con el culo escocido durante un día. —Rio Sibil—. Eso sí, sus intestinos se limpiarán muy bien.

Ambas mujeres soltaron una carcajada por lo que eso implicaba y atrajeron la atención de Seelie, que continuaba ocupada pintando el cuadro que le regalaría a su padre.

—¿Qué te parece, madre? ¿Crees que le gustará a padre?

—Estoy segura de ello, será una gran sorpresa. —Se abrazó a Sibil—. Muchas gracias por todo, nos marchamos antes de que vuelva el sustituto de nuestro guardián.

—Tened cuidado, niña, estos días hay muchos hombres del norte viajando por estas tierras. La reunión de clanes ha hecho bajar a muchos para solucionar sus problemas con los vecinos.

—Lo sé. —Soltó un suspiro—. De no ser por esa estúpida reunión él no habría bajado tanto y no tendría que huir de mi propia casa.

—Tal vez deberías pensártelo mejor y darle una oportunidad a tu hombre —le respondió la anciana sin apartar la mirada de la joven, pues pensaba que estaba cometiendo un error. Solo esperaba que cuando se diera cuenta no fuera demasiado tarde, ni para ella, ni para la niña.

—La decisión está tomada. No volveré a depender de un hombre y no quiero que mi hija sufra cuando vea a su padre ir con otras mujeres mientras yo languidezco esperando recibir sus migajas de amor.

—Buen discurso, muchacha, pero no es a mí a quien tienes que convencer —negó Sibil con la cabeza.

—Muchas gracias.

Caitrin llamó a su hija que enrolló el cuadro y se puso en pie con agilidad para seguir a su madre. La niña no dijo nada al ver que salían por la puerta y rodeaban la casa para tomar el camino del monte. Avanzaron cogidas de la mano mientras se alejaban de la aldea y de su casa. Cuando la pequeña se dio cuenta de la dirección que tomaban se soltó de su madre.

—¿Vamos a la cabaña de Alfred?

—Sí, cariño, allí tenemos el caballo para ir a la ciudad.

—Entonces, ¿vamos a Carlisle?

—Exacto, allí tengo una sorpresa para tu padre —mintió pensando que ya habría tiempo de contarle la verdad. Una vez estuvieran a salvo hablaría con ella, y seguro que comprendería que esta era la mejor opción para ambas.

Entraron en la cabaña, y mientras buscaba la cesta con comida que le prometió Sara, le pidió a Seelie que se tumbara un rato para descansar. La niña protestó diciendo que no estaba cansada, pero en cuanto se tumbó, el silencio del interior y el murmullo de los pájaros sumados a la caminata hasta allí, hicieron que la pequeña cayera en un profundo sueño.

Caitrin quería tumbarse y descansar también, pero antes debía comprobar que todo estaba preparado. Salió para que el caballo bebiera y comiera antes de partir esa noche. Luego volvió a entrar y se tumbó con su hija hasta la puesta de sol.

Robert no podía creer que volviera a escapar de él. No lo comprendía, y eso lo hacía enfurecerse aún más con la obstinada mujer de la que se había enamorado. Si le había dicho la verdad, Sarah, su esposa estaba esperando a que se pusiera el sol para iniciar su travesía nocturna a ese destino desconocido. Quería entrar por la fuerza a la cabaña y llevársela a rastras. Aunque debía tener más paciencia y comportarse de forma estoica, pues la presencia de su hija lo cambiaba todo. No quería asustar a la niña, no obstante, si se dejaba llevar por la ira, sin duda la pequeña se alejaría de él.

Todavía faltaba al menos una hora para la puesta de sol y decidió entrar en silencio a la cabaña. Entre las luces que se colaban en la única habitación de la estancia, pudo ver, adosada a la pared más alejada de la puerta, la cama. Sobre ella dos bultos se abrazaban consumidos por un plácido sueño.

Se sentó en la silla junto a la puerta sin perder de vista a su esposa y esperó con paciencia a que ambas despertaran con tranquilidad. Sus ojos no perdían detalle de cada uno de los movimientos de ambas, aunque era el cuerpo de Caitrin el que le hacía sentirse nervioso. Con el movimiento se había quedado a la vista el escote, y aún en la penumbra podía distinguir el suave movimiento de sus senos al respirar. Sus manos ansiaban abarcar la redonda plenitud que lo incitaba a acariciarla, besarla y saborearla. Negó para sí mismo, pues no era ese el camino que quería seguir, así que se obligó a calmar sus ansias y permaneció por completo en una falsa calma y quietud.

Caitrin se despertó inquieta, en su mente permanecía el sueño que la había perturbado y no podía comprender que se mantuviera ese nerviosismo. Sintió el cuerpo cálido de su hija junto a ella y sonrió pensando en todas las preguntas que le esperaban en el camino a Carlisle.

El aroma infantil tranquilizó su estado de ánimo y desechó el mal presentimiento que le había producido el sueño. Acercó los labios a la frente de la pequeña y la besó con suavidad mientras esperaba el despertar de la niña. Sus ojos, adaptados a la penumbra reinante en la cabaña, seguían con cariño cada movimiento perezoso que hacía su cuerpo, cómo se estiraba y encogía mientras una sonrisa iluminaba su cara.

Robert presenciaba expectante el despertar de ambas sonriendo ante los pausados movimientos de su hija, que parecía desarrollar un juego por mucho tiempo ensayado y practicado.

Caitrin agarró a la niña y se echó para atrás asustada. No fue un sueño, alguien las observaba desde la esquina de la puerta. Maldijo para sí misma cuando se dio cuenta de que había dejado su *sgian dubh* sobre la mesa, junto a la cesta con comida que les había preparado Sarah. Pensó que tal vez si se movía despacio, quien estuviera allí sentado pensara que no lo había visto y podría coger su cuchillo.

Besó a Seelie en la frente y se levantó estirándose, necesitaba despistar a su visitante y pensó que para ello lo mejor sería darle una visión de su cuerpo.

Robert se dio cuenta de la maniobra engañosa de su mujer y sonrió, era evidente que lo había

visto esperando en la puerta, pero no lo había identificado. Por eso decidió esperar a ver lo que pretendía.

Caitrin se sentó en la cama y se subió las faldas más arriba de lo necesario, solo para distraer a su espía, mientras hacía como si se pusiera la bota. Repitió la operación y se puso en pie probando ambos zapatos. Con las faldas todavía levantadas, mostrando sus piernas cubiertas solo con unas medias, se ajustó la liga que las sujetaba.

No supo bien cómo lo hizo, escuchó el sonido como si su visitante se estuviera atragantando y de un salto cogió su *sgian dubh* y se plantó ante el hombre apuntándolo con el filo del arma.

# Capítulo 37

La conversación de Seelie los mantenía distraídos de sus propios pensamientos. La niña caminaba entre sus padres sujetando a cada uno con una mano, no le extrañaba el silencio de los adultos, pues era ella quien llevaba el ritmo de la conversación. Solo echaba de menos la fluida charla que siempre mantenía con su madre cuando salían a pasear, pero supuso que la presencia de su padre era lo que la mantenía más callada de lo normal.

Robert sentía el calor de la mano infantil perderse entre sus dedos, era tan placentero que no se percataba de nada más. Ni siquiera el ánimo mohíno de su esposa lo distraía del alegre parloteo de su hija. Con la otra mano, guiaba la yegua con la que pretendían huir de él. Solo de pensar en ello se enfurecía, pero decidió hacer caso a los consejos de Sarah y de la vieja Sibil, le daría a su esposa el tiempo y el espacio que necesitaba, hasta que comprendiera que su lugar estaba junto a él.

—Padre, entonces, ¿no te enfadas si no vamos a buscar tu sorpresa? —Seelie daba saltitos entre ambos tirando de sus brazos para impulsarse.

—No, hija. Para mí teneros a mi lado es suficiente, no quiero ni deseo nada más. —Observó a su mujer que se negaba a mirarlo—. Además, soy yo quien os debe una sorpresa.

—¿Qué es? —canturreó ansiosa la niña.

—Si te lo dijera, no sería una sorpresa, y supongo que quieres una. —Le guiñó un ojo a la pequeña que rio a carcajadas por la emoción.

—Mejor mira por dónde caminas, no vayas a hacer que mi yegua pise un hoyo y se haga daño —Caitrin cortó la alegre conversación de ambos. Notaba cómo la niña se acercaba cada vez más a su padre, a pesar de conocerlo solo desde hacía dos días.

—No te preocupes, esposa, caminar iluminado solo por la luna es algo que cualquier *highlander* puede hacer sin dificultad —pensó, divertido, que el mal humor de ella parecía fingido y eso estaba bien, pues así disfrutaría mucho más el regalo que le dejó en su alcoba.

Robert dio gracias por haber preparado esa pequeña sorpresa para su esposa, de lo contrario no habría descubierto sus planes. Cuando Ian llegó a la posada en tan lamentable estado, pensó que los habían atacado, sin embargo, fue Sarah quien se delató al preguntar si Caitrin había salido ya a caballo. La acorraló en el pasillo y la metió en la alcoba de Caitrin, donde vio lo que él había estado haciendo. Sarah se ablandó de inmediato y confesó los planes de su amiga, lo único que no podía decir era hacia dónde se dirigían.

Tras la noticia, corrió por el monte como si lo persiguiera el diablo. Había escuchado las indicaciones de la ubicación de la cabaña y todavía estaba el sol en el cielo, pero el miedo a volver a perderla le hizo correr como nunca lo había hecho.

Después de la pequeña trifulca que tuvieron cuando despertó su mujer consiguió que lo siguiera, solo porque la niña se abrazó a él, y le contó lo que habían preparado para ir a Carlisle a buscar su sorpresa.

Con calma le dijo a su hija que no necesitaba más sorpresa, que verla cada día más bonita. La niña sonrió con placer y decidió que no necesitaban ir a la ciudad en busca de ese regalo.

Robert agradeció la confianza que la niña le estaba dando y tomaron el camino de regreso a la posada. Dejó la yegua a cargo de uno de sus hombres cuando descubrió un caballo desconocido en la entrada al establo. Con la mirada señaló al animal y su hombre se encogió de

hombros señalando la posada. De esta forma, supo que había un nuevo viajero.

Caitrin cogió a la niña en brazos, aceleró sus pasos para entrar en el mesón, y allí vio a su amiga que la esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho. No necesitó preguntar nada, pues el mismo Robert le dijo que Sarah confesó su plan de huida. Sentía hervir la sangre por la traición, de ahí que al llegar junto a su amiga le hiciera una señal para que la siguiera.

Entraron en la cocina y Robert pensó que era mejor no intervenir, las dejaría aclarar sus posturas y cuando estuviera dispuesta a hablar sin dejarse llevar por la rabia, hablaría con su esposa.

—¿Cómo has podido? Confié en ti y tú me lo pagas así. —Caitrin comenzó a pasearse de un lado a otro en la cocina—. Creí que éramos amigas, ya te conté todo lo que me hizo y tú… —Le señaló con el dedo, temblando por la rabia contenida.

Sarah pensó que su amiga necesitaba desahogarse, por eso la dejó desfogar lo que llevaba dentro. Le pidió a su asistente de cocina que se llevara a Seelie, y mientras Caitrin seguía despotricando contra ella y su traición, comenzó a preparar los platos para la cena. Después de un buen rato y consumido el enfado, vio como su amiga se echaba a llorar. Había llegado el momento de intervenir.

—Lo siento, sabes que nunca estuve de acuerdo con este plan loco, y cuando el soldado llegó descompuesto, supe que habías puesto en marcha tu huida. —Se arrodilló junto a su amiga, que sentada en una silla lloraba sin poder mirarla a los ojos—. Yo no sabía que él estaba aquí, cuando salió de tu cuarto y su hombre le dijo que os había dejado solas, palideció. Luego me vio asustada y no sé cómo lo supo, pero me acorraló y no me soltó hasta que no le confesé tu plan.

—Podías haber aguantado un poco —se secó las lágrimas—, estaba sentado en la cabaña esperando a que despertara. No he tenido ninguna oportunidad, menos aún, cuando Seelie descubrió a su padre.

—Piénsalo bien, este hombre te ama y no te dejará escapar con facilidad. —Cogió las manos de su amiga entre las suyas—. Sé que tú también lo amas, de lo contrario habrías aceptado a alguno de los pretendientes que has tenido en estos años.

—Tienes razón, lo amo, pero no puedo permitir que vuelva a anularme.

—Eso está bien, no se lo pongas fácil, pero tampoco te niegues la posibilidad de ser feliz.

Ambas se abrazaron dejando atrás cualquier disputa que pudiera separarlas. Una vez aclarados sus desencuentros y disputas salieron al salón que en esos momentos estaba lleno con la llegada de un grupo de viajeros. Mientras los recién llegados se refrescaban, los animales descansaban para, al día siguiente, continuar el camino hasta Edimburgo.

Caitrin necesitaba cambiarse de ropa, el traje de viaje era pesado, y al haberlo llevado durante todo el día se sentía sudorosa y cansada. Pero antes de aliviarse, debía ayudar a atender a los viajeros, así que cogió las llaves de las habitaciones y ayudó a repartirlas. Estaba casi segura de que Robert se había ido con sus hombres y eso le daba tranquilidad.

Sintió que se le erizaba el vello de la nuca, y al girarse descubrió a Edward. Estaba sentado en la mesa más alejada observando todo con suspicacia, al mismo tiempo que no dejaba de controlar sus movimientos. Un escalofrío la hizo estremecerse y decidió que no sería buena idea postergar su encuentro con él.

El vizconde de Stansgate apreció los movimientos ondulantes de la muchacha, y casi se le cayó la baba al pensar en tenerla bajo su cuerpo, por lo que se obligó a cambiar el rumbo de sus pensamientos, pues no era ese un buen momento para ponerse en evidencia. Después de todo, aún no le había dado la contestación afirmativa.

Casi podía oler la fortuna a la que tendría acceso cuando se casara con ella. Había dejado al *laird* de los Cameron sin avisar, no es que su trabajo fuera imprescindible, pero el jefe tenía algunos intereses en Inglaterra que necesitaba controlar, de ahí que lo contratara para administrar dichos bienes. Ya no necesitaba ganarse el sustento tenía de nuevo a la heredera en sus manos, y cuando se desposara con ella reclamaría a la reina, tanto el regreso de los bienes como los intereses por la fortuna que guardaba la monarca hasta la aparición de la desaparecida heredera.

Caitrin se acercó a su mesa con pasos decididos, no se dejaría engañar y desde luego tampoco le permitiría manipularla como cuando era una chiquilla.

—Edward has vuelto muy pronto, pensé que al menos tardarías una semana en resolver los asuntos que te trajeron a Escocia. —Caitrin le tendió la mano con coquetería, pero recelosa del hombre al que apenas conocía, por mucho que intentara hacerle recordar su pasado juntos.

—No tuve que subir hasta sus tierras, el *laird* estaba aquí cerca para la reunión de clanes.

—Cierto, en estos días hemos recibido muchos *highlanders*. Tal vez demasiados para mi gusto —dijo la última frase en un susurro, aun así, él la escuchó y sonrió satisfecho.

—Tranquila, si alguno de esos salvajes se atreve a molestarte, se las tendrá que ver conmigo.

Caitrin contuvo la carcajada que pugnaba por salir de su boca. Pensar a ese hombre fofo y bajito enfrentado con Robert o alguno de sus hombres, le daba risa. No era rival para ninguno de ellos, por más que se empeñara en hacerse valedor de honores que en nada poseía.

—No te preocupes, todos saben aquí quién soy, nadie osaría tocarme ni un pelo.

Edward sonrió satisfecho, aunque no le gustaba la seguridad con que se expresaba ahora la muchacha. Debería comerse la autoestima de ella para volverla vulnerable y dependiente a él.

—¿Has pensado en la proposición que te hice? —preguntó ansioso.

—No, Edward, no he tenido cabeza para estudiar tu propuesta, ni para bien ni para mal. —La urgencia con que él la presionaba le extrañó.

—No hay prisa, ahora que te he encontrado me quedaré unos días por aquí, hasta que estés decidida a regresar conmigo.

—No hace falta que esperes mucho, yo no quiero abandonar esta vida sencilla. —Se encogió de hombros y se marchó de allí antes de que ese hombre volviera a enfadarla.

# Capítulo 38

Caitrin entró a su alcoba y se sorprendió por el olor que desprendía. Acercó el portavelas hacia el interior y su estupor fue aún mayor. Sobre la cama había cientos de flores. Lo más curioso es que no estaban desperdigadas, sino que estaban entrelazadas, y al mirarlas desde arriba, se dio cuenta de que formaban un mensaje. Se tapó la boca y una sonrisa comenzó a calentar su cuerpo, levantó su ánimo y creó en ella expectativas que nunca tuvo. Leyó otra vez el mensaje y se llevó la mano al pecho con las palabras escritas con flores:

«Caitrin, ¿quieres casarte conmigo?».

Emocionada, leía en voz alta una y otra vez la propuesta floral. Casi le daba miedo acercarse, temía que cualquier brisa rompiese los renglones y perder la misiva.

Con cuidado de no alterar el aire en el interior de la alcoba, salió andando para atrás. Una vez fuera, corrió hacia la cocina donde su amiga se había quedado recogiendo los restos de la cena del salón.

—Sarah, ¡tienes que venir a mi cuarto! —gritó con la voz emocionada como si fuera una niña.

—Dame cinco minutos y voy —le respondió sin apartar la mirada de los cubiertos que estaba secando y dándoles brillo.

—Deja eso y acompáñame, necesito que lo veas tú también. No quiero engañarme ni equivocarme.

—Está bien. —Se secó las manos con el trapo y se dejó arrastrar por su amiga.

—Antes de entrar debes tener cuidado y no provocar mucho movimiento de aire, no quiero que se pierda.

Después de esa misteriosa advertencia, Caitrin abrió la puerta de su alcoba y dejó el paso libre a su amiga, que se introdujo despacio para no mover el aire, tal y como le pidió.

Nada más entrar el aroma floral invadió sus sentidos y casi podía verse en medio de un prado en primavera. Inspiró con fuerza hasta saturar su olfato y observó con cuidado el lecho, donde montones de flores se disponían de forma estudiada. No era casual su posición, formaban palabras. Leyó el mensaje y se volvió sonriente hacia su amiga.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó aunque sabía que fue el Grant quien lo había preparado antes de la escapada de su amiga con la niña.

—Edward está decidido a que me case con él, pero nunca imaginé que organizaría algo así. —Se acercó a la cama y cogió la flor que servía como punto final. Era pequeña y de color azul, no sabía su nombre, pero era tan delicada y le llamaba tanto la atención que le resultaba imposible dejarla.

—¿Estás segura de que ha sido él? Yo lo vi llegar a última hora de la tarde y no traía nada en las manos, sería muy difícil que consiguiera todas estas flores en tan poco tiempo.

—No ha podido ser nadie más. —Cogió una rosa silvestre y la acercó a su pecho, dándose cuenta de que no tenía espinas. Sonrió como una boba al pensar que no solo le había llenado el lecho de flores, sino que además las limpió para que no la lastimaran. Solo por eso estaba casi decidida a darle la oportunidad de redimirse.

—Creo que el Grant sería el más firme candidato para cometer este acto, tuvo el tiempo y la

oportunidad.

—No digas tonterías, Robert no sería capaz de hacer algo así, aunque se lo exigiera. Ha sido Edward estoy segura. —Miró el mensaje una vez más con ojos soñadores—. Puede que me equivocara al desechar su disculpa, y luego la proposición, esto me demuestra que en realidad está arrepentido y quiere cambiar.

—Antes de tomar una decisión equivocada, yo averiguaría quién es el autor.

—Lo haré, mañana en el desayuno se lo preguntaré a Edward y le diré lo mucho que me ha gustado su regalo.

—Creo que te vas a sorprender. —Sarah negó con la cabeza al mismo tiempo que se acercaba a la puerta—. No tomes una decisión apresurada y hazle la misma pregunta a los dos hombres.

—Lo haré, aunque ya te digo yo, que esto es cosa de mi antiguo prometido. No en vano es vizconde y cuando me cortejaba tenía fama de saber tratar a las mujeres. —Se sentó en el filo de la cama y con miedo pasó los dedos sobre las flores.

Sarah se marchó preocupada, había visto la mirada soñadora de su amiga y no era para menos, un mensaje como ese solo podía ser de alguien que estuviera muy enamorado. Por mucho que Caitrin dijera lo contrario, el vizconde no se veía de esa forma. Sus ojos escrutaban lo que le rodeaba no para admirar, sino para aplicarle un valor monetario. Había visto esas miradas en otros hombres a lo largo de los años, y en esta ocasión no fue diferente, el frío y calculador escrutinio no le pasó desapercibido. Ese hombre se acercaba a su amiga con fines lucrativos, de eso estaba casi segura. En cambio, el *laird* Grant tenía la mirada limpia y honesta de quien sabe lo que quiere y lucha por conseguirlo. Cierto que, hasta ahora, no conocía nada que le hiciera pensar en él como un romántico.

Se encogió de hombros y fue a la cocina para terminar de recoger, allí estaba su hijo Peter, que con solo diez años era más alto que ella. Comía con ganas un trozo de pollo que había rescatado de la fresquera y sonrió. Ese muchacho crecía por días, de ahí que siempre que se lo encontraba en la cocina, tuviera en las manos algo de la comida que había sobrado.

—Peter, estas no son horas de comer, tendrás pesadillas si te acuestas con el estómago lleno. —Se sentó a su lado y le sonrió desmintiendo el regaño anterior.

—No te preocupes, mamá, esta noche no dormiré, me han encargado una misión de vigilancia. —Se metió un gran trozo de pollo y le dio un mordisco arrancando toda la carne pegada al hueso.

—¿Misión de vigilancia?, ¿de qué hablas, muchacho? —Le quitó los restos de pollo para obligarlo a mirarla.

—El *laird* Grant, me ha encomendado que guarde el sueño de su hija, la pequeña Seelie —aclaró por si su madre no estaba enterada—. Quiere que le avise en cuanto salga de casa, aunque sea acompañada de su madre. Dice que estando la reunión de clanes tan cerca, algún *laird* traicionero podría intentar usarla para hacerle daño a él.

—¿Eso te ha dicho?

—Ajá. Por eso esta noche me atiborro de comida, no quiero dormirme y fallar en mi encargo.

Sarah estaba muy enfadada. Intuía que no era esa la razón, pero no podía poner al niño en contra del Grant, pues hasta ahora la única figura masculina que tenía era su abuelo, y hacía un año que no se encontraba bien. Los años le comenzaban a pasar factura.

—Antes de ponerte en una misión así debería haberme informado, soy tu madre y la responsable de ti. No podría soportar que te ocurriera algo por aceptar un trabajo para el que no

estás preparado.

—Madre, ya no soy un niño, pronto cumpliré once años. A mi edad muchos jóvenes están entrenando en un clan vecino para convertirse en guerreros.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó agraviada por no haber sido informada de las nuevas ocupaciones de su hijo.

—El jefe de guerra de los Grant, él convenció a su *laird* para que me diera responsabilidades dentro del clan. Dice que cuando regresen a Freuchie, yo podré ir con ellos para adiestrarme.

—Eso no sucederá, eres mi hijo y ante todo me debes obediencia a mí. —Dolida apartó la mirada de su hijo—. ¿Acaso quieres abandonarme?

—No madre, solo iré el tiempo imprescindible para convertirme en guerrero. Así cuando regrese no tendrás que temer a ningún viajero, yo me encargaré de defenderte.

Sarah contuvo las ganas de gritar, bajo ningún concepto permitiría que se marchara su hijo. No dejaría que fuese un guerrero como lo era su padre, lo conservaría a su lado, aunque ello supusiera quitarle sus sueños de guerrear.

Mientras salían de la posada en dirección a su casita que estaba muy cerca de allí, ambos iban pensando en lo que dirían. Fue Peter quien rompió el silencio incómodo.

—Yo me quedo aquí, bajo la ventana de Seelie, debo cumplir mi palabra.

—Vamos hijo, ella no se irá en mitad de la noche y no creo que vengan a buscarla de otros clanes.

—He dicho que me quedo y lo haré. Acércate a casa, desde aquí veo tu silueta con claridad y no creo que te ataque nadie.

Peter se apoyó en la pared de madera y piedra. Esperaba que su madre opusiera más resistencia, pero lo único que hizo fue apretar la mandíbula y continuar el camino.

Peter se apoyó en la pared y se dejó caer al suelo. La ventana tenía una reja que Caitrin se había empeñado en poner. Eso no impediría a nadie entrar o salir de la alcoba de la niña, pero si alguien conseguía colarse en el interior, él lo escucharía y podría dar la voz de alarma.

Edward apenas podía dormir por el nerviosismo, asomado a la ventana del primer piso escuchó la conversación en voz baja de la cocinera de Caitrin y su hijo. Había pensado en llevarse a la niña para obligar a la muchacha a casarse con él y regresar triunfante a Londres, por lo que al descubrir que el chico la vigilaba, había desmontado sus planes.

Tendría que quedarse un día más y encontrar otra forma de llevarse a la mujer para solicitar ante la reina la reposición de los bienes heredados. Sería costoso, pues la soberana virgen se quedaba con todo lo que podía para costear sus caprichos y las campañas contra Francia. Más ahora con su prima María Estuardo en el trono de Escocia, que tenía abiertos ambos frentes en contra de su legitimidad dinástica.

Se acostó malhumorado al comprender que nada sería tan fácil como previó, cuando descubrió a su prometida perdida. Aunque se demorara más de lo esperado, a la mañana siguiente comenzaría a buscar la forma de engañar a Caitrin, aunque ello significara cargar con la bastarda de su hija.

# Capítulo 39

Robert se levantó temprano para hablar con su esposa. Aunque ella lo había negado él la consideraba así, y por más veces que le pidiera matrimonio, el primero que tuvieron hace casi seis años en Freuchie, era el único verdadero. Ella le había reprochado su falta de romanticismo, incluso que no le preguntara si accedía al matrimonio. Era una locura, ¿cómo quería que actuara?, si apenas podía pensar cuando estaba en su presencia.

Para Caitrin no fue suficiente que delegara sus responsabilidades como *laird*, quería más muestras de amor y eso es lo que estaba haciendo ahora. Ni siquiera se detuvo a tomar las gachas con sus hombres, en cuanto amaneció salió en pos de ella. Le daba igual que estuviera dormida, quería saber si le había gustado el regalo que dejó en su alcoba. En el camino fue recogiendo más flores y cuando tuvo un buen ramo, las ató con un lazo que llevaba en el *sporran.* Pensó que eso era muy poco para darle y se detuvo a un lado, sacó un trozo de papel y con un carbón, escribió de nuevo su mayor deseo. Tras enrollarlo, se encontró que no tenía más lazo para atarlo. Vio unas hierbas altas y arrancó un par de ellas para atar el pergamino, luego cogió una de las pequeñas flores azules y la insertó entre el atado y el papel.

Observó ensimismado el resultado y pensó que cualquier mujer consideraría ese regalo una cursilería, pero seguro que ella no. La había visto mirar con cariño cuantas flores crecían en Freuchie. Además, pensó que era lo que más se acercaba a la etérea personalidad de su hada. Era como si formara parte del campo y de las flores, de ahí que en cuanto ella le recriminó su falta de galantería, se le ocurrió la idea de compartir con ella las flores que la rodeaban.

Continuó su camino a la posada y las voces atravesaban el campo haciéndose entender, aunque quedaban muy lejos quienes hablaban.

—No sé cómo lo hiciste, pero me sorprendiste —Caitrin miraba avergonzada a Edward.

—No tiene importancia, querida. —No sabía a lo que se refería, pero si le atribuía algo que le hiciera acercarse a él, le seguiría el juego con gusto.

—De verdad, que no esperaba algo semejante. —Sintió que aquello no estaba bien y enrojeció, no por el agradecimiento que le brindaba, sino porque cada vez que miraba las flores pensaba en Robert y esa situación no era correcta, pues no estaba bien agradecer un regalo a un hombre y soñar con otro.

—Por ti haría cualquier cosa, no me importa nada si con ello puedo recuperar tu confianza.

—Edward, no creo que esté preparada aún para eso. —Se apartó de la mano que pretendía acariciarla y entonces escuchó el gruñido. Parecía un animal salvaje a punto de atacar.

El inglés no se lo pensó, fue escuchar el bramido y salió corriendo a refugiarse en el interior de la posada. No le dio tiempo a proponer nada a la muchacha, salió de forma precipitada dejando sola a Caitrin.

Robert apresuró los pasos hacia su mujer, de su garganta escapaban los rugidos que su furia no podía contener. Cuando quedó a la vista de la joven, se detuvo al comprobar que estaba aterrada. No había ni rastro del hombre al que le agradecía el regalo. Se maldijo mil veces por permitir que quedara sola al alcance de cualquier hombre con los arrestos y la galantería suficientes para ganarse su admiración.

Caitrin lo vio acercarse, la cara enrojecida de ira y el cuerpo enervado como si fuera un toro. Asustada, recogió sus faldas y comenzó a correr al interior de la posada. Cerró la puerta tras de sí

y miró a los parroquianos que tomaban su primera comida del día antes de continuar el camino.

—¿Qué ocurre, Caitrin? —Sarah le pasó la bandeja al chico que las ayudaba en la barra y corrió hacia su amiga.

—Yo… estaba agradeciendo las flores a Edward y hemos escuchado el bramido de un animal salvaje. —Tragó saliva—. Él salió corriendo y me dejó sola.

—¿Te ha atacado o hecho daño? —Sarah comenzó a comprobar sus ropas, pero no advirtió sangre ni nada que le indicase que estaba herida.

—No es eso, cuando el bramido se ha acercado, resulta que era Robert. Estaba enfurecido. —Se le escapó un escalofrío.

—¿Por qué?

—No lo sé, he salido huyendo de él. —Se la quedó mirando con cara de asombro—. ¿No creerás que me voy a quedar para averiguar a qué vienen sus gruñidos?

—Algún motivo tendrá para actuar así, hasta ahora se ha comportado como un caballero —espetó Sarah que comenzaba a perder la paciencia.

—¡Ja! Un caballero. No sé de dónde has sacado esa loca idea, pero ya te digo yo, que, si lo hubieras visto acercarse con esa expresión de rabia, seguro que tú también habrías puesto tierra de por medio.

La puerta de la calle se abrió con estrépito dando contra la pared. Ambas se volvieron para ver al *highlander* entrar con el gesto enfurecido. No les dio tiempo a decir nada, Robert cogió a su mujer y se la echó al hombro ante las protestas de esta y las risas de los que allí estaban.

Sarah quiso salir detrás de él para defender a su amiga, pero el hombre se giró y con la mirada le advirtió para que no lo siguiera. Algo que hizo, aunque en cuanto los perdió de vista entró al corredor privado y se situó junto a la puerta de la alcoba de Caitrin cuando esta se cerró.

—Déjame, maldito animal —gritó la muchacha, lo que le valió una palmada en el trasero—. No te atrevas a volver a golpearme si no quieres perder cierta parte de tu anatomía —siseó ofendida, más por la humillación de la postura que por el daño que pudiera haberle causado la palmada.

Robert miró el interior de la alcoba sorprendido, en una esquina había varias mantas echadas en el suelo, mientras sobre la cama continuaba su mensaje escrito con flores. Eso lo confundió. La dejó con cuidado de pie junto a él y se apartó antes de recibir los manotazos que seguía dando la muchacha.

—Lo siento, no quería asustarte —dijo arrepentido—. A veces sacas lo peor de mí y no consigo controlarme. —Se mesó el cabello que se había soltado de la cinta y bajó la mirada incapaz de ver los reproches en sus ojos.

—Pues para no querer hacerlo, siempre te sale lo contrario. —Se cruzó de brazos envalentonada por su retractación—. Hasta Edward se ha marchado sin despedirse por miedo a tu ataque.

Robert bufó exasperado. El inglés no se fue por miedo a él, pues todavía no estaba a la vista de ninguno de ellos, el muy cobarde salió corriendo para salvar su vida pensando que era un animal. Si ella no se había dado cuenta es que era más incauta de lo que pensaba.

—El cobarde se ha largado pensando en salvar su vida y te ha dejado abandonada, eso debería darte una idea del tipo de hombre que es. —Se inclinó hasta casi tocar su nariz.

—No hizo eso, seguro que pensaba que yo corría detrás de él y no se dio cuenta de que me abandonaba. Es un caballero y nunca haría tal cosa. —Se dio la vuelta y vio la cama con el mensaje de flores todavía intacto. No quería que Robert se diera cuenta de lo que había sobre su

lecho, así que lo cogió del brazo y le obligó a girarse en dirección a la puerta—. Ahora es mejor que te vayas de mi alcoba, no es decente que un caballero visite el cuarto de una dama.

—He hecho mucho más que visitar tu alcoba —le susurró al oído y sintió que ella temblaba —, solo estoy esperando que me permitas volver a ser el hombre con el que revuelvas las sábanas. —Sonrió satisfecho ante su nerviosismo, y se marchó antes de cometer una locura y olvidarse de todos sus planes. Esta vez lo haría bien, le dejaría elegir entre ser su esposa y… De eso nada, no le permitiría elegir, sería suya a cualquier precio.

Caitrin se apoyó en la puerta al cerrarla detrás de él, temblaba como una hoja al viento y apenas podía controlar sus manos. Por suerte no había visto la petición de Edward escrita con flores sobre la cama. Quería cogerlas y guardarlas, pero entonces perdería el mensaje. Le gustaba tanto la forma en que le había pedido matrimonio, que solo por eso ya pensaba en darle la confirmación. Solo la detenía Sarah, que insistía en no dar nada por sentado.

Seguía contemplando el mensaje floral cuando llamaron a la puerta. Se dio la vuelta, lamentando perder la hermosa visión de las flores y abrió sin preguntar. Ante ella se alzaba un ramo de flores muy parecidas a las que todavía estaban sobre sus sábanas.

—¿Qué es esto? —Se asomó para ver a quien mantenía el ramo en alto, y vio a un chiquillo del pueblo. No recordaba su nombre, solo que era uno de los pequeños del pueblo que jugaban con su hija en el prado.

—El hombre me dijo que se las diera en persona —dijo el zagal mientras le daba el ramo de flores y le tendía un pequeño rollo atado, también con una hierba silvestre y decorado con una florecilla azul.

—¿Qué hombre? —preguntó la muchacha, pero el niño ya corría hacia la salida del pasillo.

Intrigada, dejó el ramo sobre el baúl y abrió el pequeño rollo de papel. Su corazón comenzó a acelerarse de forma desmedida cuando sus ojos leyeron la escueta frase. No estaba firmada, pero al acompañar al ramo compuesto de las mismas flores que las de la cama, no necesitaba más. Edward seguía sorprendiéndola con su delicadeza y detalles. Leyó una vez más lo escrito en el pequeño rollo de papel y se le escaparon las lágrimas de felicidad.

«Caitrin, cásate conmigo».

No decía nada más, y tampoco lo necesitaba. Miró soñadora la misma frase escrita con flores sobre sus sábanas y besó la nota con cuidado de no estropear las palabras escritas con carbón. Una pequeña lágrima se le escapó, y maldijo a Robert por no tener los mismos detalles románticos que Edward. Si estos regalos se los hubiera hecho el *highlander*, lo habría besado y se lo habría llevado a la iglesia, aunque fuera a rastras. Pero viniendo de su antiguo prometido, no podía dejar de recordar las hirientes palabras que dijo sobre ella el día que escapó de casa de su tutor. Tampoco podía dejar de lado su intención de regresar a Londres para reclamar la herencia.

Negó con la cabeza pues ese era el único asunto en el que estaba segura de que no quería participar. Tal vez Edward fuera un romántico, pero también era un interesado, y si no fuera por su herencia, ni siquiera le prestaría atención.

Guardó la nota en su cofre y se dirigió al despacho, debía poner al día el libro de cuentas y hacer el pedido de suministros, no se dio cuenta de que el inglés la observaba con maligna desidia. El hombre había visto al norteño salir de la alcoba de la que consideraba ya su prometida, y no le gustaban nada las familiaridades que se atribuía. Necesitaba idear un plan para alejarla de allí, regresar a Londres y recuperar la vida de lujo que pensó tendría con ella.

# Capítulo 40

Duncan miraba a su *laird* sin creer lo que le decía, se había vuelto loco o idiota, no podía faltar a la reunión de clanes. Incluso la reina acudiría. Era la oportunidad para acabar con los malditos Innes, superar desconfianzas y trabar nuevas alianzas que beneficiaran al clan. Enfadado por la falta de responsabilidad, le plantó cara como jamás lo hizo.

—No puedes hacerlo, crearás incertidumbre y eso no es bueno en este momento. Te recuerdo que la reina te ha dado su apoyo incondicional, aun cuando le has dado largas con el tratado de unión de clanes. Si, además, faltas a esta reunión sabiendo que ella acudirá, la estarás menospreciando. —Duncan lo miró enfadado.

—No puedo irme sin mi esposa y mi hija, ya avisé a Jamie para que acudiese a la reunión, mientras soluciono lo de Caitrin. En cuanto tenga su aceptación, partiré sin demora.

—Eso podría tardar semanas, a juzgar por la cabezonería de la muchacha y lo poco que te ha mirado. Si incluso intentó marcharse de nuevo. —Negó con la cabeza, exasperado.

—Ve a la reunión y ayuda a mi hermano en lo que necesite. Sobre todo, no lo dejes meternos en más líos de los que tenemos. En cuanto pueda, me reuniré con vosotros.

Robert regresó al campamento donde se entretuvo hablando con el joven Ian, quien todavía estaba enfadado por el brebaje que le puso las tripas a arder y le había dejado el culo como un tomate. No podía sentarse sin acordarse de los antepasados de la muchacha y, aunque era la esposa del *laird*, se juró que en algún momento le devolvería la broma.

Después de comprobar cómo levantaban el campamento sus hombres, decidió regresar a la posada y pedir una habitación. Ahora que estaba solo, nada le impedía estar lo más cerca posible de su esposa. Antes de ello recogió más flores y las ató con una cinta, sacó el rollo de pergamino ya escrito y lo ató con una cinta de hierba. Buscó a uno de los niños que correteaban por el prado y le dio el encargo.

Estaba preparado para actuar esa misma noche, tenía la oportunidad al dormir en la posada, o al menos eso esperaba. Cargado con sus alforjas se dirigió al mostrador y llamó la atención del chico que cuidaba la barra.

—Necesito una habitación por tiempo indefinido. —Sonrió mientras le guiñaba un ojo al muchacho, pues ya todos sabían de su relación con Caitrin y cuáles eran sus expectativas.

—Lo siento, señor, tendré que confirmarlo con la señora —sintió que le subían los colores al tiempo que le ardía la cara—, no quisiera perder mi empleo.

—Tranquilo, chico, habla con Sarah, seguro que ella estará de acuerdo.

Observó cómo desaparecía tras la puerta que conducía a la cocina y se apoyó en el mostrador sin prestar atención a la clientela. En ese momento un grito de alegría llamó su atención e hizo que se volviera hacia la puerta. Seelie entró corriendo hacia él, demostrando con su expresión de felicidad cuánto lo quería. Solo por eso, su pecho se hinchó cual pavo real, y admiró a su pequeña, que se enganchó a su cintura como si no lo hubiera visto en meses.

—Me aprietas tanto que apenas puedo respirar —dijo fingiendo un ahogo, lo que sorprendió a la pequeña que lo soltó de inmediato—. Eres muy fuerte para ser un hada. —La tomó en brazos y giró con ella haciéndola reír.

—Padre, ¡tú sí que eres fuerte! —Se abrazó con fuerza, y con su habitual impulsividad consiguió desarmarlo al decirle a gritos—: ¡Te quiero mucho, padre!

Ajenos a lo que les rodeaba, padre e hija se enfrascaron en su propio mundo en un intento por recuperar el tiempo de ausencia. Nadie se percató de la presencia de la mujer en la esquina del salón. Nimue miraba con odio la escena, no imaginaba que la idiota que se marchó de Freuchie hace casi seis años, estuviera embarazada. Ese problema era uno más a añadir a la larga lista que ya se había hecho. Masculló una maldición y se ocultó tras la esquina lo suficiente para que no la vieran, pero no tanto como para dejar de espiar al hombre que ansiaba controlar.

Pensó que, al desaparecer la muchacha, ella podría recuperar su lugar en la cama del *laird*. Pero estaba equivocada, el hombre se pasó la mayor parte del tiempo siguiendo pistas falsas por toda Escocia, consumiéndose sin prestar atención a nada que no fueran sus obligaciones y la búsqueda de su desaparecida esposa.

La reunión de clanes era ideal para sus planes. Quería forzar a Robert a casarse con ella, pues durante mucho tiempo fue su amante, incluso había hecho creer en el castillo que seguía ocupando ese lugar. Para ello debía pedir el apoyo del consejo de clanes, pero todo se derrumbó cuando la avisaron de que el *laird* de los Grant llegaría más tarde.

Nimue fue en busca del grupo de guerreros, y cuando los encontró, pensó que estaban remoloneando por los alrededores para no acudir a la llamada de clanes. Hasta que descubrió la verdadera razón. La había encontrado, y no solo eso, también descubrió que tenía una hija. Sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor, pero era una luchadora. Una vez había trazado un destino, no se apartaría de él, aunque tuviera que quitarse de en medio a la muchacha y a su hija.

—Creo que no te gusta nada la visión de ese padre con su hija. —Edward no había dejado de observar a la hermosa mujer que intentaba pasar desapercibida al fondo del salón—. A mí también me desagrada, pero por motivos diferentes, creo.

—¿Quién eres?, ¿qué quieres de mí? —Nimue observó al hombre y sintió asco al notar sus ojos desnudándola con la mirada.

—Soy Edward Alister Wedgwood, vizconde de Stansgate y antiguo prometido de lady Caitrin Pritchard, desaparecida hace poco más de seis años, y a quien he vuelto a encontrar en esta ridícula posada.

—Me importa una mier… —se detuvo al reconocer el nombre de pila de su rival.

Nimue comenzó a atar cabos, y sonrió ante la información que podría llevarle a Robert, quien sin duda la repudiaría, y eso le dejaría el camino libre a ella. Solo por esa razón permitió que se sentara junto a ella el hombre, que, al observarlo mejor, dedujo que fue atractivo en su juventud, pero años de libertinaje y mala vida, habían dejado su huella en el físico del vizconde.

Entablaron una amistad engañosa, solo para el beneficio mutuo, en la cual intercambiaron información y llegaron a un acuerdo. Su alianza sería crucial para conseguir cada uno lo que buscaba, y aunque a ella no le gustó tener que cargar con la mocosa, entendió que solo así lograría atraer a su lado a Robert.

Nadie en el salón descubrió el encuentro de ambos, y para que aquello continuara siendo así, la mujer se marchó tal y como había llegado. Se ocultó del hombre que seguía charlando divertido con su hija, y salió del salón en busca de un lugar donde ocultar su delito. Estaba segura de que por allí cerca hallaría una casa o cabaña abandonada donde trazar y llevar a cabo sus planes.

Edward la observó marcharse y se maldijo por no haber metido en el plan un escarceo entre ambos. Después de todo, la mujer tenía unas curvas muy deseables y hacía mucho tiempo que no yacía con una. Después de un rato de beber en soledad, pensó que no todo estaba perdido, pues en cuanto tuviera a Caitrin en su poder, se saciaría hasta dejarle ampollas en sus partes íntimas.

Sería una parca venganza por haber huido privándolo así de la fortuna que le correspondía.

Observó al montañés subir la escalera que conducía a las habitaciones de huéspedes pensando que, al estar alojado allí, le resultaría más difícil llevar a cabo su plan. Vio a la niña salir de nuevo del salón y decidió actuar antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría, por lo que sacó de su bolsa de viaje el frasco que compró en la botica. Vigilando que nadie lo descubriera, vertió unas gotas del líquido transparente en su pañuelo y lo volvió a guardar todo con rapidez. Ahora solo le quedaba coger desprevenida a su víctima y esconderse hasta que pudiera dársela a Nimue.

Al salir, la claridad del sol lo obligó a entornar los ojos, se apartó a un lado y siguió la familiar figura infantil que corría en dirección al prado trasero. Corrió con bastante dificultad, pero sus piernas eran más largas que las de la niña, además, estaba empecinado en su objetivo.

Edward logró darle alcance antes de que llegara a la zona descubierta, llamó a la niña e hizo aspavientos con las manos, como si guardara una información fundamental.

Seelie reconoció al hombre que hablaba por la noche con su madre y se volvió sin miedo alguno, pues si le había hecho llamar sería porque tendría algún recado importante para ella. Se acercó con una carrera impetuosa y decidida a averiguar el mensaje que con toda seguridad le traía.

—Gracias por parar, pequeña —dijo Edward mientras recuperaba el aire y le ofrecía una visión risueña de sí mismo, ya que no quería espantar a su presa—. Me ha pedido tu madre que te lleve al establo, dice que tiene allí una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? Pero si hasta mañana no es mi cumpleaños —respondió emocionada.

—Pero tu madre quería dártelo antes de que llegue la fiesta, así podrás practicar antes y no te caerás haciendo el ridículo delante de todos tus amigos.

—No me caeré —cruzó los brazos enfadada—, sabe muy bien que soy una gran jinete como mi padre.

—No quiero entrar en disputas, solo soy un mensajero.

Sonrió con simpatía, sacó el pañuelo del bolsillo como si quisiera limpiarse el sudor de la frente. En cambio, tomó a la niña por sorpresa y pegó el pañuelo a su boca y nariz impidiendo que tomase aire limpio. Solo podía respirar el malsano olor que lo impregnaba.

Edward cargó a la niña sin dejar de vigilar a su alrededor. El movimiento en la puerta del establo hizo que descubriera al muchacho, que lo miraba aterrorizado. Sin pensar en lo que hacía dejó a la pequeña tirada en el heno y corrió tras el pillastre. Por suerte lo atrapó al girar hacia la posada, lo enganchó del cuello de la camisa y tiró del niño.

A pesar del grito del muchacho, nadie salió a investigar lo que ocurría, lo cual dio confianza a Edward para golpearlo hasta dejarlo sin sentido. Puso cara de asco al comprobar la sangre que goteaba de su nariz, envolvió la cabeza con el pañuelo para no mancharse y cargó con él hasta el establo. Buscó el cubículo más alejado de la puerta y, aunque estaba ocupado por un caballo, lanzó al muchacho a su interior. Recuperó su pañuelo, pues no quería dejar pistas sobre la autoría, y sus prendas siempre iban marcadas con sus iniciales. No comprobó si el niño seguía vivo, no hacía falta, después de todo solo era un rapaz pueblerino, que metió sus narices donde no debía.

Regresó a donde dejó a la niña inconsciente y tomó el camino en el cual se encontraría con su compinche. Había hecho su parte del trabajo y, aunque tuvo un inconveniente, lo demás era cosa de la mujer. Acababa de iniciar el camino a la riqueza y a recuperar su posición en Londres.

# Capítulo 41

Caitrin estaba repasando las facturas mientras cotejaba los datos en el libro mayor, cuando escuchó la llamada en la puerta. Sin levantar la mirada del escritorio permitió a quienquiera que la molestara a esas horas, que entrase al despacho. Al no escuchar nada, después de oír la puerta abrirse, levantó la mirada y se encontró con una niña delante de ella, en sus manos cargaba un ramo de flores muy parecido a los que llevaba todo el día recibiendo.

—Pasa, cariño. —Sonrió a la pequeña que debía de ser de la misma edad que su hija—. ¿Para quién es eso? —preguntó divertida, aunque ya sabía la respuesta.

La niña no dijo nada, se acercó con timidez a la mesa y dejó sobre ella el hermoso ramo de flores silvestres junto con el conocido rollo de papel. Después salió corriendo de la habitación dejando la puerta abierta.

Caitrin rio divertida ante la intromisión y huida de la pequeña, tomó el ramo y olió su perfume dejando que la transportara a un prado en primavera.

Cogió el rollo y deshizo el nudo que impedía que se deshiciera. La misma frase con idéntica letra atrapó su atención. Empezaba a cansarse un poco de Edward, al principio le pareció romántico: el lecho de flores con mensaje, los ramos, los rollos de pergamino, pero llevaba todo el día recibiendo los dichosos ramilletes y el mismo pergamino, todo como si no hubiera enviado antes otros iguales.

—Digo yo, que, con siete ramos de flores y siete peticiones de matrimonio, ya podría haber dicho algo más Edward —dijo para sí misma.

—¿Qué tiene que decir ese tal Edward y por qué te manda flores? —Robert había entrado para pedirle a su esposa que cenara con él, llevaba todo el día encerrada en su despacho y quería saber el efecto que su campaña de cortejo estaba teniendo en ella.

—Me has asustado —dijo cerrando el libro y dejando en su interior el último rollo de papel.

—Lo siento, la puerta estaba abierta y tú estabas hablando sola. —Miró con severidad a la muchacha—. ¿Me dirás quién es ese tal Edward, o tengo que averiguarlo por mí mismo?

—Era mi prometido en Londres, ya te lo dije —titubeó al continuar con su explicación, pero se armó de valor para continuar—. Como ya te dije, al no cancelarse mi compromiso con él y no dar su consentimiento a mi matrimonio contigo mi tutor, nuestro casamiento no fue válido. En cambio, podría casarme con él en cualquier momento, pues existía un compromiso aceptado por la corte real.

Robert apretó los puños para no golpear todo lo que tenía a su alrededor al escuchar su explicación. Tomó aire para tranquilizarse y a pesar de que no estaba nada tranquilo, siguió preguntando por lo que había escuchado antes de entrar al despacho.

—Insisto, ¿qué flores te ha mandado ese tipo?

—¡Estas! —Cogió el ramo de encima de su despacho y lo agitó frente a la cara del montañés.

—¿Él te ha enviado esas flores?

—Eso te estoy diciendo. Con este ya van siete ramos y eso sin contar el mensaje escrito con flores que dejó en mi cama. —Se tapó la boca al comprender lo que había dicho.

—¿Eso te ha dicho?, ¿que los ramos son suyos? —Comenzaba a divertirse con ese enfrentamiento verbal.

—Sí, ya te lo he referido antes, porque si no, ¿quién…? —se quedó callada recordando todo

lo ocurrido desde que descubrió el mensaje de flores.

—¿No hay nadie más que te corteje? —Estaba deseando que ella descubriera su error. No lo había previsto así, pensaba recibir el agradecimiento de la muchacha cuando se sentaran a cenar y con él, la aceptación de ella a un nuevo casamiento.

—¿Has sido tú? —Lo señaló con el dedo empujando su contundente pecho, que apenas se movía por su acción—. ¿Entraste en mi alcoba para dejar ese mensaje escrito con flores?

Robert satisfecho solo podía asentir mientras intentaba controlar la risa y la satisfacción ante la mujer que amaba. Sus ojos abiertos le decían que apenas podía creer lo que decía. Paseó la mirada por ese rostro encantador que todavía le recordaba a las hadas, y esperó otra reacción de ella, que no llegó. Un poco incrédulo por su actitud se sentó desmadejado sobre la silla que había junto al escritorio y se llevó la mano a la cabeza con actitud teatral.

—Me pediste un cortejo, y cuando te lo doy, se lo achacas a otro hombre. Uno, a quien déjame decirte, no se ha molestado en sacarte de tu error. —Negó con la cabeza molesto y dolido.

—Lo siento, nunca pensé que tuvieras un gesto tan… —calló avergonzada.

—¿Te ha gustado? —La miró a los ojos para ver la verdad en ellos y esperó su respuesta con paciencia.

Caitrin no sabía cómo actuar, lo había ofendido. Vaya metedura de pata, pues nunca imaginó que las flores fueran un gesto de Robert. Claro que, pensándolo bien, Edward tampoco negó ni afirmó que fueran suyas, de ahí que cayera en semejante error. Debía ser justa y arreglar la situación. Arrepentida, se acercó a él y se inclinó hasta tener su cara a la altura del hombre. Sus ojos se encontraron y en ellos pudo leer la verdad que nunca quiso ni supo ver: Robert la amaba.

Primero se tocaron sus narices, y el leve roce no impidió que se acomodaran en la posición adecuada para que sus bocas se rozaran, primero con cautela, y después con ansias largamente deseadas. Las grandes manos masculinas la aferraron hasta hacerla caer sobre sus rodillas. Sus cuerpos separados por tela, no se rendían, se frotaban y retorcían en busca del calor de la piel.

El gemido de Caitrin trajo a la realidad al *highlander*, estaban a punto de perder el control, en un despacho al que tenía acceso su hija. La puerta estaba abierta y cualquiera podría verlos, así que se puso en pie sin soltar a su mujer y salió al pasillo en busca de la alcoba de Caitrin. No apartaba sus labios de los de ella, no quería darle la oportunidad de negarse. Entró en el cuarto y cerró de una patada la puerta, después se dejó caer con ella en brazos sobre el lecho. No podía parar de tocarla y necesitaba el calor de su piel, tiró del corpiño que se le resistía dejando al aire los pechos más bonitos que jamás había visto. La boca se le hizo agua y comenzó a desprenderse de todo lo que le estorbaba.

Caitrin seguía sus pasos de locura, necesitaba desprenderse de todo lo que se interponía entre ambos. Lo ayudó a quitar el tartán, se desprendió de las faldas y cuando ambos estuvieron desnudos, dejaron que sus cuerpos hablaran un lenguaje más antiguo que el tiempo. Se encontraron en un lugar en el que solo importaban ellos, lo que sentían y lo que deseaban. Sin pasado ni futuro, solo el presente para redimirse y encontrar el camino que habían perdido.

El espacio se llenó de gemidos y risas. Las caricias abarcaron algo más que la piel, tocaron el interior que tanto ocultaban y, sin embargo, no necesitaban aclarar nada más. Sus cuerpos hablaron y sentenciaron lo que su razón se negaba a admitir: eran uno solo y así debían seguir.

Caitrin se movió incómoda al sentir que algo se le clavaba en la espalda, con dificultad metió la mano y sacó una de las flores sin tallo que utilizó para escribir en las sábanas.

Robert agotado se había dejado caer a su lado, cogió una flor aplastada bajo su estómago y la

lanzó lo más lejos que pudo de su lado. Ella lo vio y le dio un manotazo regañándolo.

—Has estropeado mis flores. —Intentó levantarse para recogerla, pero él la atrajo hasta colocarla sobre su pecho—. Déjame.

Robert se movió, y al hacerlo cayó sobre una rosa sin espinas, a pesar de lo cual el tallo se le clavó en las costillas. Se levantó parpadeando, un poco confundido, y vio a la muchacha recoger la flor del suelo.

—Pensé que estaba soñando con el olor del prado, pero no, las flores siguen aquí. —Miró interrogante a la muchacha—. ¿Dónde dormiste las últimas noches?

Caitrin señaló con timidez el rincón de la habitación donde había unas mantas recogidas y apiladas. El gruñido feroz que soltó el hombre la asustó. Aunque no lo suficiente para olvidarse de quien emitía esos sonidos.

—No te atrevas a destrozarlas, quería conservar el hermoso mensaje todo el tiempo que pudiera —reconoció avergonzada.

—¿Por qué pensaste que eran de Edward?

Ella negó con la cabeza e intentó recomponer lo escrito con las flores en las sábanas.

—Nadie había hecho algo tan bonito por mí, quería conservarlas todo el tiempo que pudiera y cuando ya no fuera posible, pensaba secarlas para guardarlas en los libros y la ropa.

Robert se enorgulleció de la idea loca que tuvo. No era un romántico, pero cuando ella le pidió un cortejo y flores, pensó que era para competir, no para sentirse amada. Porque eso es lo que ella sintió al recibir las flores, y él sin darse cuenta le había dado lo que necesitaba.

—Mi dama quiere flores —cogió un puñado y las lanzó hacia arriba mientras una lluvia de pétalos les caía—, pues tendrá flores.

Volvió a tirar un manojo en dirección al techo y esta vez, ella lo imitó. Como niños, siguieron lanzando flores alrededor de ellos hasta que el lecho quedó limpio y entre los dos no quedaron más que sus cuerpos sudorosos y agitados de excitación. Dieron paso a un nuevo encuentro que los dejó saciados, abrazados para recibir la noche. Atrás quedó la cena, pospuesta por algo mucho más importante: la necesidad de tocarse y estar juntos, de recuperar lo que habían perdido en estos años separados.

# Capítulo 42

Edward estaba agotado de correr con la niña en sus brazos, vio a lo lejos el cruce de caminos donde había quedado con la mujer y apresuró sus pasos en un último esfuerzo. El relincho de un caballo lo distrajo, y tropezó de tal forma, que estuvo a punto de caer. Consiguió estabilizarse y no dejar caer a la pequeña, aunque con ello su tobillo quedó lastimado. Después de aquello, decidió que sería mejor llegar vivo y tarde, antes que lastimado y pronto.

El sol se había ocultado dejando paso al resplandor de la luna que todo lo que tocaba convertía en plata. El hombre consiguió llegar a la encrucijada y atado a uno de los árboles había un caballo. Buscó a su dueña, todavía asustado por si habían descubierto su artimaña y le tendían una trampa. Sin embargo, se relajó al ver aparecer a la mujer entre los arbustos y dejó su carga en el suelo, sin molestarse en ponerla en una posición cómoda.

—Has llegado antes de lo previsto. —Sonrió Nimue con maldad.

—Se me presentó la oportunidad y la aproveché. —Se encogió de hombros—. ¿Te molesta empezar antes de tiempo?

—No, es solo que no me ha dado tiempo a buscar más lugares para ocultarla, me habría gustado poder elegir. Aunque debo reconocer que tengo un par de cabañas que pueden ayudarme.

—Entonces todo está arreglado, dame la nota que debo dejar al *highlander*, y así tendrás más tiempo para ocultarte.

La mujer le entregó un papel doblado y se agachó para recoger a la niña. Lo hizo sin cuidado, no le importaba causarle daño o dolor, era solo un medio para conseguir lo que quería, y una vez lo tuviera, sería prescindible.

—¿Quién te ha escrito esto? —Edward sentía ganas de reír ante la maltrecha caligrafía, que estaba plagada de faltas de ortografía.

—Se lo pedí a un amigo. Yo no sé escribir. —Echó su carga sobre el lomo del caballo sin dificultad.

—Ya podías haber elegido a alguien más instruido, parece cosa de un niño con tan deficiente ortografía.

—Lo importante es que el mensaje sea claro, ¿qué más da si tiene faltas?

—Pues que al leerlo, pensarán que ha sido alguien de por aquí y lo buscarán. —Se guardó el papel en el bolsillo del chaleco—. Espero que le dijeras que se fuera lejos, a otra ciudad.

—No te preocupes, aunque lo encontraran no podría hablar.

Edward se quedó mirando a la mujer después de escuchar tan oscura contestación y se negó a pensar en lo que habría hecho esa depravada. Con suerte a la mañana siguiente el padre saldría en busca de la niña y él tendría el camino libre con Caitrin.

Regresó a la posada con pasos lentos, estaba agotado de la carrera anterior y no podía presentarse allí falto de aire y acalorado, pues en cuanto se descubriera la ausencia de la niña, relacionarían ambos hechos y estaría perdido.

Los sonidos del bosque que rodeaba el camino le ponían el vello de punta y aceleró el paso lo suficiente para dejar atrás la negrura que generaban los árboles. En la distancia distinguió una silueta peluda cruzar el camino y rezó para que no fuera un depredador, no estaba en condiciones de enfrentar a ningún animal, por pequeño que fuera. Entonces se escuchó la llamada del lobo y

varias más le siguieron. La bruma que anunciaba la cercanía de un río o lago jugueteaba con cada paso que sus pies daban. Parecía casi mágica, pues como si fueran fuegos fatuos le seguían y guiaban por el camino que descendía hasta la posada.

Una única luz en la ventana de la cocina le sirvió de guía. Aprovechó el resplandor para acercarse con cuidado a la puerta de entrada. Antes de colarse al interior puso la oreja sobre la madera y no escuchó ruido alguno. Se quitó las botas y se introdujo con pasos lentos y cuidadosos para no hacer ruido ni atraer atención indebida.

Edward llegó al piso donde estaban las habitaciones de huéspedes, se acercó a la puerta de la habitación del norteño, sacó el papel y lo metió bajo la ranura de la puerta. Se deslizó con cuidado hasta su alcoba y cerró con llave detrás de él. Ahora le tocaba descansar.

No sabía si podría hacerlo, puesto que los nervios por lo que podría suceder al día siguiente lo tenían alterado. Dio montones de vueltas en la cama, y cuando se convenció de que no podría dormir sin ayuda, fue a su chaqueta de viaje y sacó la petaca de licor que siempre guardaba para emergencias. Las manos le temblaban y el nudo en la garganta le hacía perder la noción del tiempo. Bebió hasta hartarse para perder el sentido sin percatarse, que en su prisa por calmarse se había quedado tumbado en el suelo.

El rojo del amanecer se colaba por la ventana cuando pasos apresurados llenaron el silencio de la posada con murmullos de miedo. Sarah no había podido dormir nada en toda la noche. Se marchó tarde de la cocina y dejó encendida una lámpara de aceite para que Peter, al volver de donde quiera que estuviera, pudiese cenar. La inquietud que sentía en su corazón no la dejó reposar, y cansada de dar vueltas decidió ir a la ventana de Seelie con la esperanza de encontrar allí durmiendo a su hijo. Ver el hueco vacío le oprimió el corazón como si una garra lo apretara. Entró con pasos apresurados a la posada, mientras rezaba para que el chiquillo con ínfulas de guerrero hubiera decidido pasar la noche en el cuarto de la niña, como hacía cuando ella se sentía mal.

Al descubrir la lámpara todavía ardiendo con la mecha baja, tal y como ella la había dejado, se le cortó el aliento. Cuando vio el plato con jamón y pan tapado como ella lo dejó, entonces supo que algo le había ocurrido a su hijo.

No quería alarmar a nadie sin necesidad, por lo que entró al cuarto de la niña y su peor pesadilla se cumplió. La cama estaba intacta, nadie había dormido allí. Ahora sí debía dar la voz de alarma, y comenzó por la alcoba de Caitrin. Ella siempre sabía cómo actuar y daba serenidad en los momentos más complicados.

Escuchó un ronquido y supo de inmediato que no estaba sola, solo por eso se contuvo y llamó con paciencia a la puerta, esperando que contestara su amiga.

Caitrin se levantó con cuidado de no despertar a Robert que descansaba a su lado, los ruidos que emitía la hicieron sonreír, pero se abstuvo de taparle la nariz para que se despertara y dejara de roncar. Cogió su bata del baúl a los pies de la cama y abrió con cuidado.

—¿Has visto a los niños? —Sarah comenzó a hablar antes de que su amiga terminara de abrir la puerta.

—Estarán durmiendo, ¿has visto que apenas ha salido el sol? —Caitrin salió al pasillo y entornó la puerta para no despertar a Robert.

—No están en sus camas. Pensé que Peter se había quedado a dormir aquí, junto a Seelie, pero no llegaron anoche —respondió de forma atropellada.

—¿Cómo que no durmieron anoche aquí? Sarah, eres la encargada de darles la cena y mirar que se acuesten a su hora, así quedamos, para que yo pudiera aprovechar la tranquilidad de la

cena y repasar los libros de cuentas. —Con cada palabra que decía subía el tono de voz.

—Lo sé, pero Peter lleva unos días muy cabezota con eso de ser guerrero, y la misión que le encargó el Grant para cuidar de Seelie. Nunca había desobedecido las normas.

Sarah comenzó a llorar, creando tanto ruido que Robert salió a la puerta para averiguar lo que ocurría. Con la sábana alrededor de la cintura atrapó entre sus brazos a su mujer y le puso un dedo en los labios.

—¿Qué ocurre?

Sarah repitió sus miedos y lo que descubrió al regresar a la posada, cuanto más se explayaba en el relato, más se oscurecía el semblante de Robert que, sin importarle la incomodidad que pudiera crear en la joven, comenzó a vestirse con rapidez.

Caitrin lo imitó y se puso una falda que podía llevar sin armar y una camisa sin corsé. El pelo lo fue recogiendo en un moño mientras seguía a Robert y Sarah hasta el cuarto de su hija que estaba frente al suyo.

Entraron los tres y comprobaron que allí no habían ido los niños. Todo estaba ordenado como lo había dejado ella por la mañana.

—¿Dónde pueden estar?

—No lo sé, cada día cambian de lugar para los juegos de interior, pero en verano les gusta ir al prado que hay entre la casa y el establo. —Caitrin salió la primera al pensar que podían estar dormidos allí.

Salieron y rodearon la posada hasta llegar al prado. A lo lejos vieron el establo abierto y Caitrin dejó salir una exclamación de alivio.

—Seguro que se han levantado temprano para jugar y montar a los caballos.

Robert no quiso sacarla de su error, pues momentos antes afirmó que todo en el cuarto de la niña, estaba tal y como lo dejó la mañana anterior al limpiarlo.

Corrieron hacia la puerta del establo y vieron la figura solitaria de Peter agarrándose al marco de la entrada, parecía recién levantado. Ambas mujeres soltaron un suspiro de alivio al suponer que los niños habían dormido allí. Solo Robert se mantuvo en alerta hasta llegar junto al pequeño, fue entonces cuando le vieron la cara manchada de sangre. Conforme se acercaban, sus rasgos se fueron desdibujando hasta crear una imagen grotesca.

El niño tenía una gran inflamación en la frente que deformaba la cabeza, además de la nariz hinchada y llena de sangre alrededor. Un ojo medio cerrado y de color casi negro, además de otro moretón en la mejilla contraria.

—¿Qué ha pasado, muchacho? —Robert cogió en brazos al niño antes de que cayera.

—No lo sé —respondió llorando y ocultando su cara en el hombro del guerrero.

—¿Quién te ha hecho esto? —Sarah quiso coger a su hijo, pero el *highlander* negó con la cabeza y se puso en marcha para regresar a la posada.

Caitrin los vio marcharse y se metió en el establo, tenía miedo de encontrar a su pequeña en similares condiciones a las de Peter, aunque se hizo con la fuerza necesaria para registrar cada cubículo en busca de su hija. No sabía qué era peor, no encontrar a la niña allí, o haberla hallado golpeada y sangrando como al pobre Peter.

# Capítulo 43

Robert llamó la atención de Caitrin para que lo siguiera. Ella ni siquiera se lo pensó, dejó a su amiga recogiendo los restos de haber limpiado las heridas de su hijo, y siguió a su esposo.

Se reunieron en el despacho, donde el fragante olor a flores y campo se mantenía como un recordatorio de lo ocurrido el día anterior. La desesperación estaba pintada en su cara, las lágrimas pugnaban por salir dejando sus ojos con un brillo cristalino que conmovió al hombre. Cualquier otra mujer en su situación estaría llorando desquiciada, por eso la compostura que mantenía, a pesar de lo que habían descubierto hasta ahora, le resultaba conmovedor.

—Tenemos que organizar una partida de búsqueda. —Se acercó a su esposa y la abrazó—. Quien se la haya llevado ha cometido un error, y te aseguro que será el último que cometa en su vida.

—¿Vas a llamar a tus guerreros?

—No, no puedo, ellos están en representación de los Grant en la reunión de clanes. —La besó en la frente—. Cuando tenga alguna pista de lo que ha ocurrido pediré que vengan algunos de mis hombres, pero hasta entonces es mejor que no haya mucha gente merodeando por aquí. Tenemos que conservar las huellas para no perder la pista.

—¿Qué huellas? Yo no he visto nada.

La mano de Robert en la boca de la muchacha silenció sus palabras. Sabía que estaba haciendo un esfuerzo enorme al no dejarse llevar por la desesperación. Solo por eso la respetaba aún más.

—Voy a salir en su busca y la traeré de vuelta a casa, sana y salva, te lo prometo. A cambio solo te pido que te quedes aquí por si Seelie regresa.

Caitrin asintió con la cabeza, pues apenas le salían las palabras y temía que, en cualquier momento, el llanto se apoderase de su voluntad. Si eso ocurría, nada podría devolverla a la cordura y necesitaba tener todos sus sentidos alerta para rescatar a su hija.

Cuando sus labios se encontraron, no fue para darse un beso de despedida, con ese roce hubo un intercambio de fuerza y voluntades que ni ellos mismos percibieron.

Robert subió a su habitación en la posada, sacó su *claymore* para colocarla a la espalda, sujeta por las correas que le permitían soportar semejante envergadura de acero. Colocó otra *sgian dubh* en la bota y se puso en marcha. Cuando iba a abandonar la habitación se dio cuenta de que había un papel en el suelo. Con curiosidad, lo recogió y desdobló hasta dejar a la vista la precaria escritura. Casi no se entendía bien lo que decía, pero lo comprendió de inmediato. Ocultó la nota en su *sporran* y salió dando un portazo más fuerte de lo normal.

Edward se despertó al escuchar el golpe de una puerta. Aturdido y dolorido se levantó del suelo y recordó la tontería que cometió la noche anterior, se había dejado llevar por el nerviosismo y la ansiedad. Daba gracias a que nadie había entrado a preguntarle nada, de lo contrario, y con semejante borrachera, estaba seguro de que no podría haber guardado el secreto mucho tiempo.

Abrió la puerta despacio para escuchar lo que ocurría y le llamó la atención el silencio. No era normal, deberían escucharse los gritos de Caitrin, después de todo, había desaparecido su hija.

No pensó en el niño que dejó golpeado en el establo, se olvidó de él en cuanto lo dejó

moribundo. Al menos eso es lo que pensaba.

Cerró con cuidado y se lavó como pudo para alejar el olor a alcohol que llevaba impregnado. Ahora le tocaba actuar a él y no podía presentar una imagen descuidada. Se cambió la camisa y recogió sus cosas. Su intención era llevarse a su prometida, tanto si quería como si no. Sin el estorbo de la niña ni el *highlander*, sería fácil engañarla.

Bajó al salón y solo estaba el chico atendiendo detrás de la barra. No se veían ni a Caitrin ni a su socia, por lo que preguntó con inocencia.

—¿Dónde están las señoras?

—El hijo de Sarah fue atacado con brutalidad y la pequeña Seelie ha sido secuestrada, por lo que las dueñas están hoy muy ocupadas —respondió el joven mientras le servía una cerveza y ponía ante él un plato con huevos y salchichas.

—¡Qué barbaridad! ¿Quién ha hecho semejante atrocidad?

—No lo sabemos todavía, el pequeño Peter no recuerda nada de lo que ocurrió, por lo que no puede dar ninguna pista.

—Espero que se recupere pronto. —Edward maldijo por dentro. Debía acelerar sus planes, antes de que el mocoso recordara y lo pusiera en apuros—. Hablaré con la señora Caitrin y le ofreceré mi ayuda para lo que necesite.

—Seguro que lo agradece, toda ayuda es poca.

El inglés comió y bebió hasta saciarse, debía estar preparado para una larga travesía, no podría parar en muchas millas para evitar que lo siguieran y encontraran. Cuando estuvo listo fue al establo y pidió que engancharan su caballo a la pequeña carreta que le trajo desde Inglaterra. Lo había dejado allí porque su uso no era muy conveniente en esas tierras agrestes y de caminos poco cuidados. No era muy grande, pero le proporcionaría intimidad para lograr su objetivo.

Caitrin salió a respirar aire. Estaba muy confundida y apenas podía prestar atención a los libros de cuentas. Estaba paseando por la parte trasera de la posada cuando vio venir a Edward. No tenía ganas de su charla insulsa ni de sus peticiones estrafalarias, como si entre ellos no hubiera ocurrido nada, ni el tiempo hubiera transcurrido.

—Caitrin, te estaba buscando —gritó desde lejos con voz entrecortada por la carrera—, tengo noticias para ti.

Al escucharlo se sintió intrigada, pues desde hacía dos días no había vuelto a hablar con él, y los acontecimientos de la noche anterior no le permitían pensar en nada más.

—¿Qué ocurre? —Se acercó a él llevada por la curiosidad.

—Me he enterado de que ha desaparecido tu pequeña, y anoche escuché una conversación que creo tiene que ver con eso. —Se detuvo junto a la muchacha y vio que había captado su atención—. Unos bandoleros con los que me crucé en el camino cuchicheaban de que llevarían a una niña al mercado de esclavos de Londres. Cuando esta mañana me he enterado de la desaparición de tu hija, he supuesto que hablaban de la misma pequeña.

—¿Qué hacías tú junto a esos bandoleros? —Se apartó indignada sin creer ni una palabra del hombre.

—Bueno, en realidad no estaba con ellos, me oculté tras unos árboles cuando escuché a los hombres hablar. —Se maldijo por salirse del guion que se había trazado—. No pensarás que me mezclo con semejante chusma. —Se hizo el ofendido.

—No lo pienso, lo dijiste tú. Dedujo que ese encuentro no era nada casual y esa conversación le ponía el vello de punta.

—En realidad, fue un error de interpretación —dijo conciliador—. Lo importante es que

sabemos dónde se han llevado a tu hija, por eso he preparado mi carreta para ir en pos de ellos.

—No creo que debamos hacer esto solos, le enviaré un mensaje al *laird* Grant para que se ocupe del asunto.

Se apartó recelosa del hombre, pero no con la suficiente rapidez para evitar que la cogiera por el codo. Se debatió con él hasta que sintió que la tomaba por la cintura y la llevaba a la calesa. La mano del hombre tapaba la boca de la muchacha para evitar que gritara pidiendo ayuda. Envalentonado por lo fácil que le resultó su maniobra no vio al *highlander* que lo siguió hasta que le golpeó en la espalda y le hizo caer de bruces en el suelo. Soltó a su presa para poner las manos y evitar un daño mayor, algo que la muchacha aprovechó para ponerse en pie y alejarse del hombre.

Ian cogió a su señora por los hombros antes de que huyera, la colocó detrás de él y se agachó sobre el inglés para cogerlo del cuello y levantarlo. Edward se sintió desfallecer al verse descubierto por ese joven, aunque no por ello iba a menospreciarlo. Tenía mucha más envergadura, y sus brazos al aire se veían musculosos y potentes. Con toda seguridad podía darle una paliza sin apenas sudar, por lo que optó por otra estrategia.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó indignado.

Ian no se dejó engañar, lo había visto todo. Era el responsable de la seguridad de la señora de los Grant, así se lo hizo saber el *laird* cuando se marchó esa mañana. Sin soltar al hombre le dio un puñetazo en la cara. El vizconde gritó de dolor y se tapó el rostro para que no volviera a golpearlo. Esta vez el puñetazo llegó a su estómago, dejándolo sin aire y con ganas de vomitar. Asustado, miró al joven e intentó escapar de su agarre.

—Dime dónde está la niña y te permitiré vivir. —Ian con el gesto fruncido en una mueca amenazante acorraló al inglés contra la pared del establo.

—Yo no he hecho nada —suplicó, pero eso no impidió que recibiera un nuevo puñetazo en el estómago.

—Si no me dices la verdad, ve rezando para tu entierro, porque nadie más lo hará en estas tierras. Dejaré tu cuerpo secarse al sol y a merced de las bestias como señal para quienes pretendan engañar y robar en esta tierra.

—Está bien. —Lloró e imploró—. Fue idea de la mujer. Ella se llevaría a la niña para que el Grant la siguiera, así yo tendría vía libre para llevarme a la madre.

—¿Quién ha sido? Y ¿dónde se esconde esa víbora?

—No recuerdo su nombre, solo que ha vivido muchos años con el montañés.

—¿Dónde se ha llevado a mi hija?

—No me lo dijo, solo que la cabaña estaba cerca de la reunión de clanes.

Ian golpeó con fuerza la sien del hombre y vio que caía desmadejado al suelo. Entró al establo y regresó pronto con una cuerda con la que ató al inglés. Cuando estuvo seguro de que no se desataría, se lo echó al hombro sin esfuerzo y entró de nuevo para dejarlo encerrado en uno de los cubículos, trabando la puerta con un hierro de marcar.

Cuando salió se encontró a Caitrin montada sobre un caballo que le tendía las riendas del otro a él.

—No puedo llevaros conmigo, si os ocurriera algo el *laird* me mataría. —La bajó del animal con cuidado, pero no sirvió de nada.

—Pues yo no pienso dejarte ir solo a salvar a mi hija, seguro que la mujer habrá preparado una trampa, y no pienso dejar a las dos personas más importantes de mi vida en sus manos.

# Capítulo 44

Robert llegó al punto donde le decía la nota que debía esperar. Siguió las pisadas hasta una encrucijada, donde, quien cargó a su hija se detuvo y la dejó en el suelo. Palpó el lugar con respeto y ansias, como si con ello consiguiera acariciar a la niña. Se sacudió la melancolía y dejó salir la parte más fría de su ser, esa que le había permitido sobreponerse a la pérdida de sus seres queridos una y otra vez. Descubrió las huellas del caballo y otras de un pie pequeño, aventuró que de una mujer o un niño. Inspeccionó con detalle cada una de las marcas que habían quedado y comprobó, que quien cargaba a su hija, la dejó allí, y regresó por el mismo camino que había venido.

Miles de ideas, a cuál más nefasta cruzaron por su mente y estuvo a punto de seguir al que regresaba, pero la imagen de su hija desvalida, en manos de alguien carente de escrúpulos le hizo tomar la decisión.

Las huellas del caballo se dirigían a Pitlochry. Eso le provocó un mal presentimiento, ya que, si uno de los clanes enemigos se hubiera enterado de la existencia de su hija, tal vez la hubiera secuestrado para obligarlo a algo. No podía descartar nada. Después de todo, era sabido que se había convertido en un aliado de la joven reina y el avispero de las Highlands se removía cada vez más inquieto.

No podía perder más tiempo, siguió las huellas del caballo hasta que la tarde comenzó a oscurecerse. En su cabeza trazaba planes que le servirían de poco, pues hasta que no tuviera a su pequeña a salvo, no pensaba actuar. Sabía que, si la perdía a ella, su vida perdería toda la luz que una vez alcanzó. Las huellas se desviaron a un camino y siguió el reguero de pistas que iban dejando. A lo lejos distinguió una casa bastante grande, revisó las marcas y comprobó que ese era su destino. Bajó del caballo y lo ocultó bajo un enorme serbal, quería reconocer el terreno antes de que descubrieran su llegada.

Al alcanzar la entrada de la casa vio que estaba abierta, pero no era tan tonto como para entrar sin analizar el terreno antes. Con sigilo se acercó al establo y allí encontró varios caballos. Al tocar el lomo de la yegua, pudo comprobar que estaba sudada y con la manta y montura todavía sobre ella. Chasqueó la lengua con desaprobación, pues dejar al animal sudado, con la silla y arneses puestos, era de ser muy insensible, a no ser que la parada en la casa fuese solo eventual y pretendiera huir rápido de nuevo; de ahí la poca consideración para con el caballo.

Le intrigó que quisiera conservar el animal, cuando podría intercambiarlo por uno de los que descansaban en la cuadra. Una de dos: o el jinete le tenía un cariño especial a la yegua; cosa que dudaba, pues no le permitió descansar ni alivió su cansancio. O tal vez no tenía intención de seguir huyendo. Esto último le intrigó más aún, pues faltaban pocas millas para llegar a la reunión, y si lo que pretendía era obligarlo a algo, lo ideal sería estar allí para interpelar al consejo de clanes.

No sabía lo que pensar, y eso le hizo aumentar la cautela. Siguió reconociendo los alrededores de la granja, buscó puntos débiles por si necesitaba huir, con cuidado se asomó a las ventanas, pero tenían echadas las contraventanas. Una de ellas tenía una rendija por la cual se veía el interior, gracias a que el hueco se había agrandado por la humedad y la carcoma.

Espió la habitación, y lo único que le llamó la atención fue ver a dos ancianos sentados en el sofá del fondo. Estaban abrazados y en sus caras podía leerse el terror. Eso le dijo mucho de

quien se ocultaba allí. Alertado, por lo que los indicios le decían, se apartó de la casa hasta tomar una decisión. Se ocultó entre los arbustos de matorral bajo, que delimitaban el acceso principal, y observó cualquier movimiento.

La granja construida con sillares de piedra irregulares tenía el techo de paja. Había dos plantas y la superior no tenía las contraventanas echadas, lo que le dio la idea de trepar hasta allí y colarse para pillar desprevenido al secuestrador.

Se fijó en que un árbol tenía sus ramas casi tocando una de las ventanas, ese podría ser un buen punto de entrada. Lo malo era que la rama era algo pequeña y dudaba que aguantara su peso. Continuó vigilando el perímetro y comprobó que la puerta trasera, que daba al patio, estaba cerrada. Ahí tuvo la certeza de que lo estaban esperando, y la trampa con toda seguridad lo dejaría incapacitado para defenderse. Solo esperaba que no usasen a su hija para obligarlo a dejar las armas.

Pensó que no merecía la pena dilatar lo inevitable y se acercó pegado a la fachada hasta la entrada principal. Se detuvo a escuchar cualquier ruido o conversación que delatara la posición del maleante, pero no oyó nada.

En tensión, entró por la puerta y se sorprendió al encontrarse a la mujer en el vano que conducía al salón. Las palabras no le salían y la confusión en su mente era total.

—No me mires así, tampoco hace tanto tiempo que nos despedimos en Freuchie. —Nimue sonrió dejando ver una mueca ladina.

—No esperaba encontrarte aquí, eso es todo. —Pensó en atacarla y después preguntar, pero el cañón del arma apuntando a su pecho lo disuadió.

—No pensarías que me quedaría a esperar sin ninguna protección, ¿verdad? —Rio con maldad—. Algunas veces eres tan predecible que no sé ni cómo has conseguido ser el *laird* de los Grant.

—Deja de dar rodeos y dime dónde está mi hija.

Robert bramó enfadado, más con él que con la mujer. Cuando la llevó a Freuchie solo pensaba en usarla, y cuando encontró a Caitrin la desechó como si no fuera nada. Nunca imaginó la traición que podía albergar, pero claro, no se dio cuenta de nada, cegado como estaba por la pasión que sentía por su esposa. La había visto hacerse cargo de la intendencia del castillo. En cuanto llegaba él a la mesa, siempre le ponía la comida y la bebida de inmediato. Incluso ayudó a su mujer en los primeros días de matrimonio, cuando él tuvo que marcharse. Al menos así se lo hizo saber el mayordomo.

No entendía por qué había tramado esa traición, y mucho menos utilizando a una inocente.

—No seas maleducado, entra a saludar a los Lindsay. Te prometo que no te haré nada, solo quiero que hablemos como viejos amigos. —Le guiñó un ojo y le indicó el paso al salón.

Con cautela entró a la habitación y descubrió a los dos ancianos que había visto por la ventana. Lo que en un principio le pareció un abrazo, era en realidad una postura obligada por las cuerdas que los rodeaban. La mujer mostraba el miedo que sentía en la mirada, y su tez pálida le indicaba la debilidad que padecía. El hombre se veía más entero. Frunció el ceño al verlo entrar y le dirigió una mirada de odio.

—Esto es conmigo, deja a los Lindsay libres. No creo que te causen muchos problemas, seguro que se marcharán con algún vecino.

—Claro, y traerán a medio pueblo para echarme de su casa. —Los miró con burla—. Se quedarán dónde están, esto no nos llevará mucho tiempo.

—Dime ya lo que quieres, y así podremos seguir todos con nuestro camino.

—No tengas prisa. —Se acercó a la mesa donde un servicio de té humeaba todavía. Sirvió dos tazas y se sentó señalando el asiento frente a ella.

Robert le hizo caso sin dejar de mirarla, algo le ponía sobre aviso y debía ser cauteloso, la vida de su hija dependía de ello, no se olvidaba de esa gran responsabilidad. Tomó la taza y dio un sorbo, aunque hubiera preferido un poco de *whisky*. Estaba claro que eso era del todo imposible, necesitaba todos sus sentidos en alerta para escapar de esa situación.

Observó como Nimue se llevaba la taza a los labios y sonreía con sincera aprobación. Dio otro trago a la bebida y terminó la taza deseando continuar con la negociación. No sabía qué hora sería, pero apreciaba que del exterior ya no se colaba ningún tipo de luz, lo cual le decía que la noche los había alcanzado.

—Solo tú puedes salvar a tu hija y el precio a pagar será mínimo. Lo único que tienes que hacer es casarte conmigo ante el consejo de clanes.

—Eso es imposible, ya estoy casado y lo sabes —gritó enfadado por la artimaña de la mujer.

—Sabes tan bien como yo, que el matrimonio no fue válido, sin el consentimiento del tutor, esa unión fue un engaño. Además, ella ahora mismo va de camino a Londres para casarse con su antiguo prometido y así recuperar su herencia, la cual tengo entendido que no es poca. —Sonrió al ver que el hombre palidecía—. Ni siquiera ha pensado en su hija, ha aprovechado que tú la rescatarías para largarse con él.

—Eso es mentira, Caitrin no abandonaría jamás a nuestra pequeña —gruñó desesperado Robert.

—Pero es que no la ha abandonado, la ha dejado a tu cuidado. Tal y como yo lo veo, os dejado como ya lo hizo antes. Te recuerdo que se marchó con el Innes, y después se fue lejos de ti, negándote a tu hija. Ahora lo ha vuelto a hacer.

—No puede ser. —Miró confundido sus manos que se distorsionaban ante sus ojos, sus sentidos se aletargaban y una extraña calma lo embargaba.

—Créeme, esa muchacha está a medio camino de Londres, no le importa nada ni nadie. Lo mejor que puedes hacer es casarte conmigo ante el consejo, juntos criaremos a esa pobre niña y comenzaremos una nueva dinastía en Freuchie.

—Necesito verla, saber que está bien. —Se sentía cada vez más aturdido y quería saber dónde estaba, moverse para aclarar su mente y así poder tomar una decisión.

—Por supuesto. —Le tendió la mano—. Ven conmigo, te llevaré junto a ella.

Subieron la escalera hasta el segundo piso y Robert sentía que cada vez se encontraba más mareado. La puerta frente a él se abrió dejando a la vista el dormitorio, sobre la cama estaba el cuerpo de su hija. Corrió hasta ella gritando, al pensar que estaba muerta.

—Te mataré —sus palabras salieron embotadas y apenas discernibles entre los gruñidos.

—Guarda tus fuerzas, la niña solo está dormida, de momento. —Rio y cerró la puerta con llave.

Robert acarició a su hija mientras comprobaba que estaba bien, levantó su cabeza y se dio cuenta de que estaba húmeda. Bajo su pelo y cara había restos de vómito. Dio gracias porque la niña lo hiciera estando de lado, de lo contrario, se habría ahogado en sus propios jugos. Salvo por eso, se percató de que Seelie estaba bien. Su color de piel se veía normal, incluso en la oscura habitación, iluminada únicamente por la luna.

Se sentía cada vez peor, y apenas podía coordinar sus movimientos y pensamientos, hasta que recordó el té que bebió con Nimue y se imaginó lo que le había hecho. Se acercó a un lado de la cama y se metió los dedos en la boca hasta conseguir vaciar su estómago, y con él, los

restos del veneno que la mujer le había hecho ingerir con engaño.

Se acercó a su hija y la tomó en brazos para bajarla del colchón lleno de vómito. Se tumbó con ella en el suelo dejándola cerca de la cama por si entraba alguien, en un último intento por protegerla. Si los atacaban podría esconderla bajo el lecho y él tendría libertad para luchar.

Ese fue el último pensamiento coherente que tuvo antes de caer rendido.

# Capítulo 45

Caitrin seguía a Ian, que cada desvío del camino se bajaba para comprobar las huellas. Tomaron el camino hacia el que se dirigían las marcas y vieron a lo lejos una casa de piedra. Un relincho llamó la atención de los jinetes que se acercaron al serbal de donde procedió el grito animal.

El joven desmontó con agilidad y se acercó al caballo. Lo reconoció de inmediato, era el corcel de su *laird*, sin duda lo había dejado allí para acercarse con sigilo a la casa. Al tocar el lomo del animal se dio cuenta de que estaba fresco, por lo que llevaba allí bastante tiempo. Al menos el suficiente para enfriarse y dejar el sudor de la cabalgada.

—Es el caballo del Grant, está descansado y frío, por lo que debe llevar al menos dos horas aquí. —Señaló hacia la casa de dos plantas que se alzaba al final del camino. —Dejaremos nuestros caballos aquí para acercarnos con sigilo.

Caitrin asintió en silencio y dejó atada su yegua junto al caballo de Robert. Bordeando el bosque de matorral bajo que rodeaba la finca, se acercaron hasta la gran casa de piedra. La puerta principal estaba abierta y la muchacha fue a entrar, pero Ian la sujetó por el codo negando con la cabeza. Hizo círculos con el dedo corazón y señaló el exterior. Al comprender lo que pretendía el muchacho, accedió de inmediato, aunque no muy convencida.

El montañés rodeó el exterior del edificio y entró al establo donde vio varios caballos la yegua atada y sin desensillar, parecía cansada.

Mientras su guardián controlaba el exterior, a la mujer le llegó a sus oídos el grito furioso de Robert. Buscó al muchacho y al no aparecer ni siquiera al oír el bramido del *laird* se acercó con sigilo a la puerta principal y se detuvo a escuchar. El golpe del choque de una puerta y el sonido de una cerradura le dijo que alguien había sido encerrado. Con toda seguridad, Robert.

Sin pensar en lo que hacía se coló al interior de la granja y descubrió un salón bastante iluminado. En el sofá del fondo, junto a la gran chimenea apagada, había dos ancianos, estaban atados y pudo leer la angustia en sus rostros. Entró con rapidez y sacó su *sgian dubh* para cortar la cuerda. Estaba terminando su trabajo cuando la voz a sus espaldas le heló la sangre.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar a mitad de camino de Londres. —Nimue no podía creer que se hubiera escapado de las manos del inglés, no le parecía tan lista para eso.

—Ya ves, no podía marcharme y dejar lo más importante de mi vida aquí. —Se irguió todo lo que su estatura le permitía y apretó el cuchillo en sus manos.

—Nunca significó nada para ti, solo disfrutaste de él porque me lo arrebataste. Pero esta vez no lo permitiré.

—Yo no te quité nada, él me eligió, y si no llega a ser por tus malos consejos, nunca me habría marchado de Freuchie.

—Te fuiste porque no lo querías, lo dejaste bien claro ante todo el clan, y ahora no te recibirán. —Sonrió con maldad al tergiversar todo lo ocurrido.

—Fuiste tú quien me decía lo que yo no quería oír, también la que me convenciste para huir como prueba para saber si él me quería. ¿Qué hiciste? ¿Destruiste las pistas que le dejé para que viniese a por mí?

—No hizo falta —miró con inquina a la muchacha—, se retrasó en su regreso a Freuchie y con la lluvia, se perdieron las pistas que dejaste.

—Podías haberle dicho con quién me marchaba —sus ojos se abrieron de golpe—, pero

claro, eso no te convenía. Preferiste guardar silencio, y hacernos sufrir a los dos.

—Qué más da. Ambos disfrutamos de unos años gracias a tu estupidez, y si no llegas a aparecer de nuevo, nos habríamos casado en la reunión de clanes.

Nimue se movió para acercarse a la muchacha en un descuido, tenía su arma preparada y oculta en el bolsillo lateral, solo tenía que acercarse para no fallar al disparar.

La anciana se había soltado de sus ataduras y seguía la conversación de las dos mujeres. Había escuchado al hombre discutir con la loca, y al no bajar de la alcoba, supuso que se quedó encerrado en el cuarto con la niña. Sus ojos vieron que la mujer apretaba algo en la falda, no era visible, pero por la forma en que lo hacía era el arma que les había mostrado a ellos para amenazarlos. Toda su vida pasó en un instante cuando vio el leve movimiento de la mano. Con una agilidad sorprendente para su edad se acercó a Caitrin para apartarla, pero no fue lo suficientemente rápida, y sintió dolor en el pecho al mismo tiempo que la explosión. Morag miró a la muchacha y luego bajó la cabeza hacia su pecho donde una mancha roja se extendía con rapidez.

Caitrin sujetó a la mujer en sus brazos, le había salvado la vida y ni siquiera la conocía. Se le escaparon las lágrimas y no pudo evitar llorar por esa pérdida inútil.

—Están arriba… corre… veneno… No pienses en mí, ve a salvarlos. —Moira cerró los ojos y se dejó llevar por la oscuridad.

—No, por favor, no se muera. —Lloró con más fuerza hasta que recordó las últimas palabras de la anciana.

—Corre, muchacha, sube a salvar a tu esposo y tu hija —gritó Donald, el anciano, mientras agarraba a Nimue y le arrebataba el arma de las manos.

Caitrin no necesitó que se lo dijeran más veces, se levantó las faldas y se dirigió a las escaleras, al doblar la esquina se encontró con Ian que había entrado por la puerta trasera al escuchar el disparo. Ella le señaló la planta de arriba y subieron con rapidez. Cada uno probó una puerta hasta que dieron con la que estaba cerrada.

—Apártese, señora. —Ian dio unos pasos atrás y embistió la puerta con furia, pero no se movió nada.

Ella miraba desesperada los intentos del muchacho por abrir la puerta y entonces el brillo metálico de una llave en el suelo llamó su atención.

—¡Alto! —Se agachó y tomó la llave, luego la metió en la cerradura y esta sonó al abrirse.

Entró como un huracán en busca de su esposo y su hija, pero se vino abajo cuando no los descubrió allí. Estaba a punto de dejarse llevar por la desesperación cuando escuchó el gruñido. Se acercó al otro lado de la cama y lo vio intentando levantarse. Sus ojos se encontraron, pero no tenían tiempo para nada. Robert señaló hacia abajo y al asomarse, descubrió a su hija dormida.

—No puedo… tenerme… en… pie… Sálvala. —Volvió a caer tumbado en el suelo y Caitrin gritó aterrada.

—Señora, coja usted a la niña, yo me encargo del *laird.* —Señaló hacia la puerta donde el humo comenzaba a entrar—. No podemos entretenernos.

Caitrin, asustada, aceptó la sugerencia y pasó por encima de su esposo y le dio un beso corto en los labios. El sabor amargo le desagradó, y comprendió que había vomitado, de ahí el olor que impregnaba la habitación. Cogió a la niña en brazos, que desprendía el mismo aroma, aunque, además tenía el pelo y la cara manchadas de vómito casi seco. Contuvo el asco y salió de la habitación. Antes de apartarse miró hacia atrás para ver lo que hacía su joven guerrero y se sorprendió al ver que le sonreía a Robert, pidiéndole perdón. Después se lo echó a la espalda y

cargó con él como si fuera un saco.

El humo negro subía con fluidez, vaporoso por el hueco de las escaleras. Caitrin tenía miedo a meterse sin querer en las llamas, pero debía moverse, así que levantó la falda de su vestido y cubrió con ella a Seelie, reservando un pequeño trozo para ponerlo en su boca y nariz. Una vez abajo no sabía qué dirección tomar, pues si giraba a la derecha, que era por donde había entrado, se encontraría con Nimue. Ian le gritó salvándola de tomar la decisión, ya que no tenían otra alternativa.

—A la derecha, la puerta de la cocina quedó trabada cuando entré.

Caitrin corrió todo lo rápido que pudo hacia la entrada, entonces la vio, Nimue estaba golpeando con saña al anciano que estaba desplomado en el suelo. Quería ir a socorrerlo, pero entonces debería soltar a su hija en medio de ese caos. La razón se impuso, salió por la puerta principal y se alejó todo lo posible de la casa, llegó a donde habían dejado los caballos y dejó con cuidado a su hija en el suelo. Comprobó que respiraba y entonces vio a Ian que llegaba con Robert colgado de su espalda. Sus pasos inseguros le dijeron lo agotado que estaba, no podía pedirle que entrara a salvar al anciano.

—Ian quédate con ellos aquí, yo voy a intentar salvar a los que quedan allí.

La mano de Robert la sujetó con fuerza a pesar de lo debilitado que estaba.

—Mujer, no queda nadie con vida. —Le señaló las llamas que lamían la fachada desde la planta baja y construían una barrera tan terrible, que parecía que el infierno se había desatado en la Tierra.

Seelie comenzó a despertar y gritó llamando a su madre, quien de inmediato se tumbó junto a ella para consolarla. Descansaron lo que pudieron hasta que recordó las palabras de la anciana.

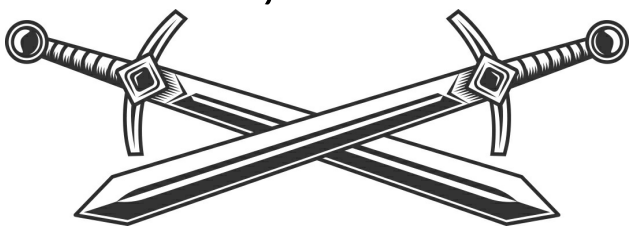
—Robert, Seelie, no os durmáis, tenéis que vomitar. Nimue os dio veneno y tenéis que eliminarlo del cuerpo. —Intentó levantar a la niña que se quejaba y se resistía.

—No te preocupes, ya lo hicimos ambos. Ahora lo que tenemos es el agotamiento y los residuos que haya dejado, pero no creo que queden restos del veneno.

—Aun así, tenéis que evitar dormir. —Miró a Ian—. Ayúdame a incorporarlo.

A pesar de las quejas del *laird*, consiguieron ponerlo en pie y le obligaron a caminar. Cuando vio que se sostenía bastante bien con el apoyo del guerrero, hizo lo mismo con la niña, que lloraba y pedía que la dejara dormir. Tuvo que sacar fuerzas de flaqueza cuando la pequeña se quejaba, hasta que consiguió que caminara junto a ella.

# Capítulo 46



Seis meses habían pasado desde que regresaron a Freuchie, y le parecía que nunca se marchó de allí. Le dio un beso con cariño a Seelie que dormía después de un día intenso. Junto a ella una gatita de color anaranjado se había hecho un ovillo y ronroneaba de placer. Sonrió y acarició la cabeza del cachorrillo que abrió sus grandes ojos de color verde claro para volver a dormirse junto a la niña. Salió sin hacer ruido y se topó con Robert que la cogió por la cintura.

—¿Ya se ha dormido? —le susurró al oído.

—Apenas tuve tiempo de ponerle el camisón. Después de correr todo el día con la gatita que le regalaste, es normal.

—Todos en el clan me han regañado por hacerle ese regalo. —La guio hasta la alcoba y cerró detrás de sí, tapándole los ojos—. Se presentó ante Bernard con la gatita en los brazos. Puedes imaginarte el lío que formó, la jauría se volvió loca y a duras penas consiguió que no se le lanzaran encima derribando la puerta. Luego entró en la cocina y la señora McKinley tuvo que tirar un cubo de leche porque el minino se le metió dentro a beber. También se acercó a Duncan mientras practicaban y los novatos por poco se cortan los pies huyendo de la gata, que se había asustado con el sonido metálico. También fue a… —se calló al sentir los dedos de su esposa en los labios y sonrió.

—Lo siento, mañana hablaré con ella para que tenga más cuidado. —Se empinó y le dio un suave beso en los labios.

—No te preocupes, ya les he advertido que mi hija está enamorada de esa gatita y que sufriría mucho si le ocurriese algo. —Rio divertido, porque no era la primera vez que su hija armaba jaleo en el castillo. Sus hombres se quejaban, pero también se divertían con las travesuras de la niña.

Caitrin se volvió sonriente y vio la bañera humeante junto a la chimenea. Un suspiro de placer se le escapó y comenzó a quitarse la ropa para disfrutar de lo que más le gustaba: el baño. Prefería nadar al aire libre, pero eso en esa época del año era casi imposible, por lo que se conformaba con disfrutar de él en la intimidad.

Robert observó cómo iba cayendo cada una de las prendas al suelo y se agachó para ir recogiéndolas. El dulce aroma a flores que desprendía le hizo relamerse por anticipado. Se acercó a la tina donde se había metido su *seelie* y la besó en la cabeza. Soltó las prendas en el baúl y comenzó a desvestirse sin apartar la mirada de la visión mágica que le tenía atrapado.

Se introdujo con cuidado y la alzó para sentarla entre sus piernas. Otra parte de su anatomía se hizo presente ante la cercanía de esa piel, consiguiendo sacarle un suspiro de anticipación. La sentó en su miembro y acalló su protesta con un beso arrebatador que fue correspondido con toda la pasión que ese menudo cuerpo albergaba. Los movimientos de ambos se incrementaron hasta que temblaron con la liberación.

Caitrin se dejó caer sobre el pecho de su esposo y besó la base del cuello mientras recuperaba el aliento. Robert sintió que así era como deberían haber estado desde el principio y pensó en lo que habría ocurrido si aquella mañana se hubiera presentado ante ella como deseaba. Habían perdido tanto tiempo de estar juntos que le resultaba doloroso apartarse de ella y de su hija. No sabía cuándo podría estar en paz con el destino que los unió, para separarlos cuando más se necesitaban.

—¿En qué piensas?

—En el día que te conocí —reconoció Robert.

—No fue tan memorable. —Se rio dejando salir ese sonido cantarín que embrujaba a su esposo—. Estaba muy enfadada con Jamie y tú te apareciste para calmarme.

—No me refiero a ese día. —Sonrió juguetón mientras acariciaba uno de los pezones.

—Te estás confundiendo, nos conocimos cuando armé escándalo para escapar del cuarto de Jamie.

—No, yo te conocí mucho antes. El día que acudí a la llamada de la reina María Estuardo a Edimburgo, había dejado a mis hombres entrar por la puerta principal mientras yo daba un rodeo, por si había enemigos al acecho. Entonces te vi, bañándote en el recodo del río, la camisola húmeda no dejaba nada libre a la imaginación. Tuve tantas ganas de reunirme contigo, que me dolió verte salir y marcharte con la otra muchacha.

—¿Me estuviste espiando mientras me bañaba? —dijo ofendida, aunque sus ojos mostraban un brillo especial.

—Bueno, tuve mi justo castigo. Me descubrieron unos salteadores y me noquearon, tuve suerte de que dos guardias los sorprendieran. Estuve un par de días con un dolor de cabeza terrible, pero lo que más me dolía era no poder reunirme contigo. Cuando volví no te encontré y eso que regresé varias veces. Pensé que eras un hada y que habías vuelto con tu gente.

Caitrin se incorporó para mirarlo a la cara, nunca le había contado nada de eso. Despacio se inclinó sobre la boca de su esposo y le dio un beso húmedo y caliente.

—Siempre pensé que no eras de este mundo. Por eso cuando te encontré en la alcoba de Jamie, tuve ganas de partirle la cabeza.

—Eres muy violento Robert Grant. —Rio divertida—. En vez de quejarte por tu mala suerte, debiste unirte a mí en el baño.

—Tenía miedo de asustarte —confesó relamiéndose los labios.

—No me habría asustado. En cuanto me hubieras besado te habría arrastrado conmigo al fondo del rio. —Se carcajeó divertida.

—¡*Och*!, ya sabía yo que eras una *seelie.* —La apretó contra su pecho y sintió que necesitaba perderse de nuevo en su interior.

—No te quedes a medias, dicen que eso es muy malo para la salud mental —le susurró mientras lo montaba y el agua se enfriaba mientras sus cuerpos se caldeaban.

—A este ritmo te tendré embarazada antes de primavera —dijo con la voz entrecortada, dejando salir el aire con gemidos de placer.

—Lo dudo —le contestó y se quejó al notar que se quedaba quieto.

—Ya lo hice una vez, estoy seguro de que si le ponemos empeño podremos darle un heredero al clan.

—No te pares. —Comenzó a moverse y le sacó varios quejidos.

—Solo porque eres tú, de lo contrario, mi guerrero se habría marchitado ante la duda.

Robert salió del agua fría, y sin soltar a su esposa se sentó en el sillón frente a la chimenea.

La hizo cabalgar cual amazona sin apartar su boca de esos labios con sabor a frutas del bosque. Capturaba todos los gemidos, y a su vez dejaba que los suyos se los quedara su esposa. Con un último empujón la llevó al cielo y él subió tras ella, pues era un lugar para compartir.

La secó despacio y con cariño, deteniéndose en el vientre le dio un beso y le guiñó un ojo a su *seelie.*

—Estoy seguro de que esta noche mi semilla encontrará tierra donde crecer. —Dio un lametón desde el ombligo hasta el pubis y sonrió satisfecho ante sus estremecimientos.

—Lo dudo. —Rio con picardía ella mientras se apartaba para coger un camisón.

—Mujer, no pongas en duda la hombría de tu esposo, no quiero tener que demostrarte otra vez cuán equivocada estás.

Caitrin se pasó el camisón por la cabeza y se acercó a Robert con pasos lentos. Él contuvo el aliento al ver su cuerpo a través del camisón a la luz del fuego, aunque consiguió reprimir su instinto en favor del descanso de su esposa, que sin miedo se acercó a él de forma provocativa.

—No puedes dejarme embarazada —le echó los brazos al cuello—, porque ya lo estoy.

Sus ojos se encontraron y él perdió el equilibrio, trastabillando hasta caer sentado en el sillón de nuevo. La muchacha soltó una carcajada ante la cara de espanto que se le había quedado. A lo que él respondió frunciendo el ceño y atrayéndola hasta sentarla sobre sus piernas.

—Debiste decírmelo antes. —Atrapó sus labios en un beso tierno—. No habría sido tan brusco.

—No pasa nada, no me has hecho daño. —Rio divertida ante su preocupación.

—Pero podría habérselo hecho al pequeño. —Se levantó con ella en brazos y la acostó con cuidado bajo las mantas—. Ahora descansa, mañana daré órdenes para que te traigan las comidas a la alcoba y…

—Robert Grant, si haces algo así me marcharé con tu hija y no volverás a vernos jamás. —Enfadada, le empujó para librarse de su abrazo.

—Solo quiero cuidar de ti y de nuestro pequeño. ¿Por qué te enfadas?

—Estoy embarazada, no enferma, además hasta que no se me note no dirás nada a nadie. Te recuerdo que tenemos una hija y tenemos que hablar primero con ella.

—Lo que tú digas, mi *seelie.* —La obligó a tumbarse y la abrazó—. ¿Estás segura de que no le he hecho daño?

—Seguro. —Sonrió en la oscuridad por la preocupación que le demostraba.

—Esta vez no me perderé nada —dijo antes de quedarse dormido con la mujer de su vida en los brazos.

La noche cayó sobre el castillo de Freuchie sin que nada perturbara la paz de sus habitantes. Las Highlands vivían tiempos convulsos y sus guerreros comenzaban a tomar partido, aunque para que se tomaran decisiones dolorosas, todavía faltaban años de intrigas y dolor para los escoceses.

# Agradecimientos

No quiero olvidar a nadie y es difícil centrarme en solo unas pocas personas, pero quisiera dar gracias a Beatriz Codina, Esther Cerón, Eugenia Torres, Carmen Pallicer, Susana Pozo, Elisabet Gilmore… son tantas que seguro me dejo a muchas personas y que no las nombre no significa que les esté menos agradecida, por su apoyo, ánimo y charlas locas, que suponen un aliento fresco que me anima a continuar. Pero sobre todo gracias a ti, que me lees y das una oportunidad a mis novelas.

Esta historia comenzó después de escribir una novela histórica, toda la documentación que busqué para ella fue la excusa para escribir una novela romántica sin pretensiones, solo para hablar de amor. Mi querido lector o lectora, espero que la hayas disfrutado. Si es así, espero que no te vayas sin dejar una reseña y si quieres contactar conmigo, solo tienes que hacerlo a través de mis RRSS @hellencrossescritora estaré encantada de compartir contigo dudas y nuevos proyectos. Si además quieres ser uno de mis lectores Beta o Cero, como quieras llamarlo. Escríbeme, porque sin ti, lector o lectora, no soy nada. Si es así tendrás un regalo extra, solo por haber leído una de mis historias y contactar conmigo.

cruzromerotoni@gmail.com

https://linktr.ee/toni_cruz_romero

# About The Author

## Hellen Cross

Hellen Cross es el seudónimo de Toñi Cruz Romero, Nació en Cazorla, hija de periodista, de quien aprendió a amar los libros y el gusto por la literatura de cualquier género, aunque se decanta más por la novela histórica, la negra y la romántica. Durante 8 años trabajó como auxiliar psiquiátrico, aunque volvió a estudiar Artes Aplicadas en la especialidad de decoración para dar salida a su inquietud artística. Ejerció muy poco tiempo como interiorista y se centró en su trabajo como monitora de pintura y Artes Aplicadas para adultos y niños en la Universidad Popular Municipal de Jaén. Sus influencias van desde Ken Follet, Frederick Forsyth o Katherine Woodweiss. Siempre escribió para sí misma, hasta que decidió mostrar su trabajo como escritora. Hasta que el tiempo nos alcance, publicada por Platero Coolbooks, fue su primer proyecto de envergadura, aunque no el único. Tiene auto publicados con el seudónimo de Hellen Cross ocho libros, Quédate conmigo, Venganza, Rebelde, Una Navidad perdida, Dale una oportunidad, Una eternidad y Tumba de hormigón y Cuenta atrás para Navidad. Ha participado en varios proyectos colectivos de relatos. Tiene además en un ensayo Los caminos de la Paz, publicado por Editorial Platero Coolbooks. Oscuridad es una novela negra publicada por Henko Ediciones.

# Books By This Author

## Hasta Que El Tiempo Nos Alcance

El descubrimiento de una tumba intacta en Marroquíes Bajos pone en jaque el plan de ordenación urbano de la ciudad de Jaén (Anda-lucía). Los arqueólogos, Juande y Ana, quieren impedir el cierre de la excavación por presiones inmobiliarias, mientras desentrañan sus enigmas. ¿Serán capaces de proteger el hallazgo de la rapiña inmobiliaria? Un papiro revela la realidad de la procedencia de los cuerpos allí sepultados.
Su estirpe, la influencia de culturas tan lejanas y distantes en el tiempo, y el espacio, nos trasladan a una época donde la geolocalización será decisiva para la evolución humana. En Jaén empieza a desarrollarse la primera gran ciudad del calcolítico en Europa. Su aventura es un viaje en el tiempo que comienza en el año 1200 a. C. al otro lado del mar Mediterráneo, con el declive de las primeras civilizaciones prehelénicas, que obliga a Ion y Eirene, a viajar en busca de una vida lejos de la violencia e intrigas políticas y palaciegas. Tiempos convulsos que les hará tomar drásticas decisiones. Ayudados por el joven Akenatón, comienzan la búsqueda del olvido de quiénes son, y una nueva vida donde decidir quiénes quieren ser. Los pliegues del tiempo los volverá a unir para desentrañar el pasado en busca de un futuro.

## Quédate Conmigo

Bel huyó de casa cuando murió su padre, se hizo una nueva vida en un intento de olvidar los abusos sufridos desde niña. Estudió Bellas Artes y, con la carrera terminada, quiere hacer aquello para lo que vive, lo único que la aleja de sus pesadillas y aporta a su vida una esperanza de normalidad. Solo necesita una oportunidad para demostrar la calidad de sus pinturas y para ello se presenta en una galería de arte donde buscan pintores noveles. Cuando Samuel Callaghan la ve, sabe que necesita conocerla, acercarse a ella.
Él nunca pensó que la muchacha que entró en su vida por casualidad, sería capaz de trastornarle de tal forma. Pero ha descubierto que no puede vivir sin ella y quiere retenerla a toda costa.
Dos personas de mundos muy diferentes y unidas por oscuros secretos. La atracción entre ambos es tal que les unirá sin remedio. ¿Serán capaces de poner sus vidas en orden? ¿Puede una relación surgir de la nada hasta convertirse en adictiva? ¿Puede un amor tóxico sanar dentro de una relación hasta convertirse en amor de verdad?
Cuando por fin parece que pueden solucionar sus vidas, el pasado vuelve para poner en peligro el frágil equilibrio que han conseguido.

## Venganza

La vida de Sam y Bel parece idílica, con su hijo Albert viven su amor. Pero él no puede evitar sus tendencias controladoras y su relación se ve entorpecida por algo que apenas puede controlar

y que ella no está dispuesta a tolerar.
Pero este no es el único inconveniente que tendrán que sortear. El pasado vuelve para demostrarles que lo vivido, es solo un espejismo mientras la realidad les pasa por encima y la maldad vuelve a rodear sus vidas.

## Rebelde

Liz lo tiene todo, pero no quiere pagar el precio por esa vida sin preocupaciones. Huye de casa en un arrebato de rebeldía y en su camino conocerá la amistad, el amor, la envidia y el odio. Atrás quedó el amor juvenil de Sam, los sueños de libertad que solo fueron una quimera que su posición social no le permitía alcanzar. Una vida rota que, sin ella saberlo, se verá reflejada en la de quienes la conocen y sentará las bases de un futuro oscuro del que solo ella tiene la llave para salir. Aprendió a ocultar su dolor y vive de espaldas al mundo, resignada.

## Una Navidad Perdida

María llora la pérdida de su hijo, es tanto el dolor, que tiene su vida parada desde ese momento. Se acercan las fiestas navideñas y, sin embargo, nada parece alegrar sus días.
Jaime es un chico solitario, tiene un buen trabajo y vive con su perro y dos gatos. Cuando conoce a Inés, toda su vida cobra sentido y solo espera el momento de llegar a casa para encontrarse con ella.
Inés nunca ha tenido suerte, toda su vida fue una prueba para endurecerla y ya está cansada de trabajar duro para arreglar los errores de sus malas decisiones.
Sus vidas se entrelazan alrededor del eslogan que ese año se ha hecho un hueco en todos los espacios publicitarios; «Si no la disfrutas, es una Navidad perdida».

## Dale Una Oportunidad

La vida de Lola se vio alterada cuando su padre enfermó. Su adolescencia pasó entre consultas de hospital y tratamientos, con la esperanza de que su padre superase el cáncer. Nada sucedió como esperaban, se quedó sola con su madre y tenía que retomar su vida, estudiar, trabajar y conseguir el título de arquitecto. La vida volvió a darle una bofetada, rompió sus sueños y le robó el futuro, esta vez, no podía pedir ayuda. Esta es la historia de una mujer cuya resiliencia será lo único que tendrá para afrontar el futuro, no se puede permitir la confianza ni el amor, al menos es lo que piensa, que está sola. Sara se encargará de demostrarle todo lo contrario y juntas afrontarán el futuro.

## Una Eternidad

Lola ha aceptado que su pasado no puede marcar su futuro. La insistencia de Ken y los consejos de Sara, le han hecho tomar una decisión que todavía no está segura de aceptar, y que, sin saberlo, pondrá en peligro la vida de Jaime y volverá a sumirla en lo más oscuro de su pasado. Pero esta vez no está sola, ahora tiene una familia por la que ser fuerte y luchar. Ni siquiera los últimos sucesos lograrán acabar con su resiliencia. El amor, la pasión y la fuerza serán su guía

para superar y construir su vida.

## Tumba De Hormigón

El ataque del grupo terrorista Hamás del 7 de octubre de 2023 a Israel, tomó por sorpresa a muchos. Sara, después de un desengaño amoroso, decidió ir a trabajar durante sus vacaciones, a una escuela de la UNRWA. Refugiada en el campamento de Jabalia, no puede marcharse sin su hermano Pablo, quien desapareció un poco antes del ataque, tras la promesa de una entrevista con el líder de la organización terrorista.
Tiene, además, la responsabilidad de llevar a cinco hermanos huérfanos hasta la ciudad de Ráfah, donde la tía de los pequeños se hará cargo de ellos. En su camino se cruzarán las ansias de poder de Jamal, con la intrigante presencia de Hamza.
Su huida mientras los bombardeos destrozan y aniquilan todo lo que les rodea, es la historia de muchos en Palestina. La voz que pocos se atreven a elevar y, sin embargo, la resistencia de la población civil ante la masacre continúa.

## Oscuridad

El hallazgo de un cadáver en pleno centro de Madrid, parece un robo, pues en el cuerpo no se encuentran ni cartera ni documentación que dé luz a la identidad del fallecido. Jonathan Task es el CEO de una empresa cuyos principales activos radican en la investigación tecnológica. El último de ellos es la creación de un chip para cargar con energía solar, desde la batería de un móvil a la de un coche. Un gran descubrimiento que pondrá en jaque a los oligopolios energéticos que aunarán esfuerzos para impedir el desarrollo de este proyecto. La oscuridad envuelve todo y pondrá a cada uno en su lugar. Asesinatos, luchas de poder, engaño, todo vale con tal de controlar lo que les rodea, unos su pequeño mundo del delito, otros su gran mundo de energía y en medio la fragilidad del ser humano ante los poderosos con ansias sin límite por mantener el poder.

## Cuenta Atrás Para Navidad

Todos merecemos una segunda oportunidad, pero y ¿si la vida nunca te dio la primera?
Jeni sobrevive como puede, después de escapar de su casa de acogida, pero no todo es lo que parece y deberá salir de nuevo de una situación comprometida. Hasta que conoce a Tom, un joven británico que está haciendo una tesis sobre dialectos y sus traducciones al inglés. Se ayudarán mutuamente en un pacto nada convencional, en el cual Jeni ve la oportunidad de salir del círculo vicioso en el que vive.
Una historia de amor y pasión que termina en Navidad. ¿Podrás esperar a saber lo que ocurre en esta cuenta atrás a ese día tan especial?

## Los Caminos De La Paz

La obra se compone de una introducción y doce capítulos, once narrados por los autores y uno que invita al lector a escribir el propio. Comienza con un enfoque histórico que nos recuerda el

peso de las decisiones institucionales pero también la importancia de estar atentos a cómo podemos facilitar la construcción de una cultura de paz desde nuestra vida cotidiana. Continúa con un ensayo que detalla los antecedentes históricos de la paz soñada por los colombianos y el desarrollo del proceso de pacificación de Colombia. Luego se vuelve más personal, a través del relato de una autora que fue secuestrada y sufrió violencia, primero en su propio país y más tarde en el exilio. A continuación, una mediadora profesional comparte su experiencia y formación para resolver conflictos pacíficamente y un argentino nos cuenta la historia de una pareja guiada por el amor, que ayuda a apaciguar el sufrimiento de los refugiados de la guerra de Ucrania. Después un emigrante cuenta su historia de superación en un país en el que no conoce ni la lengua, donde su confianza lo ayudó a fluir en la adversidad, resolver problemas cotidianos y encontrar la paz. Iniciando el desenlace, una mujer que estuvo varada en EEUU por el cierre de embajadas narra las secuelas internas y externas que le ocasionó vivir exiliada y cómo las superó; y otra nos sacude diciendo que la paz es una mierda y explica cómo tuvo que adaptarse a falta de paz y qué se aprende de no contar con un entorno pacífico. Sobre el final, viajamos a la infancia rural de una niña que transitó dolor, hambre y malos tratos, hasta la formación escolar que se le negó y hoy ve todo aquello con gratitud y alegría. El anteúltimo capítulo pone luz sobre la invisibilidad de la enfermedad mental, expresa lo insoportable que resulta el dolor emocional y equipara el bienestar emocional con la paz mental, unificando paz interior y salud mental. Dejamos para el cierra la conmovedora experiencia de una mujer determinada a superar lo que sea necesario por amor a su hijo, incluso los problemas médicos que condicionaron la vida de su familia y aprendemos de su aceptación y superación incluso de la muerte. En el último capítulo dejamos espacio para que el lector reflexione sobre su propia experiencia y entorno, y tome medidas para hacer de la paz su mejor aliado de vida.

Así, algunos de los autores aportan su visión del tema desde una perspectiva más intelectual mientras que otros hablan de su propia experiencia, y la prosa se complementa con poemas que sirven de transición entre capítulo y capítulo, lo que aporta diversidad de temas, estilos y musicalidad.